

TULIO FEBRES CORDERO

OBRAS COMPLETAS

DON QUIJOTE EN AMERICA

O SEA LA CUARTA SALIDA DEL
INGENIOSO HIDALGO DE LA MANCHA

LA HIJA DEL CACIQUE

NOVELA HISTORICA

TOMO V

Prólogo del doctor Rafael Caldera

(Véase Tomo I)

EDICION CONMEMORATIVA

1960



DOCTOR TULIO FEBRES CORDERO

086.1
F289
V.5

TULIO FEBRES CORDERO

OBRAS COMPLETAS

DON QUIJOTE EN AMERICA

O SEA LA CUARTA SALIDA

DEL INGENIOSO HIDALGO DE LA MANCHA

TOMO V

Prólogo del doctor Rafael Caldera

(Véase Tomo I)

EDITORIAL ANTARES LTDA.

1960

BIBLIOTECA NACIONAL

CARACAS - VENEZUELA

**COMISION EDITORA DE LAS OBRAS COMPLETAS
DEL DOCTOR TULIO FEBRES CORDERO**

PRESIDENTE: ERNESTO JEREZ VALERO.

VICEPRESIDENTE: CARLOS CESAR RODRIGUEZ.

SECRETARIO GENERAL: RAMON DARIO SUAREZ.

SECRETARIO DE RELACIONES: P. N. TABLANTE GARRIDO

ASESOR: J. R. FEBRES CORDERO.

**EDICION ORDENADA POR EL EJE-
CUTIVO DEL ESTADO MERIDA, EN
HOMENAJE AL AUTOR, CON OCA-
SION DEL PRIMER CENTENARIO
DE SU NACIMIENTO.**

PROSPECTO

Si la obra que ofrecemos al público tuviese forma de diccionario, semejaría una enciclopedia en miniatura, porque en ella se trata de todo un poco, predominando el ramo de la historia, ora en monografías, rectificaciones y apuntes sueltos, ora en tradiciones, anécdotas y leyendas. Es una compilación algo parecida a la que publicó en Barcelona de España, en 1862, el erudito doctor don V. Joaquín Bastus con el título medioeval de El Trivio y el Cuadrivio, en el cual se encuentra de todo como en botica.

Los documentos y estudios históricos que la obra contiene versan en realidad sobre asuntos diversos, casi todos concernientes a América y especialmente a Venezuela, en forma de noticias compendiadas sobre hechos del descubrimiento, de la conquista, de la época colonial y, con mayor abundancia, sobre el glorioso período de la Independencia, consagrando a Bolívar y a algunos de sus egregios tenientes, páginas informativas, curiosas unas, anecdóticas otras, y de fervida admiración todas ellas.

Es un archivo manuable, como su nombre lo indica, que contiene además de los artículos sueltos publicados en revistas y periódicos, la reproducción íntegra de los trabajos que han aparecido en cuadernos más o menos voluminosos, que están unos al agotarse y otros agotados por completo, a saber: Estudios sobre Etnografía Americana, El Nombre de América, La Legislación Primitiva de América, Los Mitos de los Andes, Datos sobre la Imprenta en Mérida, Actas de la Independencia de Barinas, Actas de la Independencia de Mérida, Trujillo y Táchira, Tradiciones y Leyendas, Biografía del Canónigo Uzcátegui, Pancrionismo, y El Alma de Gregorio Rivera.

Una cosa nos atrevemos a garantizar, de halago para el lector en estos tiempos en que se vive tan de prisa, y es la concisión y forma breve de los escritos, pues por natural inclinación siempre hemos aspirado en nuestras producciones a exponer las ideas con lacónica sencillez, sin divagaciones ni encumbramientos fantásticos, sobre todo en trabajos del género histórico.

Personas, hechos, cosas, lugares y fechas, son las materias primas con que se construye el monumento de la historia. Obra del investigador es examinar detenidamente estos elementos a la luz blanca de la filosofía, para poder fijarlos con toda claridad y precisión.

En esta obra figuran también escritos sobre literatura, artes, industrias, vida social y, en una palabra, sobre nuestra cultura, en el sentido de apartar de ella los exotismos innecesarios, a fin de que predomine el criollismo como orientación permanente, por ser esto lo más ventajoso y lo más conforme con la razón y el patriotismo.

Así mismo hallará el lector informaciones en diversas formas sobre costumbres, folclore y otros temas de carácter nacional; y en el género puramente literario, también hemos echado nuestro cuarto a espadas, interpolando una que otra especie recreativa, juguetes o quisicosas, que vengan a ser como sonrisas momentáneas que interrumpan la obligada seriedad de la obra, vista por su faz de compilación histórica.

Se han agrupado algunos trabajos en que hay conexión de materia, aunque no todos ni por riguroso orden cronológico. Los artículos llevan siempre al final el año en que fueron publicados, indicación conveniente en los que tratan de historia, para prevenir observaciones sobre puntos que hayan sido esclarecidos después con el hallazgo de nuevos datos; y en materia de usos, costumbres y artículos de carácter crítico, para que se conozca el tiempo a que corresponde el estado de cosas que pintan, el cual puede ya no existir o haberse modificado.

Para terminar, debemos decir que no nos tranquiliza el hecho de que los trabajos que ahora se reproducen hayan sido ya benévolutamente juzgados, muchos de ellos desde fines del siglo XIX, porque en materia de crítica histórica y literaria no hay ni puede haber exención de cosa juzgada: cada generación conoce y juzga según el espíritu de su época. Esta la causa de nuestro justo temor, pues si llegare el caso de que se nos retase para salir al campo del debate crítico, nuestra avanzada edad no nos permite ya ser combatientes, ni salir a más campos que a los muy bellos y pintorescos de los contornos de la ciudad nativa, a donde solemos ir en pos de fuerzas físicas y de la dulce cuanto esquiva tranquilidad de espíritu. Las leyes de la naturaleza son invariables: la juventud se desvive por la lucha y la ancianidad por el reposo.

EL AUTOR.

Mérida, 1930.

PROLOGO DE LA TERCERA EDICION

Sirvan hoy de prefacio las dos cartas que en seguida copiamos, posteriores a 1906, en que apareció la segunda edición, por cuanto ellas informarán al lector sobre el debate crítico de que fue objeto esta obra cuando por primera vez vio la luz pública en 1905.

*“Barbada: 29 de enero de 1907
P. O. Box 182*

*Señor D. Tulio Febres Cordero.
Mérida.*

Mi ilustre compatriota:

Acabo de recibir la generosa carta de Ud., fecha 7 de diciembre último, y no me extraña la disparidad entre la distancia y la fecha, porque el sobre trae sellos de Norfolk y James Town, y esto sucede con frecuencia.

Hace muchos años que soy devoto admirador de Ud., y cuando veo el desbarajuste a que los llamados modernistas han llevado la producción literaria de nuestra tierra, mi devoción se confunde con el agradecimiento, porque amo mi lengua y reconozco que Ud. es uno de los pocos escritores que toman plausible interés en mantener suspendido el prestigio de Venezuela en la conservación de la gloriosa lengua castellana. Como asiduo lector de cuanto Ud. escribe, conocía yo muchas de las altas dotes que le adornan; pero ni remotamente sospechaba que llevara Ud. la modestia hasta descender a felicitarme y a ofrecerme palabras de generoso y noble estímulo, cuando tan pobres son mis merecimientos, si es que tengo algunos. Lleno de orgullo estaría yo ahora viendo colmada mi ambición con el aplauso de Ud., si no fuera que un sentimiento más discreto y en cierto modo más egoísta, me está adelantando el corazón: usted me ofrece su amistad, me llama amigo, y esta conquista de mi suerte no tiene precio.

Y como no quiero que ni por un solo día se quede nuestra naciente amistad en los términos de la etiqueta, cual si el valioso ofrecimiento de Ud. no fuese sino un exquisito rasgo de cortesía, empiezo desde hoy a charlar con Ud. ingenua, llana y francamente, en la seguridad de que mi charla tendrá benévola acogida por parte del amigo y maestro. Coincide la carta de Ud. con la publicación de unos articulejos míos en “La Religión”, de Caracas, coincide en fecha, he querido decir; y en el último de esos articulejos hay algo que le toca a Ud.

muy de cerca. Si no los ha leído Ud., hágame la merced de solicitar el último (“La Religión”, fecha 10 de enero) y coje lo que allí lea referente a Ud. con lo que paso a decirle (1).

Hace cosa de año y medio, el doctor Pedro J. Romero me envió, por encargo de “La Religión”, un ejemplar de “Don Quijote en América”, o sea la cuarta salida del ingenioso hidalgo de la Mancha, pidiéndome un juicio sobre este interesante libro. Leí la obra con sumo interés, saboreé las bellezas de excelente calidad que enriquecen su estilo, admiré un vez más el ingenio del escritor andino, y me negué a escribir lo que se me pedía. “Si el autor fuera otro —le dije al doctor Romero— me sería fácil publicar mi opinión acerca de “Don Quijote en América”, pero Tulio Febres Cordero es uno de los escritores venezolanos que más respeto y simpatía me inspiran, por las altísimas prendas intelectuales de que viene haciendo gala, y como el libro ha sido generalmente bien recibido, en tanto que mi opinión le es muy adversa, no quiero ni debo salir ahora con una nota discordante. Lo mejor es callar y no dar a los modernistas corruptores de la lengua, el placer de leer algo, siquiera de obscura procedencia, contra la labor intelectual de un gallardo representante de la buena causa”.

Eso dije, y callé mi adversa opinión, aunque lamentando para mí solo mi propio silencio. ¡Qué lástima de libro! En él hay una novela criolla de las mejores que en Venezuela se han escrito y muy digna de ocupar honroso puesto en la bibliografía hispano-americana; hay más, hay una obra urgentemente necesaria, cuya sana y saludable tendencia es medicina implorada no solo en Venezuela, sino desde Méjico hasta Buenos Aires por muchos pueblos enfermos, obra de verdadera trascendencia social, intelectual y moral, capaz de conferir gloriosos títulos a quien la realice, y vasta celebridad a un momento de la historia.

Pero desgraciadamente esa obra nació más enferma que aquellos pueblos, postrada, enclavada en la irremediable parálisis de un propósito imposible, desafiando temerariamente los fallos consagrados, las conclusiones más incommovibles de la crítica universal, atrayendo sobre sí no ya la discusión que ilustra

(1) Los párrafos referentes, tomados de la conclusión de la serie de artículos titulados *Mi cuarto a espadas*, son los siguientes:

“Mas no debe poner punto final, sin llamar la atención del lector hacia lo único bueno que hay en el *Ensayo* (el de historia crítica de la Literatura Venezolana en el siglo XIX por el doctor Gonzalo Picón Febres). Son unas páginas de incalculable trascendencia literaria, en que el autor del *Ensayo* puso todo su saber, desplegó alas aquilinas, sondeó profundidades inexploradas, y levantó un monumento que será imperecedero en la historia de las letras castellanas. Me refiero al estupendísimo paralelo jentre don Miguel de Cervantes Saavedra y don Tulio Febres Cordero!, jentre don Quijote, héroe inmortal de la Mancha, y el doctor Quix, héroe inmortal de Sanisidro!

“¿No lo has leído, caro lector?

“Léelo, te ruego, y pídele después al santo de tu devoción que interceda por nosotros para que el Señor nos libre de terremoto y de casos desastrosos”.

ni el anatema que en cierto modo magnifica, sino las sombras más tristes del olvido. Tan gravemente enferma nació esa obra, que la crítica no puede hacer otra cosa para con ella que dejarla morir en el silencio.

Usted —y no podía ser de otro modo— sospechó este severo juicio del mundo y puso empeño en justificarse; pero el remedio a que usted recurrió en el prólogo, agravó la dolencia, no porque haya podido echar mano de otro, que indudablemente no existe, sino porque confesó más explícitamente el —¿lo diré?— sacrilego intento de continuar la obra de Cervantes. Si el solo título: “Don Quijote en América” indisponde luego el ánimo sin poderlo remediar; si el subtítulo: la cuarta salida del ingenioso hidalgo de la Mancha, no nos deja ya duda de que se trata de una vituperable profanación; si por más que hagamos nos sentimos incapaces de complacer al autor, aplazando nuestro fallo para después de leído todo el libro: ¡cuánto crece nuestro disgusto al ver, por el segundo párrafo del prólogo, que el Quijote americano pretende ser nada menos que el mismo de Cervantes en espíritu y en verdad!... con solo exteriores diferencias debidas a la diferencia de los tiempos!...

Leído ya todo el libro y viendo que no se trata de una simple travesura literaria, más o menos efímera, en que se satiriza a Cervantes con la burlesca parodia, y al mejor libro del mundo con grotescas caricaturas de Don Quijote y de Sancho; sino de un trabajo tan serio y tan sincero como lo requiere el noble y patriótico ideal de combatir males profundos de un pueblo y de una época, se nos hace casi imposible la explicación de nuestras ingratas impresiones.

La crítica dice que entre Cervantes y Homero, en cuanto genios inimitables, no hay diferencia alguna. ¿Qué diría usted, qué pensaría y sentiría, si alguno de nuestros mejores poetas compusiera otros veinticuatro cantos de la “Iliada”, nos asegurase que sus héroes son los mismos de Homero en espíritu y en verdad, y nos presentase a Aquiles cobarde y vestido de turista, a Héctor bellaco y en traje de torero, a Andrómaca desvergonzada y corriendo en bicicleta?... Le digo a usted que mis impresiones ante hecho tan inaudito, no son para ser expresadas por esta mi torpe pluma, sobrecogida y muda de espanto; pero si puedo asegurarle que se parecen mucho a las que experimenté con la lectura del estrambótico paralelo escrito por el doctor don Gonzalo Picón Febres y publicado en las páginas 416, 417, 418, 419 y 420 del “Ensayo de historia crítica”.

Ahí tiene usted explicado el por qué de aquellos renglones, y precisado el verdadero blanco a que mi tiro se dirigía: hé ahí también mi sincera opinión acerca de “Don Quijote en América” como obra de imitación. Bien puedo estar equivocado en mis apreciaciones, pero indudablemente he dicho aquí con toda lealtad lo que pienso y lo que siento en el

particular. Ocultar a los ojos de usted ese sincero juicio mío, me parece pecar contra el respeto que debo al escritor y al amigo, y si desgraciadamente mis ideas adolecen de vulgarísima rudeza en la expresión, no es defecto nuevo en mí, pues jamás he podido aprender ese arte delicado que tanto admiro en los verdaderos escritores, y por el cual se nos hacen amables los pensamientos más amargos y las ideas más crueles.

Bien quisiera yo dar al público esta carta, para responder a ciertas malintencionadas interpretaciones, haciendo ver que para mí el libro de que tratamos, y considerado desde el punto de vista ya dicho, es una simple aberración, incapaz en absoluto de obscurecer los envidiables triunfos intelectuales alcanzados por el egregio escritor andino. Pero esta carta es contestación a una de usted y por eso no me creo autorizado para publicarla.

Reitero al maestro y amigo la expresión de mi gratitud, y le ruego no medir por el tamaño de mi rudo intelecto la profundidad de mi sincero afecto.

Su admirador, amigo y compatriota,

P. FORTOUL HURTADO".

* * *

“Mérida, Venezuela, marzo 8 de 1907

Señor don Pedro Fortoul Hurtado.
Barbada.

Muy distinguido amigo: Con grata sorpresa he leído su interesante carta de 29 de enero último, contestación a la mía de 7 de diciembre, en que sinceramente lo felicitaba por su chispeante y bien intencionado cuadro de costumbres modernísimas titulado “El día de la Borla”, que vi reproducido en el importante semanario “La Voz del Estado” de San Cristóbal, y lo excitaba a darse buena mano en proseguir, con tan brillantes armas, esa campaña de tanto beneficio para las letras patrias, aprovechando la propicia ocasión para ofrecerle una amistad de antiguo sentido y profesada, que usted ha acogido con amable y excesiva benevolencia, sentimientos que hoy le reitero con la misma ingenuidad.

Como usted no me conoce personalmente, sino por lo que escribo, y como no siempre corren parejas el estilo y el carácter personal, por más que se diga que el estilo es el hombre, barrunto que haya quedado usted en suspenso o divagando un poco sobre la impresión que haya podido causarme su carta, si de pena o de placer, en vista del juicio adverso que contiene sobre “Don Quijote en América”; y siento muy de veras que la distancia retarde el momento de sacarlo de esa divagación, si la tuviere, manifestándole que no solamente he leído con placer su gallarda carta, sino que tengo muy justo motivo para

estarle agradecido por el ventajoso concepto que de mí se ha formado, y por el modo mismo, leal y paladino, de comunicarme su contraria opinión sobre la obra citada.

Ha de saber usted que, no obstante haber sido excitado por varios amigos a escribir en defensa de aquel libro, desde que aparecieron sucesivamente los juicios críticos de los distinguidos escritores Semprún, en "El Cojo Ilustrado" de Caracas, Max Grillo, en "El Correo Nacional" de Bogotá, y Picón Fobres, en su historia crítica "La Literatura Venezolana en el siglo XIX", no lo había hecho por varias causas, siendo la principal de ellas mi respeto a la libertad de juzgar en el terreno literario, que tiene más entradas y salidas que la famosa Tebas; pero ya que usted me dirige epistolarmente una impugnación análoga, voy a exponerle algunas ideas, para que las considere y aprecie, según su leal saber y entender, sin adelantarme a crer que puedan persuadirlo, porque en estas materias tanto tengo yo de infalible como de cristiano el gran Turco.

Como la parte vituperable de la novela dicha, según su sentir, está sustancialmente en considerarla una profanación de la obra inmortal de Cervantes, por haber resucitado y puesto en acción a Don Quijote, a este particular debo ceñirme, confirmando aquí lo que ya dice en la Aclaración o prólogo de la segunda edición, que con esta carta le remito, pues por lo que deduzco, solo conoce usted el de la primera.

No puedo creer, mi caro amigo, que la admiración y respeto debidos a Cervantes, se vean atropellados porque se pretenda aprovechar la clarísima antorcha que su genio encendió en el mundo, para llevarla a campos necesitados de esa luz benéfica; puesto que si este trabajo de aplicación concreta de la crítica cervantina resultare eficaz y provechoso, la gloria no sería ciertamente del que haya endilgado a Don Quijote por este o aquel camino en los tiempos modernos, sino del mismísimo Cervantes, que produjo un hijo capaz de realizar en su tiempo y en los venideros tan ventajosas empresas.

La obra de Cervantes tiene varias luminosísimas facetas: tanto es la pintura admirable de una época y un libro encantador por su estilo y su lenguaje, como un gran cuadro de costumbres, permanente y universal, porque penetra a fondo en la condición humana, mostrándonos a lo vivo y con rara habilidad los altos y bajos de la vida, el continuo subir a la altura de las más hermosas ilusiones, y el continuo despeñarse por los barrancos de la dura realidad; pero por encima de estos méritos, está el mayor de todos, el haber sido el Quijote para el arte de la crítica lo que la pólvora para el arte militar, un nuevo elemento, una sustancia poderosa, que ora se queme en cañones y morteros, ora en trabucos y escopetas, y hasta en la simple carabina de Ambrosio, y bien pueda reventar como un trueno, bien como un triquitraque, siempre será la pólvora, y una arma de combate de que todos pueden hacer uso, sin

que el poco o ningún acierto de los tiradores pueda tomarse como burla u ofensa hecha a su célebre inventor.

El Héroe de los Molinos de Viento está vivo y muy vivo, apostado en cada encrucijada del mundo; y no se le ofende ni profana, sino más bien se le rinde homenaje y se le da en la vena del gusto, llamándolo, como he hecho yo, cuando de él se necesita, para acabar con un gigantazo como este del extranjerismo pedantesco, que se nos ha metido de rondón en las repúblicas hispano-americanas.

Y no es esta una opinión "ad-hoc", para defenderme en el presente caso, sino doctrina establecida de antaño en los dominios de la crítica, porque la idea de aprovechar y continuar en este sentido la obra de Cervantes, si nueva en Hispano-América, no lo es por cierto en Europa, pues ha sido llevada a cabo en España y en Francia por muchos escritores de nota y en diversas épocas. Ahora verá usted lo que dice a este respecto un literato español tan concienzudo y erudito en la materia como don José M. Asensio, de la Real Academia de la Historia, inventor del vocablo "cervantista", y autor de numerosos y profundos estudios históricos, bibliográficos y filosóficos sobre el Quijote, fruto de una consagración especial de cuarenta años, según lo dice su prologuista el doctor Thebusen, estudios publicados en un libro con el título de "Cervantes y sus Obras" (Barcelona, F. Seix, Editor, 1902), obra que se recomienda sola por la serena y jugosa crítica que brilla en sus páginas.

"Tengo para mí —dice el docto crítico— que el mayor tributo que a un ingenio rinden los que le suceden, la prueba mejor que dar pueden de reconocer su superioridad, es la de imitar sus obras, aprovecharse de sus pensamientos, resucitar los personajes creados por su fantasía y tratar de continuar sus narraciones". Y en un párrafo siguiente, que copio íntegro, explana más el parecer sobre el particular:

"Pero al hablar de los continuadores del Quijote, es necesario trazar una gran línea divisoria. Preciso es apartar y distinguir al que en vida del autor se apoderó de su pensamiento, escarneció sus hechos gloriosos y trató de privarle de la ganancia que pudiera producirle su creación, de aquellos que después de su muerte han procurado seguir sus huellas, tomándolo por guía en su camino, por modelo digno de imitación. El primero cometió una mala acción, perpetró un robo; los últimos rinden un homenaje al talento del gran inventor. Avellaneda fue un émulo, un envidioso ruín y artero; los demás continuadores forman en línea con toda la falange apasionada y entusiasta, que se postra ante el manco de Lepanto".

Tal es el juicio de uno de los que pudiéramos llamar sumos sacerdotes del culto cervantino, juicio que no aparece formulado así, de paso, sino como idea sustancial en un estudio expreso titulado Los continuadores de El Ingenioso Hidalgo.

Cabe citarle aquí lo que dice otro literato español de mucho renombre y cervantista consumado, don Miguel de Unamuno, en su "Vida de Don Quijote y Sancho", libro que bien pudiera llamarse un comentario filosófico de la obra de Cervantes. Dice así: "¿Pero es que creéis que Don Quijote no ha de resucitar? Hay quien cree que no ha muerto, que el muerto, y bien muerto, es Cervantes que quisic matarle, y no Don Quijote. Hay quien cree que resucitó al tercer día, y que volverá a la tierra en carne mortal y a hacer de las suyas". Y Unamuno no se ha escandalizado al leer el Quijote indiano, sino el contrario, pues me dice en la galante dedicatoria de un ejemplar de su citada obra, que le está dando buenos ratos y que ha de decir de él mucho bueno.

Tampoco se escandalizó Gil Fortoul, crítico tan sagaz como experimentado, ante esta resurrección del Quijote. Cuando leyó el libro, me escribió lo siguiente, entre otras frases de sincera aprobación: "Anduvo usted más acertado que Montalvo en los Capítulos que se le olvidaron a Cervantes (obra, en mi entender, de puro pasatiempo, y diletantismo arcaico). La idea iniciativa de usted es más original. Vivo placer me ha causado la resurrección del Caballero y su escudero, y mayor todavía verlos y entrar a nuestra tierra en aventuras modernas o modernistas. Y el final es digno del principio".

Y menos todavía se escandalizó Juan de Dios Méndez hijo, que días antes había clamado por tal resurrección: "Recuerdo, me dice, que en un editorial que escribí para "La Semana" (creo que sobre las teorías de Nietzsche) terminé preguntando: ¿No habrá un Cide Hamete Benengeli para estos caballeros pensantes? No sospechaba yo entonces que tan cerca lo tuviera!" Y a tanto llega el aplauso de este ilustrado escritor, que se lamenta de que la obra no tenga varios tomos.

Estoy perfectamente de acuerdo con usted en que el libro nació para morir, para ser enterrado tarde o temprano en la fosa del olvido, sin lamentaciones ni responsos, así como también en que nació enfermo, pero en lo que no estamos conformes es en el diagnóstico de la enfermedad que padece, la cual, según su dictamen es tan grave y manifiesta, que basta verlo por fuera, es decir, leerle el título, para exclamar resueltamente, sin más examen: ¡muerto tenemos!

Y si esto fuere así como usted lo pinta con tanta exaltación y gentileza ¿cómo explicar entonces el hecho de que el libro haya sido generalmente bien recibido, según usted lo dice al doctor Romero? Hecho ciertamente indudable en Venezuela, donde ganó mayor notoriedad por el generoso y espontáneo aplauso que le dio el mismo Presidente de la República, general Cipriano Castro, y también en Colombia, únicos países donde han circulado las dos ediciones que de él se han hecho, pues no llegan a doce los ejemplares que el autor ha remitido a otras partes. ¿Ni cómo se explica tampoco que varios escritores, en distintos puntos de la República, y aun en la misma Colombia, de edad madura unos, y jóvenes otros, hayan elo-

giado el libro, motu proprio, en estudios críticos, más o menos formales, que la prensa ha publicado y reproducido?

Cómo explicarse racionalmente esta buena y general acogida de un libro que a primera vista, en su título y su prólogo, está anunciando un intento sacrilego, una vituperable profanación, un propósito imposible, un temerario desafío a las conclusiones de la crítica universal, tremendos cargos con que usted lo anatematiza?

No se explica, en realidad, sino atribuyéndolo a hechizo, a mágica travesura de alguna desconocida Urganda o algún sabio Alquife, que haya desfigurado el rostro al Quijote criollo, al grado de presentarlo a sus ojos con esa cara tan espantable, por ser cosa demasiado sabida la mano que tienen los escantadores y hechiceros en todo lo tocante a vida y hechos del celebrísimo Hidalgo.

No creo aplicable, por carecer de analogía, el chistoso ejemplo que usted idea de la ridícula parodia que se hiciese de la "Iliada", pues ésta y el Quijote y obras de muy distinta naturaleza, aunque Homero y Cervantes sean iguales como genios; pero no es por esta sola razón la falta de analogía, sino por lo principal del asunto, por todo cuanto dejo dicho, porque ni en el objeto de la novela que nos ocupa, ni en su plan y desenvolvimiento, ni en los mínimos detalles de la narración puede descubrirse el pecaminoso intento de escarnecer los magníficos personajes de Cervantes, ni el de satirizar a ésta con una ridícula y descabellada parodia de su gran libro, cosa a la verdad inconcebible. Lo que el autor hace allí es lisa y llanamente poner esos personajes, que son creaciones típicas inmortales, en condiciones de poder repetir ahora, por estos trigos de Hispano-América, en pueblos enfermos, la prodigiosa curación que antaño hicieron, dándonos esa medicina de que usted habla, "implorada no sólo en Venezuela sino desde Méjico hasta Buenos Aires". Y este propósito moral y patriótico más que literato, desempeñado como lo ha permitido mi corto ingenio, está allí tan de manifiesto que puede decirse que se desborda hasta por los márgenes del libro.

De Colombia puedo citarle tres ilustres literatos, a quienes dediqué sendos ejemplares de la novela en cuestión, y que tuvieron la extrema bondad de comunicarme sus impresiones en muy finas y amables cartas.

Don Rafael Pombo, que leyó la Aclaración sin conocer todavía el libro, confiesa con mucha gracia que el título lo asustó, porque temió que el autor calumniase al Ingenioso Hidalgo, pero que dicha Aclaración lo tranquilizó del todo desde luego; y me dice que leyó después "con sumo gusto, con humor de joven el anunciado capítulo reimpresso aquí, el 23, del gran doctor Quix y su tigre electrizado". La reimpresión a que se refiere, lo mismo que la de los dos prólogos de la obra, se hizo en "La Unidad", de Bogotá, notable periódico dirigido por don Daniel J. Reyes, en cuyo cuerpo de redactores figu-

rabán Caro, Rivas Groot, Carrasquilla, Gómez Restrepo, León Gómez, Isaza y otros nombres de lo más granado de las letras colombianas. El juicio de tan respetable periódico fue sintético, y se lo copio aquí, porque habla sin espanto de la resurrección del Hidalgo: "Don Quijote de América" nos ha parecido un libro interesante por su intención moral, por la originalidad de presentar redivivo a Don Quijote en América, y por la fluidez y galanura del estilo".

Don José Manuel Marroquín es todavía más explícito, no obstante haberse dicho para sí, cuando llegó a sus oídos el título del libro: "¡en buena se ha metido el autor!". Inicia su autorizada opinión, del todo conforme a la índole y propósitos del libro, de este modo: "Don Quijote en América" es obra escrita como para mí. Entre sus lectores no puede haber ninguno cuyas ideas estén tan acordes con las del autor como las mías". Y termina con este párrafo: "Por fortuna puedo asegurar que no es lo rancio de las ideas y de los gustos de un viejo de 79 años, lo que inspira los conceptos que dejo apuntados: muchas personas no viejas, a quienes puedo tener como imparciales, se han encantado leyendo el "Don Quijote en América", y han tenido por justa y utilísima la condenación de las extravagancias que en él se ridiculizan".

Doña Soledad Acosta de Samper realza también la obra con su benévola acogida. "Es original en ideas y en estilo, me dice, y está llamada a ser admirada, no solamente en Venezuela, donde veo que ya ha tenido dos ediciones, sino en el resto de Hispano-América y en España".

Al hacer estas citas, tan honrosas para mí, no me mueve la vanidad, ni quiero con ello decir que estoy muy pago de mi obra, ni que la creo invulnerable contra toda censura. Muy al contrario: me mueve el convencimiento de mi propia flaqueza, la necesidad de buscar la autoridad de que carezco en los que la tienen de sobra, para dar firmeza a mis pobres razonamientos. Cierzo estoy de que los mismos literatos citados, así como muchos otros hombres versados en letras, que también me han favorecido privadamente con frases de aplauso y simpatía, no han querido con ello expresarme su completa aprobación del libro, y que si escribiesen con detenimiento un juicio sobre él, le harían muchos y justos reparos, porque hay tela donde cortar, pero si me adelanto a creer que nunca me llegarían a excomulgar, literariamente hablando, como sacrilego ni como hereje, por más que se diga en el prólogo que el de América es el mismo Quijote de Cervantes en espíritu y en verdad. El hábito no hace al monje, y debajo de una mala capa suele haber un buen caballero.

Solicité y lei los párrafos insertos en "La Religión", de Caracas, a que usted se refiere, que a la verdad no conocía. Estoy muy lejos de creer que Picón Febres haya tenido la intención de hacer un paralelo al establecer, como recurso de retórica, la antítesis o contraposición de los dos Quijotes en su juicio crítico

ya citado, en el cual —dicho sea al paso— a pesar de los muchos defectos que le anota al criollo, salva sin embargo a su autor del cargo de profanación de la obra de Cervantes.

Mæve a risa, a risa monda y lironda, la sola idea de semejante paralelo ¡entre el libro de Miguel de Cervantes Saavedra y el de Tulio Febres Cordero!... ¡Valiente argumento crítico! Tanto valdría como poner en balanza una bala de cañón y un granito de mostaza, sólo para darse el gusto de comprobar esta verdad de Pero Grullo: ¡que pesa más la bala de cañón!...

Como la cosa ha venido a parar en broma, viene bien un cuentecillo, cuya moraleja servirá de elocuente epílogo a cuanto dejo escrito.

Es el caso que representaban varios estudiantes una comedia en un lugar de estas Indias españolas, allá por los tiempos de la guerra de la Independencia, comedia en que figuraba un rey. El alcalde del pueblo, que asistía al espectáculo, era un realista, intolerante y fanático, en extremo celoso de los fueros y prerrogativas reales. Como viera, pues, que al que hacía de rey le daban el título de Majestad y le rendían todos los homenajes que le correspondían, se le levantó de súbito con la vara en alto, y se fue sobre el improvisado escenario, exclamando ciego de cólera:

—¡Alto ahí! No tolero que en mi presencia se hagan a un estudiante los honores que sólo se deben a mi Rey y Señor Don Fernando Séptimo!...

Y dicho se está que el celoso alcalde habría hecho las mismas que Don Quijote con los titeres de maese Pedro, si los estudiantes no hubieran puesto los pies en polvorosa, con harto sentimiento de los espectadores, todos realistas, pero no tanto como el alcalde.

Debo manifestarle que de ninguna manera habría visto con disgusto la publicación de su carta, que no por el hecho de tener tan enérgica impugnación, deja de ser muy honrosa para mí, por las inmerecidas frases de personal estima que usted me dedica, y por la conformidad de nuestras ideas y propósitos, que allí resalta, en el sentido de procurar la conservación de la lengua en toda su pureza, y combatir los males y extravagancias de un exagerado modernismo. En prueba de ello, pienso publicarla, para corresponder a sus buenos deseos, haciendo uso de la implícita autorización que contiene; y publicaré también ésta, para que sepan al menos los que vean brillar en sus diestras manos la lanza de oro con que acomete al Quijote criollo, que no ha quedado muerto de la lanzada, y conozcan la clase de armadura a que debe su salvación.

Justo y hasta caritativo es ponerle ya fin a esta carta, que por lo larga e insípida, es de aquellas que no pueden leerse sin haber hecho antes votos de humildad y paciencia; pero antes debo decirle para concluir, que cualquiera que sea mi suerte en este lance epistolar, como vencedor o como vencido (lo que

no me toca decidir), siempre será para mí motivo de prez y justa satisfacción haber sido llamado a caballerosa liza por tan bizarro campeón, cuyas preciadas dotes intelectuales reconozco y admiro con toda sinceridad.

Su afmo. amigo y compatriota

TULIO FEBRES CORDERO"

* * *

No resistimos al deseo de agregar algo más relacionado con la crítica y la réplica anteriores. En carta de 7 de agosto de 1907, don Daniel T. Reyes, a quien antes cito en mi contestación a Fortoul Hurtado, aplaude de un todo la anterior defensa del libro y me dice además:

"Para mayor satisfacción de usted debo decirle que el juicio favorable publicado en "La Unidad", periódico que estuvo bajo mi dirección, es del eminente escritor señor don Miguel Antonio Caro, quien me hizo conocer la obra de usted y me recomendó hacer las inserciones que usted anota. Me consta además, que el citado amigo ha tenido la intención de escribirle y comunicarle sus impresiones, y que si no ha llegado a hacerlo, ello se debe a sus casi constantes novedades de la vista y a padecimientos de salud en su familia, causas que se oponen en mucho a su antes prodigiosa y fecunda actividad intelectual".

Otro distinguido escritor colombiano, prematuramente malogrado, don Adolfo León Gómez, al hacer el juicio de la obra en su periódico "Sur América", dice al comienzo: *"No se lee, sino se devora esta interesantísima novela escrita con galano y elegante estilo, correcta forma y agudo ingenio. Es una sátira finísima, chispeante y amena".*

Y el talentoso Max Grillo, citado en mi carta como impugnador de la obra, a quien enviamos al folleto contentivo de nuestra defensa, nos escribió el 25 de mayo de 1907, comunicándonos hidalgamente la favorable impresión que le produjo dicha réplica. *"Cualquier otro escritor —nos dice— de menos serenidad y bondadoso corazón que usted, habría sentido resquemor desagradable al leer lo que escribí en "El Correo Nacional" acerca de su libro "Don Quijote en América". Estuve sin duda acre en el juicio que me permití hacer de su obra tan aplaudida por autoridades en la crítica: mas usted que es muy inteligente y sereno, comprendió que, si desacerté en mis opiniones, no puse mala fe en lo escrito. Me encuentro, pues, en el deber de dar a usted mi agradecimiento, porque no me conserva ninguna mala voluntad".*

Pudiéramos agregar muchos otros juicios autorizados, por extremo favorables a la obra, posteriores a la preinserta defensa, escritos dentro y fuera de la Venezuela, pero sería esto agotar la paciencia del lector, si ya no lo estuviere con lo que

dejamos escrito, demasiado extenso para prólogo de un libro tan pequeño.

A pesar de opiniones tan explícitas y valiosas, no consideramos la obra exenta de reparos, desde luego que la crítica literaria, que halla agarradero aun en libros muy bien lustrados y pulidos, con doble motivo ha de hallarlo en los que, como el presente, carecen de ese lustre y pulimento; pero nos consuela la convicción de que por más tajos y reverses que pueda recibir nuestra obra, siempre quedará de ella algo indestructible, algo así como una tosca columna de piedra nativa, sosteniendo en alto la simpática bandera de un criollismo puro e intenso, salvadora enseña para los pueblos hispano-americanos en la ruta de su prosperidad y cultura.

Mérida — 1930.

ACLARACION

(Prólogo de la Segunda Edición)

Entre los reparos críticos hechos a “Don Quijote en América”, hay uno muy fuera de razón y hasta risible, cual es la infundada suposición de que el autor, a humo de pajas y sin ton ni son, haya querido poner en escena a Don Quijote y Sancho, pretendiendo audazmente continuar la obra de Cervantes, como en otros tiempos lo intentara, con mejores títulos, el famoso Avellaneda.

Es claro que si esto fuere cierto, muy justa sería la crítica, y tanto, que no solamente los entendidos en la materia, sino cualquier hijo de vecino tendría derecho de subirse al campanario del templo de las letras, para tocar a rebato, amotinar la literaria grey de aquende y allende los mares, y lanzarla contra el sacrílego profanador del gran libro cervantino.

Pero no hay tal, queridos lectores: ni remotamente ha tenido el autor tan insensata pretensión, y es muy otro el pensamiento que campea en todas las páginas del libro.

La obra inmortal de Cervantes es como un río grande y majestuoso, que corre desde hace siglos, deleitando al mundo entero con la pureza y saludable virtud de sus aguas; y este Quijotillo criollo, no es sino una simple acequia de regadío, derivada de aquel amplísimo cauce, con el sano con el sano propósito de llevar esas mismas aguas a un nuevo campo, necesitado del provechoso riego de la crítica.

No se requiere mucho vuelo intelectual para comprender que no sólo gran audacia, sino ridiculez extrema sería emprender la continuación del Quijote: lo primero, porque el Quijote es obra del genio, obra acabada e intangible, y, de consiguiente, incontinuable; y lo segundo, porque aun cuando admitiese añadidura, trabajo sería de otro genio, que no ha nacido ni se espera que nazca pronto, pues ingenios como el de Cervantes, valiéndonos de la expresa de Solís, son de aquellos que producen tarde los siglos y tienen raros ejemplos en la historia.

Lo que si puede emprender cualquier escritor bien intencionado, por criollo y humilde que sea, sin nota de audacia ni ridiculez, es el trabajo, no tanto literario, sino moral y patriótico, de aplicar la crítica cervantina como correctivo de vicios y preocupaciones reinantes en lugar y época determinados; puesto que siendo Cervantes uno como gran pontífice y

legislador del arte crítico, no puede haber atropello ni desacato alguno en aplicar a casos concretos su ley y su doctrina, donosamente personificados en Don Quijote y Sancho.

“Don Quijote en América” no ha nacido de un vano desco de gloria ni de renombre, sino de un acto sincero de buena voluntad: en su composición, más ha trabajado el corazón que el entendimiento. Así es que no es obra de aspiración literaria, sino obra de intención patriótica: es la aplicación del legendario Quijote como correctivo de un mal que nos aflige, muy generalizado en Hispano-América, que consiste en el menosprecio de lo *criollo* y la servil imitación de lo *extranjero*; mal que se encubre bajo la capa de un progreso superficial, y que acabará por desnaturalizarnos del todo, privándonos de creencias, carácter, tradiciones, costumbres, industrias y cuanto de antiguo forma nuestro patrimonio de raza y nuestro distintivo señorial. Y toda esta inmensa pérdida ¿en cambio de qué? en cambio de vestir una abigarrada librea, para ir detrás, siempre detrás del extranjero, convertidos en dóciles lacayos.

Este mal funesto, que se apodera de la juventud y cunde en el pueblo, tanto más perjudicial porque seduce y cautiva con brillantes apariencias, necesita un remedio popular y heroico: necesita aplicarle el cauterio del Quijote.

A este punto principal, de interés hispano-americano, se dirigen todos los hilos en la trama de esta novela: y si el examen crítico debe ir siempre al grano, al fondo de las cosas, a este punto principal deben dirigirse sus juicios, antes que andarse por las ramas, dando motivo para creer, en este caso, que no obedece la pluma a las reglas del arte, sino al refrán que dice: quien se quema, sopla.

Harto satisfechos estamos, sin embargo, del éxito alcanzado, por la buena acogida del libro entre los doctos y el público en general; y bien quisiéramos, en señal de nuestro aprecio y agradecimiento, publicar aquí los juicios honrosísimos que sobre él se han hecho dentro y fuera del país, así por la prensa como en cartas particulares, pero siendo muchos y autorizados los más por personas muy competentes en ciencias y letras, nos detiene el temor de que no se atribuyese a tal su publicación, sino a desquite de la tacha que hemos rebatido, o a vanidoso alarde de los aplausos prodigados a la obra, cosas muy ajenas de nuestro carácter.

Debemos, sí, reiterar la expresión de nuestra gratitud al excelentísimo señor General Cipriano Castro, Presidente de la República, por la honorífica y generosa protección que espontáneamente dio a la obra tan luego llegó a sus manos, lo que contribuyó en mucha parte a que pronto se agotase la primera edición, y nos viésemos en la necesidad de emprender la segunda, que ahora ve la luz, corregida de los yerros advertidos, en la esperanza de que el lector vea con ojos de piedad los que todavía le quedan, que no son, de seguro, los de menor cuantía.

EL AUTOR.

Abril de 1906.

ADVERTENCIA DE LA PRIMERA EDICION

Primeramente te suplicamos, lector, que no juzgues este libro sólo por su título, sino que antes lo leas desde el principio hasta el fin, porque de lo contrario nos calificarías injustamente de atrevidos y presuntuosos.

Este Quijote, aunque el mismo de Cervantes en espíritu y en verdad, es muy otro en cuanto a la manera de manifestarse. No lo hallarás aquí armado de pies a cabeza y caballero en Rocinante, buscando aventuras por los caminos y haciendo jurar a los vencidos la sin par hermosura de su Dulcinea. Nada de eso: ahora va por otros caminos y con otros pensamientos.

Hemos escrito lisa y llanamente, teniendo a la vista moral y materialmente el mundo en que vivimos, la hermosa tierra latino-americana, de suerte que no hemos sacado de canteras extrañas el material de la obra, ni adornado nuestro pobre estilo con flores exóticas.

En resumen, lector, aquí hallarás lo sobrenatural y fantástico en un caso raro de hipnotismo, que en otros tiempos habría sido calificado de encantamiento; y lo real y tangible, en cuadros de costumbres descritos al natural, pero realismo honesto, muy diferente de ese otro realismo, que por desdicha campea en los cuentos y novelas de la época, que más sirve para despertar o enardecer las pasiones, que para reprimirlas o moderarlas.

Para la explicación de ciertos sucesos, conviene advertir que esta novela corresponde a la última década del siglo XIX, en cuyo tiempo trazamos su plan y la empezamos a escribir, pero causas que no interesa exponer nos obligaron a suspenderla, hasta ahora, en que la damos al público con motivo del tercer centenario de la publicación del inmortal Quijote.

Una cosa puedes decir, lector sensato, en acabando de leer el libro, y es esta: "El argumento nos parece bueno, pero es lástima que no haya sido tratado por pluma más galana e ingeniosa". En lo cual dirás la verdad; y en este conocimiento, sólo nos resta suplicarte que hidalgamente perdones los defectos de la obra, en gracia de la sana y patriótica intención con que ha sido escrita.

EL AUTOR

Mérida, Venezuela. — 1905.

DON QUIJOTE EN AMERICA
O SEA LA CUARTA SALIDA DEL INGENIOSO
HIDALGO DE LA MANCHA

JOSE IGNACIO LARES,

Presidente Constitucional del Estado de Mérida,

HAGO SABER:

Que el ciudadano doctor Tulio Febres Cordero, se ha presentado ante mí, reclamando el derecho exclusivo para publicar y vender una obra de su propiedad, cuyo título ha depositado en este Despacho y es como sigue: *Don Quijote en América, o sea la Cuarta Salida del Ingenioso Hidalgo de la Mancha*; y que habiendo prestado el juramento requerido por la Ley sobre propiedad intelectual, le pongo en posesión del derecho que concede la mencionada Ley.

Dada, firmada por mí, refrendada por el Secretario General, y sellada con el sello de la Oficina, en la Ciudad Capital de Mérida, a los veintitrés días del mes de Junio de mil novecientos cinco.—Año noventa y cuatro de la Independencia y cuarenta y siete de la Federación.

(L. S.)

JOSE IGNACIO LARES,

Refrendado.—El Secretario General,

JOSE DE JESUS DAVILA

CAPITULO I

Del gran susto y la extraña aparición que tuvo un pastorcillo de los campos de Montiel

Vagaba un pastorcillo con su rebaño por los celebrados campos de Montiel en la vieja España, y no caminaba ciertamente por fáciles senderos ni por risueños prados, sino por dondequiera que saltaban gozosos los más inquietos cabritillos, ora trepándose a las peñas, ora metiéndose por las malezas o sepultándose en el fondo de los barrancos, alternativas que no cambiaban el buen humor del muchacho, por ser cosa propia del oficio y porque mostraba en su semblante ser de condición apacible y estar ya habituado a los trabajos de su profesión pastoril.

De pronto el pastorcillo detuvo el paso y se quedó en suspenso, porque oyó voces sordas y confusas que salían de la tierra. ¿Quién podría darlas en aquel paraje solitario? Esta natural pregunta que el muchacho se hizo para sí, no tuvo más respuesta que un ¡Dios me ampare! lleno de tribulación y de espanto, que él mismo dio al viento, retrocediendo instintivamente varios pasos. Las voces eran cada vez más fuertes y tenebrosas, y lo que mayor miedo causaba al pastor era que salían del interior de la tierra por entre unas piedras y malezas, donde a la sazón brincaban las cabras de una parte a otra, espantadas a su vez de aquellos gritos subterráneos, que ya no eran sordos ni confusos como al principio, sino voces que claramente pedían auxilio. Cobró ánimo el muchacho, que era muy buen cristiano, y encomendándose a toda la corte celestial, se allegó un poco al montecillo que encerraba el misterio, llevando cogida con ambas manos la cruz del rosario y preguntando con temblorosa voz:

—¿De parte de Dios, decid qué queréis?

Diciendo esto, se quedó clavado en el sitio, esperando oír una contestación del otro mundo, porque creía habérselas con alguna ánima en pena, respuesta que no tardó en recibir, sin saber a punto fijo de dónde partía, pues sus ojos solamente veían las piedras y la maleza. Una voz fuerte y ahuecada le respondió en un tono más propio de requerimiento que de súplica:

—Quienquiera que seáis, hombre o mujer, pastor o viandante, seglar o eclesiástico, allegaos aquí por la abertura que dejan estas piedras, que tengo de pedir os una gran merced.

Por mucho esfuerzo que el pastor hizo para allegarse, no se lo permitió al momento el gran temblor de sus piernas, de suerte que dio tiempo a que tornase la cavernosa voz a requerirle por segunda y tercera vez. Así como

el pastor pudo al cabo vencer el miedo, que es por cierto mayor valentía que ejercitar el valor mismo, se allegó más a las consabidas piedras, rompiendo en parte la tupida maleza que las arropaba, repitiendo con apagada voz lo que antes había dicho.

—Gracias os doy, caritativo cristiano, porque venís a ayudarme en la necesidad que padezco. Buen rato hace que trabajo por apartar las piedras que cierran la entrada a esta caverna. Meted, pues, un palo por esta abertura y haced fuerza para descubrir la boca de ella, que aunque vos no me veáis de fuera, yo os distingo de adentro tal cual sois, pastor amigo, a quien Dios se ha servido mandar por estos sitios como ángel salvador, que me saque de esta misteriosa cueva a la luz del mundo, y me ponga en el camino y ejercicio de las altas empresas para que estoy destinado, según el vaticinio y pensamientos del gran profeta Merlin, sabio entre los sabios, gloria y orgullo de los pasados siglos, y clarísima antorcha de los venideros.

En los cuentos y relaciones que el pastor había oído hasta allí no se decía de ninguna alma en pena que hablase tan largo ni en términos tan extraños, sino que lisa y llanamente pedían lo que necesitaban, bien fuera un sufragio o el perdón de alguna deuda u ofensa, que las librase de las penas del purgatorio, por lo que entendió el pastor que se trataba de un vivo y no de un muerto, y con este caldo de sustancia, acreció su valor y dióse traza al instante de cortar una rama fuerte, aderezar una palanca y apartar la piedra principal que cerraba la boca de la cueva, a tiempo que el cautivo o quienquiera que fuese proseguía en su discurso, ininteligible por completo para el rústico muchacho, cuyos oídos no estaban hechos ni acostumbrados a oír de ordinario sino las pláticas de los cabreros, y en raras ocasiones, las del cura de la parroquia, aunque respecto de éstas, tampoco podría afirmarse que las entendiese sin ayuda de vecino.

Es el caso, y así lo refiere el autor de esta noticia, no muy vieja, puesto que de ello no hace muchos años, que la boca o entrada de la caverna quedó libre, y por ella se asomó la cara más larga y flaca que ojos humanos hayan visto, sobre la cual resaltaban unos bigotes no menos largos y alesnados, una barba que por luenga y delgada parecía un limpiapeines de cerda o de fique, y unos ojos redondos y grandísimos a punto de salirse de sus órbitas. El pastor lanzó un gran grito de espanto, y con la rapidez de un ciervo de monte dio la espalda y salió de carrera, dejando en el campo de la aventura el cayado, el morral y el sombrero, sin dar oídos a las voces que el aparecido le daba desde la boca de la cueva.

—¡Non fuyáis, pastor timorato! Non fuyáis, mi libertador y guía, que ningún mal recibiréis en vuestra persona y bienes, sino más bien el premio de vuestra generosa y noble acción. Volveos acá, que tengo dineros para pagaros, tantos que en muchos años no ganaríais de salario los que ahora mismo podéis recibir de mi mano.

El muchacho, de quien no hemos dicho la edad, la cual sería de catorce a quince años, temeroso de que le siguiese aquel fantasma, dejó el camino que llevaba y se metió por entre unos árboles, sin que el terror de que estaba poseído le hiciese olvidar las prendas que dejaba ni la suerte de su desbandado rebaño. Un tanto recobrado en este escondite, se puso a oír con atención las voces que de la caverna partían, entre las cuales oyó la oferta del dinero, que es remedio de toda pena, incentivo de toda esperanza y resorte principal en todo negocio humano. Fuese, pues, caminando con

muchos rodeos hasta ponerse encima de la peña, bajo la cual se abría la boca de la cueva, y desde este paraje, sólo de las cabras transitado, le dijo al aparecido que pronto estaba para servirle y que le dijese qué otra cosa necesitaba.

—De vos quiero que completéis la obra empezada, pastor afortunado, yendo a cualquiera ciudad vecina a comprarme las ropas que necesito para salir de aquí, puesto que no me obstruye ahora la salida la gran piedra que habéis removido, sino la vergüenza de mi desnudez, que es tan completa como la de nuestro padre Adán. Aquí tenéis dineros bastante para ello y para holgaros vos mismo en el campo y la ciudad como gustéis, porque es mi voluntad que cuanto os reste y sobre de la compra de mis vestidos, lo toméis para vos en recuerdo de mi agradecimiento.

Ante razones tan claras y terminantes, descendió el pastor con las precauciones que le sugirió su no acabado miedo; y es fama entre los cabreros de los campos de Montiel que, como viese primero el muchacho la mano descarnada del aparecido y en ella el puñado de moneda de oro, que acreditaban su ofrecimiento, cuando descendió más y se puso frente a frente de él, no le pareció ya tan feo y espantable su rostro, ni tan cavernosas sus palabras, y que a vuelta de poco entró en amigable coloquio con él, y ajustaron los términos y condiciones de la compra de las ropas y otros menesteres, para lo cual recibió el dinero ofrecido en oro de muy buenos quilates.

En el tiempo que se tomó el muchacho para la ida y vuelta, el aparecido, a medio cubrir con una manta y otras ropillas que aquel le procuró, quedó encargado de cuidar la manada, y en posesión de una rústica y desmantelada choza a donde lo condujo su libertador; la cual no estaba hecha para dormir en ella, sino para que sirviese de refugio en un caso extremo, pero vino a ser de gran socorro y comodidad para el misterioso huésped, sujeto principal de esta historia que ahora no más va en los comienzos.

CAPITULO II

Donde el autor da un salto hacia atrás de trescientos años,
poco más o menos

Con poco esfuerzo de la memoria debes de recordar, lector, que en la agonía y muerte del insigne hidalgo Don Quijote de la Mancha se hallaron presentes el cura, la sobrina y el fiel escudero Sancho Panza; que la enfermedad que lo postró en la cama fue una calentura, que en vez de calentar enfrió para siempre, como entonces se creyó, el aporreado cuerpo del valiente manchego, que asombró al mundo con sus hechos, siendo en todo tiempo, lugar y ocasión, socorro de necesitados, amparo de viudas, escudo de doncellas, reparo de entuertos y espanto de malhechores. Asimismo recordarás cómo el ingenioso hidalgo, durante su enfermedad, durmió de un solo tirón seis horas largas y despertó sano de juicio, abominando los libros de caballerías y todos sus grandísimos disparates; que después de esto se confesó, comulgó, recibió la santa extremaunción e hizo testamento; y que en los tres días que precedieron a su cristiana muerte, entró en un delirio que

daba lástima verlo. Pero en llegando al caso extremo de su fallecimiento, y a las lágrimas de los circunstantes, alza la pluma el discreto Cervantes y no dice más nada, de suerte que la posteridad ignora los sucesos siguientes, y el lugar a donde fue a parar el cuerpo de Don Quijote, no menos que el fin de Sancho Panza.

Todas estas cosas y otras más que adelante se dirán, las dejó escritas Cide Hamete en un apéndice a sus memorias, que no llegó en tiempo oportuno a manos de Cervantes, porque fue hallado después de publicada la segunda y última parte de su libro.

Por el texto de este apéndice se sabe que a la nueva de la muerte de Don Quijote, acudió mucha gente de los contornos para asistir a su enterramiento, el cual se hizo con gran pompa y séquito de muchos hidalgos y personas de toda clase. En el cementerio se quitaron los ropones a la caja mortuoria y se abrió ésta por última vez, de orden del cura, para que todos se cerciorasen de que estaba muerto y bien muerto, como antes había sido declarado por el escribano público, a fin de prevenir en lo futuro plagios o suplantaciones. ¡Vana precaución!

Hallábase entre los presentes un doncel desconocido que procedía de Africa, según se supo, el cual era de noble y gallardo continente y vestía ropas muy finas y elegantes, por lo que mostraba a las claras ser persona de buen linaje, rica y de esmerada educación. No bien hubo visto el rostro cadavérico del famoso caballero, cuando dijo en alta voz para que todos lo oyesen:

—Tengo para mí, señores, que Don Quijote no está muerto sino privado del sentido, y que no es razón enterrarle sin que antes se compruebe y ratifique su muerte por señales más evidentes, no sea que el mundo os haga cargo por la precipitación con que vais a meterle en la sepultura, si por uno de tantos desgraciados errores, resultare que al exhumar sus huesos para trasladarlos a alguna basílica o mausoleo, se notase que no estaban en la posición y compostura que debían tener, sino encogidos y trastornados por las horribles contorsiones que habría de hacer si volviese en sí después de enterrado.

Viva impresión causó en los oyentes el discurso del joven, por ser en realidad cosa muy terrible y de innegable posibilidad enterrar por muerto al que está vivo. Al punto se representaron en la imaginación de cada cual las ocultas y y desesperantes contorsiones de tan atroz suplicio, menos en Sancho, apocado y miedoso como el que más, pero más sensible que ningún otro cuando se le tocaba por el lado de su personal provecho, de suerte que no pudo contener en su ánimo otro muy distinto temor, cual fue el considerar que resucitase su amo y de hecho quedase malograda la manda que le había dejado en el testamento.

—De mi parte —dijo Sancho— creo y lo afirmo por cierto y verdadero que este difunto no tiene ni medio pelo de vida. Yo que con él viví y con él anduve largo tiempo, acompañándole y sirviéndole en todas las ocasiones de a pie y de a caballo, así en la guerra como en la paz, y tanto en el estado de salud como en los trances desastrados, cuando fue molido y aplastado, mas que el trigo entre las piedras, por los enemigos y envidiosos de su fama, hasta dejarle muchas veces por muerto en la mitad del campo; yo, señor desconocido, como quiera que os llaméis, digo y

juro que mi amo y señor Don Quijote está muerto y bien muerto desde la coronilla hasta los pies, y que no se moverá ya más sino cuando el Padre Eterno nos llame a todos al juicio final.

—Ni por el lugar en que nos hallamos, ni por el decoro y respeto de las personas aquí reunidas es propio que os replique, amigo Sancho, en los términos que debiera. Por sí o por no, señores, lo más cuerdo sería que el enterramiento se aplazase para mañana, y que esta noche se velase aquí mismo el cuerpo de Don Quijote, para lo cual yo me ofrezco a hacerlo con los demás que quieran acompañarme.

El médico y el escribano, picados en el honor de su oficio, no recibieron tampoco muy bien la duda sobre la muerte de Don Quijote, muerte que habían certificado en documento público. Estas disidencias alborotaron la comitiva y la dividieron en opiniones, pero prevaleció al cabo la idea del joven, puesto que absolutamente nada se perdía con el aplazamiento. Allí mismo quedó convenido el modo en que debía de hacerse la vela, y se eligieron las personas que debían asistir en el cementerio aquella noche, que fueron, a más del desconocido, tres o cuatro vecinos, servidores muy leales de la casa de Don Quijote, que sinceramente lloraban su muerte.

A la hora de elegirlos, el cura buscó a Sancho, que por su oficio de escudero estaba más obligado que cualquiera otro a servir y acompañar a Don Quijote hasta el último momento, pero el bueno de Sancho, viendo el estado del asunto, y adelantándose en pensar para sus adentros lo mismo que pensó el cura, se apartó de la comitiva y se volvió a la casa mortuoria, so pretexto de avisar a la sobrina de su amo lo que pasaba en el cementerio con el cuerpo del tío, de lo cual se alegró en el alma la cristiana doncella, y con lágrimas en los ojos rogó a Dios que tal sospecha de vida tomase cuerpo de verdad, a pesar de su condición de universal heredera del ingenioso hidalgo, con lo cual probó candorosamente a los ojos de Sancho que en la balanza del verdadero cariño no tienen jamás cabida el interés ni la codicia.

Al toque de oraciones, acudieron al cementerio el desconocido y los vecinos que debían hacer la vela. Eran estos unos sencillos labradores, en quienes toma mayor fuerza el miedo natural que infunden los muertos, y con doble motivo en la propia mansión de ellos, lugar solitario y fúnebro que no se visita de ordinario sino a la clara luz del día. Al verse, pues, solos y de noche, metidos entre los muertos y con un cadáver a la vista, sintieron que les corría por todo el cuerpo el escalofrío del miedo, a tiempo que el gallardo doncel mostraba, por el contrario, una serenidad y valor de todo punto admirables.

La puerta del cementerio quedaba acerca del atrio del templo, lo que aprovechó el desconocido para decir a sus compañeros, ya tarde de la noche, que bien podían salir a dicho atrio a comer y beber lo que llevasen prevenido, porque no era el recinto del cementerio lugar muy apropiado para estimular el apetito ni holgarse con entera libertad en la satisfacción del estómago, invitación que aceptaron con tanto mayor gusto cuanto sin ella pensaban salirse con el mismo pretexto, por lo que les vino la sopa a la miel; y tomando una de las linternas que tenían encendidas se fueron para el atrio con los bastimentos de boca necesarios. No quiso seguirlos el joven, quien les dijo que él solo haría la vela mientras ellos cenaban, valentía de ánimo que sorprendió no poco a los cándidos vecinos.

Si en vida y salud era Don Quijote, como es sabido, enjuto y apergamado fuera de toda ponderación, muy digno del nombre con que él mismo quiso bautizarse, apellidándose Caballero de la Triste Figura, ¿qué tal no estaría después de su enfermedad, amortajado dentro del ataúd? La nariz afilada como un cuchillo, los ojos cavernosos, los carrillos profundamente chupados, la cara, en fin, desde la raíz del pelo hasta la punta de la barba, desencajada y larguísima, de media legua de andadura, como la calificó Cervantes. Con razón, pues, estaban sobrecogidos y aterrorizados los pobres labriegos, que jamás en sus años de vida habían pasado noche más ingrata, en fuerza del puntillo de honor, que no por otra causa aceptaron el oficio de veladores en presencia de la mucha gente que había en las exequias.

A la mitad de la cena irían, agrupados y silenciosos sobre las frías baldosas del atrio, en torno de la linterna, cuando vieron que por la puerta del cementerio, que les quedaba a media cuadra de distancia, salía una extraña claridad que rompía las tinieblas por aquella parte, y seguidamente vieron salir cuatro figuras de penitentes, con ropones blancos que les caían hasta el suelo y con gruesos cirios encendidos en las manos. En medio de ellos iba un caballero armado, en quien reconocieron al punto a Don Quijote sobre Rocinante. Caminaba pausadamente y en sepulcral silencio entre los cuatro fantasmas que lo escoltaban, dos adelante y dos atrás; y en este orden fueron alejándose hasta desaparecer por una de las salidas del pueblo, y quedar otra vez todo envuelto en la más completa oscuridad.

No es para dicho el terror que sobrevino a los labriegos con tal aparición, al grado de que no pudieron tragar el bocado que cada cual tenía entre los carrillos. Por largo rato se estuvieron en silencio, apretados unos contra otros, sin saber qué decir ni mucho menos qué hacer en caso tan medroso y extraordinario. Lo más acertado era volverse al cementerio y averiguar con el desconocido lo que hubiera visto y lo que pensase hacer, pero el miedo y la locura se dan la mano en los desaciertos. Antes que moverse un palmo de donde estaban, esperaron a que el valiente joven viniese a llamarlos, convencidos de que aquello era la prueba más evidente de que Don Quijote era alma del purgatorio, que ya empezaba a desandar en compañía de otras almas necesitadas.

En esta creencia, fue de parecer el más viejo que rezasen un rosario y otras oraciones por el alivio y descanso del celeberrimo hidalgo, piadosa ocupación en que dejaron correr las horas hasta la madrugada, en la cual, viendo que no salía el joven, tomaron la resolución de asomarse a la puerta del cementerio, como lo hicieron, temblando como unos azogados, para llamarlo desde allí por si se hubiere quedado dormido. Diéronle recias y repetidas voces, y no contestó; miraron hacia adentro, y todo estaba en tinieblas, con lo que acreció su espanto de tal modo que optaron por irse sin más espera a la casa del sepulturero, que no distaba mucho, a informarle de lo ocurrido con todos sus pelos y señales.

El sepulturero los oyó con gran sorpresa y salió para la casa del cura a noticiarlo de tamaña novedad. El cura quedó no menos sorprendido, y salió también a la calle en busca del bachiller Sansón Carrasco, y de paso tocó con el alcalde y el escribano; y todos juntos caminaron hacia el cementerio, a donde llegaron cuando ya clareaba el alba. Del desconocido no había rastro alguno, y de Don Quijote, solo quedaban la urna vacía y los

candeleros donde habían estado los cirios. Se mandó en el acto a la casa del hidalgo a averiguar lo que supiesen, y de esta averiguación se puso en limpio que Rocinante y lo sarneses de Don Quijote, también habían desaparecido.

Sorpresa, confusión y miedo, todo ello produjo en el lugar la divulgación del suceso, que dio rienda suelta a los comentarios, los cuales vienen a ser tanto más contradictorios y fuera de quicio cuanto mayor es la oscuridad del hecho que los motiva. Los más ligeros de imaginación llegaron a suponer que el joven desconocido fuese el diablo en persona, o algún sabio encantador de los muchos que había invocado Don Quijote durante el singular proceso de su caballería andante.

CAPITULO III

En que se dice el lugar a donde fueron a parar los cuerpos de Don Quijote y Sancho

No se habían sosegado los ánimos por lo ocurrido en el cementerio, cuando vino a inquietarlos más la nueva de que Sancho había tomado las de villadiego aquella misma noche, y que su mujer Teresa andaba de casa en casa, buscándolo por todas partes, con la pena y angustia que deben imaginarse. La infeliz mujer echaba a todos el cuento de la salida de Sancho a deshoras de la noche, sin decirle con quién ni para dónde iba con tanta precipitación, ni despedirse de ella y su hijos; pero lo que la pobre mujer no pudo saber con tanto ahinco, ahora lo sabrá el lector sin mayor esfuerzo.

Las diez de la noche serían, cuando llamaron con repetidos golpes en la casa de Sancho, quien creyó de las primeras que iban a avisarle que su amo Don Quijote había resucitado, y se confirmó más en ello cuando al asomarse con todas las precauciones del caso, distinguió entre las sombras de la noche la figura del desconocido del cementerio, el cual lo saludó con mucha cortesanía, diciéndole en voz baja, para que dentro no lo oyesen.

—Amigo Sancho, ¿podríais imaginaros qué hace a estas horas vuestro amo Don Quijote?

—Pues qué ha de hacer, sino mantenerse tieso que tieso en el fondo del ataúd, salvo que haya resultado cierto lo que vos sospechábais de que estuviere privado del sentido y no muerto.

—Tan cierto y feliz ha sido el resultado, que ya Don Quijote está no solamente en pie sino caballero en Rocinante, y en camino de la postrera y jamás soñada aventura de las muchas que ilustran su historia.

—¡Por Cristo nuestro Señor! —exclamó Sancho, haciendo la señal de la cruz— ¿y cómo tan débil y aniquilado ha podido salir de viaje, sin que se lo impidan la sobrina, el cura y sus amigos? No diré que mentís, señor desconocido, sino que queréis divertiros con mi credulidad, y vengaros de la respuesta que os dí en el cementerio.

—Ni lo uno ni lo otro, Sancho, y en vuestro interés está dar crédito o no a lo que os digo, y obedecer o no las órdenes de vuestro amo, de quien soy emisario para deciros que lo sigáis ahora mismo, sin previo aviso ni consulta de nadie, no sea que por miedo o torpeza de vuestra parte venga a quedar frustrada a los principios la mayor empresa de su vida, como él la califica desde ahora. Y para que no creáis que es mero ruido de palabras ni vana quimera la importancia de la aventura que acomete, ni la riqueza y honra que de ella espera, os adelanta esta bolsa de dinero, como señal anticipada del cuantioso premio que os cabrá en parte por vuestros servicios.

A la luz de una linterna que el desconocido llevaba debajo de la capa Sancho quedó deslumbrado a la vista del oro que contenía la bolsa, y como no hay cerradura si es de oro la ganzúa, se dispararon por encanto sus temores y se sometió a la voluntad del desconocido, quien le ordenó que al instante lo siguiese para dar alcance a Don Quijote, y continuar todos por el camino que llevaba, tal así como estaba, sin detenerse en aderezar el pollino ni las alforjas, porque de todo iban pertrechados y abastecidos.

Quiso Sancho, por un movimiento instintivo, entrar a despedirse de los suyos, pero no se lo consintió el emisario, sino que prontamente lo obligó a alejarse hasta las afueras del lugar, donde hallaron un criado con dos mulas ensilladas, en que montaron el desconocido en una, y Sancho y el criado en la otra.

A poco andar, el joven dio orden al criado para que sacase de las alforjas dos botas de vino añejo, una de las cuales mandó dar a Sancho, para que la llevase consigo y la catase a su antojo cuantas veces quisiese, y de la otra bebió él y la pasó en seguida al criado para que hiciese lo mismo. Sancho, que a pesar de los dineros recibidos y la fortuna prometida, no iba muy tranquilo en sus adentros, por el misterio con que se desenvolvía aquella aventura, empezando por la resurrección de Don Quijote, cobró ánimo con el primer saludo que hizo a la bota, tan largo y concienzudo, que el desconocido no pudo menos que decirle jocosamente:

—Una de dos, Sancho, o tenéis muy estrecho el tragadero, o el pico de la bota debe de estar obstruido.

—A deciros verdad, señor mío, ambos conductos están amplios y expeditos, y por ellos ha corrido lo necesario para aplacar la sed que traía y celebrar la fausta noticia de que mi amo está vivo y en ejercicio otra vez de su empecinada carrera con buen viento y mejores halagos, porque ya es justo que tope comodidades y tesoros en vez de tantas hambres y palos como ha padecido, no solo en su pellejo sino en el de este su fiel escudero, que no hay para qué recordar de mi parte, después de saldadas las cuentas con mano larga, como lo ha hecho, por lo pasado y lo futuro.

—Cuanto a comodidades, no sé qué deciros, Sancho, de las que os guarde el tiempo, ahora, cuanto a tesoros, son inmensos los que guarda la tierra a donde pasará Don Quijote a ejercitar su sabiduría y preclaro ingenio, tan inmensos que hay trojes de perlas finas como aquí de trigo, y el oro es tan abundante que hasta las herraduras de los caballos se trabajan del precioso metal; y cualquier pelagatos come y bebe en vajillas de oro o plata, como cosa usual y corriente, de donde le ha venido a aquella tierra, que es la más nueva y rara del mundo, el nombre propísimo del *Dorado*.

—Quien pregunta no yerra, y a Roma va; así, quiero que me digáis si dista mucho esa maravillosa tierra de estos lugares, y cuál es el camino y entrada de ella, porque yo, que conozco bien a mi amigo y señor Don Quijote, y lo olvidadizo que es en negocios que no sean de su honor y fama de caballero andante, barrunto desde ahora que habrá de entretenerse solamente en oír cuentos de dueñas doloridas, desfacer agravios y matar gigantes, sin para mientes en cosas de mayor sustento; y por ello quisiera yo ir apercebido con una buena partida de mulas, en qué cargar y traer el oro y las perlas que hallemos a la mano.

—Muy plausible es vuestra previsión, y me duele no poderos informar menudamente sobre los rumbos y calidades de la consabida tierra, porque su misma riqueza tiene cegados a los que han ido a explotarla; y en materia de papeles no vienen de allá sino pleitos y enredos, en vez de mapas y geografías, por ser más fácil y ventajoso imitar a los Crasos y Pompeyos que a los Plinios y Marcopolos. De suerte que en estos reinos solo sabemos que es tierra de mucho oro y de gente salvaje, que pelea con flechas y se adorna de plumas, por lo cual yo os aconsejo, Sancho, que a más de la prevención de las mulas, que es muy racional, deberías también preveniros de baúles enchapados de hierro con buenas cerraduras, porque como aquellas gentes andan desnudas y no tiene ropas ni menesteres qué guardar, claro es que no usan baúles, y os veríais en calzas prietas para poner en seguro y trasportar el oro y las perlas.

—Pues no echo en saco roto lo que me decís, y tal haré al paso por la primera villa o ciudad donde lleguemos, desde la cual me parece bien que escriba a mi mujer una carta, previniéndola de la caudalosa dote que puede llevar mi hija Marisancha, no sea que por ignorancia de lo que sucede caiga en la simpleza de consentir que cualquier mozalbete se le arrime con palabras de matrimonio, porque tiempo vendrá en que yo mismo elija mi yerno, guardando las conveniencias de principalía y nobleza que con buena dote se alcanzan.

Diciendo esto, Sancho vació la bota, y entró en un estado de quietud y silencio, que en breve pasó al de profundo sueño, lo que al parecer no sorprendió en lo más mínimo al joven emisario ni al criado que iba en las ancas de la mula sobre la cual cabalgaba Sancho. Apuraron el paso de las bestias cuanto podía permitirlo la oscuridad de la noche, y pronto dieron alcance a Don Quijote, que iba sobre Rocinante, lo mismo que lo vimos salir del cementerio, pero en vez de los penitentes y los cirios, iban con él dos robustos mozos, caballeros en sendas mulas y armados de palos, que por uno y otro lado caían sobre las ancas de Rocinante. A decir verdad, éste trotaba con algún aliento, debido al socorro de pastos y descanso de silla que tuvo en la heredad de Don Quijote.

No se dice en el apéndice el tiempo que invirtieron en el viaje, ni si les pasó otra cosa digna de relato, hasta llegar al fin y remate de la jornada, que fue la misteriosa cueva del gran Montesinos, donde se apearon al punto el desconocido y los criados que le servían; sacaron una soga que llevaban prevenida, y con ella descolgaron primero a Don Quijote, que aun estaba privado del sentido, dejándole bajar poco a poco, para que no cayese de golpe, hasta dar con él no se sabe si en el tercero, quinto o sétimo pozo de la profundísima cueva. Luego practicaron la misma cosa con Sancho, quien por lo más redondo y pesado, descendió con mayor ligereza.

—¡Bendito sea Alá por tres veces! —dijo entonces con gran satisfacción el gallardo doncel— porque cumplidos están los secretos designios del sabio encantador Merlin, comunicados a mi padre Cide Hamete Benengeli, de que reposéis y durmáis en esta oculta morada, oh, ilustre manchego, acompañado de vuestro adicto escudero, hasta que suene la hora de vuestro reaparecimiento en el mundo, para continuar en el otro hemisferio la obra iniciada en éste, cambiadas las armas y la divisa, en provecho y gloria de aquellas nuevas naciones, que verán comparecer ante ellas al Caballero andante de la Triste Figura transfigurado en el Caballero cosmopolita de la Libertad y del Progreso.

Aquí iba el garboso joven en su final apóstrofe a Don Quijote, cuando lo interrumpió un fuerte y prolongado relincho de Rocinante, que hizo decir a uno de los criados:

—También el rocín le endilga al amo su postrer adiós. Lástima que su merced no hubiera permitido a Sancho venir en su pollino, porque entonces habríamos tenido aquí un lastimero duo de relinchos y rebuznos.

Celebró el doncel el chiste del criado, y dióle orden, como a los demás, de tornar en seguida, rabiando el rocín a una de las mulas, porque con esta prenda debía acreditar a los ojos de su padre Cide Hamete estar cumplido su delicado y peligroso encargo, según y como se lo había cometido; pero antes hizo que los mozos sellasen aquella boca de la caverna con las piedras más grandes que en torno se toparon, a fin de que quedase más oculto y defendiendo tan misterioso palacio.

Variando el camino que habían llevado, y caminando más de noche que de día, llegaron a la costa y se hicieron a la vela para el Africa, donde el árabe Cide Hamete estaba ansioso de su regreso, por lo mucho que le importaba tener en seguro a los principales personajes de su historia. La silla y arneses de Rocinante fueron enviados dentro de una arca forrada en terciopelo y claveteado de oro, a la gran mezquita de Constantinopla; y el espejo de las cabalgaduras, el paciente y flaco rocín, el tiempo que vivió lejos de su patria, que no fue mayor cosa, estuvo en el palacio morisco de Cide Hamete asistido y regalado como el caballo-cónsul del emperador Calígula; y después de muerto, fue embalsamado y puesto en un mausoleo de pórfido y jaspe, en el cual se grabaron de relieve los principales hechos de su asendereada vida, entre ellos la descomunal embestida a los molinos de viento y la paliza que le dieron los yangüeses, con lo cual acaba el apéndice escrito por el mismo Cide Hamete, y pasamos nosotros a otro capítulo, un tanto fatigados del gran salto de tres siglos, dado hacia atrás en obsequio de la mayor claridad de esta historia.

CAPITULO IV

De los primeros coloquios que pasaron entre Don Quijote y Sancho cuando salieron de la cueva de Montesinos

Dejamos al pastorcillo de Montiel en camino, y al aparecido cuidándole el rebaño y dueño de la choza, personaje que a tiro de ballesta habrá reconocido el lector, lo cual nos excusa decirle formalmente quién pueda ser y la causa de hallarse en tan lastimoso estado. En alejándose el muchacho

un buen trecho, o mejor, cuando ya se perdió de vista, volvióse Don Quijote rápidamente a la cueva de donde había salido, y asomándose por ella, gritó con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Sancho!... ¡Sancho amigo!... ya puedes salir sin cuidado.

—Recuerde vuesa merced que estoy en cueros, y que así no saldré ni a palos.

—Ten listas las manos, que voy a echarte un trapillo con que te cubras, mientras nos llega la ropa que he mandado comprar. Sube sin miedo, que por esta abertura entra ya luz suficiente para que pises en firme.

Y Don Quijote echó, en efecto, por la boca de la cueva, un pedazo de trapo que todos los traperos juntos no habrían podido saber a qué género de tela pertenecía, porque en él fallaba la regla de que lo accesorio sigue a lo principal, siendo así que era todo remiendos de punta a punta y de lado a lado, trapo que halló en un rincón de la choza, del cual podría decirse, como de la perrilla de Marroquín, que no era un trapo deshecho, sino un deshecho traposo en figura de calzones. Con este menester tan menesteroso se medio cubrió Sancho y subió hasta la boca de la cueva, donde entabló con Don Quijote el siguiente diálogo:

—¡Por vida de todos los santos y santas del cielo!, mi amo y señor, que estoy cada vez más confuso y atónito de lo que vuesa merced pueda imaginarse por esto que nos sucede. Le ruego de todas veras me vuelva a explicar punto por punto cómo ha sido eso del sueño o encantamiento en que hemos estado, y por qué hemos venido a despertar en lo profundo de esta caverna, sin una hilacha de vestidos ni otros precisos menesteres, porque yo no he entendido jota de sus discursos ni de las grandes mudanzas que me dice haber en el tiempo y en las cosas.

—Antes que otro particular, debo advertirte, Sancho, que no vuelvas a usar esos términos de sueño y encantamiento, ni hablar de magias y hechicerías, porque eso no tiene hoy cabida entre la gente civilizada, sino con los nombres científicos de hipnotismo, espiritismo, sugestiones y otros más que la moderna ciencia les ha puesto, acabando con la ranciedad de aquellos otros nombres tan vulgares, que tuvieron su cuna y fueron usados en los siglos de la ignorancia y la barbarie. Advertido estás, y vuelvo a decírtelo una y mil veces, que los tiempos son otros, otras las costumbres y otros los pensamientos de los hombres; y contra los que sientan y sostengan lo contrario, batallaré sin descanso hasta rendirlos ante el ara del Progreso, que es la antorcha que ahora me guía, y la cual debe brillar en todos los rincones del mundo, y recibir la adoración y sacrificios de todas las gentes, so pena de fulminar contra los rebeldes el formidable anatema de ignorantes y retrógrados.

—Tan mudados deben de estar los pensamientos, que me maravilla no haber oído hasta ahora en boca de tan galante y rendido amador, como fuera Don Quijote de la Mancha, ni una letra siquiera del nombre de mi alta y benemérita señora doña Dulcinea del Toboso, lo que me prueba que ya su merced la tiene en olvido, o que otra gran señora le ha robado el corazón.

—Trabajo me ha de costar, Sancho, ponerte al corriente de mi nueva profesión, y penetrar tus entendederas, que por desdicha son muy pocas, de

los principios e ideas ahora dominantes, que difieren tanto de los que tú recuerdas, como la noche del día. Entonces primaban en los caballeros los sentimientos de honor y la galantería, los actos de valor, la fama de las proezas, el amor a la justicia, los sacrificios por la patria y, en una palabra, el desinterés y magnanimidad en todas las acciones públicas y privadas de su vida. Ahora, Sancho, debemos seguir el espíritu del tiempo, y ajustarnos a otros moldes, porque a los sentimientos del honor y galantería, han sucedido las ideas de libertad y de progreso; a los actos de valentía y fama de las proezas, la habilidad industrial y las empresas científicas; al amor de la justicia, el criterio más provechoso de la utilidad; y al desinterés y magnanimidad en todos los negocios de la vida, la dualidad de conciencia, esto es, una conciencia para lo privado y otra para lo público, tal así como tiene uno dos vestidos, uno para la casa y otro para la calle. No te maravilles, pues, de que no invoque a Dulcinea, porque los espíritus fuertes del siglo no se enamoran, ni andan en platónicos requiebros. Sábelo y apúntalo bien en la memoria: la dama de mis pensamientos, la reina y señora de mi voluntad es únicamente la gran idea, la idea santa y esplendorosa del progreso moderno, por lo cual ya te he dicho que batallaré sin tregua ni descanso, con armas o sin ellas, al raso o en poblado, contra quien haya lugar en ambos hemisferios, contra chicos y grandes, aunque sean príncipes y potestades, pontifices y emperadores.

—¿Y cómo ha podido su merced, en las pocas horas que han pasado desde que despertamos, aprender tantísimas cosas de que no le había oído hablar nunca? —le preguntó Sancho, cada vez más confuso y admirado.

—Eso no lo llegarás a saber en todos los días de tu vida, porque son ciencias ocultas, cosas del mundo invisible, que sólo al espiritismo atañen, y tan ocultas que mueve a risa la candidez del sabio comentador de mi historia Don Diego de Clemencín, y de otros no menos versados que él en ciencias y letras, los cuales achacan a yerros cronológicos del discretísimo Cervantes el que tan pronto fuese yo contemporáneo de Carlo Magno como Don Felipe II, y ahora se asombrarían aun más de que también lo sea del rey niño Don Alfonso XIII. Estas son, Sancho amigo, cosas muy arduas, que los ingenios medianos no pueden digerir, porque han menester moléculas privilegiadas y mucha cantidad de fósforo en las células del cerebro.

—Pero no quiero que se vaya su merced tan alto en sus razonamientos, sino que se baje lo más posible, y me diga las cosas pan pan, vino vino, respondiéndome lisa y llanamente a lo que le fuere preguntado. No pongo en duda que el alma puede estarse por toda una eternidad donde Dios sea servido mandarla, pero no paso a creer que el cuerpo pueda estarse vivo años y más años, sin meterle todos los días cosas de sustento en el estómago, ni estirar los miembros para que no se tullan: los mismo que es de pasmar a cualquiera lo que su merced me ha dicho, de que ya pasaron a mejor vida todos nuestros parientes y amigos y cuantas criaturas conocimos en el mundo, de las cuales no hay ni polvo.

—Bien descubres, Sancho, que no conoces el libro de la historia ni por el forro. Por él sabrías que los casos de hipnotismo son muy viejos en el mundo, y que de este raro privilegio no suelen gozar sino contadas personas, en sus cuerpos vivientes tan sólo, sin extenderse a las cosas inanimadas que les son accesorias, como los vestidos, que el tiempo consume, según nos ha pasado a nosotros. Sin remontar mucho en la antigüedad, tenemos al griego

Epiménides, que durmió en una caverna más de cuarenta años, y despertó lleno de sabiduría y del espíritu de saludables reformas; tenemos también a Federico Barbarroja, emperador de Alemania, gran capitán y destructor de ciudades, que no ha muerto todavía, sino que vive magnetizado desde hace setecientos años en un viejo castillo, situado en la cumbre de una montaña, con los codos apoyados sobre una mesa de piedra, y la barba tan crecida que ha abrazado la mesa y dado nueve veces la vuelta alrededor de ella; tenemos al gran Mameluco, rey o señor de Persia, como quieras llamarlo, dormido o hipnotizado durante novecientos años; y al mismísimo sabio Merlín, que esá dormido bajo una piedra solitaria o en el fondo de una laguna; y al poderoso rey Artur que, según unos, duerme en Sicilia bajo el Etna, y según otros, vive transfigurado en un cuervo, por obra de la metempsicosis, para reaparecer de nuevo en la Gran Bretaña, tomar su cetro y corona, y dar libertad a la infortunada Irlanda, según lo tengo entendido.

—Una cosa voy a suplicarle, mi amo y señor, y es que no se le ocurra hablarme de estas historias en la quietud y silencio de la noche, porque, a según se me ponen ahora los pelos de punta, conjeturo que no podría pegar los ojos ni apartarme un ápice del cuerpo de su merced.

—Pues buen cuidado tendré, Sancho, de no excitar tu miedo a tales horas, porque nada bueno saco de tu estrecha proximidad, sino vituperio para mis narices, como en la mal oliente y desdichada aventura de los batanes. Volviendo al caso que nos sucede, por extraordinario que te parezca, verás que es cosa efectuada y repetida muchas veces; y gracias debemos dar al cielo que nos haya tocado dormir largo en tan honrada mansión como el palacio de Montesinos, y despertar en posesión y ejercicio de nuestros propios cuerpos, porque menos noble y decoroso habría sido que nos hubiera transformado Merlín, como al rey Artur, en algún animal cuadrúpedo, volátil, acuático y rastrero, convirtiéndonos, por ejemplo, a mí en pelicano y a tí en ganso, guardando siempre la ley de las semejanzas.

Mientras Don Quijote hablaba, Sancho tenía puesta toda su atención en una cabra de la manada, que andaba por allí cerca, y la seguía con los ojos por todas partes, codicioso de apagar su sed y saciar su hambre con aquel primer socorro que le deparaba el cielo. Así fue que, cuando Don Quijote le habló de la transformación en ganso, Sancho le respondió al punto, señalándole la cabra y dando un prolongadísimo bostezo:

—Más agradeciera yo al señor Merlín que me hiciese cabrito, para mamar de esta cabra la sustanciosa leche que nos brinda.

Pues yo, sin serlo, ya he satisfecho ese natural deseo, y había olvidado decirte que es el único alimento que por ahora nos conviene, siguiendo los preceptos de la higiene, porque nacemos otra vez a la vida, y estamos en el tiempo preciso de la lactancia.

Y en tanto se encumbraba Don Quijote nuevamente en la historia antigua, por el recuerdo que se le vino a la mente, de Rómulo y Remo, amamantados por una loba, Sancho corrió tras la cabra, que era mansa, y la trajo para que su amo se la tuviese y poder, como lo hizo, prendérsele a chupar desafortadamente, sin dar oídos a las reflexiones y consejos médicos de Don Quijote, quien era de parecer que se fuera poco a poco, y que diera algunos paseos entre trago y trago, a fin de prevenirle contra una aventazón; porque

debe saber el lector que el ingenioso hidalgo tornaba a la vida lleno de una ilustración desmedida. Era un pozo de conocimientos universales, doctor en todas las ciencias, maestro en todas las artes, y reformador de todas las cosas. Se expresaba como un sabio enciclopédico, renegando, eso sí, de lo antiguo, y proclamando lo nuevo, con una tenacidad solamente comparable a la que puso en su olvidada profesión de caballero de armas.

Aquella noche se recogieron a dormir en la choza, que aunque incómoda en extremo, le pareció a Sancho mejor alojamiento que la cueva, desde que supo que era la misma del gran Montesinos, de la cual recordaba cuanto Don Quijote dijo haber visto la vez primera que en ella estuvo, o sea al caballero Durandarte, tendido en el sepulcro, y la fantástica procesión de doncellas, en que iba la grande y fea señora dolorida, con todos los demás encantamientos de que rebosaba la misteriosa cueva.

Entre las muchas advertencias que hizo Don Quijote a Sancho, y los muchos consejos que le dio para la nueva vida que iban a emprender en el Nuevo Mundo, que sería el campo de sus aventuras, le recomendó particularmente que no hablase nunca, ni recordarse por ningún respecto el tiempo ni las cosas tocantes a su primera vida de caballero andante, ni lo que al mismo Sancho concernía como escudero; todo lo cual debía tenerlo por no pensado ni sucedido; y que el larguísimo sueño del que despertaban, por sueño de la imaginación debía tenerlo también, excepto en las íntimas pláticas que entre los dos meramente pasasen, porque aunque eran cosas de todo punto verdaderas, lo extraordinario de ellas, vendría a dar motivo para que el vulgo ignorante los tuviese por brujos, hechiceros o poseídos del demonio, malográndose así el influjo y poder que sobre el pueblo debían de ejercer, para el logro y cumplimiento de sus nuevas empresas.

—Por todo esto, Sancho, te recomiendo y es mi voluntad, que en público no me llames *Don Quijote*, sino *Doctor Quix*, porque cuadra más a mi nueva carrera el título de *doctor* que el de *don*, por la ranciedad de éste, y el apellido Quix, con *x* en vez de *j*, tiene menos apariencia de español que Quijote o Quijano, que es el mío propio. Desecho, pues, la terminación de Quijano, y me quedo con el Quix meramente. Mas, como es natural que las cosas de uso, que ya no sirven al amo, pasen al criado, te hago gracia y merced de dicha terminación, para que la añadas a tu nombre, y en vez de Sancho te llames *sanchano*, siguiendo en esto la honrosa costumbre de los romanos, quienes, en subiendo a emperadores, se la añadían, como lo prueban Diocles, Máximo y Justino, que fueron Diocleciano, Maximiano y Justiniano.

—Con la misma franqueza con que su merced me habla, quiero yo constatarle; y así, le suplico que dejemos quietos en sus tumbas a esos señores emperadores, y a mí me deje con el nombre que el cura me puso en el bautismo, sin ponerle ni quitarle cosa alguna, salvo el título de gobernador que su merced me tiene prometido, y que ahora le recuerdo, por si topáremos en las Indias con alguna gobernación que esté por conquistar en la Tierra Firme, pero escogiéndola de modo que no esté poblada de caribes o indios bravos, sino de gente bonachona y tranquila.

—Razón tiene en recordarme el gobierno que te tengo prometido, del cual habrás de gozar en América con más gusto que el que tuviste en la ínsula Barataria. Creo que nunca como ahora, hayas estado tan cerca de satisfacer tus deseos, porque vamos a correr por repúblicas democráticas, y

no por vetustas monarquías; y debes saber, que en las repúblicas gobierna el pueblo como soberano, de suerte que en dos trancos puedes subir a las alturas del poder, ora sea al cargo de gobernador o ministro de Estado, ora al de representante en los congresos, para lo cual yo te instruiré de lo que conviene hacer, que no es cosa que pueda arredrarte, ni trabajo superior a tus escasas y mínimas facultades. Por ahora, lo más acertado será reposar, porque me tiene molido tanto ir y venir detrás de las cabras.

La media noche sería, cuando Don Quijote, que raras veces dormía, llamó a su antiguo escudero, para comunicarle los intentos que tenía de hacer una reforma radical en la crianza y educación de las cabras, según lo exigían los adelantamientos en las ciencias naturales, porque en las horas que llevaba de ejercer el oficio de cabrero, había palpado el atraso e imperfección en que se hallaba semejante industria.

—No puede ser, Sancho, que todavía exista en el mundo la profesión de pastor, cosa tan rancia y primitiva, que desdice de la cultura y progreso del siglo. En los centros civilizados, donde el hombre excusa a la naturaleza de obrar por sí sola, ayudándola con las invenciones de su ingenio, no se concibe ya cómo pueda resignarse un pastor a errar por breñas y malezas detrás de la manada, dejando que ésta se huelgue y reproduzca a su antojo, sin sujeción a reglas ni preceptos científicos. No, eso es rudimentario, bárbaro y muy propio de los siglos del oscurantismo. Pensando en esto, me he desvelado para ponerle remedio, el cual no es otro sino que los cabreros de estos campos, concertados e instruídos al efecto, formen el primer Congreso Manchego de Cabrería Perfeccionada, en que se discuta y acuerde la fundación de establecimientos cabrios, según la traza y modelos que habré de indicarles, a fin de encaminar esta industria por el rutilante sendero del progreso moderno.

Hizo en seguida Don Quijote la descripción del establecimiento, que tenía entre ceja y ceja, del cual formaría el plano y escribiría la memoria correspondiente, tan luego recibiere los recados de escribir que, junto con las ropas, había mandado comprar.

Dicho establecimiento sería de forma circular, y en él podrían criarse y educarse cómodamente cuantas cabras se quisiere, bajo la vigilancia de solo cabrero, el cual viviría en una torre levantada en el centro del edificio. Una gran campana, colocada en la misma torre, indicaría las horas en que las cabras debían dormir, comer, beber, saltar, ser ordeñadas etc., todo automáticamente, por medio de un teclado eléctrico, en el cual estarían escritas las palabras que a cada uno de estos actos concierne, de suerte que el cabrero no haría otro oficio ni movimiento, para gobernar la dócil manada, sino tocar con el dedo la respectiva tecla, lo que le permitiría llevar allí mismo con minuciosidad la estadística cabruna, con expresión de la edad, señales fisonómicas y carácter de cada individuo, y aun dedicarse en la biblioteca del establecimiento al estudio de los más intrincados problemas, tocantes a la selección de las especies animales y al progresivo mejoramiento de las razas.

A la luz de un encendido mechón de paja, con que Sancho le alumbraba, Don Quijote, a medio vestir, trazaba con la punta del cayado sobre el suelo desigual de la choza las líneas del plano, señalando los puntos donde debían construirse los establos, las fuentes, los almacenes para el pasto, los estan-

ques para la leche, los salones para la biblioteca, archivo y demás oficinas, el lugar excusado para las cabras y la torre central de la maquinaria.

Con tal certidumbre hablaba Don Quijote y trazaba en el suelo lo que su exaltada imaginación le sugería, que Sancho no tuvo reparo alguno que hacer, sino más bien quedarse mudo de admiración ante aquella máquina maravillosamente combinada, en que todo estaba previsto, todo calculado, pesado y medido con una exactitud matemática, porque hasta la siembra corte y transporte de los pastos, así como la hechura de los quesos, la matanza de los cabros y la salazón de las carnes, todo se hacía con sólo tocar el teclado eléctrico. Lo único que se atrevió a observar Sancho fue que cuando el cabrero maquinista se pusiese a escribir o estudiar, encaramado, en su torre, no lo podría hacer en quietud y silencio, por el continuo balar y berrear de tantos miles de cabras, a lo cual le contestó Don Quijote:

—No balarán ni berrearán, Sancho, sino todas en concierto, y cuando el cabrero mueva la teclara del berrido; y esto mismo lo harán acorde, según el tono y diapasón que la misma máquina les de en cada caso, grave o agudo, piano o forte, al gusto musical del cabrero.

En estas pláticas y altos pensamientos les sorprendió la luz del alba, y los primeros y desacordes balidos de la manada que Don Quijote tenía a su cargo; y de pastor primitivo lo dejaremos, para seguir al muchacho en la compra de las ropas y otros menesteres.

CAPITULO V

Del inesperado amigo que el pastor halló, y lo que juntos hicieron en la ciudad

El muchacho se fue derecho a una de las ciudades vecinas, cuyo nombre corre disputado entre los cronistas, unos que fue la propia de Montiel y otros la de Alcaraz, que ambas tienen su asiento en la provincia de la Mancha; y por el camino iba cavilando sobre lo que mejor le convendría hacer, si echar el cuento de lo que le había sucedido, sin quitarle ni una coma, o guardar silencio, no fuese que se alborotasen algunos curiosos o entrase en sospechas la justicia sobre aquel aparecido y el lastimoso estado en que se hallaba, viniendo por uno u otro motivo a malogrársele la ganancia que le iba en el asunto.

Optó lógicamente por tenerse la lengua, en resguardo de sus dineros, y repasando en la memoria, las cosas que debía comprar, rindió felizmente la jornada, y fue a alojarse en una posada de tres al cuarto, casi en las afueras de la ciudad. El posadero no lo recibió, como debe suponerse, con mucho halago, por la poca ganancia que le prometía el pastor, pero cuando éste le averiguó donde podría comprar algunas ropas y otros menesteres, cambió de semblante, volviéndose al punto en sonrisas y atenciones la frialdad e indiferencia que hasta allí le había mostrado.

—¿Y qué clase de ropas quieres?

—Un vestido completo de *turista* y otro de criollo, una cartera grande de viaje, un mapa de América y recados de escribir.

—Vamos por partes, muchacho, que todo eso no lo podrás conseguir en un solo lugar ni en tan breve tiempo. Además, no atino en cuál pueda ser ese vestido de *turista* que dices.

—*Turista* o *torista*, me dijo el dueño del encargo, y aunque yo le repliqué que no lo conocía, ni lo había oído nombrar, él insistió, diciéndome que no lo sabría yo, por ser un pobre rústico pastor, pero que acá en la ciudad cualquiera persona lo entendería con sólo nombrarlo.

Un maestro de escuela, amigo, compadre y vecino del posadero, que a la sazón se hallaba presente, intervino en la conversación, picado de la curiosidad y por ser la persona más leída del barrio, a quien de derecho competía esclarecer el punto.

—*Torista* y no *turista* ha debido decirte, muchacho.

—Pero quedamos en la misma, compadre —dijo el posadero— porque tampoco se yo lo que sea *torista*

—En verdad, compadre, que es nuevo el término, pero yo sí lo entiendo, y se del vestido de que se trata, puesto que *torista* y *torero* valen en gramática lo mismo, porque las terminaciones *ista* y *ero* suelen usarse indistintamente en las voces que denotan alguna profesión u oficio, como se ve en guitarrista y guitarrero, cuentista y cuentero, camarista y camarero, trapacista y trapacero, y en otros vocablos más, que aunque no siempre sean rigurosamente sinónimos, están formados sobre una misma raíz. Con la autoridad de la Academia, creo, pues, que lo que este muchacho solicita es un vestido de torero.

Ante una disertación tan magistralmente hecha, quedaron convencidos el posadero y el pastor de que en aquello no había la menor duda; y pasaron a considerar el segundo vestido, que debía ser de criollo, en el cual no atinaron tampoco.

—Si dijere de indio —observó el maestro— el punto era claro, porque el vestido que éstos usan está pintando en las geografías e historias, y se reduce a un guayuco o pampanilla en la cintura y una coraza de plumas en la cabeza, pero el criollo de América, no se como vista en su tierra.

—¡Cata! —dijo el posadero— ya tenemos quién pueda aclarar el punto, hablando de esto con el prisionero cubano, llegado en estos días, que sabrá de seguro cómo visten los criollos, con mayor razón siendo sastre de oficio.

Entre los pocos huéspedes que había en la posada, figuraba efectivamente un criollo, tomado prisionero en la isla de Cuba, que se hallaba muy maltricho en España. Rayaba en los veinte años, de varonil continente y agraciado semblante. Ardía en sus ojos la centella revolucionaria, cada vez que de Cuba se trataba, aunque no era cubano, en realidad, según lo había manifestado, sino de Tierra Firme, pero tan discreto en sus opiniones políticas, que nunca se escapaba de sus labios palabra alguna que pudiese provocar inútiles y peligrosas discusiones sobre la independencia de aquella colonia, última de España en Ultramar.

¿Qué hacía en la Mancha este joven aventurero? Ganarse el pan, cosiendo en una sastrería y contar amargamente en su corazón las muchas leguas que lo separaban de su hermosa tierra. Suspiraba de continuo por el ansiado día en que la suerte le deparase medio de volverse a ella, retorno que veía muy difícil y tardío, siendo esta la causa de su mayor tristeza, y lo que le

obligaba a correr de ciudad en ciudad y de villa en villa, a la buena ventura, aguijoneado por la esperanza de hallar algún compatriota que le sirviese de amigo y compañero en su destierro.

No estaba a la sazón el joven en la posada, pero quedó advertido el pastor de que con él conseguiría el vestido de criollo que deseaba. Por su parte, el posadero le averiguó lo que más le importaba saber, si llevaba los dineros necesarios para las compras y sus gastos, y a vista de las monedas de oro, que le vio sacar del bolsillo, se ofreció gustoso a ayudarle en persona a buscar el vestido de torero y las otras cosas, entre las cuales había olvidado el muchacho incluir una escuadra, un compás y una medida métrica, olvido que subsanó allí mismo, recomendando al posadero para que también los comprase cuando saliese a la calle.

Queda dicho, y aun sin decirlo, por entendido debe darse, que el nuevo huésped vino a ser objeto de especiales agasajos. A falta de otro mejor alojamiento, por ser la posada muy estrecha, el posadero lo acomodó en el mismo cuarto donde dormía el joven criollo, de suerte que cuando éste tornó a la posada, se halló con aquel inesperado compañero, que le habló con su natural sencillez y rusticidad del objeto de su viaje, y del vestido que él podría venderle, según lo habían informado.

—¡Un vestido de criollo! ¿Quién te ha hecho ese encargo, muchacho? —le preguntó con vivo interés el joven, cuyo nombre de pila era Santiago.

—Es un secreto —le respondió cándidamente el pastor, sin poder ocultar su turbación.

—¿Y el dueño del encargo te ha dicho que ocultes su nombre?

—No, señor. Yo no sé cómo se llama, ni de dónde ha venido.

—¿Y cómo te has visto con él?

—Porque lo ayudé a salir por la boca de una cueva, que estaba cubierta con piedras y malezas.

Bien fuese porque el pastor se viera comprometido a revelar el secreto, bien porque el joven con quien hablaba le brindase plena confianza, es lo cierto que acabó por referirle punto por punto cuanto le había sucedido, y aun los temores de que pudiese llegar aquello a oídos de la justicia, y provocar sospechas y averiguaciones.

—¿Y contaste todo esto al posadero?

—No, señor: solo le hablé del dueño del encargo, sin decirle dónde está ni qué porte tiene.

—Pues guárdate de decir una palabra más sobre el asunto, porque podrías ser llevado ante la justicia. Yo compraré el vestido que necesitas, y te acompañaré al regreso, pero entiende que si no oyes mi consejo, tanto el aparecido como nosotros iríamos a parar bonitamente a la cárcel.

Abrió el pastor tamaños ojos, y se puso a temblar como un azogado, pero lo consoló Santiago, haciéndole ver que no habría mayor peligro, si él prometía guardar silencio y dejarle a su cargo la dirección del asunto, con lo cual se tranquilizó el muchacho.

A gran dicha tuvieron uno y otro que aquel día el posadero estuviese ocupado en la salazón de un puerco que había matado, y que por esto hubiese aplazado para el siguiente la diligencia de las compras, porque cayeron en la cuenta de que el solo aspecto de las monedas de oro, que eran de siglos anteriores, habría provocado gran curiosidad en él y en cuan-

tos las vieses, por lo que resolvió Santiago pedírselas al muchacho, advirtiéndolo de aquel peligro; y salió él mismo a la casa de un rico comerciante a cambiarlas, aprovechándose de su condición de forastero, y diciendo que eran prendas de un museo de familia, que se veía obligado a gastar para continuar su viaje.

No fue poca la sorpresa del comerciante al examinar aquel puñado de escudos del tiempo de don Felipe II, y cerciorarse de que eran legítimos y verdaderos. Cambiólos de buen grado por escudos corrientes, prometiéndose ventaja en el negocio, y por su parte, Santiago hizo una vía y dos mandados, porque compró el vestido de criollo, eligiéndolo a su gusto, por las medidas que el pastor le indicó, las cuales eran muy desproporcionadas, pues resultaba que tanto el saco como los pantalones, eran más anchos que largos, lo que daba a entender que debían de ser para un hombre rechoncho. Solicitó el sombrero apropiado, los zapatos y demás piezas necesarias para quien no tiene nada sobre el cuerpo; y con este lío y el dinero sobrante volvióse a la posada.

Por si el lector no lo hubiere adivinado, bueno será decírselo. En el aparecido creyó ver Santiago un criollo oculto, acaso algún jefe revolucionario, perseguido o víctima de alguna crueldad; y por ello estaba ansioso de partir, acompañado del pastor, para satisfacer su curiosidad y ofrecerle sus servicios, si fuere necesario, aunque en realidad, estaba confuso y desorientado por los vestidos y cosas que mandaban comprar, en son de preparativos para un viaje a América, según lo había dicho al pastor el mismo aparecido en la plática que tuvieron.

Al día siguiente salieron el posadero, Santiago y el pastor a hacer las compras, pues no quisieron éstos dejar en completa libertad al primero para que solo las hiciese, pensando, con razón, que en negocio tan indeterminado bien podrían rendir las cuentas del gran capitán. No es por cierto cosa dificultosa hallar un vestido de torero en cualquier lugar de España, por lo cual fue lo primero que consiguieron, a poco de haber salido, así como la escuadra, el compás y la medida métrica, que negociaron con un carpintero. Seguidamente solicitaron la cartera de viaje y los recados de escribir; y respecto al mapa de América, el maestro de escuela les vendió el de su uso, que estaba en desuso y acribillado por la polilla.

Arregladas las cuentas de la posada, sin regateo, aunque bien lo merecían, el pastor y Santiago se alejaron de allí por opuestos caminos, para no infundir sospechas, pero luego se juntaron en las afueras de la ciudad, e hicieron rumbo al campo de Montiel, gozoso el uno de verse dueño de varios escudos de oro, riqueza que le parecía un sueño, y esperanzado el otro de encontrar un compatriota pronto a partir para América, que era su sueño dorado.

CAPITULO VI

Donde se relata el encuentro del pastor con Sancho y otras cosas dignas de especial mención

Entre tanto, Don Quijote y Sancho cuidaban de las cabras y tenían graciosas pláticas sobre lo pasado, lo presente y lo futuro, en que era de verse la elevación y grandeza de pensamientos del uno, al lado de la materialidad

e ignorancia del otro. Cuando Don Quijote tocaba en las estrellas, empujado como un gigante sobre el carro del progreso moderno, Sancho se sobaba la barriga, y bostezaba perezosamente, echando de menos su bota, su pollino y sus alforjas. Mucho favor se le haría en creer que por olvido no hubiese averiguado por la bolsa de dinero que recibió de manos del desconocido, la noche de su última salida, que muy presente la tuvo al despertar, y muchos tanteos dio en torno de su cuerpo para ver si la topaba, pero fue vano su empeño, porque Don Quijote, que despertó primero, ya la había tomado para sí, de lo cual advirtió a Sancho, prometiéndole devolvérsela centuplicada, cuando en América estuviesen, préstamo que el fiel escudero le hizo de buen grado, porque no dudó por un momento siquiera de la puntualidad en el pago, siendo aquella remota tierra la misma de las trojes de perlas y las herraduras de oro fino, riquezas que resplandecían de un modo extraño en sus sueños y pensamientos.

Previendo el pastor que no fuese muy presto su retorno, autorizó a Don Quijote para que matase un cabrito, por lo que dispuso mandar que Sancho escogiese uno entre la manada, que fue darle en la vena del gusto, pues ya renegaba y echaba pestes contra la lactancia higiénica, y se las pelaba por comer cosas sólidas. Pero a la hora de la matanza, tropezaron con una gran dificultad, cual era la falta de cuchillo.

—Vete Sancho, a la cueva otra vez, y trae mi espada, que junto a la armadura reposa.

—Me ha dicho su merced que ninguna cosa es tan sagrada como un juramento, y yo juré al salir de esa cueva que no entraría más en ella. Rúégole, pues, no me ponga en punto de hacer una mala acción.

—Bien te cuadraría, Sancho, el título de doctor en artimañas. Comprendo que es tu cobardía y no el temor de Dios, quien te lo impide; pero un juramento como ese, con otro tal se paga: yo juro que en la primera autopsia o embalsamamiento que en América practique, te haré saltar tres veces por encima del muerto, que es el remedio más sencillo y eficaz contra el miedo.

Entre un mal inmediato y otro remoto, no hay duda en la elección. Sancho descubierto en sus intenciones, inclinó la cabeza en señal de que no le quedaba más camino que someterse al juramento de su amo, así como él acataba y se sometía al suyo, y en este predicamento estaba, cuando se le ocurrió salir del mal paso, por medio de otro juramento.

—Como en guerra avisada no muere soldado, yo juro desde ahora para entonces, que no acompañaré a su merced en ese oficio de descuartizar y adobar muertos, y con esto quedamos en paz.

Don Quijote no le tenía miedo ni a los dragones del infierno. Con sereno continente y sin el menor cuidado, volvióse para la cueva, y se entró en ella como Pedro por su casa; y allí lo dejaremos metido, para salir al encuentro de Santiago y el pastor, quienes pensaron por el camino que sería lo más conveniente no presentarse juntos al aparecido, sino que se adelantase solo el muchacho, a rendir cuenta de su cometido, y le hablase entonces del compañero que atrás venía, deseoso de conocerle y servirle en lo que fuese de su agrado.

Cumpliendo este plan, se demoró Santiago entre unos árboles, y se adelantó el muchacho solo, con el voluminoso lío del encargo, cantando de

voz en cuello una de sus coplas favoritas, y al primero que descubrió fue a Sancho, figura nueva para él, no menos espantable que la de Don Quijote, aunque diametralmente opuesta. Advertido Sancho por su amo de la edad y señales del pastor, no bien hubo escuchado su canto y diviéndole a lo lejos, cuando prontamente le salió al encuentro dándole voces de bienvenida y alzando y bajando los brazos en los transportes de su alegría.

El pastor, que no tenía noticia de este otro personaje, supuso por un instante que era el mismo aparecido, pero transfigurado, por obra de encantamiento o del mismísimo diablo, en aquel enano de fea catadura; y sin entrar en reflexiones, soltó el lío y dio la vuelta a toda carrera, para juntarse a Santiago y poner los pies en polvorosa. Cuando éste lo vio llegar, tan demudado y fuera de sí, le preguntó al punto:

—¿Qué ha sido, Dios Santo? ¿Acaso estamos descubiertos por la justicia? Responde, muchacho...

—¡Es otro, es otro! —fue cuanto pudo decirle el pastor, sin que el miedo ni el gran temblor de su cuerpo le permitiesen dar más explicaciones.

—¿Y el lío? ¿Te lo han quitado?

—Lo tiré yo mismo al suelo para correr más ligero, porque el enano se me vino encima tan pronto me vio de lejos.

Y el pastor, repuesto un poco de su gran susto, contó a Santiago lo que había visto; y éste, sin participar por completo del espanto de su compañero, quedóse perplejo y sin saber qué partido tomar, hasta que resolvieron ambos ponerse en asecho, e ir avanzando con el cuidado que el caso requería. Vieron entonces que el enano había tomado el lío, y regresaba con él, a tiempo que el primer aparecido, armado con una descomunal espada, le salía al encuentro; que en seguida platicaron un rato, y juntos se volvieron tomando el camino de la choza, senderos harto conocidos del pastor, al cual le volvió el alma al cuerpo, viendo desvanecida la causa de su mayor miedo, cual era que el enano y el aparecido fuesen una misma persona. Libres ya de este supersticioso terror, cayeron en la cuenta de que, según las medidas, el vestido de criollo debía de ser para el enano.

Reanudó el pastor su interrumpido canto y su desandado camino; y en esta vez, fue el mismo aparecido quien salió a recibirlo y manifestale su agradecimiento, riéndose del inesperado susto que su criado y compañero le había causado, y explicándole a este respecto lo demás que el pastor ignoraba, a tiempo que Sancho, retirado un buen trecho, amolaba sobre una piedra la mohosa espada del Caballero de la Triste Figura, caída del alto y nobilísimo puesto que en la caballería, andante llegó a ocupar, al bajo y degradante oficio de cuchillo de carnicero. ¡O tempora, o mores!

Entróse luego Don Quijote a la choza, provisto del lío, y al examinar una a una las piezas de ropa, para tomar su vestido de turista, subió de punto su sorpresa al hallarse con la chupa y chaleco de terciopelo, color carmesí, la gran faja de seda de vivos colores, la gorra afelpada, y la tradicional capa con los demás adornos y perejiles del traje clásico del torero.

—Hola, pastor amigo, ¿es este por ventura el vestido de turista que me traes?

—El mismo, señor, según lo aclaró y explicó con mucha gramática, un maestro de escuela, que nos dijo que *turista* o *torista* valía lo mismo que torero.

—¡Válgame Dios! y en qué grado de atraso e ignorancia viven esas pobres gentes! Culpable soy yo que debí explicarte punto por punto las condiciones del vestido, pero no lo hice por no ofender ni menoscabar la honra profesional de esos señores sastres y tenderos, porque ¿qué dirías tú, amigo, si el que te pidiese un cabro, a tí que eres cabrero de oficio, tuviese necesidad de describirte como un buffón, todo el animal por entero, desde los cuernos hasta la punta del rabo, dándote a entender con esto, que podrías errar en el nombre y en la cosa, mandándole un cerdo o un venado? Así lo han hecho esos infelices, que aun viven en la sombra del mundo, lejos de la corriente y claridades del progreso. Yo mismo tendré que dar las instrucciones, para que me hagan el traje modernísimo que deseo, y en el ínterin, vestiré el que me has traído, porque sería necedad y vano empeño, que en estos lugares tan atrasados y retrógrados, entiendan lo que es *turista*, cosa que en Francia, Alemania y Norteamérica sabe y comprende cualquier limpia botas.

Dióle cuenta el cabrero del desempeño de su cometido, sin omitir sus temores a la justicia, y la compañía y buenos oficios de Santiago, más los deseos que éste tenía de conocerlo personalmente, a lo cual respondió Don Quijote, que tendría gran contento a su vez de conocer a quien de tal modo lo favorecía con su amistad, pero que no era decoroso que los hallase a medio cubrir, por lo que se apresuró en vestirse, y en llamar a Sancho, para que también lo hiciese, mientras regresaba el pastor en busca de Santiago.

Cuando Sancho acudió, ya Don Quijote estaba vestido de pies a cabeza, con su vistosísimo traje, en el cual relampagueaban las lentejuelas y cordones metálicos. Quedóse por un momento atónito y en suspenso el fiel escudero, y restregándose los ojos, como quien vuelve de un sueño, exclamó, lleno de admiración:

—¡Cuánta riqueza y hermosura, mi amo y señor! En los días de mi vida, jamás lo había visto tan gentil ni tan guapo como ahora. Ah, si mi señora doña Dulcinea lo viese, estoy seguro de que echaría la haba y se moriría de amor por su merced.

—Anda presto, Sancho, y déjate de bromas, que está para llegar aquel caballero anunciado y no es propio que te halle tan haraposo.

A pesar de los esfuerzos de Don Quijote, que tuvo que servirle a Sancho de camarero, costó mucho meterlo en las ropas de criollo, que resultaron estrechas; pero la necesidad de vestirse era extrema y pronto el celeberrimo escudero quedó convertido en un paisano de América, no porque así pareciese, sino porque tal se le antojó a Don Quijote. Algo había en su rara catadura, de banquero de provincia, algo de aldeano vestido de gala, algo de esquimal, algo, en fin, de todo lo ridículo y caricaturesco que pueda imaginarse, y nada, nada de criollo.

Pondérese la viva impresión que causarían en el ánimo de Santiago, uno y otro personaje, cuando se acercó a ellos y los saludó cortésmente. Don

Quijote le contestó con la mayor afabilidad y cortesanía, diciéndole en seguida, con su natural arrogancia:

—Adivino la curiosidad que tenéis de saber quién soy, cosa que vuestro amigo y compañero también ignora: yo soy el doctor Alonso Quix, caballero de la orden del Progreso, ciudadano cosmopolita, instructor y mecenas del pueblo, y reformador de viejas costumbres; y este que aquí veis, agregó volviéndose a su antiguo escudero, es Sancho d'Argamasille, adicto colega, que me sirve de secretario en los negocios políticos, de preparador en el laboratorio químico, de practicante en los casos médicos, de editor en mis obras literarias, y de socio y compañero en todas mis empresas.

Hizo aquí una breve pausa Don Quijote, y luego continuó en estos términos:

Nos hallábamos en el peregrino trance de necesidad que os habrá contado este pastor amigo, por causa de un suceso infausto, nada extraño en la vida de los viajeros universales. No ha muchos días que nos bañábamos en las ocultas fuentes del Guadiana, cuando creció de súbito el río, con tanta fuerza, que no fue parte nuestra ligereza para librarnos de sus aguas impetuosas, y ser arrastradas largo trecho, hasta que logramos ganar la orilla, y poner en salvo nuestros cuerpos, pero no nuestras ropas, que las crecidas ondas se llevaron consigo. Para ocultar nuestra desnudez, y guarecernos de la intemperie, entramos en la cueva de Montesinos; y tanteando aquí y allá, de uno en otro rincón, para examinarla y medirla, ya que la ocasión era propicia, mientras mi compañero hacía de atalaya, en espera de algún socorro humano, descubrí unos huesos áridos, dispersos por el suelo, que de gente me parecieron, y junto a ellos, muchas monedas de oro, por lo que he creído que fuesen los restos de algún perseguido moro, que halló la muerte en su escondite. En posesión de tan rico hallazgo estaba, cuando oí el canto de este pastor, y a grandes voces le pedí el socorro que necesitaba. Lo demás, él os lo habrá contado.

Con tanta naturalidad y visos de verdad habló Don Quijote, que el mismo Sancho estuvo a punto de creer y dar por cierto todo lo que acaba de oír. A la verdad, tampoco nosotros podríamos asegurar que fuese aquello una invención, porque bien podía ser el aparecido uno de tantos viajeros de oficio, como hay en el mundo. Lo que sí aseveramos, es que Don Quijote y Sancho fueron depositados en la famosa cueva de Montesinos, y que de esta mismísima cueva salieron el doctor Quix y su compañero. Que sean éstos unos usurpadores del nombre e historia de aquéllos, es cosa que no nos atañe inquirir ni esclarecer. Por sus hechos se conocerán.

Nunca había visto Santiago un personaje tan extravagante en su figura, ni tan envuelto en el misterio, pero tampoco había hallado hasta allí mayor cortesanía ni amabilidad de parte de un desconocido, porque en seguida de esta presentación e historia, entró con él en discretas y cariñosas pláticas, prometiéndole Don Quijote llevarlo consigo hasta el cabo del mundo, si necesario fuere, y mostrándose muy solícito en averiguar por las cosas de América, como si americano fuese. Con lo cual acabó de ganarse la buena voluntad de Santiago, desvaneciéndose por completo en el ánimo de éste los temores que lo inquietaban de que el doctor Quix fuese un loco rematado, concepto muy puesto en razón.

No había olvidado el cabrero proveerse de buen vino y otras cosillas, para festejar su buena suerte y obsequiar a sus nuevos amigos. Así fue que,

mientras Don Quijote y Santiago conversaban, él y Sancho se ocuparon en aderezar la comida lo mejor posible. El señor d'Argamasille no apartaba un momento la vista de las botellas de vino, que era su lado flaco, si es que cabe alguna flaqueza en el tonel de Sancho. Después de la comida, le preguntó a su amo por qué le había quitado su apellido Panza, y alterado el nombre de su pueblo, a lo que respondió Don Quijote, llamándolo aparte.

—¿No ves, Sancho, que tu nombre anda en la historia pegado al mío? Nombrarte con todos tus pelos y señales sería quedar yo en descubierto. Por la hebra sacarían el ovillo, y esto no nos conviene. Por eso, afrancesando el nombre de Argamasilla, he hecho d'Argamasille, así como yo diré, llegado el caso, que soy de *Manchester*, y no de la Mancha. Además, es cosa demasiado triste, sedentaria y monótona usar siempre de los mismos nombres, lo que viene a contradecir la ley santa del progreso, que exige diarias reformas y mudanzas en los objetos y sus nombres, no menos que en las ideas y propósitos, porque esta continua serie de cambios, es el oleaje sobre el cual flota la nave redentora de la civilización.

Y volviéndose al cabrero, continuó su discurso en estos términos:

—Por eso debe abolirse el oficio que hacéis, porque la edad de los pastores ya pasó para no volver jamás; y os hago gracia y donación del plano y la memoria que estoy formulando, para que sin pérdida de tiempo, convoquéis a vuestros colegas, primero a congreso internacional, para echar las bases de la cabrería moderna, y luego, a juntas locales y compañías anónimas, para emprender la fundación de establecimientos cabríos a la altura de los adelantamientos del siglo.

No es de admirar que el pobre cabrero creyese a pie juntillas en la realización de tan grandes y descomunales mejoras, sino que el mismo Santiago tomase muy en serio semejantes reformas y se deshiciese en sinceros elogios del doctor Quix, autor de una máquina tan complicada como ingeniosa, lo cual llenaba de vanagloria al insigne caballero del Progreso, que ilusionado con este triunfo, no se cansaba de prometerle brillantes y extraordinarias reformas en la vida y costumbres de los pueblos de América, tan luego pusiese la planta en ellos, y empezase su obra redentora de acabar con lo viejo, e implantar los nuevos inventos e instituciones.

Es muy cierto que de médico, poeta y loco, todos tenemos un poco, de donde resulta que cualquier hijo de vecino se cree capaz de dar recetas, escribir versos y cometer locuras, con la sola diferencia de que unos pocos dan en el clavo, y ciento en la herradura.

Concretándonos a las locuras, alguien ha dicho que el mundo es una casa de orates, o un gran manicomio. Tan cierto es esto, que hasta el más cuerdo revienta sin pensarlo por este lado flaco de la humanidad, que de tan variados modos se manifiesta. ¿Qué son en la vida los gustos extravagantes, los caprichos, las idiosincrasias, las pasiones absorbentes, y tantos otros movimientos del ánimo que están fuera de razón? Digan lo que quieran los filósofos, estas son locuras más o menos graves, pero siempre locuras, señal evidente de que al atornillar Dios la caja del cerebro humano, dejó un tornillo a medio poner, y este es el que algunos tienen flojo, y a otros les falta por completo.

Pero no es ciertamente tan temible el loco que a las claras se manifiesta, en sus acciones y palabras, del cual huímos, movidos por el temor de recibir algún daño, o compadecidos de su infortunio; no, el loco más funesto es aquel cuyo tema seduce y cautiva a los cuerdos, ora halagando los sentidos con falaces placeres, ora deslumbrando la imaginación con quimeras y utopías, porque éste gana prosélitos de buena y mala fe, según sorprenda en unos la candidez e ignorancia, o cohoneste en otros las ideas erróneas y las malas pasiones. Para este género de males tiene el vulgo el siguiente alerta: del agua mansa, me guarde Dios, que de la brava yo me guardaré.

Locuras de esta especie, se propagan por contagio, como si fueran una peste, y son en muchos casos origen de la decadencia y ruina de una familia, de una sociedad, y aun de toda una nación, como no sería difícil probarlo con ejemplos sacados de la historia.

El primer tema de la locura de Don Quijote, resucitar la caballería andante, por lo temerario y peregrino, movió solamente a compasión y risa, de suerte que nadie lo siguió en su descabellada carrera de las armas caballerescas, en el modo y forma en que él las seguía y profesaba. Por eso abominó a la postre la lectura de las historias de Amadís de Gaula, Olivante de Laura, Florismarte de Hircania y demás caterva de caballeros andantes, cuando le vino un rayo de luz, que lo hizo comprender su extravío y cambiar de tema, pero no volver al juicio, porque en despertando de su largo y misterioso sueño, como lo dejamos dicho, en vez de guardar el medio que la prudencia aconseja, se fue al extremo opuesto.

Antes batalló por resucitar lo muerto, y hacer figurar en el presente todo lo pasado y abolido. Ahora batalla por lo contrario, por soterrar más y más las cosas pasadas, sólo por el hecho de serlo, purgando el presente de toda ranciedad, para fundar por fas o por nefas, el reinado absoluto del Progreso, sin orden ni concierto en los medios, ni la menor consideración sobre las circunstancias del tiempo, sobre el estado de los lugares, sobre el carácter de las gentes, ni sobre el resultado final de sus reformas.

CAPITULO VII

De cómo viene a ser peligroso el viajar de incógnito

Al día siguiente, Don Quijote se puso en viaje, acompañado de Sancho y el joven prisionero, con harto sentimiento del cabrero, que volvió a la soledad y tristeza de su vida pastoril, sumergido en un mar de pensamientos nuevos para él, y acariciando mil halagüeñas esperanzas para lo porvenir.

Don Quijote, al despedirse, le entregó como presente de gran valía, la memoria y plano ya hechos, en los cuales estaba vinculada la prosperidad de la cabrería manchega. Como recuerdo personal, le hizo también gracias y donación de la enmohecida espada, arma de que no necesitaba en su nueva profesión, por ser instrumento de fuerza y símbolo de barbarie, objeto impropio de un caballero de la nueva orden del Progreso, obligado a defender a todo trance los fueros de la civilización, con sólo las armas brillantes del pensamiento, según lo decía, parodiando el viejo romance caballeresco:

*Mis arreos son las letras,
Mi divisa, progresar;
Mi cama son los papeles,
Mi dormir, siempre pensar.*

Imbuído en estas ideas, no quiso proveerse de coche ni cabalgadura para el viaje, lo que miraba como un obstáculo para dedicarse por el camino a la observación científica en los tres reinos, animal, vegetal y mineral, porque jamás había leído en las revistas y enciclopedias, que ningún sabio ni explorador viajase de aquella suerte, sino a pie, y provisto de los instrumentos y aparatos necesarios para sus experiencias, de los cuales se proveería él también, a su paso por Barcelona, de donde haría rumbo a las Indias.

No es para dicha la curiosidad de las gentes del tránsito, a vista de un torero tan desmesuradamente largo y enjuto. No faltó quien las averiguase en qué parte y lugar, y cuándo iba a ser la lidia de toros, porque Sancho, en realidad, tenía cierta traza de ganadero; pero el doctor Quix caminaba tan absorto y ensimismado en sus altos y esclarecidos pensamientos, que no paraba mientes en los dichos picantes, ni en las risas de los transeúntes, al contrario de Sancho, que más de una vez se montó en cólera por semejantes desacatos a la persona de su amo, crecida siete palmos a sus ojos, con la mudanza de profesión, porque nunca le habían caído en gracia los hechos de armas de los caballeros andantes, a tiempo que la caballería del Progreso, le parecía mil veces más andadera y menos expuesta a mojicones y palizas.

Les sorprendió la noche no muy lejos de una quinta, a la cual se allegaron a pedir posada, porque no había otro recurso. Al punto acudieron al patio de la casa, como a campana tañida, los chicos y las gentes del servicio, avisados de la extraña figura del torero y la no menos peregrina de Sancho, que hacían contraste con la gentileza y buena cara de Santiago.

El dueño de la quinta era un rico propietario, que no puso reparo en concederles hospedaje, llevándolos cortésmente a pieza donde pudieran descansar aquella noche, y allí los dejó solos por un rato, en tanto pasaba él a comentar con la familia la novedad del caso, y disponer lo necesario para el mejor acomodo de sus huéspedes.

Santiago, que no tenía un pelo de tonto, comprendió que mayores serían la curiosidad y la mofa de todos, cuando supiesen que aquel no era torero, sino un sabio doctor y viajero universal, por lo que creyó lo más acertado hablar sobre esto con su amigo.

—Creo, doctor Quix, que por ningún respecto conviene que usted revele aquí quién es, ni para dónde va.

—¿Y por qué, amigo Santiago?

—Porque la curiosidad todo lo invade, y al dar explicaciones sobre el vestido que lleva, lo raro de la especie avivaría los deseos de saber hasta lo más mínimo de su historia, en la cual, me ha dicho el señor d'Argamasille, hay pasajes vedados para el conocimiento del vulgo.

—Admiro tu discreción, y me allano a pasar por torero mientras cambie de vestido.

—No será el primer sabio que viaje de incógnito, y aun creo que mayores atractivos debe ofrecer este artificio a los personajes célebres, que el viajar a cara limpia, conocidos y respetados de todos.

—Hablas como un libro, querido Santiago; y así puedes decir a todos los de esta casa, que soy un torero contratado para una lidia en la ciudad o villa que mejor te cuadre; que Sancho es el contratista, y tú, lo que quieras ser, secretario o revistero de la cuadrilla.

—Y dígame su merced ¿qué llaman contratista? —averiguó Sancho.

—Contratista, Sancho, es en los tiempos modernos un cargo por extremo honroso y elevado, porque es el que rige y sustenta las obras de progreso, concertando con los gobiernos o con los particulares el modo, tiempo, y mutua ventaja de llevarlas a cabo, siendo de tanta importancia su oficio, que sin él vendría a detenerse y quedar en suspenso la máquina prodigiosa de la civilización, así como se detiene y queda en suspenso un reloj, cuando falla o se rompe el resorte principal de la cuerda.

A todas estas, la casa andaba revuelta, y con razón, porque el propietario tenía mucha familia. Era uno de esos cuasi patriarcas, raros en las ciudades populosas y muy comunes en las aldeas y los campos, a quienes Dios concede numerosa prole en breve tiempo de casados, de suerte que sus buenas esposas llegan en ocasiones a mecer dos cunas simultáneamente: la del propio hijo y la de algún nieto. Había, pues, en la quinta viejos, mozos y niños a porrillo, alborotados con la inusitada visita del torero y su comitiva. Los chicos, porque era el primer torero que veían en su vida, y los grandes, porque de la traza y continente de aquél no lo habían visto jamás, ni de bulto ni pintado.

Con el garbo y arrogancia ingénitos en Don Quijote, atravesó, seguido de y del pobre Santiago, los corredores de la casa que estaban repletos de gente, para ir al comedor a la hora de la cena, que fue rica y abundante, más para los dos primeros, por los varios días en que estuvieron sometidos a la rigurosísima lactancia higiénica.

En la mesa estuvo el doctor Quix a punto de romper el incógnito, porque empezó a explanar sus ideas reformadoras, con tanta fuerza y valentía de conceptos, que atemorizado Santiago, le recordó disimuladamente el convenio hecho entre los tres, porque no eran aquellos discursos propios en la boca de un torero.

Si el porte de éste había sorprendido al dueño de la finca, no quedó menos sorprendido al oírlo hablar como un letrado, pero Santiago, dotado de un talento natural admirable, se encargó de explicar esto, diciéndole que antes de meterse a torero, nuestro insigne personaje había hecho estudios completos de filosofía y letras en la Universidad de Salamanca, y que eran su pobreza y carácter inquieto y aventurero, las causas que lo habían obligado a cambiar de carrera, siendo como un torero uno de los más diestros y afamados que había producido la Mancha.

Don Quijote, que en punto a cortesano continuaba siendo la flor y nata de la galantería caballeresca, entró de sobremesa en discreta conversación con las hijas del propietario, ponderando sus gracias y donaires, con palabras tan finas y comedidas, como ellas jamás las habían oído.

—¿Y va muy de prisa en su viaje? —le preguntó una de las más jóvenes con vivo interés.

—Me urge ciertamente llegar a Barcelona, para equiparme allí y tomar pasaje para América, pero por ahora mi mayor prisa está en cumplir vuestras órdenes y serviros en cuanto gustéis.

—Contando con su bondad, quisiéramos exigirle un gran favor.

La madre de la niña, que adivinó la intención de ésta, dijo al punto, volviéndose al torero.

—No hagáis caso, señor, de las palabras de estas niñas, que como no conocen el mundo, ni han recibido instrucción, pueden causaros inocentemente alguna molestia.

—Al contrario, señora mía, huélgome en extremo de que me favorezcan con su amable y graciosa conversación; y lo que modestamente tomáis por un defecto, viene a ser para mí la mayor perfección de su hermosura, cual es el candoroso recato y la ingenua sencillez de la inocencia. Decid, pues, sin rebozo ni encogimiento lo que de mi queráis.

—¡Es que nosotras no hemos visto nunca el juego de toros!...

—¡Niña! —exclamó la madre— ¿te imaginas que este señor pueda darte gusto? ¡Oh, es una impertinencia muy propia de tu edad!

—En habiendo un toro listo, y en permitiéndolo nuestro generoso amigo el dueño de la quinta, juro por el toro de la constelación celeste, que no seguiré camino sin complacer antes el natural deseo de estas hermosas doncellas.

Y Don Quijote, creciendo más de dos palmos sobre la silla en que estaba sentado, interrogó con la mirada al propietario. Hubo un momento de silencio y anhelosa expectativa. En las puertas y ventanas del comedor había espectadores, como si se tratase de un congreso democrático a punto de declarar la paz o la guerra.

La verdad es que aquel era un plan combinado por las niñas y los niños en los pasillos de la cocina, con el apoyo de la servidumbre y el tácito consentimiento de los dueños de la casa. Santiago estaba confuso, en vista de aquel inesperado conflicto provocado por el incógnito, a tiempo que Sancho temblaba en su silla, porque nadie mejor que él sabía de cuánto era capaz su amo en lances arriesgados y temerarias proezas.

—De mil amores consiento en ello —dijo el propietario— pero no veo la manera de suplir los toros y el circo.

—Por eso no, papá, porque aquí está el tío Pedro, que ofrece su toro, y los peones de la quinta, que han ofrecido limpiar el corral.

—Pero, niña, si ese es un buey manso de servicio, que no embestirá nunca.

—Cuánto mejor —dijo Sancho— que sea manso, porque así no necesitaremos de barrera para asistir a la lidia.

—¡Manso no lo quiero yo —exclamó Don Quijote— sino más furioso que el mismo toro de Creta, domado por Hércules! De lo contrario, no despegaré la capa.

—Mire su merced, que cualquier toro es una fiera, y aunque domesticado parezca, tiene la furia guardada por dentro, en espera de alguna ocasión,

como la que ahora se presenta al toro del tío Pedro; y por eso dice el dicho, que el buey manso mató a su amo, y donde menos se piensa salta la liebre.

—Razón tiene este señor en decir lo que dice, porque ese toro tiene la ira reconcentrada, y lo probó no hace muchos días, pues rompió el cabestro y se salió del establo hecho una furia, embistiendo hasta las piedras, dijo la buena señora.

—Es cierto —agregó el propietario— pero después se supo la causa de tal fiereza, que no fue otra sino un abejón que se le había metido por una oreja.

—Pues oye, Sancho —dijo Don Quijote— mañana tú te encargarás de buscar el abejón y metérselo en la oreja, cuando llegue la hora de torearlo, para dar gusto completo a estas discretas doncellas y demás personas de la hospitalaria casa en que nos hallamos.

Todos los presentes, excepto los dos compañeros de Don Quijote, celebraron la condescendencia de éste, y comunicaron la fausta nueva no sólo a los estantes y habitantes de la quinta, sino a los vecinos más retirados una legua a la redonda, para que no se privasen de la improvisada fiesta, con mayor razón por ser domingo el día siguiente, lo que era una dicha, porque no habría menoscabo alguno en las labores y obligaciones de cada cual.

Desde aquella misma noche empezaron los preparativos, con tanto entusiasmo, que raras veces se había visto la quinta tan concurrida; pero el propietario les fue a la mano en los intentos que tenían de trasnochar en estas faenas, disponiendo que todos se recogiesen a dormir, porque tiempo habría de prevenir y combinar las cosas necesarias a plena luz del día, sin que nada faltase.

Santiago llamó a solas a Sancho y le dijo:

—¿Qué cree el señor contratista del aprieto en que estamos?

—Qué voy a creer, sino que son cosas muy propias del doctor Quix, a quien no conoces tú, como yo lo tengo conocido.

—¿Pero ha toreado él alguna vez en su vida?

—¡Válgame Dios!, y no toros, sino leones.

—¡Ha luchado con leones!...

—Como tú lo oyes. Es un hombre endemoniado, que todo lo sabe y todo lo acomete, sin pizca de miedo. De allí que tenga más porrazos y cicatrices en el cuerpo que pelos en las barbas.

—A pesar de su grande arrojo y valentía, que no pongo en duda, lo más prudente sería, amigo Sancho, que usted no ejecute mañana lo que él ha ordenado para enfurecer el toro.

—No me conoces a mí tampoco, si te imaginas que he de darle gusto en tamaño disparate, cuyas resultas podrían dañarnos el pellejo tanto como a él. En fin, Santiago, por ahora lo que más me apena, en sentirme tan pesado, después de haber comido a tres raciones, una para satisfacer en parte lo atrasado, otra para lo presente, y la última, por lo que pueda acontecernos en lo venidero, siguiendo la regla de que la luz de adelante es la que alumbra. Pero a medida que comía, me apretaban los pantalones como cinchón de carga, y uno tras otro han ido reventando los botones como tiros de escopeta.

Santiago estuvo a punto de soltar la risa en las barbas de su hinchado compañero, que a dos manos se tenía los pantalones para que no se le cayesen. En esta actitud caminó Sancho hasta el aposento que les habían destinado, y allí se las tuvo con Don Quijote, el cual estaba contentísimo de la aventura en que se había metido.

—Yo creí de todo corazón que ya su merced estaba curado de estas locuras, y que por la orden del Progreso que ahora profesa, le estaba vedado entrar en lisas y combates, mayormente con fieras, que son el sumo de la barbarie.

—Pues te equivocas, Sancho, y tu equivocación procede de que tienes sobre los ojos la venda de la ignorancia, y no conoces de la misa la media, ni te raya por la mente la nueva doctrina, a que debemos ajustar nuestras obras y pensamientos, en esta época de mayor esparcimiento para el espíritu y mayor actividad de los sentidos.

—Siempre ha de encaramarse su merced por encima de las nubes, cuando me da alguna conseja, y por eso no me aprovecha, ni le tomo sustancia. Así, le ruego, si quiere hacerme partícipe de sus letras, que no principie por lo último, sino por el principio. Haga como los maestros de escuela, que van enseñando a leer principiando por la cartilla, y no por la doctrina, como su merced lo hace, adelantándose a más de lo que el aprendiz puede entender, según sus cortos alcances.

Tiempo vendrá, Sancho, en que te enseñe y pruebe que en eso mismo que dices, cometes error, porque hoy no se enseñan las artes y letras por grados, ni por materias sucesivas, según antes lo quería la lógica, sino conjunta y simultáneamente todas ellas, para que en breve tiempo gane el espíritu una ilustración universal, sin rémoras ni cortapizas de ningún linaje, haciendo de modo que de niño se pase a sabio, tal así como pasa hoy el algodón de su primitivo estado de mota, al de finísima tela, en un abrir y cerrar de ojos, por virtud de las máquinas, que todo lo abrevian y perfeccionan.

—Oiga, mi amo, tripa llena ni bien huye ni bien pelea. Más quiero ahora dormir que altercar con su merced, porque oveja harta, del rabo hace manta. Ya veremos cómo se compone mañana con el toro del tío Pedro, y si tiene máquina para torearlo.

—Lo veréis, Sancho, mas es bueno que temprano te duermas, para que temprano te pongas en pie, y salgas al campo a buscar el abejón o los abejones, porque he pensado que será mejor meterle dos, uno en cada oreja.

—Eso corre por mi sola cuenta; y así, debe prevenir su merced que nadie se entrometa en esta operación, si quiere habérselas con un toro más bravo que los de la plaza de Sevilla.

Santiago, que se había quedado platicando con la familia de la casa, se despidió de ésta, y se entró al aposento donde estaban sus compañeros de viaje, con la inquietud de ánimo que debe imaginarse, por el no esperado y peligroso compromiso en que, sin quererlo, había metido el doctor Quix, cuyas ideas y carácter la parecían cada vez más excepcionales y dignos de atención.

Horas después, reinaba en la quinta el más profundo silencio.

CAPITULO VIII

De la extraordinaria aventura del buey, y el embarque de Don Quijote en Barcelona con rumbo a las Indias

Todo el mundo madrugó en la quinta. No era poca cosa una corrida de toros a domicilio, ni se recordaba que hubiera ocurrido el caso en cien leguas a la redonda, de lo cual estaban complacidos y orgullosos los jefes de la casa, y bailaban en un pie grandes y chicos.

Sobraron ingenieros que determinaran el sitio y extensión del circo, y diesen la traza para hacerlo, formándolo de cañas en la parte más llana y limpia del corral. Con tablas prestadas a las trojes del granero, se hizo un palco de honor para la familia, adornado con mantillas, colchas y pañuelos de vivos colores, amén de las flores y ramas olorosas que se buscaron para engalanar los estantillos de la cerca y hacer vistosas guirnaldas.

Desde la mañana hasta las tres de la tarde, hora fijada para la corrida, fue un llover de gente a la quinta: labriegos vestidos de gala, que iban con sus familias a formar el corro de un espectáculo tan deseado e interesante para ellos, como el juego de toros, histórico torneo, que en todo tiempo se ha llevado de calles las tachas y censuras de ciertos filántropos modernos, críticos de sentido acomodaticio, que so color de moralizar y suavizar las costumbres, acusan de bárbaro al pueblo español, porque lo tolera y lo defiende; y por otro lado no dicen jota del más bárbaro e inhumano pugilato inglés, ni del incalificable linchamiento yanqui, en que no son animales bravíos los que amenazan la vida del hombre, sino el hombre mismo, el ser racional y civilizado, que toma de aquéllos su ceguedad y fiereza, para atacar a sus semejantes, en plena luz del siglo, y a ciencia y paciencia de los pueblos que se precian de ser porta-estandartes de la civilización y del progreso.

El encierro del toro se hizo con la pompa y ceremonias del caso. La casa del tío Pedro no distaba mucho, y a ella fueron todos, al son de flautas, guitarras y tamboriles, a traer el buey, que muy sosegadamente dormía en el establo. El personaje más guapo y gentil era naturalmente Don Quijote, con su elegante vestido de torero y su majestuoso andar. A su lado iba Sancho, y seguían en la marcha las zagalas hermosas, los robustos mozos de campo y la chusma de muchachos.

—Lo más conveniente será, Sancho, que tú hagas el oficio de conductor.

—¿Qué quiere decir su merced?

—Que seas tú quien lleve el toro por el cabestro, y ya dentro del circo, le metes los abejones.

—Acá para entre nos —replicó Sancho, bajando la voz— bueno es que sepa que he cambiado de sistema, porque no he podido conseguir los abejones, y en vez de ellos, me he hecho a una espina, para agujonear al toro por la punta del rabo, cuando su merced me dé la señal del toreo.

—¿Y estás cierto de enfurecerlo por ese medio?

—Tan cierto, que me remuerde la conciencia el verme obligado a hacer semejante cosa, porque me imagino las grandes cornadas que su merced va a recibir, si no se pone a buen recaudo en cada suerte.

—No temas por mí, Sancho, sino por tu propio pellejo, porque si no me enfureces el toro, a fuer de caballero, juro que me vengaré de tí, si por compasión o por miedo dejas de hacer lo que debes, y me privas de la gloria de esta hazaña.

Atemorizóse Sancho y prometió cumplir de su parte lo ofrecido, aunque el toro se llevase en los cachos a su amo y a todos los circunstantes. Tomó en seguida por el cabestro al cachazudo buey, que era grande como una casa, y el paseo tornó a la quinta en el mismo orden y con la solemnidad ya indicada.

Entre gritos y aplausos fue encerrado el toro en el circo, y todos buscaron su acomodo para asistir al espectáculo, codeándose unos con otros y disputándose los mejores puestos, como en estos casos suele acontecer. La banda de música ocupó un tablado hecho *ad hoc*, y el propietario con su esposa, sus hijos y demás familia subieron al palco de honor, y dieron la voz de que podía empezar la fiesta.

Los rústicos músicos tocaron una pieza del país, que se vieron en el caso de interrumpir para atender a Don Quijote, el cual se les acercó y les dijo con gran comedimiento:

—Ruego al señor maestro de la orquesta que cambie la pieza, y en vez de esos aires de tocatas nacionales, ejecute algún trozo selecto de música clásica, como los Meistersanger de Nuremberg, obra de Wagner, o algún pasaje de Haydn, Beethoven o Mozart, que son las melodías únicamente aceptables en los centros civilizados.

—Usted nos perdonará, señor, que no le demos gusto en eso, porque no entendemos nada de nota, sino que tocamos al oído, por mera fantasía.

—¡Qué vamos a hacer! —exclamó contrariado Don Quijote—. Esto nos prueba el grado de atraso en que vive nuestra pobre España. Tocad, pues, lo que sepáis, que vuestra no es la culpa, sino del gobierno, que debiera prohibir tales ranciedades y provincialismos, y fundar en cada aldea o partido un conservatorio de música, donde se enseña al pueblo la ciencia filarmónica extranjera.

Admirados quedaron los músicos de semejante salida del torero, y por darle gusto y respetar su parecer hasta donde les era posible, escogieron en su repertorio la pieza que juzgaron más encopetada, tocándole en seguida la *Jota Aragonesa*, con tanta gracia y entusiasmo, que por toda la redondez del circo resonaron los aplausos, y hasta el bueno del toro volvió la cara hacia los músicos en señal de aprobación.

Don Quijote se adelantó entonces, en dirección del palco de honor, e hizo con gran despejo y dignidad el saludo de ordenanza y la dedicatoria de la primera banderilla. Dirigió luego una mirada arrogante a todos lados, y encarándose al buey, dio la señal convenida.

—¡A la espina, Sancho!

Allegóse éste al buey por detrás, y tomándole la punta del rabo, con gran precaución, le dio una palmada en el anca, lo que animó al bicho a dar algunos pasos, movimiento que tomó Don Quijote por el primer ímpetu de furia.

—¡Ahora, Sancho! —gritó de nuevo a su fiel escudero, que aún tenía al toro asido por el rabo.

Y sin esperar otra cosa, banderilla en ristre, se fue Don Quijote sobre el buey, como una flecha lleno de coraje. El animal, que ve venir sobre sí aquel espantajo, a tiempo que se siente aguijoneado por la cola, en vez de acometer de frente, se espanta de súbito, dando un terrible mugido y llevándose a Sancho en la reculada, con tanta fuerza, que lo derribó patas arriba, y pasando por encima de él, perseguido por Don Quijote, rompió por la parte más flaca del circo, y huyó por el campo, en medio de la confusión y gritos de los espectadores, y las grandes voces que el frenético totero le daba, blandiendo en el aire la banderilla, con la rabia propia de un luchador burlado.

—¡Non fuyáis, cobarde animal!, que necesito toda vuestra fuerza y pujanza, para acreditar mi valor, domándoos en singular combate!...

Unos corrieron tras el toro, otros a socorrer a Sancho, que sin dar señales de vida yacía sobre la arena del circo, y los más se estuvieron absortos y atemorizados ante la trágica actitud y fiero ademán de Don Quijote, el intrépido y temerario Caballero de los Leones, que con medio cuerpo fuera de la barda del corral, echaba rayos y centellas contra el toro, el cual a trote largo se volvió para el establo a continuar su interrumpida siesta.

Santiago corrió a la casa y trajo agua fría, con la cual roció la cara del malaventurado Sancho, quien vuelto en sí, después de un prolongadísimo quejido, miró a todos lados a ver si descubría a Don Quijote, y como no lo hallase, exclamó con voz doliente:

—¡Quiero que me digan si está vivo o muerto!...

—Vivo está, amigo Sancho —le respondió Santiago— pues el toro no ha tirado, sino que ha huído, dejándonos chasqueados y a usted malferido, por lo que es bueno y haga empeño de levantarse, para llevarlo a la cama, donde, donde estas señoras le harán algún remedio, aunque según parece, no es cosa mayor, sino el aporreo de la caída.

Ayudado por los presentes, levantóse Sancho del suelo, y casi en peso lo condujeron a su aposento, a tiempo que el propietario con buenas razones, procuraba calmar a Don Quijote, quien al cabo entregó la banderilla y pasó a ver a Sancho, el cual tenía a la sazón cubierto el rostro con un paño de vinagre, primera cura que le habían hecho, porque el irrespetuoso buey le había puesto la propia trasera en tan nobilísima parte.

—Sancho amigo, cuánto mejor habría sido valerte de los abejones y no de la espina.

—Lo mismo creo yo, porque entonces hubiera el toro desahogado la furia por los cachos, y no por las ancas.

—Pues apúntalo en la memoria para otra ocasión.

—No tenga cuidado, que bien apuntado lo tengo en todo el cuerpo, que me duele más de lo que su merced se imagina, para que pueda olvidarlo en toda la vida; pero quiero decirle una cosa para su gobierno, y es que si en la carrera del Progreso nos topásemos con otro toro, aunque sea más cristiano y humilde que el del pesebre de Belén, yo renuncio desde ahora

el cargo de enfurecerlo, ni con abejones, ni con espinas, ni aun siquiera de palabra, porque el que hace un cesto, hará ciento, y no quiero que me salga otro tiro por la culata.

—Por aquí verás, Sancho, la verdad de lo que tanto te he dicho, que los tiempos son ya otros, y otras las costumbres, y que todas las cosas resultan invertidas y trasmudadas, si no se encarrilan por el camino del Progreso, que es el único que debemos trajinar con paso firme y constante. Observa que la sabia naturaleza ha dado a cada animal los medios de defensa y de ataque: a unos, los dientes y garras; a otros, el aguijón ponzoñoso o el agudo pico; y a los toros y otros cuadrúpedos, los durísimos cuernos, pero el buey del tío Pedro, criado en este oscuro retiro, en este apartamiento de los centros civilizados, se ha hecho partícipe en sus instintos del atraso e ignorancia que lo rodea, y por eso contra todo orden natural, lo hemos visto obrar en un sentido retrógrado, es decir, embistiendo con las ancas y no con los cachos.

—¡Ah! —dijo Sancho lanzando un doloroso suspiro— si me hubiera hecho esa advertencia a tiempo, buen cuidado habría tenido en hurgar el buey, no por el rabo, sino por la nariz, para que su merced le hubiera sacado el lance por detrás.

—En fin, Sancho, estos son casos muy frecuentes en la carrera que profesamos, y debe consolarte saber que cayendo, has subido en la estimación del pueblo, porque has padecido esta caída por halagarlo y servirlo, y no estará lejos el día en que recibas de sus manos el galardón que mereces.

En verdad, mi amo, que no he tenido tal intención en lo que hice, sino que obré por servirme a mí mismo, para librarme de las iras y venganza de su merced, pero estoy pronto a mudar de intención, si en ello me va la ganancia que dice. Conque bien pueda decir a este amado pueblo que me vio caer, que por él solo lo hice, y por él sufre en paciencia y hasta con gusto el culatazo del toro.

—Pláceme, Sancho, ver que ya vas comprendiendo y poniendo en práctica los principios de la filosofía moderna, que así como quieren dos conciencias en el hombre, quieren también dos voluntades, una real y verdadera por dentro, y otra ficticia y convencional por fuera. Si no aquí, donde el pueblo gime todavía bajo el yugo monárquico, allá donde es libre y soberano, en la virgen América, verás premiados tus sacrificios, cuando en ella estemos.

—Nunca desecharé tales premios, pero todo eso está todavía por ver y por venir, y ahora lo que más me consolaría es un quita dolores, porque estoy más necesitado de medicinas que de discursos, y vale más un toma que dos te daré, y obras son amores y no buenas razones.

—¡Oh!, cuánto siento no poder aplicarte ahora mismo la Fierabrasina, con la cual quedaría curado instantáneamente; pero esta medicina no podrá conocerse sino a mi paso por Barcelona, donde la haré preparar en forma de píldoras, en cantidad suficiente para abastecer toda la América.

—Pero dígame siquiera cuáles son las virtudes de esas píldoras, y cuáles sus componentes, por si hubiere aquí con qué hacerlas.

—Sus virtudes y componentes, tú debes recordarlos, porque son los mismos del prodigioso bálsamo de Fierabrás, mudado el nombre en *Fierabrasina*, como que lo prescriben las leyes del Progreso.

—¡Conque esas tenemos! Pues guárdese su bálsamo para quien no lo conozca, que gato escaldado, del agua fría huye, y no será Sancho quien vuelva a meterse entre pecho y espalda semejante torbellino, del cual nada bueno guardará tampoco su merced en la memoria; y por más que lo haga vildoras y le diferencia el nombre, *fierabrava* será mientras exista.

—Estás en un error Sancho, porque juzgas de las cosas de ahora, como de las de antaño. No, los procedimientos del Progreso son más suaves, llevaderos y gustosos.

En este punto llevaban la plática, cuando vinieron a llamarlos para que volvieran al circo, donde se iba a efectuar la segunda parte de la fiesta, que consistía en una suculenta merienda, que el dueño de la quinta había hecho preparar en obsequio de la cuadrilla y los espectadores. A la voz de comida, Sancho olvidó sus males y se sentó en la cama, pero Don Quijote, adviniéndole la intención de levantarse e irse al convite, se lo impidió diciéndole:

—No conviene que te muevas, ni que comas sino cosas muy ligeras, porque tienes la cara muy hinchada, y detrás de la hinchazón vendrá la fiebre, detrás de la fiebre, el trastorno digestivo, y detrás de todo esto, si no guardas rigurosa dieta, vendrá la diarrea; y no siendo mozo, como no lo eres, podría cumplirse doblemente en tu persona el proverbio de las tres ceas, que estás como la espada de Damocles sobre la cabeza de los vientos, a saber: *catarro, caída* y... lo otro, ya dicho con otro nombre, que no hay para que meneallo.

Gran congoja sobrevino a Sancho con esto, y a espaldas del doctor, pidió casi con lágrimas en los ojos, que no olvidasen de llevarle su parte de merienda, sin hacer caso de la severidad médica de su amo, en atención a que se sentía con fuerzas para digerir cuanto le presentasen, inclusive el mismo buey de su mala ventura.

Santiago había hecho grandes amigas con el propietario de la quinta, quien a su vez se había prendado del joven criollo, llegando a tratarse mutuamente con la mayor cordialidad y franqueza, en términos que sin tomar el parecer de su amigo el doctor Quix, Santiago creyó conveniente hablar al propietario de la apremiante necesidad en que estaban de conseguir un vestido de viaje para el torero, el cual llevaba puesto aquél por carecer absolutamente de otro, según le dijo.

—Pues el remedio está a la mano —le contestó generosamente— porque puedo ofrecerle un gabán, un par de botas y un sombrero de fieltro, que apenas he usado una vez de viaje. Respecto a pantalones, me sobra la voluntad de ofrecerle algunos, pero son tales las piernas de vuestro compañero, que dudo mucho le alcance a cubrir siquiera hasta las rodilas.

—Eso no será un obstáculo, porque las botas le cubrirán la falla de los pantalones, mientras algún sastre pueda hacérselos a la medida. Lo que ahora me apena es haberle ocasionado tamaña molestia.

—Es lo contrario, mi amigo, porque dado el carácter de este singular torero, no me hubiera atrevido ciertamente a pedirle la cuenta por el toreo a domicilio, ni su arrogancia y caballerosidad acaso hubieran consentido la aceptación de un obsequio en dinero. Así es que me viene a colmo lo que dices de su vestido, y esta misma noche le haré llevar a su aposento las piezas dichas.

Santiago recibió más gusto con este regalo que el mismo doctor Quix, porque los redimía de los peligros del incógnito y de la curiosidad de las gentes, que irían en aumento a medida que caminasen por lugares más traficados. Por su parte el doctor Quix, caballeroso en todo, aceptó el presente con sumo agrado, y dio palabra al propietario de conservar aquellas prendas de ropa como un fino recuerdo de los días pasados en su hermosa quinta, morada deliciosa, donde reinaban las gracias de la inocencia y las virtudes de la honradez y del trabajo.

En resumen, todos quedaron satisfechos: los habitantes de la casa y sus contornos, porque tuvieron toros, música y merienda, cuando menos lo esperaban; el doctor Quix, porque acreditó su valor y cambió de vestido; Santiago, porque se vio libre del azoramiento y vergüenza de viajar en compañía de un disfrazado, expuesto a la burla y rechifla de grandes y chicos; y Sancho, excepto lo del culatazo, porque merendó a tres raciones, según su costumbre, y porque tuvo la no poca fortuna de que no se le saltasen los botones de la portañuela en esta vez, debido a que Santiago, a fuer de sastre, le sustituyó la botonadura con cordones, a semejanza de una cotilla o corsé de mujer, de modo que podía apretarse o aflojarse los pantalones, según el estado de la panza.

Con extremadas muestras de cortesanía, de parte a parte, se despidieron los viajeros de los dueños de la quinta y su numerosa familia. Don Quijote era otro hombre, por el vestido se entiende: de botas, gabán y sombrero de anchas alas, su figura había variado por completo, acercándose en algo a la del turista que él se tenía clavado entre ceja y ceja. En el bolsillo del pecho llevaba la abultadísima cartera de viaje y en los otros bolsillos repartió la carga de los demás menesteres, sin olvidar el compás, cuyas puntas de hierro le salían afuera como clavos de enmaderar.

Sancho, a más de la maleta de viaje y del cañón de lata en que se guardaba el mapa de América, iba cargado con la descomunal escuadra y la vara métrica, instrumentos sin los cuales, decía el caballero doctor, no podía darse un solo paso en la carrera de la ingeniería mecánica, que profesaba junto con sus otras carreras, como sabio enciclopédico y fervoroso apóstol del Progreso.

Sin contratiempo digno de mención, llegaron a Barcelona, donde el doctor Quix tenía negocios de suma importancia en qué ocuparse personalmente. Entre las cosas que debían formar su equipaje, era lo primero la gran medicina de su invención, destinada exclusivamente a surtir sus efectos en Hispanoamérica. Varios días invirtió en su preparación, asociado a un fabricante de drogas, hasta producir una cantidad enorme de píldoras, distribuidas en muchas gruesas de cajitas de cartón, primorosamente hechas, con dorados y el correspondiente rótulo: *Fierabrasina. Píldoras del doctor Quix*. Cada cajita estaba provista de la receta e instrucciones del caso, en que se decían los prodigios y universal aplicación de dicha medicina, que curaba todas las enfermedades, sin excepción alguna, al menos así debían de creerlo los semi-salvajes en quienes iba a obrar, desde la calvicie hasta los callos de los pies, y desde el dolor de muela hasta el cólera morbo!

Otra de las cosas que compró el doctor Quix, fue un aparato fotográfico, que estrenó en Sancho, con pasmo de éste, que vino a quedar convencido de que su amo era brujo, y muy cierto cuanto le había dicho de las ciencias ocultas y los misterios de su vida. Se previno también de una maqui-

nilla eléctrica y un par de bicicletas, una mediana para Sancho, y otra de altísimas ruedas para él, de las cuales haría uso al saltar en la tierra tropical, sobre el suelo virgen de América, objeto de todos sus pensamientos, tierra de verdadera promisión para la humanidad, refugio de pobres, criadero de ricos, suelo privilegiado, donde toda simiente nace y todo fruto se cosecha, mercado que todos codician, fragua de civiles revueltas, y lugar escogido por el Dios de las naciones para asiento de la futura grandeza del mundo.

Hecho el equipaje con las cosas dichas, y otras muchas que a su tiempo se dirán, tomaron pasaje para Suramérica, embargados por muy diversos pensamientos. Don Quijote creía oír ya, en el ruido de las olas, el lastimero clamor de estos pueblos sedientos de luz y de progreso; Sancho, echado como un plomo en su camarote, veía en su imaginación brillar los montes de oro y romperse el cielo en cataratas de perlas; y Santiago, callado y melancólico, pensaba en su patria. Más de una vez las lágrimas corrieron silenciosas por sus mejillas. ¿Qué sería de su casa y de los seres más queridos de su alma? ¿Qué mudanzas hallaría después de tan larga ausencia? Ya se verá en los capítulos siguientes la causa de su tristeza y de sus lágrimas.

CAPITULO IX

Donde se empieza a contar la historia de Santiago

La provincia de Sanisidro, llamada así por el nombre de su ciudad capital, está situada no muy lejos de la línea del Ecuador, en una de las nuevas repúblicas suramericanas. Es abundantísima de frutos de variados climas y montañosa en su mayor parte. Por esta causa, y por falta de puertos sobre el mar, se ha mantenido en cierto aislamiento con respecto a las provincias vecinas, no obstante su trato y comercio con ella.

A pesar del adelantamiento de las vías públicas en todo el país, sus caminos, con pocas variantes, son los mismos que tenían los indios al tiempo de la conquista. De uno a otro de sus cantones, el tráfico se hace a caballo, ascendiendo o bajando por empinados cerros, cruzando páramos solitarios, o caminando por las márgenes de los ríos torrentosos.

A diez leguas de la ciudad de Sanisidro, está situada la villa de Mapiche, cabecera de uno de los cantones más retirados de la provincia, edificada sobre una montaña altísima, que ofrece en sus faldas ancho campo para la industria agrícola y pecuaria. Vegas llenas de cultivos, prados extensos, siempre húmedos y empastados, clarísimos arroyos, selvas hermosas, colinas cubiertas de verdura unas, y desnudas otras, riscos inaccesibles a lo lejos, confundidos con las nubes, que semejan torres y muros de castillos fantásticos.

La villa de Mapiche tiene de ochocientas a mil almas, y tres pueblos sufragáneos, Peña Negra, las Cocuisas y el Granadillo, situado este último a dos leguas de la villa, pintoresca aldea, de clima más templado y ricas haciendas de café, cacao y cañas de azúcar. El Granadillo se halla más bajo, casi en el fondo de un anchísimo valle, formado por el río de las Animas, que es el principal y más caudaloso del cantón.

Inalterable armonía reinaba entre las familias de Mapiche, las cuales vivían sin lujo ni vanas apariencias, en un estado de comodidad y riqueza no apreciables para ellas mismas, sino para los extraños que tenían ocasión de admirar aquella vida apacible y de inocentes goces, reducida a trabajar honradamente en su oficio cada persona, toda la semana, para descansar el domingo, después de haber cumplido con el precepto de oír misa entera, como lo manda la iglesia, yendo los que vivían en el pueblo a pasear al campo, y al contrario, viniéndose para la villa los que de continuo lo pasaban en el campo, ocupados en las faenas agrícolas.

Un nuevo y castizo poeta extremeño, don José Gabriel y Galán, nos pinta magistralmente ese estado envidiable, en versos que no desdeñaría el mismo Lope de Vega.

*La vida era solemne,
puro y sereno el pensamiento era,
sosegado el sentir, como las brisas,
mudo y fuerte el amor, mansas las penas,
austeros los placeres,
raigadas las creencias,
sabroso el pan, reparador el sueño,
fácil el bien y pura la conciencia.*

Todos medían sus posibles por los rendimientos de su hacienda o su trabajo industrial, sin que entrase jamás en los cálculos de ningún propietario, artesano ni aprendiz, llegar a rico por el camino de la política. Al contrario, se consideraba una carga muy pesada el servicio público, por ser entonces de grave responsabilidad y poco provecho.

Tan insignificantes eran los sueldos, que el secretario del Ayuntamiento, único empleado del cuerpo a quien se pagaba su servicio, ganaba por mes cuatro pesos! El jefe del cantón, aunque era la primera autoridad política del lugar, no ganaba sueldo ni derechos: era cargo de servicio obligatorio y gratuito y por ello no sorprenderá el hecho histórico de cierto ciudadano de Mapiche, que no habiendo comprobado legalmente su excusa, llegó a verse compelido por sentencia judicial a servir el empleo de jefe político, para el cual había sido nombrado.

Desgraciadamente para la fecha a que se refiere esta historia, Mapiche era ya otro: esa generación de hombres, que incurrieron en la *tontería* de servir leal y gratuitamente a su patria, había sido reemplazada por otra, más ilustrada y progresista, que hacía consistir su mayor *viveza*, en vivir a costa del tesoro público. Desde que se aumentaron los empleos y se dotaron con buenos sueldos, la política tomó otra faz: vino a ser negocio apetecible.

Despertaron las ambiciones lugareñas, vinieron las divisiones, las intrigas ante los gobernantes y caudillos que se sucedían en el escenario de la vida pública, la constante inquietud de los vecinos, las rencillas por celos de poder o de influjo, todo con mengua de la contracción al trabajo y del adelantamiento de la riqueza pública y privada.

La aldea de Granadillo, sufragánea y dócil hasta allí, pedía su autonomía, invocando los principios federales. No quería ser menos que Mapiche, y aspiraba a ser cabecera del cantón o vivir independiente.

Nunca se había conocido en Mapiche guardia permanente. Los criminales eran aprehendidos por los ciudadanos, de orden de la autoridad, custodiados en la cárcel algunas horas y remitidos a Sanisidro, a disposición de los jueces superiores. Pero cuando el pueblo vio tantas idas y venidas, tantas vueltas y revueltas en los que ejercían el gobierno, acabó por perder el respeto debido al principio de autoridad, y no vio ya en el magistrado ni en el juez, al hombre de la ley, sino al partidario complaciente, o al enemigo triunfante: y entonces fue menester cambiar el bastón de mando y las varas de la justicia, por sables y fusiles, siempre prontos a hacer respetar por la fuerza los fueros de la autoridad, y contener las rebeliones armadas.

Cierta vez rezaban el trisagio en la casa del vicario de Mapiche, a causa de una fuerte tempestad que se había desatado sobre la villa, entre nueve y diez de la noche. La luz de los relámpagos hacía palidecer el vivo resplandor de las velas de cera encendidas en el altar. De pronto se oyeron recios y repetidos golpes en la puerta de la casa. El rezo fue interrumpido en estos momentos por una fuerte descarga eléctrica, que hizo dar un grito de pavor al vicario y su servidumbre, a tiempo que continuaban resonando los toques en la puerta con doble fuerza.

El vicario mandó abrir en seguida, y una pobre anciana, empapada de pies a cabeza, entró a poco en la misma sala donde rezaban.

—¡Romualda! ¿Qué novedad hay? —Le preguntó el vicario.

—Que lo manda llamar la niña Dolores con mucho apuro —Contestó temblando de frío y de angustia la infeliz anciana.

—¿Con este tiempo?

—Es que se ha puesto muy mala de un momento a otro, y no quiere perder el sentido sin que su merced vaya a verla y auxiliarla.

—¡Santa Bárbara bendita! —Exclamaron todos a una voz, llevándose las manos a la cabeza: otro gran trueno había reventado como un cañonazo, en seguida de un relámpago que los ofuscó a todos.

—Ya ves, Romualda, que es imposible salir con este tiempo. Esperemos a que calme la tempestad.

La anciana, rendida de cansancio y doblemente angustiada, se acurrucó en un rincón de la sala, diciendo con lágrimas en los ojos.

—¡Qué calamidad, Dios mío! ¡Está tan mala, señor vicario, que quizá no vamos a encontrarla viva!

Se reanudó el rezo con más fervor, a la luz de una vela de la Candelaria, encendida en puesto notable. Los truenos y la lluvia torrencial iban calmándose poco a poco, cuando resonaron de nuevo en la puerta varios toques, acompañados de lastimeros gritos.

En esta vez, todos se quedaron en suspenso algunos instantes, y salió el vicario en persona a ver quién era. Un pobre niño lloraba, prendido del aldabón de la puerta.

—¡Santiago! —gritó Romualda, que había salido detrás del vicario, y se precipitó sobre la tierna criatura.

—¡Mi mamá se está muriendo! ¡Corra, corra, mamita!...

—¡Mis zapatones y el paraguas, pronto, pronto! —Gritó el vicario, volviendo al interior de la casa, con una rapidez y energía extrañas de su edad.

Un momento después, guiados por un farol que llevaba Romualda, y dando traspies por las anegadas calles, llegaban el vicario y el niño a la casita

de la moribunda, que estaba en tinieblas. La única vela encendida que había en el aposento, lanzaba a intervalos sus postreros resplandores, reducida a pavezca en un candelero de barro.

La enferma estaba casi exánime sobre el lecho, en medio de una pobreza que oprimía el corazón. Tenía desfigurado el rostro por el terrible mal que desde hacía algún tiempo la mantenía postrada en la cama: era un cáncer. Reanimada un tanto por la mano activa y solícita de Romualda, abrió los ojos con suma lentitud, y al reconocer al vicario, hizo empeño por hablar, pero no pudo.

—Es que quiere darle la carta —Dijo el niño.

—¿Qué carta? —Preguntó el vicario.

—Una que ella tiene aquí debajo de la almohada.

Y, en efecto, el niño sacó de allí un pliego, que puso en manos del Vicario, a tiempo que en el pálido semblante de la enferma se pintaba una triste expresión de inteligencia y alegría: aquel papel contenía su última voluntad.

Dolores era viuda. Recién casada, tuvo la desdicha de perder a su esposo, muerto trágicamente en un tiroteo habido entre bandos eleccionarios. Desde entonces vivió, digámoslo así, uncida fatalmente al carro incendiario de las discordias civiles. El género de muerte que le había arrebatado a su esposo, encendió en su alma, con doble fuerza, la pasión absorbente de la política banderiza, y puso su existencia a merced de los caprichos y bruscas alternativas de ese juego de odios y lisonjas, en que la ganancia es incierta, y muy segura la pérdida del decoro personal, la paz de las familias y la tranquilidad pública.

Y no faltaba razón a Dolores, porque el predominio del bando de sus simpatías, no solo significaba para ella la honra y enaltecimiento de la memoria de su finado esposo, a quien se tributaban los exagerados elogios del estilo enflautado de la prensa política, como paladín heroico, mártir ilustre, brillante apóstol de la causa, etc., sino que le proporcionaba también eficaz alivio en su pobreza extrema, por la pensión que le decretaban, y las consideraciones de que era objeto por parte del gobierno y los particulares.

En cambio ¿qué angustiada y triste se ponía, cuando le llevaban malas noticias! El triunfo del bando contrario era su ruina moral y material. La política juega hasta con la memoria de los muertos. El heroísmo, la abnegación y los sacrificios de su esposo, venían a convertirse en delitos y causas de persecuciones, la pensión quedaba *ipso facto* borrada del presupuesto, y se alejaban de su casa, como por encanto, la mayor parte de los amigos que la colmaban de atenciones y agasajos. Sus propios partidarios llegaron a olvidarla, cuando ya dejó de ser incentivo de las pasiones la muerte trágica de su esposo; y poco a poco fue quedando la pobre Dolores en la amarga soledad de la miseria.

En estas circunstancias le sobrevino la enfermedad que debía llevarla al sepulcro. Miró en torno suyo con profundo pesar, porque no tenía parientes allegados, y solamente vio la noble figura del vicario, padrino de bautizo de su único e idolatrado hijo. Escribióle una carta-testamento, en que lo nombraba tutor de Santiago, y en que recomendaba a éste que jamás se apartase de los consejos del vicario, ni de la compañía de Romualda, exce-

lente mujer que había criado a Dolores desde niña, y criado también a Santiago con doble cariño.

El vicario leyó la carta sin poder ocultar la turbación de su espíritu, ante un cuadro semejante de desolación y amargura. Ofrecióle de todo corazón cumplir con tan delicado encargo, y le dio los auxilios de la religión, con gran piedad, y acompañados de palabras de consuelo y suprema esperanza. Luego se despidió, dejando a la enferma en estado de aparente mejoría.

Las calles seguían anegadas, y las aceras tan resbaladizas, que el buen sacerdote creyó lo más seguro no servirse de ellas, y echar por los empedrados. Iba en lo oscuro, porque la luz de su farol era la única que quedaba alumbrando la casa de la enferma, pero el cielo estaba ya despejado, y una vaga claridad de luna naciente hacía perceptible ciertos puntos blancos en el suelo, que eran pozos de agua, pero que el Santo vicario tomaba por piedras, y pisaba en ellos, mojándose mucho más de la cuenta.

Al volver una esquina, se vio detenido de súbito.

—¡Alto! ¿quien vive?

—La patria, la patria —contestó el vicario.

—¿Qué gente?

Aquí fue el mayor apuro del manso levita. ¡Había tantos y tan repentinos cambios en el gobierno de Mapiche!

—Es el vicario, mis amigos.

—¡Haga alto el señor vicario! ¡Cabo de guardia, a reconocer! —Gritó desgañitándose el centinela del retén.

Muy afortunado anduvo el vicario, primero por que no lo echaron a la espalda, y luego, porque el cabo era un oficial de albañilería, que en esos días le había hecho ciertos reparos en la casa.

—¡El señor vicario por aquí! —Le dijo con mucho respeto.

—Una confesión, Nicasio.

—Pues mire que las cosas están muy feas. Procure llegar prontico a su casa.

—No tengas cuidado, pero de paso debo decirte, que con la lluvia torrencial de esta noche, se abrió de nuevo la gotera de la sala, que tú cogiste, para que vuelvas por allá cuando puedas, a cogerla otra vez.

—Está muy bien, señor vicario, y écheme la bendición.

—Dios te bendiga, Nicasio.

No era la primera que le pasaba al padre Juan, que este era el nombre del vicario, pero él tenía lo que puede llamarse la filosofía del terruño, o sea el dón de sobrellevar prudentemente los usos y abusos de la tierra, que no estaba en su mano corregir ni evitar.

Al día siguiente, murió la viuda. Arreglada la mortuoria, el padre Juan creyó lo más conveniente llevarse para su casa a Santiago, que tendría diez años, y a Romualda, la fiel criada que amaba al niño con toda su alma. Aunque el vicario tenía una hermana, vivía solo, porque ésta asistía con su marido en un campo no lejos de la villa, por lo que fue para él ganancia inapreciable conseguir para ama de llaves una mujer de la honradez y cualidades de Romualda, una de esas criadas que sirven en las casas de familia, no por interés del salario, sino por vínculos de afecto muy estrechos.

Santiago fue puesto en la escuela, y al mismo tiempo aprendía a sastrería y servía de monaguillo en la iglesia, que para todo hay tiempo cuando se comparte con método. La buena índole y condiciones del niño, cautivaron por completo al padre Juan, hasta el punto de despertar celos en su hermana, llamada doña Paula, que llegó a quejarse de él, porque manifestaba más cariño e interés por Santiago que por sus propios sobrinos. Esto no pasaba de ser una broma de la buena señora, por ver en aprietos al vicario, porque también ella reconocía y admiraba las buenas prendas del huérfano.

Cualquier otro muchacho, de genio menos dulce, se habría criado engreído y voluntarioso, porque no eran para menos las contemplaciones y mimos de que era objeto, por parte del vicario, y más aun de Romualda, que lo llamaba por antonomasia el *niño*, siendo para ambos alegría de la casa y consuelo en la vejez. Por su parte, el muchachito amaba a aquellos dos seres con toda la ternura de su corazón. No conocía más familia en el mundo.

Así corrieron los años: Santiago llegó a la edad de la adolescencia. El padre Juan, por egoísmo de cariño, no había querido mandarlo a Sanisidro, a cursar los estudios de filosofía en el colegio. Quiso más bien servirle de maestro en lo que pudiera enseñarle, fuera de la instrucción primaria que había recibido en la escuela. Al efecto, puso en sus manos la gramática latina, pero luchó en vano: por una parte, el chico no tenía afición a las letras, y por otra, sucedía al padre Juan lo que a los padres de familia que quieren ser preceptores de sus hijos: que sea por esto o por aquello, es lo cierto que nunca hay formalidad en la enseñanza, y en definitiva pierden los niños en la casa el tiempo que podrían aprovechar en la escuela.

CAPITULO X

Del importante secreto que Santiago reveló a la buena Romualda

Un día, las campanas del templo de Mapiche, dieron los toques acostumbrados para avisar a los fieles la salida del viático. Muchas personas acudieron inmediatamente, porque ya se sabía en la villa que los auxilios espirituales eran para una de las niñas más mimadas del lugar, hija única de un rico propietario, la cual se hallaba en peligro de muerte, víctima de una fiebre violenta.

El padre Juan estaba impaciente, porque a la hora precisa falta el monaguillo. Varias veces salió a la puerta de la iglesia, y preguntó por el chico que hacía aquel servicio. Santiago, que estaba en el atrio, con aire muy compungido, se acercó al vicario, y le dijo a media voz:

—Yo creo que Pedrito está enfermo, pero si usted quiere, yo puedo acompañarle.

—Eso no se pregunta, Santiago. Cuánto mejor que vuelvas a recordar los buenos tiempos en que me servías de monaguillo. Entra pues, y échate el vestido como puedas, porque creo ha de quedarte corto. ¡Has crecido tanto!

Santiago no se hizo esperar; aquello era un secreto convenio con Pedrito, a quien ofreció buena recompensa con tal de que no pasase por la iglesia

a la hora del viático. Con gran presteza entró a la sacristía, se puso la hopa y el roquete, y previno las cosas necesarias. Bien se comprendía que el oficio no le era desconocido.

Prontamente salió el viático; la piedad de las familias se puso de manifiesto en los cortinajes y flores con que estaban adornadas las casas que había en el tránsito, y en el religioso respeto de la numerosa comitiva, precedida por el esquilón, cuyo acompasado sonido causa honda impresión en el ánimo, porque nos recuerda el fin último, la suprema despedida, en medio de lágrimas y sollozos.

La enfermita estaba envuelta en blanquísimas sábanas, rodeada de deudos y personas amigas. Detrás de las cortinas del lecho, se oían unos fuertes sollozos, que casi hacían saltar las lágrimas a los concurrentes; era el padre de la niña, hombre como de cincuenta años, de aspecto respetable. Frente al lecho había un altar preparado *ad-hoc*, en que ardían cuatro cirios, en medio de varios ramos hermosísimos de azucenas, tan cándidas como la inocencia pintada en el rostro angelical de la enferma, cuyas mejillas, encendidas por la fiebre, alejaban la idea de que pudiera estar a las puertas del sepulcro.

Hubo un rato de silencio; el vicario recitó las preces de costumbre y dio la sagrada comunión a la niña, que apenas entreabrió los ojos. Pronto quedó terminada la triste y conmovedora ceremonia, sin que nadie parase mientes en el profundo pesar de que era víctima el improvisado monaguillo. Temblaba en sus manos la vela, cuando hubo de acompañar al sacerdote hasta el lecho de la enferma. Al fijar sus miradas en aquellos lindos ojos entreabiertos, casi apagados por el sufrimiento, el rostro de Santiago se alteró de un modo notable, y dejó caer la cabeza sobre el pecho, para no levantarla sino en la calle, cuando se vio al aire libre, de regreso para la iglesia.

Terminada la bendición, entró a la sacristía, se despojó rápidamente de los hábitos de monaguillo, y huyó de carrera por el fondo o solar de la iglesia, que tenía comunicación con la casa del vicario, a la cual entró sin llamar a nadie, ni proferir una sola palabra, y se encerró en su cuarto. Era éste un pieza muy aseada, sencillamente amueblada, con una mesita, donde tenía sus libros y recado de escribir, una percha, varias sillas de suela, un baúl y la mullida cama, diariamente compuesta por Romualda. Cuando se vio solo, se tendió sobre el lecho, con la cara oculta entre las almohadas, prorrumpiendo en amarguísimo llanto.

El reloj del vicario, uno de esos antiguos relojes de pesas, cuya caja de madera, larga y estrecha, se levanta hasta el techo como una columna, dio pausadamente las once de la mañana, hora en que empezaba a sentirse en el comedor el ruido de los platos y cubiertos. El almuerzo estuvo muy pronto sobre la mesa, y el vicario se vio interrumpido en su sala de estudio por la voz del ama de llaves.

—Venga su merced, que ya está servido.

—¿Y Santiago? —preguntó el padre Juan— ¿no ha venido? Llámalo, porque debemos felicitarlo. Hoy se ha portado como un hombre formal. Al pobre muchacho me lo tenían trastornado las malas compañías, haciéndole ver que ya estaba muy grande para servir de monaguillo, pero hoy me ha sacado de apuros, sin que yo le dijese nada, acompañándome en el viático, cosa espontánea de él. ¿Qué te parece, Romualda?

—Yo me contento mucho de eso, mi amo, porque así le cogerá gusto a la iglesia, hasta que llegue a vestir los hábitos, pero no ha venido todavía, y no sería malo que su merced, por las buenas, le aconsejase que venga siempre a las horas de comer, porque eso de estar calentando y recalentando la comida, no conviene. Mejor es quitarle a tiempo ese resabio.

—Tienes razón, Romualda, pero hoy por hoy, hay que perdonarle esa, y darle más bien los plácemes por su conducta.

El vicario acabó de almorzar sin que Santiago llegase. Romualda fue al cuarto del chico, y halló la puerta trancada, contra la costumbre, novedad de que no quiso noticiar al padre Juan, hasta no cerciorarse de lo que fuese, previendo que algo serio envolvía aquel hecho inusitado.

Lo que frecuentemente sucede entre el padre y la madre de un hijo mimado y consentido, eso pasaba entre el padre Juan y Romualda; ambos reconocían las faltas y defectos de Santiago, pero ninguno quería por su parte darle el disgusto de un regaño; y por eso se daban recíproca comisión para llamarlo al orden, y recíprocamente le encubrían cualquier travesura, haciéndose la vista gorda, cegados por el cariño, cada vez que el muchacho daba motivo de reprehensión, motivos que siempre da un niño, aunque sea de pasta angelical.

Encendió un tabaco el señor Vicario, dio algunas instrucciones a Romualda entre ellas que no descuidase vigilar la caballeriza, para que no faltase pasto a la mula; y empuñando el quitasol, salió a la calle en diligencias de su ministerio.

Romualda, al verse sola, fue a llamar con mayor insistencia a la puerta del cuarto del niño, que se abrió al fin, y simultáneamente los brazos de Santiago cayeron sobre los hombros de la afectuosa anciana.

—¡Mamita, por Dios! ¿qué hago yo? . . .

—¿Qué es, hijo, qué te pasa? —le preguntó sin salir de su sorpresa.

—¡Lolita! . . . ¡Lolita, que está muy mala!

Y el pobre niño se echó a llorar a gritos, abrazando a Romualda, por cuyas rugosas mejillas corrieron también dos hilos de lágrimas. Su instinto de madre le había hecho presentir que algo grave sucedía, y aquella revelación del muchacho la confirmaba en sus temores.

—No te aflijas, hijo, que Dios es muy grande, y ya verás cómo se pone buena la muchachita. ¡Yo no sabía que la querías tanto! . . .

—No se lo había dicho a nadie, a nadie, pero hoy la he visto postrada en la cama, y no se lo que me ha pasado. ¡Está muy mala, no me ha mirado siquiera! Lolita se muere, y me va a dejar solo! . . .

La desesperación se pintó en el semblante del muchacho. A Romualda se le agotaron las fuerzas, y se puso a llorar también. Al cabo, tomó un partido para consolarlo; limpióse los ojos con las puntas del gran pañuelo de Madrás, que usaba cruzado sobre el pecho, y con mucha suavidad acarició la cabeza del niño, componiéndole los revueltos cabellos que le cubrían la frente.

—No te desesperes, hijo. Espérame aquí tranquilo, mientras voy yo misma a casa de don Manuel, a ver cómo sigue la niña.

Tan de carrera salió la anciana, que dejó abiertas las puertas del interior de la casa, inclusive la del corral, y las gallinas, una tras otra, encabezadas

por el gallo, emprendieron una excursión por la cocina y demás habitaciones que hallaron francas. El almuerzo de Santiago, que había quedado a medio tapar sobre la mesa, fue devorado en un santiamén por la alada falange. Poco mal le hicieron, porque en aquellos momentos no estaba él para pensar en almuerzo.

Pronto regresó la anciana, dando traspiés y llena de fatiga, achaques muy propios de su edad, que no era para andar de prisa.

—¡Buena noticia! El médico la ha encontrado mejorcita; ha hablado, ha pedido agua y se le ha rebajado la calentura. Ya ves, pues, que no hay por qué desesperarse tanto.

La esperanza es sin duda un rayo del cielo, un fuego vivificador. Brillaron de pronto los ojos de Santiago, y limpiándose las lágrimas, se acercó a Romualda, abrumándola a preguntas.

—¿Usted la vio? ¿Tenía los ojos alegres? ¿Quiénes estaban con ella?

—Lo que te digo es la verdad; está mejorcita y hay mucha esperanza. Sacude, pues, su tristeza, y vamos a almorzar.

—Pero mire, mamita, que no sepa nada mi padrino.

—No, hijo, mi amo está muy lejos de sospechar nada de esto; más bien te esperaba muy contento, para darte la enhorabuena por haber vuelto a servir en la iglesia.

Diciendo esto, Romualda se fue a calentar el almuerzo, y aquí fueron las bravatas y palos; se armó una de San Quintín entre la anciana y las gallinas, que todas azoradas volvieron a su encierro.

—Pues ustedes la hicieron, ustedes la pagan.

Y fuese tras ellas, a registrar los nidos, en pos de huevos frescos para reparar el daño. Una tortilla, unas fritas de plátano maduro, y una taza de oloroso café, con arepa de maíz y buen queso, vinieron a ser el almuerzo de Santiago.

¡El pobre niño! Cuán distante se hallaba días antes de verse envuelto en las llamas, para él desconocidas, de una pasión como aquella, que sin darse cuenta de cómo ni cuándo, se había apoderado de su alma inocente, y que inesperadamente lo sometía a las torturas de una angustia indefinible, de un pesar profundo, o bien lo transportaba a una alegría inefable, llena de ilusiones y de esperanzas para lo porvenir.

Desde muy niño había estado en frecuente trato con dos niñas de su misma edad, poco más o menos: María, que era sobrina del padre Juan, a la cual quería como una hermanita, por ser de la casa y familia de su padrino, a donde iba a pasar los domingos con su buena madre doña Paula, y Lolita, hija única de don Manuel Alquiza, y huérfana de madre, compañera y amiga íntima de María.

Las dos niñas eran inseparables, y ambas miraban en Santiago a su más fiel y allegado servidor en sus juegos y caprichos infantiles. Santiago, por su parte, las servía y obsequiaba como un verdadero hermano; por ellas se trepaba a lo alto de los árboles, en busca de una fruta o de un nido de pájaros; por ellas andaba y desandaba la villa y sus contornos, en pos de alguna golosina, de una flor o de un juguete.

Criado en los primeros años de su infancia sin otros niños con quienes jugar, la compañía de la sobrina del vicario y de Lolita fue para él una dicha inesperada, un motivo de nuevas y muy vivas impresiones.

No es fácil saber, en el desenvolvimiento moral, el tiempo preciso en que niños y niñas llegan a darse cuenta de la naturaleza y variedad de los afectos que alimentan en su corazón. De aquí que Santiago se dejase llevar, dulcemente y sin saberlo, por el cariño entrañable que profesaba a aquellas dos niñas. Aun no se le había ocurrido comparar en su corazón qué clase de afecto sentía por cada una de ellas.

Si fuese María la enferma de muerte ¿sentiría con igual intensidad aquella gran pesadumbre, aquella horrible desesperación?...

Santiago se hizo esta pregunta, y dolorosamente sorprendido, al punto comprendió que no; que si María le faltaba, su pesar sería inmenso, pero quedaría Lolita para alegrar su vida y llorar juntos la pérdida de su idolatrada amiga; mas, al pensar en que Lolita muriese, ah, ni María, con todo el poder de sus gracias y espirituales encantos, podría consolarlo: la desaparición de Lolita, era la muerte de su corazón, el hundimiento repentino de las alegrías, las ilusiones y las esperanzas más íntimas y queridas de su alma.

En este día leyó claro en su propio corazón, donde el destino de tiempo atrás tenía divididos y calificados aquellos tiernos afectos: ¡María era su amiga, y Lolita su primer amor!

La reposición de ésta fue sumamente lenta; llegó a temerse que le sobreviniera alguna tisis, tal era el estado de aniquilamiento en que la dejó la fiebre. Tan luego pudo levantarse, por consulta del médico, don Manuel se trasladó con la familia a la aldea del Granadillo, en solicitud de mejores aires para la interesante enfermita.

Si Santiago había dado gusto al vicario, volviendo inesperadamente a servir en la iglesia, ahora le iba a dar otro gusto, ofreciéndosele para salir a caballo por los extensos campos de su jurisdicción, a recibir las primicias y desempeñar en las demás diligencias que tuviese que hacer, fuera de aquellas propiamente ministeriales, por cuanto ya el padre Juan estaba pesado y achacoso para entender en tales asuntos lejos del poblado.

La vida de Santiago cambió mucho desde entonces; por cualquier motivo ensillaba la mula del vicario y se alejaba de la villa.

—Está en la edad precisa de la pasión por andar a caballo —decía bondadosamente el padre Juan, hablando con Romualda.

—Pero a mí no me gusta que se vaya solo por esos campos.

—Déjalo, que así se formará en la fatiga y el trabajo. Ya está muy grande para que queramos tenerlo aquí metido en la casa, como niña bonita. Además, yo se que va casi siempre al Granadillo, en diligencias de su oficio de sastre, y allá están mi compadre Manuel y mi buena sobrina María, que velarán por él en cualquier necesidad.

Demás estará decir, que las excursiones de a caballo no tenían otro móvil principal que ir a ver a Lolita y a María, con ventaja para los vecinos de la aldea, a quienes Santiago ofrecía coserles a precios muy módicos; hasta gratis les hubiera hecho él una pieza de ropa, en cambio de hallar un motivo para trasladarse al pintoresco Granadillo.

A excepción de Romualda, nadie hasta allí había sorprendido su secreto. Estaba habituado a no hacer diferencia alguna entre las dos niñas, en sus tímidas e inocentes manifestaciones de cariño. Jamás llegaba con las manos vacías, pero las frutas y las flores que por el camino solicitaba, eran para ambas, y por ambas mostraba en todo el mismo interés, sin distinción alguna.

¡Ah! pero hay una comunicación no ostensible e inevitable, que no puede ser equívoca, comunicación misteriosa, que descubre hasta lo más íntimo del alma, aunque los labios callen; es el fuego mismo del amor, que se escapa por los ojos, como se escapan por la boca de un hornillo las encendidas llamas.

El tiempo corría velozmente, pero no así la mejoría de Lolita. Muy poco había ganado en año y medio de permanencia en el Granadillo; las gracias de los quince años, la edad de los hermosos atractivos de la mujer, veíanse nubladas en su dulcísimo rostro por una palidez enfermiza. Sus ojos negros brillaban como dos luceros, pero sus miradas eran lánguidas y melancólicas.

María, por el contrario, rebosaba de salud; sus mejillas, sonrosadas siempre, hacían más notable la palidez de su íntima amiga. La sobrina del padre Juan era también de bellissimo rostro y gentiles formas; había sido criada en las constantes faenas del hogar, ora ayudando a su buena madre en la crianza de sus hermanitos menores, ora desempeñando los múltiples oficios domésticos, desde la costura hasta el barrido de la casa, trabajos que son el más honesto y provechoso gimnasio en la educación física y moral de la mujer. En sus ojos expresivos había un rayo de inteligencia y de ternura que cautivaba dulcemente; María era en realidad lo que se llama un tipo simpático.

Un suceso inesperado y raro en cualquier otro país, pero lógico y frecuente, por desdicha, en la provincia de Sanisidro, vino a interrumpir la tranquilidad de que gozaban don Manuel y su familia en el Granadillo; estalló una revolución local, y el gobierno, con la premura del caso, dio orden a las autoridades de los cantones para reclutar gente y declararse en estado de guerra.

Don Manuel no era partidario del Gobierno, lo que para el criterio de los gobiernistas, era tanto como ser revolucionario; de suerte que el jefe del Granadillo, como medida de alta política, inició sus operaciones militares con la prisión de don Manuel, quien fue sacado de noche de su hogar, conducido a la cárcel de Mapiche, junto con los primeros reclutas.

Cuando Santiago supo esto, ensilló la mula del vicario, de acuerdo con éste, y rápidamente se trasladó al Granadillo, a ofrecer sus servicios a doña Angela, hermana de don Manuel, con quien estaban Lolita y María, a las cuales suponía en gran tribulación.

Apenas frisaba Santiago en los diez y seis años, y tenía casi la estatura de un hombre bien formado. Su carácter, dócil en la intimidad de la familia, era sin embargo quisquilloso en punto a ideas de honor y decoro personal, no obstante los consejos del padre Juan, que lo había educado desde niño en las máximas de la tolerancia y la prudencia, haciéndole ver, cada vez que tenía noticia de que andaba enredado en pleitos y disgustillos de calle, que lo mejor era perdonar las ofensas y sufrir con paciencia las flaquezas del prójimo.

¿Qué consejos más saludables podía darle sino los del Evangelio? Pero debemos tomar en consideración, que la edad de Santiago no era la de la tolerancia y la prudencia, sino la del pundonor, y el celo exagerado por conservarlo limpio de toda mancha.

Cuando llegó a la aldea, le salieron al encuentro María y Lola, en extremo afligidas por la prisión de don Manuel.

—Mi padrino es de parecer que inmediatamente se vaya la familia para Mapiche, y como ahora no se consiguen bestias para el viaje manda su mula para Lolita, porque los demás podemos ir a pie sin gran fatiga.

—Lo mismo hemos pensado nosotras —le contestó María— y te esperábamos por momentos para ponernos en marcha, porque doña Angela es muy miedosa, y no teníamos un hombre que nos acompañara.

—Que vaya mi tía en la mula —dijo Lolita, mirando a Santiago con sus lánguidos y hermosísimos ojos—. Yo iré a pie con ustedes.

—¿Y si te hace daño, Lola? Mira que el médico ha dicho que no te convienen los ejercicios muy fuertes; y una tirada de dos leguas a pie, es cosa muy seria.

—Pues iremos remudando. ¿No es verdad, Santiago?

—Yo hago lo que ustedes dispongan. Hay, sin embargo, otro medio, pero quizá no les agrade.

—¿Cuál? —preguntó María.

—Buscar aquí burros para que vayan todas a caballo.

—No, no —dijeron las niñas, cubriéndose la cara con las manos—. ¡En burros, y de para arriba! No llegaríamos nunca.

—Sin embargo —dijo María— debemos someternos a lo que resuelva doña Angela.

—Pero mira, Santiago —agregó Lola— hazle ver tu que los burros son muy pesados, y que más ligero iremos a pie.

Doña Angela, que estaba atribuladísima con la prisión de su hermano, salió a combinar el viaje con Santiago, y no consintió en que Lolita fuese a pie, por más que la niña así lo deseaba. Envió a la casa de un vecino, a pedir en préstamo un burro, que fue facilitado en el acto.

Como el tiempo urgía, enjaezaron la mula y el pollino con aparejos para mujer, y seguidamente emprendieron camino, con las personas del servicio, y otros burros cargados con el equipaje.

La caravana tenía algo de bohémica; doña Angela iba en la mula, Lolita en el pollino, y María y Santiago a pie. A no ser por el estado de sobresalto y angustia en que iban, pensando en don Manuel, habrían hecho un viaje divertido. Como estaba previsto, en la primera cuesta, el burro empezó a pararse. Merced a los paraguazos que por un lado le daba María, y a las fuertes palmadas que por el otro le daba Santiago, seguía camino paso a paso, con su interesante carga.

Así y todo, los jóvenes habrían deseado que la peregrinación durase mayor tiempo; pero no pensaba lo mismo doña Angela, que suspiraba por llegar cuanto antes a la villa, la cual hallaron no menos revuelta que el Grana-dillo; guerrillas que iban y venían por las calles, allanamiento de casas, prisiones, tribulación en la familia y todo el funesto cortejo de males que traen el trastorno del orden público y la exaltación de las pasiones políticas.

CAPITULO XI

De cómo la defensa de la mula del Vicario hizo de Santiago un personaje político

El padre Juan, junto con salir Santiago para el Granadillo, envió recado a su hermana doña Paula, madre de María, que como hemos dicho, vivía en el campo con su esposo y sus otros hijos pequeños, para que viniese al punto a prevenir la casa de don Manuel, donde apenas asistía una casera, y preparar el recibimiento de la familia, diligencias de que el mismo don Manuel estaba en cuenta, porque a muchos ruegos e influencias, logró el vicario que le permitiesen hablar con él en su prisión, donde lo tenían incomunicado.

Así fue que, a la llegada de doña Angela y los jóvenes, ya doña Paula estaba hecha cargo de la casa, y fue grande la alegría de María al abrazar a su madre, de la que estaba separada hacía algún tiempo, porque Lolita había manifestado que sin su amiga de infancia, no podría sobrellevar ni una semana siquiera su temporada de salud.

Quitó Santiago el sillón y aperos a la mula, y se la dio a un indiecito del servicio de la casa, para que la llevase de diestro a donde el vicario. Momentos después, salió él mismo, y se tropezó en la calle con el indiecito, que regresaba a toda carrera sin la mula.

—¿Qué ha sido? ¿Y la mula? —le preguntó sorprendido.

—Me la quitó un hombre de machete —contestó el chico, echándose a llorar por el temor del castigo.

—¿Y no le dijiste que era la mula del vicario?

—Sí, pero no valió nada, sino que me la quitó por la fuerza; yo entonces me vine corriendo.

Santiago, ciego de cólera, apuró el paso en la dirección que le indicaba, y pronto alcanzó al hombre que llevaba la mula, el cual efectivamente estaba armado de machete.

—¡Alto, amigo! —gritóle Santiago, corriendo hacia él—. Devuélvame esa mula que es la de mi padrino el señor vicario.

—Hoy no valen padrinos ni vicarios —le replicó de muy mal modo el soldado, dando de planazos a la mula.

A Santiago se le subió la sangre a la cabeza, y de un salto se allegó al hombre, con ánimo de arrebatarse el cabestro de la mula. Viendo el otro la actitud resuelta y el rostro fiero del joven, se echó hacia atrás y lo amenazó con el machete; pero Santiago tiró con presteza de su revólver, oculta arma que jamás había usado, y apuntó de firme a su contendor, el cual, a la vista del arma de fuego, soltó el cabestro y huyó rápidamente hacia la plaza, profiriendo en amenazas.

El incidente fue rápido. Santiago guardó el revólver y se fue prontamente con la mula para su casa, donde contó en breves palabras lo sucedido, que produjo gran sorpresa en el ánimo del vicario.

—Pues, hijo, has obrado con imprudencia, y te aseguro que no tardará en llegar alguna partida de hombres armados para llevarte a la cárcel.

En este momento se oyó un tropel en la calle.

—¡Pronto, Santiago, escápate por el fondo de la casa! ¡Ya vienen por tí!...

Efectivamente, un grupo de hombres armados hasta los dientes entró a la casa del padre Juan, en busca de Santiago, para prenderlo de orden del Comandante de la plaza por haber hecho armas contra un oficial del cuerpo, y saberse que estaba envuelto en los planes revolucionarios. El padre Juan se quedó con la boca abierta, y llevándose las manos a la cabeza, exclamó con tristeza:

—¡Por Dios, señores, que no hay tal cosa! El muchacho sólo ha querido salvarme la mula, quitándosela a quien la tomó por la fuerza, sin entenderse conmigo. Así es que llévense la bestia, si la necesitan, y no persigan a Santiago, que ni es revolucionario, ni ha pensado siquiera en oponerse a las órdenes de la autoridad.

—Usted no sabe, señor vicario, qué clase de mozo es el tal Santiago. Aquí está el oficial a quien atacó con un revólver y dice que si no se escapa pronto, lo mata como un perro. El Comandante nos ha ordenado llevarlo a la cárcel vivo o muerto.

Y diciendo esto, allanaron la casa y se llevaron la mula, poniendo en seguida cerco a la manzana, para que no se les escapase el mozo. Entretanto Santiago, víctima de gran angustia, y compadecido de los sufrimientos de su anciano padrino, había ido a parar al camarín de la Virgen, en el altar mayor de la iglesia, sitio que consideró inviolable.

Este hecho, divulgado al punto, avivó más las llamas de las exaltadas pasiones en que ardía la villa. Para los revolucionarios, era una hazaña, un acto de valentía, que se captaba todas las simpatías y ponía en alto la gallarda figura del joven. Para los gobiernistas, al contrario, era un atrevimiento insólito, que ponía de manifiesto las malas inclinaciones de Santiago, en camino ya de ser una amenaza para Mapiche.

Sobrevino la noche cargada de angustias, temores y sobresaltos. Los centinelas que tenían apostados en las esquinas de la manzana donde vivía el vicario, se mantenían firmes en sus puestos. El padre Juan había recibido una notificación perentoria del Comandante, que era un militar venido de Sanisidro, para que entregase a Santiago dentro de veinticuatro horas, so pena de allanar la misma iglesia y todo el barrio si era necesario.

En este conflicto no quedó más camino que pensar en la fuga aprovechando la noche y contando con la viveza y varonil disposición de Santiago quien de caer en manos de sus perseguidores, sería víctima de innoble vengauza, y metido en el cepo con toda seguridad.

Al toque del Avemaría, el padre Juan cerró la puerta de su casa y llamó a consejo la familia; aquella noche estaban con él su hermana doña Paula y María, que de la casa de Lolita habían venido acompañarle con motivo de lo ocurrido. En ninguno de los presentes se pintaba la angustia y dolor con más viveza que en el bello semblante de María; la dulce niña estaba pálida, y a cada instante la ahogaban los sollozos y las lágrimas.

Santiago, salido de su escondite al amparo de la oscuridad, se presentó al consejo de familia cuando menos lo esperaban.

—¡No seas loco! ¡No alces la voz, porque pueden oírte! —Le dijo María, corriendo a su encuentro.

—Tranquilízate, María, que no me pasará nada. Vengo a consultar con mi padrino el plan que he formado, y a despedirme de todos, si me lo aceptan, porque no hay que perder tiempo.

En seguida, les manifestó su pensamiento, que era el mismo de la fuga, para lo cual importaba en extremo notificar a un vecino de fidelidad insospechable, llamado Macario, cuya casa estaba como a veinte pasos de la del vicario, por la acera opuesta, a fin de que tuviese aquella noche sin tranca y solamente ajustada la puerta de la calle.

Dicha casa se comunicaba por su fondo con un trapiche, y éste con el campo libre de una hacienda de donde partían varios senderos vecinales, que utilizaría Santiago para salir con grandes rodeos, y ponerse en el camino de Sanisidro.

La puerta de la casa del vicario se abrió de nuevo, y Romualda en persona fue a instruir a Macario, cuya ayuda era tan necesaria para la ejecución del plan en tanto que por las ventanas se organizaba un espionaje en toda forma sobre el centinela de la próxima esquina, que se divisaba perfectamente.

El padre Juan se ocupó en escribir a uno de sus mejores amigos de Sanisidro, relatándole lo sucedido y recomendándole a Santiago, como persona de su familia; y mientras doña Paula sostenía el espionaje, el joven, ayudado por María, arreglaba su maleta.

Pronto regresó Romualda, dejando en cabal inteligencia al vecino, y a su vez se ocupó en preparar el fiambre para el niño, anegada en lágrimas de hondo sentimiento por tan brusca separación.

—¡Dios mío, si le irá a suceder algo a mi pobre Santiago?...

Las provisiones de boca que hacía, iban en aumento: no era un lío, sino varios los que apresuradamente sacaba a la sala. De todo cuanto había en la despensa quería ponerle un poco: pan, queso, chocolate, café molido, azúcar, dulces secos y otras cosillas que a la mano encontraba, sin hacer cuenta de los remedios que quería incluirle en el equipaje, para el caso de enfermedad, como aguardiente de romero, unto de azahar, mostaza, manzanilla, y un frasquito con enjundia de gallina, por le dolían las muelas. Todo lo acomodó en su cesto, y lo entregó a Santiago.

—¡Por Dios, mamita!, cómo se imagina que pueda llevar toda esa carga. Vea el envoltorio de la ropa, y saque cuenta si podré llevar todo ese avío.

—Y entonces, ¿qué comes por el camino, vidita mía?

En este momento avisó doña Paula, con gran sigilo, que habían llegado a la esquina dos hombres armados, y que conversaban con el centinela. Santiago corrió al postigo de la ventana para ver y oír mejor.

—Todo está cerrado, mis amigos, conque hay que aguantar la ronda a palo seco —decía uno.

—Esa sí que no, compañero. Lo que soy yo, bebo por encima de todo.

—Pues si me dan permiso —dijo el centinela— yo les indico por aquí mismo dónde se puede beber.

—¿Será muy lejos?

—Aquí cerca, a la media cuadra, hasta hace poco había una pulpería abierta.

—Pues vamos allá sobre la marcha, antes de que asome por allí el jefe de día.

Y los tres hombres doblaron por la calle traviesa, dejando por aquella parte solitaria la principal.

—¡No hay que perder tiempo! —exclamó Santiago—. Mientras ellos beben, yo me escapo. ¡Adiós, padrino! ¡Adiós, mamita! —y sucesivamente echó los brazos a los dos ancianos y a doña Paula, que también estaba presente.

María se había retirado hacia un rincón de la sala, deshecha en lágrimas. Temblaba de pies a cabeza, cuando Santiago se acercó a ella, le estrechó la mano y le dijo con voz balbuciente:

—¡Adiós, María! ¡Despídeme de Lolita!

Hubo un rato de silencio, solo interrumpido por los sollozos de la atribulada familia, mientras Santiago se cruzaba sobre el pecho la frazada, se colgaba de un hombro la maleta de viaje, y se metía en los bolsillos lo que pudo caberle de las provisiones hechas por la buena Romualda.

Todos le acompañaron hasta la puerta de la casa, caminando en puntillas, y desde allí lo vieron con indescriptible ansiedad atravesar la calle, caminar algunos pasos por la acera del frente, y empujar la puerta del vecino, que se abrió sin ruido, y se cerró después que hubo entrado.

La calle continuaba solitaria: el centinela de la otra esquina, ni con ojos de lince, habría podido descubrir el bulto de un hombre a la distancia en que se hallaba.

El vicario encabezó el rosario, con un fervor que no era inusitado en aquella cristiana casa pero sí acrecido por la pesadumbre y la angustia que mortificaban cruelmente a sus sencillos moradores. Concluido el rezo, los dos hermanos y Romualda se dieron a comentar todas las calamidades en que se hallaban, desde la malhadada hora en que había estallado la revolución.

María, encerrada en aquella sala donde las luces del altar, puestas en candelabros de iglesia, tenían algo de fúnebre, encendidas delante de retablos y lienzos ennegrecidos por los años, sintió necesidad de aire libre y mayor espacio para desahogar su dolor profundo, y sin decir palabra salió al corredor de la casa, que era espacioso. Los rayos de la luna, que en aquellos momentos aparecía sobre el horizonte, apenas bañaban los tejados y las copas de los arbustos sembrados en el hermoso patio.

El reloj de la vicaría dio pausadamente las diez de la noche: hacia el exterior de la casa nada se oía; el silencio era imponente, solo interrumpido por el confuso rumor de la conversación que a media voz sostenían dentro de la sala los tres viejos.

Al verse sola María en aquel sitio, pálidamente alumbrado, sintió que le faltaban las fuerzas: arrimóse a uno de los fríos pilares del claustro, para apoyar su débil cuerpo y cubriéndose el rostro con ambas manos, dio rienda suelta a sus lágrimas, a sus sollozos, a los gritos ahogados de angustia y de pesar que le llenaban el pecho.

Estaba en la edad en que el corazón de la mujer se entreabre, como un botón de rosa, para recibir en su seno los rayos purísimos del casto

amor, con sus bellos cambiantes de ilusiones y esperanzas. Si la enfermedad de Lolita había sido para Santiago una revelación de la clase de afecto que por ella sentía, la ausencia de éste produjo igual esclarecimiento en el alma cándida, inteligente y pura de María; Santiago no era ya para ella un amigo, casi un hermano, como lo creía, no: ¡Santiago era su primer amor!...

¡Cuán lejos estaba la infeliz doncella de pensar que en aquellos momentos, a la luz de aquel mismo astro melancólico, el joven y furtivo viajero cruzaba por la soledad de los campos, pensando en ella efectivamente, pero más todavía en su amiga Lola!

Triste es reconocerlo: el amor es ciego, y por eso lo pintan como un niño vendado, que dispara al acaso la dulce cuanto acerada flecha, caiga donde cayere, arma misteriosa, que a unos mata y a otros da la vida. El amor verdadero es irreflexivo, absorbente y hasta alevoso: nace y crece en el corazón, a veces sin advertirlo ni comprenderlo. Adversas circunstancias pueden obligar a que la educación u otros poderosos respetos lo mantengan siempre oculto en el fondo del alma, y allí viva, ora idealizando por virtud de su misma imposibilidad, ora en terrible lucha, si lo aviva algún rayo de esperanza.

Solo la religión lo sublima y santifica, ya sea en el colmo de su mayor felicidad, al pie de los altares, ya en el trance amargo del infortunio, porque los sentimientos de la piedad cristiana son como el rocío del cielo, que lo mismo refresca los prados y jardines que las tostadas arenas del desierto.

Al día siguiente, no bien se hubo abierto la casa del vicario, cuando llegó recado de la casa de doña Angela, preguntando por la suerte de Santiago, y reclamando a María, porque Lolita había pasado malísima noche, y la esperaba con viva ansiedad. María, por su parte, anhelaba por volver al lado de su íntima amiga. ¡Tenía tanto qué decirle!...

Cuando las dos jóvenes se estrecharon en un abrazo, instintivamente, sin darse cuenta de ello, lanzaron de lo más hondo de su pecho una palabra, un nombre que resumía y explicaba toda la amargura de que reboaban sus tiernos corazones: ¡Santiago! —exclamaron simultáneamente.

—¿Qué ha sido de él?, cuéntame, María, cuéntame todo. ¿Lo viste anoche? ¿Qué te dijo? ¿Te habló de mí?...

María lloraba en silencio, sin levantar la frente.

—¡Por Dios, María!, ¿qué te pasa? Yo no he dormido en toda la noche, pensando en él y envidiando tu suerte, porque estaba allá más cerca, y podrías acaso hablarle y tomar parte en sus planes y zozobras. ¿Dónde pasó la noche? ¡Yo no sabía cuánto lo quiero hasta anoche!... ¡María, yo lo amo con toda mi alma....

Exaltada Lolita por el juego de la pasión, centelleantes sus negros ojos, trémula, vacilante, y más pálida que de costumbre, se dejó caer en los brazos de su amiga, como flexible tallo que se dobla azotado por impetuoso viento.

María la estrechó contra su corazón largo rato, y con una calma heroica, haciendo un gran esfuerzo, movió sus labios con una sonrisa indefinible de

ternura, de tristeza profunda, de cruel desengaño y abnegada resignación, para cumplir el encargo de Santiago.

—Consuélate, amiga mía, él se alejó anoche, se fue de la villa, quién sabe si por mucho tiempo, pero al separarse me dijo estas palabras, que tengo muy presentes: “Adiós, María: despídeme de Lolita”.

Un rayo de viva alegría brilló en los ojos de Lola; el rubor cubrió su semblante, transfigurado hasta allí por la angustia y los exaltados sentimientos de que era víctima, e inclinando la cabeza, para excusar la mirada fija e inteligente de su amiga, le contestó con voz dulcísima:

—Ah, conque sí se acordó de esta pobre enferma. Gracias, María: en medio de mi soledad y tribulación de anoche tenía esa esperanza. Yo no sé por qué, mi corazón me decía que él no se iría sin enviarme una palabra de despedida.

Las palabras de María, dichas con tierna solicitud, habían sido un bálsamo de consuelo para Lolita; en cambio, para la amable y discreta sobrina del padre Juan, los íntimos desahogos de su amiga fueron amargos y crueles: repentinamente se había levantado una nube negra, y cubierto el cielo de sus esperanzas. Mientras Lola hablaba, ella sostenía en su pecho una lucha desgarradora, pero se revistió de valor, e invocando a Dios desde el fondo de su corazón, para que la sostuviese en tan terrible prueba, hizo el propósito de sepultar en lo más recóndito de su alma el amor inmenso que la abrasaba.

La crónica de lo que pasaba en la revuelta villa, desde la prisión de don Manuel, fue el tema de sus coloquios por muchos días, aunque cualquiera que fuese el camino de la conversación, en definitiva iba a parar al punto donde tenían su corazón y sus pensamientos, es decir, acababan por hablar de Santiago, de su intempestivo viaje, y de la suerte que le tocase lejos de su tierra.

CAPITULO XII

De cómo Santiago pasó a Cuba, y de allí lo pasaron a España

Después de un viaje de inquietudes y sustos, el fugado doncel llegó a Sanisidro, a la casa de un amigo de confianza del padre Juan, a quien iba recomendado: don Gaspar, que así se llamaba este amigo, se impuso con vivísimo interés de lo ocurrido, y arrugó el entrecejo, porque no podía ofrecerle mucha seguridad en la capital de la provincia, donde todo estaba tan revuelto como en Mapiche.

A cada momento rodaba una bola política, de esas que nacen como un grano de mostaza en un extremo de la ciudad, y llegan al otro extremo más voluminosas que una masa de trapiche. Cuando las pasiones están encendidas y predispuestos los ánimos, el criterio natural se oscurece, y aun los más sensatos titubean, dudan de lo racional y lógico, para dar crédito a lo extraordinario o inverosímil. Tras el desequilibrio público sigue el individual; las llamaradas de la guerra civil, no solamente queman y devastan

los sitios por donde pasan, sino que sus funestos resplandores van muy lejos, haciendo dislocar la brújula de la razón aun en la conciencia de aquellos que viven apartados de ese torrente pavoroso de sangre y fuego.

Don Gaspar Umpierres era hombre de pequeña estatura, pero de mucho espíritu. Estaba en esa edad dudosa, en que no se es ni viejo ni mozo, en la década de los cuarenta a los cincuenta, edad en que ya se han recogido preciosos frutos, como son los de la experiencia, que hace ver el mundo de otro modo: no han desaparecido por completo las ilusiones y las utopías propias de la juventud, pero hay ya serenidad y reposo para juzgarlas, con mayor o menor acierto, según las circunstancias del carácter e ingenuas aficiones de cada cual.

Don Gaspar, no obstante un natural franco, alegre y chistoso, era un consumado filósofo, no metafísico sino rigurosamente práctico. Había envidado muy joven, y como no le quedó familia, hacía vida de solterón, entregado a sus libros de cuentas, porque era fuerte en contabilidad mercantil. Estuvo en Europa y los Estados Unidos del Norte, en viaje que fue más de estudio que de recreo, porque mayor era el tiempo que dedicaba a visitar fábricas, talleres y establecimientos de útiles enseñanzas, que el que empleaba en vagar por los paseos públicos, los bulevares y los cafés cantantes, que tanto cautivan a los viajeros noveles.

Cuando regresó a su nativa tierra, ¡cosa rara!, venía más enamorado de ella que antes de ausentarse: su espíritu de observación le había hecho comprender cuán digna de ser amada era su patria, atrasada ciertamente en comparación con los países de Europa y la América sajona, pero llena de vida propia y en condiciones físicas y morales más ventajosas para llegar a disfrutar de una civilización no prestada ni postiza, sino original y autóctona, con espíritu, genialidades, costumbres y riquezas sustancialmente americanas. En una palabra, don Gaspar no regresó *europizado* ni *yanquizado*, sino más criollo de lo que se fue; y aun en medio de las turbulencias de la política, los desastres de las guerras y el molestar consiguientemente en todos los ramos, como verdadero patriota, jamás renegaba de su patria, sino que tanto más la amaba cuanto más desgraciada le parecía.

El consejo más prudente que don Gaspar podía dar a Santiago fue realmente el que en seguida le dio: que continuase su viaje hasta el puerto que le quedaba más cerca, perteneciente a otra jurisdicción, antes de que se supiese en la ciudad lo sucedido en Mapiche, noticia que llevarían sus mismos perseguidores, los cuales estarían a punto de llegar con el contingente de tropa y ganados de aquel cantón. No había, pues, que perder tiempo.

Hasta allí el ánimo de Santiago no había flaqueado, pero al verse en la necesidad de continuar viaje por lugares más distantes y desconocidos, donde carecía de amigos y de personas que por él se interesasen, sintió por primera vez una tristeza profunda y un vivo arrepentimiento por haber obrado con tanta ligereza; sin embargo, su puntillo de muchacho lo hizo aparentar lo contrario, y aceptar gustoso el consejo sin mostrar temor ni apocamiento de ánimo.

Recibió algún dinero de manos de don Gaspar, por orden del vicario, fuera del que éste le dio en Mapiche, y se puso en camino para el puerto de las Palmas, que distaba tres jornadas de Sanisidro. A don Gaspar le vino de perilla el viaje de Santiago por que su mula de silla estaba corriendo

el riesgo de ser declarada elemento de guerra, y era buena la ocasión para sacarla de la ciudad y la provincia antes de que arreciase el chubasco.

En el tránsito se unió Santiago a unos estudiantes, que pasaban vacaciones en Sanisidro, y habían precipitado su retorno a la capital de la República, donde hacían sus estudios, temiendo que fuese ocupada por guerrillas la vía del puerto, temor con que también iba Santiago. La compañía de estos jóvenes lo distrajo de sus tristes pensamientos, y a vuelta de poco, ya había trabado con ellos estrecha amistad, y les contó sus sinsabores y la incertidumbre del viaje que hacía.

El carácter de los estudiantes, con pocas excepciones, es el mismo en todos los lugares, carácter aventurero y el menos templado por la reflexión y la prudencia. Fácilmente convencieron a Santiago de que se le presentaba la ocasión de salir a darle un vistazo al mundo; que de estarse indefinidamente en el puerto, lo haría mejor embarcándose con ellos para la capital, donde acaso podría ligarle la suerte en algún lucrativo empleo, para lo cual llevaba la recomendación en sus propias manos, pues tenía una hermosa letra, cursada en los libros parroquiales y en la correspondencia del vicario.

Este consejo llovió sobre mojado, como dicen, porque ya Santiago, a fuerza de oírlos hablar alegremente de la vida de la capital, y de mirar de lejos sus cosas con ojos de muchacho, que son siempre vidrios de aumento, iba forjándose ilusiones en tal sentido, y con la recta intención de no detenerse en el puerto sino lo que sus compañeros se estuviesen. Sacado ya de quicio, no pensó en otra cosa: ligó su suerte a la de sus compañeros, más duchos en los negocios de la vida y trato de las gentes, con ideas e intentos de un orden desconocido para el sencillo e iliterato mancebo de Mapiche.

Predominaban entonces en la expectación pública los heroicos esfuerzos de los cubanos por su independencia. En casi todos los países de Suramérica existían asociaciones particulares, con el fin de ayudar moral y materialmente a los hijos de la hermosa Antilla; los periódicos, unos por convicción sincera y otros por ser el plato del día, salían llenos de crónicas y artículos sobre la guerra; y los escritores y poetas fatigaban a la musa épica, haciendo elogios y cantos patrióticos en honor de los bravos revolucionarios, con todo lo cual se mantenía la juventud tan adicta y apasionada, que no pocos llevaron su entusiasmo hasta imitar a lord Byron, en su cruzada por la libertad helénica, pues dejaron su patria para ir a combatir en la manigua contra los legendarios hijos del Cid.

Santiago fue uno de ellos. En la capital de la República se incorporó en un club patriótico, y en el primer enganche de voluntarios que éste organizó, quiso figurar él, por una ventolera muy propia de su edad y las circunstancias en que se hallaba, lejos de su suelo nativo, siendo mucha parte a precipitarlo en esta resolución las ideas exageradas de gloria y de renombre que había tomado de sus nuevos amigos, no menos que la limpieza extrema de bolsillo, que es una causa decisiva para tomar aventuradas resoluciones.

En una nave inglesa se dieron a la vela; la nave debía hacer escala en un puerto cubano donde ellos tomarían tierra, so color de obreros inmigrantes, que iban con destino a un ingenio de azúcar, para cuyo propietario

llevaban cartas de recomendación. Ya en dicho punto, pensaban valerse de los medios que las circunstancias les presentasen para correr a alistarse bajo la simpática bandera de la estrella solitaria.

En toda humana empresa las dificultades se allanan fácilmente a la distancia, y los planes se combinan con una precisión y certidumbre infalibles; pero ya de cerca es otra cosa: a la hora de la ejecución se presentan obstáculos no previstos; lo llano se encumbra, lo abierto se cierra, lo blando se endurece, y en una palabra, los cálculos fallan, y lo que era un plan admirable resulta un total desconcierto.

Tal aconteció a este grupo de ardorosos cruzados de la libertad cubana. Se hicieron sospechosos por una palabra imprudente del menos discreto, fueron seguidos y observados de cerca por la policía, registradas sus maletas, sorprendida su correspondencia revolucionaria, y reducidos a prisión.

Todo esto pasó en el mismo puerto de su desembarque, donde a la sazón se hacía a la vela para España un buque de transporte, al servicio del gobierno, y en él fueron reembarcados, bajo partida de registro y en calidad de deportados.

Pero como la sogá revienta siempre por lo más delgado, para ninguno de los jóvenes aventureros fue tan dura y larga la proscripción como para Santiago.

En la necesidad de buscar cada cual la subsistencia, mediante el trabajo de sus manos, tuvieron forzosamente que separarse, para facilitarse mutuamente el logro de alguna ocupación. Santiago se dirigió a una sastrería, donde halló trabajo, a escasisimo precio, pero que le aseguraba el pan diario.

Un oficio, por pobre y humilde que sea, es el mejor patrimonio que los padres pueden dar a sus hijos. ¿Qué habría sido de Santiago sin sus puntas de sastre y su hermosa letra? No hizo fortuna, pero no padeció hambre ni careció de lo más indispensable para la vida, en tanto llegaba la hora del retorno a su patria, lo que le parecía ya un imposible.

Sus compañeros, más peritos en los negocios del gran mundo, de mayor ilustración y pertenecientes a familias pudientes y conocidas de la capital de la República, aunaron sus esfuerzos a los de éstas, y tantos resorteas tocaron, tantas cartas escribieron, y tal número de diligencias hicieron con ministros y cónsules, que al cabo pudieron regresar a su tierra; pero el oscuro muchacho de Mapiche no tenía sino un solo protector, un sacerdote humilde y valetudinario sepultado allá en un rincón del país, cuyas relaciones no pasaban de los límites de la provincia, y cuya hacienda apenas alcanzaba para cubrir las necesidades de su santa casa.

Mientras Santiago recorría los pueblos de España, atenido a su aguja de sastre y a los trabajos de copista que solía hacer, el padre Juan, el afectuoso levita, no dejaba pasar ninguna ocasión sin escribir a sus amigos de Sanisidro, interesándolos en que le ayudasen a averiguar el paradero de su ahijado.

Pero la incomunicación de los pueblos por la guerra, que se había extendido en toda la República, retardaba indefinidamente toda diligencia en este sentido. ¡Cuántas veces el pobre vicario envió a su costa un expreso a Sanisidro, para saber qué noticias habría traído este o aquel viajero recién

llegado! El joven era desconocido para todos; nadie daba razón de haberlo oído nombrar siquiera.

Pasado más de un año, se supo que unos estudiantes que habían regresado a Sanisidro contaban parte de la historia de Santiago, hasta su desgraciada expedición a Cuba; y meses después vino una carta del mismo Santiago, de fecha atrasadísima, que había sufrido todo género de retardos; retardo por oscuridad en la dirección; retardo por cuarentena, con motivo de la viruela; y retardo por falta de correos en el interior del país, que había sido suspendido a causa de la guerra.

El recibo de esta carta fue un verdadero acontecimiento en la villa. ¡Una carta de España! De mano en mano anduvo el pliego por todo el lugar. Durante muchos días se estuvo oyendo en la puerta de la casa del vicario este recado, en boca de mujeres y chicos de servicio.

—Doña fulana lo manda saludar; que se alegra mucho que haya sabido del niño Santiago, y que le haga el favor de prestarle la carta para verlo.

¿Qué decía la carta? Lo que ya sabemos; los pormenores de su viaje, los sufrimientos de su proscripción, y sus anhelos por volverse a su casa, curado de locuras e ideas ambiciosas de gloria y de renombre.

Vióse entonces en la casa del vicario una escena por extremo conmovedora, de esas escenas que solamente ocurren en el seno de hogares apacibles, donde reinan afectos muy entrañables, costumbres sencillas y virtudes excelsas.

El padre Juan, bañado en lágrimas, llamó a consejo la familia para resolver qué se haría. Del campo vinieron inmediatamente doña Paula y María. Al saber Romualda que el niño estaba vivo, su gozo fue inmenso, y cayó de rodillas para dar gracias a Dios por aquella gran noticia.

—Un viaje de España hasta aquí importa mucho dinero —dijoles el padre Juan con gran desconuelo—. En dos cosas hay que pensar: en reunir la suma necesaria, que no puede ser menos de trescientos pesos, y en hacerla llegar a sus manos.

—¡Trescientos pesos, mi amo!... —exclamó Romualda, dejando caer la cabeza sobre el pecho—. ¡Cuándo se consiguen!...

—Con la ayuda de Dios, todo se facilita, Romualda; no será hoy mismo, pero con paciencia podemos reunir esa suma. Pienso vender mi mula, y ya tendremos por lo menos cien pesos, que por ella me han ofrecido. Con esto y otras prendas que logre vender, tengo esperanza de reunir la cantidad.

Doña Paula y María lloraban, viendo la viva conmoción del anciano, y los sacrificios que estaba pronto a hacer para repatriar a su ahijado. Romualda, sin decir palabra, se había ausentado de la sala.

—Pero tío —le dijo María— lo que más debe apurarnos por el momento es la fecha de esa carta; ¡Tiene diez meses de escrita! ¡Qué habrá sido de él desde entonces!

—Tienes razón, hija, y por eso lo más dificultoso no será reunir el dinero, sino saber a dónde y cómo se le remite. ¿Y si ya no está en España?

Una nube de tristeza oscurecía todos los semblantes, en los momentos en que entraba de nuevo Romualda, con un lío de trapos, que empezó a desatar, nudo tras nudo. Todos la miraban en silencio, sin atinar en qué sería aquello. Al fin, la anciana alzó a los ojos del vicario un hermoso rosario de labor antigua, con cruz y paternóster de oro fino.

—Mire su merced: este rosario es la única prendecita de valor que yo tengo. Hace algunos años fue avaluada en una onza; hágase cargo de ella, lo mismo que de estas monedas, para salir de tan grande necesidad.

El padre Juan lanzó una exclamación de sorpresa, y tomó en sus manos la prenda, que ciertamente representaba aquel valor; luego contó las monedas, que eran pesos fuertes, y halló diez y seis, fruto de varios años de ahorro, de cuartillo en cuartillo, de medio en medio, de real en real.

—¡Bueno, bueno, Romualda!, con la mula, tu rosario y estos reales, monta ya a la mitad. ¡El pobre muchacho! ¡Cuántas necesidades estará pasando!

El consejo de familia se disolvió sin resolverse por ningún partido, humanamente hablando, pero pusieron sus corazones y sus pensamientos en Dios, para que les iluminase los medios de socorrer a Santiago y facilitarle su regreso a Mapiche.

CAPITULO XIII

De la brillante conferencia que el doctor Quix dio a bordo, describiendo el Heliógrafo, aparato de su invención

No nos perdonarás, lector paciente, que por tan largo espacio de tiempo te hayamos privado de saber las cosas tocantes al primero y más ilustre personaje de esta historia, intercalando capítulos que parecen no venir a cuento, pero de todo ha de verse en el plan y redacción de los modernos libros de la caballería del Progreso, que deben de ser, por la naturaleza del asunto y circunstancias de lugar y tiempo, muy otros de los que se escribieron en la pasada edad sobre la caballería del honor y de las armas.

Dejamos al doctor Quix viento en popa, a toda vela, con rumbo a las Indias, y a su compañero Sancho, hecho un plomo dentro del camarote. En el buque venían hombres de todas las profesiones, desde el agricultor acaudalado hasta el poeta soñador. Entre ellos figuraban dos electricistas mecánicos, que pasaban a instalar en cierta ciudad del Nuevo Continente una maquinaria de alumbrado eléctrico.

Llegó a oídos del doctor Quix parte de una conversación sobre dicha empresa, que sostenían varios pasajeros, encomiando naturalmente las ventajas de la luz eléctrica sobre todo otro alumbrado. Avanzó hasta ellos el doctor, con su aire caballeresco y su traje de turista, adquirido en Barcelona, con todos los aparejos del caso, desde el sombrero de corcho, color de ceniza, en forma de casco prusiano, con velillo blanco en contorno, hasta la caja del antejo, pendiente de una correa terciada sobre el pecho, todo lo cual daba a nuestro doctor y viajero de la Mancha el cabal aspecto de un explorador técnico inglés, yanqui o tudesco.

Con sus largos mostachos y puntiaguda barba, su tez tostada y amarillenta, sus ojos cavernosos, y su complexión acartonada, parecía en realidad, un tipo de raza exótica entre latinos, un hombre cosmopolita, que tanto podía venir del polo norte, como del interior del Africa. Por su descomunal estatura, no faltó quien creyese que era un profesor ruso, que recorría el mundo por cuenta de alguna Universidad moscovita.

—Disculpad, caballeros, si me presento inopinadamente en medio de vosotros, atraído sin quererlo, por la interesante materia que tratais, la cual cae toda ella bajo la jurisdicción de la carrera que profeso.

—Sea usted bien venido, doctor —le contestó un pasajero, a quien antes había sido presentado— y hónrenos con la luz de su saber y su experiencia en esta amigable tertulia, que todos los presentes tendrán grandísimo gusto en ello, mayormente cuando sepan que es usted un eminente sabio y viajero universal.

En seguida, quien de tal suerte habló hizo a los demás la presentación formal del doctor Quix, quien no cabía en sí de satisfacción, viéndose tratado y agasajado como hombre de ciencia, por personas tan conspicuas en todos los ramos del Progreso, como él se imaginaba que eran todos aquellos caballeros, a juzgar por la conversación que sostenían.

—Ya que de mí teneis formado tan alto e inmerecido concepto, quiero probaros mi gratitud, haciéndoos partícipes del conocimiento de una gran invención, que dejará muy atrás cuanto aquí habeis ponderado sobre la excelencia del alumbrado eléctrico.

Todos abrieron los ojos con sorpresa, y se acercaron más al doctor Quix, quien con reposado continente y grave entonación continuó diciéndoles:

—Lo que voy a deciros es cosa sorprendente, que llega por primera vez a conocimiento del público, porque el autor de esa nueva invención soy yo; pero os suplico que aplacemos esta conferencia para esta noche, a fin de hacerla con más despacio y mayor número de oyentes, para lo cual podeis invitar a vuestros amigos y compañeros de navegación, asegurándoos que quedareis admirados del nuevo progreso, y convencidos de que hay otro alumbrado que supera en esplendor y baratura a todos los conocidos hasta el presente.

No es para describir el efecto que produjo en los pasajeros el anuncio de esta conferencia extraordinaria. Aquel hombre tenía todas las apariencias de un gran sabio, uno de esos magos del siglo, que juegan a maravilla con las composiciones químicas y las secretas propiedades de los cuerpos.

En fin, cualquier hecho inusitado, por insignificante que sea, despierta la curiosidad en todas partes, pero a bordo, toma siempre mayores proporciones, se presenta con los caracteres de suceso extraordinario, porque el público es un prisionero ocioso, ávido de novedades y distracciones.

Todos los pasajeros, inclusive los enfermos, concurrieron a la cita con una puntualidad que decía a las claras el interés y anhelo por oír las revelaciones científicas del ya célebre doctor, quien esparaba tranquilo la hora convenida, en grato e íntimo coloquio con su compañero Sancho, a quien muchos tomaron por un esquimal, contratado por el doctor para su servicio en alguna de sus expediciones a la región boreal.

A Sancho, aunque poco escrupuloso de paladar, le habían parecido detestables las comidas del buque, que era alemán o inglés (no está bien averiguado), y echaba pestes contra ellas, lo mismo que Santiago, que era de idéntico parecer.

—Tampoco a mí me saben bien esos platos —dijo Don Quijote— que tanto difieren de la sazón y condimento de la cocina española, a la cual tenemos ajustados nuestros gustos; pero escucha, Sancho, no es propio ni conveniente decir mal de esas viandas, si es que nos preciamos de ser hombres cosmopolitas y defensores del Progreso. Por el contrario, debemos ponderar su excelencia, en gracia de ser extranjeras; y de esta suerte no nos tomarán por unos palurdos y atrasados en el arte de cocina. Guárdate, pues, de cometer tamaña imprudencia.

—Con perdón de su merced, yo creo que en materia de comida, cada cual se paga de su gusto, y si estos platos no nos saben bien, sino muy mal, sea por esto o por aquello, dígame ¿por qué ha de guardarle uno las espaldas al cocinero, diciendo que son néctares y ambrosía? Por la verdad murió Cristo, y a buen bocado, buen grito; tanto más, que no estamos comiendo de balde.

—No es al cocinero, Sancho, sino al Progreso, a quien debemos guardarle las espaldas, porque yo tengo para mí que el no gustarnos esos platos, no está en ellos, que deben de ser deliciosos, pues se sirven en países de alta civilización, sino que el mal está en nuestros paladares, configurados a la española, es decir, según moldes atrasados; y por ello, lo mejor será no dar nuestro brazo a torcer, y decir, llegado el caso, que son inmejorables, aunque nos provoquen náuseas, porque de lo contrario nos creerán unos bárbaros. Con el tiempo, Sancho, quizá afinaremos nuestro gusto hasta el grado de perfección y delicadeza que esas viandas exigen.

—Pues haga su merced esos empeños, que yo con mis gustos nací, con mis gustos me crié, y con mis gustos pienso morir. Cada cual en su casa, y Dios en la de todos; a ellos, que les gusta, que con su pan se lo coman; y viva la gallina con su pepita; que el que no está hecho a bragas, las costuras le hacen llagas y quien bien come y bien bebe, hace lo que debe; y el que no quiere pan de trigo, que lo coma de cebada.

—¡Por Dios, Sancho, que eres incorregible, y siempre has de resollar por lo más rancio y viejo, ensartando esa cáfila de refranes. Debes saber que hoy en castellano, se sustituyen esos proverbios antiguos con frasecillas tomadas del francés, inglés o alemán. La verdad es que aun no he tenido tiempo ni lugar de enseñarte muchas cosas nuevas, entre ellas las que atañen al lenguaje; y ahora tampoco puedo hacerlo, por ser llegada la hora de la conferencia, digo mal, del *interview*, hablando en estilo moderno.

El auditorio estaba efectivamente reunido, y ansioso de oír al doctor Quix, con doble motivo los electricistas, a quienes tocaba más de cerca la materia que iba a tratar. Cuando el sabio doctor ocupó su puesto, lleno de dignidad caballeresca, crecieron las ansias, y una ruidosa aclamación resonó por todos los ámbitos del buque. El doctor Quix correspondió a tal muestra de popularidad con una gran reverencia, quitándose el sombrero de corcho y toquillas, y luego empezó su discurso en estos términos:

—“Señores: no podría fijarse la altura de un empinado monte, si no se tomase en lo bajo un punto de partida, que en la geografía es el nivel del

mar. Así mismo acontece para medir en el campo de la historia la altura de un progreso, pues se hace necesario tomar en lo bajo, es decir, en los primitivos tiempos, el punto de partida, como lo haré yo en esta ocasión, recordando de qué modo se alumbraron las gentes en los siglos de mayor atraso.

“Una hoguera de leños, un hacesillo de pajas o de hojas resinosas, o un mero tizón encendido, he aquí todo el socorro del hombre para proveerse de luz en la primera época, que podemos llamar período *lignario*.

“Vinieron después las hachas y las antorchas, las lámparas de varias formas, en que tanto sobresalieron los egipcios, que llegaron a hacerlas inextinguibles; los cirios y los bujías orientales; las velas de cebo, a partir del siglo XIII; y las esteáricas, inventadas el año de 1831. Este es un período largo e importante, que puede llamarse *oleoso*.

“Desde fines del siglo XVIII, con el invento de Mundock, se efectúa una revolución en el alumbrado: el advenimiento del gas, que produjo en seguida la lámpara de aire inflamable de Gay-Lussac, la lámpara ignífera de Logue, la de seguridad del inglés David, y tantos otros sistemas de gas hidrógeno, puestos en práctica en este período que llamaremos *gaseoso*.

“El último y actual período es sin disputa el más brillante, el período *eléctrico*, iniciado en 1841, sobre descubrimientos anteriores en el mismo ramo, el cual ha llegado a la perfección y esplendidez que todos sabemos.

“Pero hay algo más nuevo que el alumbrado eléctrico: se trata de una invención maravillosa, tanto como natural y sencilla, que dejará muy atrás cuanto en la materia ha combinado el ingenio humano”.

El doctor Quix hizo una pausa; sus oyentes no pestañeaban siquiera. Habían llegado al punto más interesante de la conferencia, y esperaban silenciosos la gran revelación, en una actitud de humildad expectante. El mágico doctor reanudó su discurso.

—“Dios ha concedido en el cielo la primera lámpara del mundo; allí está el sol, que es el padre de la luz planetaria. En lo sucesivo, será él quien nos alumbre de noche. Me preguntareis ¿cómo puede el sol enviarnos sus rayos durante la noche? De la manera más natural y sencilla; así como en un día de verano y de sequía, bebemos del agua guardada en el aljibe, recogida allí en las últimas lluvias, así también podremos recoger y guardar en el día los rayos del sol, para alumbrarnos con ellos durante la noche.

“¿Será por ventura más difícil recoger la luz que el sonido? Nadie se lo había imaginado, y por imposible se tenía, que una cosa tan efímera e impalpable como la voz humana, pudiera ser recogida y guardada en una caja, para oírla y servirnos de ella en cualquier tiempo, con la mayor identidad y exactitud. Y sin embargo, el *fonógrafo*, que tal maravilla realiza, es ya un aparato vulgar.

“Pues igual cosa habrá de suceder con el aparato de mi invención llamado el *heliógrafo*, por medio del cual se recogerán y guardarán los rayos solares, para difundirlos de noche en el interior de nuestras casas, en los teatros, calles, plazas y paseos públicos. ¡No más productores de gas, ni focos eléctricos! No más artificiosos dispendios para producir en la tierra una luz que el sol nos brinda a torrentes, y que hasta hoy hemos dejado perder, sin aprovecharla para alumbrarnos de noche.

“Mi viaje a la América del Sur completará el invento. La naturaleza guarda aún secretos asombrosos; existe una sustancia vegetal, que tiene la propiedad de retener en sí la luz solar, como retiene la telaraña los insectos que en ella caen. Esta sustancia o *helióforo*, según la he bautizado, se halla en un árbol, descubierto por un misionero jesuíta en los bosques tropicales, aunque sin atinar en la verdadera causa del fenómeno. Dice en sus memorias, que se conservan inéditas, que hecho leña el tronco de uno de estos árboles, se observó que las astillas expuestas al sol para que se secasen, despedían cierta claridad o resplandor por la noche; y que esta propiedad cesaba cuando la leña era guardada bajo techo, en punto donde no recibía ningún rayo de sol.

“Esto es lo que los físicos han llamado *fosforescencia por insolación*. ¿Qué más queréis? El alumbrado solar será nuestro alumbrado. Si Franklin ha arrebatado el rayo eléctrico a los cielos, y Edison ha perpetuado el sonido, contad con que el doctor Quix prolongará el día, haciendo brillar la luz del sol en plena oscuridad de la noche”.

Una aclamación unánime se oyó por todas partes: el doctor había tomado a los ojos del selecto auditorio un aspecto fantástico. Creían tener delante a uno de esos brujos científicos, de que se habla en las *Mil y Una Noches* de las ciencias y las artes, en las obras sorprendentes de Julio Verne.

A partir de este día, no se habló de otra cosa en el buque: los dibujantes sacaron sus lápices y carteras para hacerle el retrato: los corresponsales y cronistas de periódicos desarrollaron sus cortapacios para escribir las noticias del suceso y los autes biográficos del inventor, quién le pedía un autógrafo para su álbum; quién un *interview* privado; en fin, el doctor Quix pasó a ser el héroe de la travesía trasatlántica, y dentro de la aureola de la celebridad que lo circundaba, aparecían también sus compañeros de viaje: Sancho, que estaba lelo de asombro, y Santiago en quien día por día aumentaban la admiración y cariño por aquel personaje tan sabio, tan peregrino, tan generoso y tan valiente.

Por ser ya avanzada la hora, Don Quijote llamó a Sancho y se encerró con él en el camarote, donde le dijo, bajando la voz:

—Recuerda, Sancho, mis instrucciones: desdichado de tí, si levantas una punta siquiera del velo que debe cubrir nuestro origen e historia, porque sería malograr la obra de progreso que he puesto sobre mis hombros.

—Y si me preguntan lo que yo sepa de la vida y milagros de su merced, dónde es nacido, si es cristiano o infiel, soltero, casado o viudo, en fin, cuáles son sus hábitos y querencias, ¿qué les contesto?

—Pues responde a esos particulares que no sabes de dónde vengo ni para dónde voy; que mi patria es el mundo entero, porque soy cosmopolita, y si te aprietan mucho, dí que soy de Manchester, como ya te he prevenido; que no me conoces familia, ni nexos alguno de amor ni de sangre que pueda detenerme aquí ni más allá en la carrera que profeso; y en punto a Religión, aunque soy católico, apostólico, romano, y en esta fe y creencia espero vivir y morir, por ningún respecto lo digas a nadie, sino al contrario, dí que no creo ni profeso más verdades que las de la ciencia moderna y el progreso indefinido.

—Pero dígame su merced una cosa en que yo no caigo, por ser tan nuevo en esta clase de aventuras, ¿por qué se guarda tanto de decir que es

manchego y cristiano rancio? —Le preguntó Sancho, haciendo un gran esfuerzo, porque ya el sueño se le venía encima como un nublado.

—Me pones en un aprieto para contestarte, porque en verdad es cosa triste tener que dar la espalda a la patria y menospreciar sus cosas, pero así como en la carrera de las armas, el soldado debe ir adelante siempre, sin que lo detengan vínculos de sangre, ni afectos de ningún linaje, por entrañables que sean, asimismo, por las leyes y disciplina de la estrecha orden del Progreso, me veo obligado a no confesar mi patria, la grande, magnífica y espiritual España, por la sencilla razón de que ella no tiene voz ni voto en el gran congreso de la civilización modernísima. Sus artes, sus letras, y sus ciencias, por preclaras que sean, carecen de importancia, y no merecen atención, si no salen a la escena del mundo bañadas en la pila del extranjerismo, o disfrazadas con trajes de corte y hechura extraños al nativo genio. ¿Crees tú que mi invento habría merecido la más mínima atención, si estos señores hubieran sabido que soy Alonso Quijano, natural de la Mancha? La ignorancia de mi cuna y el apellido Quix me han salvado. ¡Oh, Sancho! por ello debemos poner todo cuidado en imitar, punto por punto, los usos, costumbres e ideas de nuestros vecinos los franceses, y todavía lo haremos mejor, si saliendo de la raza latina, tomamos por modelos a los alemanes, los ingleses, y sobre todo a los yanquis, que son los taumaturgos del progreso.

Un sordo y prolongado ronquido dio a entender a Don Quijote que había perdido todo su discurso: Sancho estaba profundamente dormido.

—¡Ah, hijo de ... tu madre! —le dijo montado en cólera, dándole un formidable puntapié con sus botas claveteadas de turista—. ¡Conque así recibes los mejores y más eficaces consejos que puedo darte, alma de cántaro!

—No se encolerice su merced —le contestó Sancho, dando un salto y poniéndose a buen recaudo—. ¿No ve que soy sonámbulo, y que tengo más finas las orejas dormido que despierto?

—¿Qué dices Sancho? —le preguntó Don Quijote con vivo interés, aplacándose al instante.

—Que se lo he oído todo, de pe a pa, sin perder jota, y así, no debe su merced tomar a mal que me duerma en la mitad de una conversación, porque sigo oyéndolo entre sueños, tan claro como una campana.

—Ese fenómeno pertenece al hipnotismo espontáneo, y huélgome haber descubierto que seas hipnotizable, porque ya tendré a la mano sujeto en quien hacer ciertas experiencias, para ilustrar una memoria sobre hipnografía comparada, que pienso mandar en el otoño próximo a la *Real Sociedad Hipnológica* de Londres.

Con este pensamiento científico se durmió tranquilamente Don Quijote, en tanto que el socarrón de Sancho volvía a entrar en el gran pozo del hipnotismo espontáneo, admirado y satisfecho de la credulidad del sabio doctor.

CAPITULO XIV

Del desembarco de Don Quijote en Tierra Firme, y primer negocio que en ella hizo Sancho

De dos modos se vive hoy en la generalidad de los pueblos hispano-americanos: a lo criollo y a lo extranjero.

La vida criolla, que es la natural y verdadera, porque criollos somos hasta la médula de los huesos, se vive entre bastidores, a escondidas, como si viviéndola, cometiésemos pecado mortal. No así la otra vida, la postiza y artificial, la que nos viene por las líneas de vapores de Europa y la Yanquilandia, como debiera llamarse la tierra de los yanquis, vida que representamos ostentosamente, con bombo y platillos, a la faz del mundo entero, a sabiendas de que representamos una comedia, pero muy orondos y ufanos de la buena ejecución de nuestro papel, porque sabemos imitar a maravilla hasta el más mínimo gesto o capricho de nuestros modelos extranjeros.

La causa principal de esta xenomanía y sistemático menosprecio por lo criollo, está en un ciego y fanático respeto a la gran palabra del día a la palabra mágica del progreso. En nombre del progreso se invierte el orden natural de las cosas, y se atropella hasta lo más sagrado; porque entendemos por progreso la revolución permanente, el continuo vaivén de las cosas, la diaria importación de novedades y hasta de vejezes, a condición de que procedan de allende los mares, que vengan de París, Londres, Berlín o Nueva York, confórmense o no con nuestra naturaleza y medios de vida. No importa: de allá vienen, y esto basta. Todas las voluntades se rinden ante este argumento de autoridad, toda oposición o mera indiferencia es delito de lesoprogreso, que ha venido a ser mayor crimen que el de lesa-patria, porque se considera máspreciado el título de progresista que el de patriota.

De esta suerte lo criollo, lo puramente patrio, lo que por tradición y naturaleza sirve de base a nuestro carácter nacional, así en ideas como en costumbres, va cediendo el puesto a lo exótico y advenedizo, de donde resulta en lo público y privado, una vida superficial de ostentación y fingimiento, que enfáticamente llamamos *civilización y progreso*, cuando su verdadero nombre es otro, porque todo ello no pasa de ser un juego carnavalesco, un vistoso disfraz de extranjerismo, con que pretendemos encubrir nuestra fisonomía indígena, que no tiene por qué avergonzarse de salir al mundo tal cual es, con sus distintivos originales de raza, genio, ideas y costumbres.

Parece que nos hemos olvidado de que la originalidad es una de las bases primarias de lo grande y de lo bello; que la civilización, considerada respecto a cada pueblo, debe levantarse como un árbol, que crece se desarrolla y fructifica sobre su propio tronco y con su propia savia. En este sentido, toda fuerza auxiliar, por poderosa que sea, tiene que someterse y adaptarse a las fuerzas vitales primarias y autóctonas.

El desenvolvimiento psicológico de un pueblo, y su progreso útil y trascendental, no son cosas que se improvisan: vienen lógica y gradualmente. La obra del verdadero progreso empieza por la conservación de todo lo bueno, aunque lo bueno sea más viejo que Matusalem, y sigue con el mejoramiento

to de las cosas existentes y la implantación oportuna de lo nuevo, cuando lo nuevo es ventajoso, procediendo no *persaltum*, como lo quieren los falsos apóstoles del progreso, que insensatamente pretenden empezar por donde acaban los pueblos que toman por modelos, sino paso a paso, y con riguros» orden: primero deben levantarse con firmeza los cimientos del edificio, para montar luego, cuerpo a cuerpo, todas sus partes, hasta llegar a la cúpula; y venir, por último a los trabajos accesorios de pulimento y ornamentación. Esto ha sido, es y será siempre lo racional y lógico.

Pero acá en los trópicos, nos hemos formado una idea tan descomunal del poder absoluto del progreso, que lo suponemos exento de toda sujeción a los preceptos de la razón y la lógica, sin duda por que estos preceptos son muy anticuados y comunes, y por ello, en nombre del poder omnimodo del progreso, saltamos por encima de lo racional y lógico, para obrar en orden inverso.

Entre una obra de primera necesidad o de utilidad efectiva, pero de paciente y tardía ejecución, y otra de divertimento o mero ornato, prontamente realizable, no se titubea: el progreso no quiere demoras. Hacemos primero el jardín, el paseo, el teatro, el hipódromo, etc., erigimos costosos monumentos y palacios de apariencia para hermohear las ciudades, dejando a compañías extranjeras el trabajo de las grandes obras, como el camino a través de las montañas, la canalización de los ríos, y la varia explotación de nuestras inmensas riquezas naturales.

No importa para el criterio *progresista*, que esto nos entregue maniatados, con ligaduras de *millones*, a las naciones extranjeras: los positivistas se han encargado de difundir en los países hispanoamericanos los principios de una filosofía que les conviene, la filosofía mercantil de Cartago que estima como meros escrúpulos los más altos sentimientos de patriotismo, y aconseja apartarnos a un lado, para dejar libre el paso al voluminoso carro de la industria y del comercio, portador de una gloria efectiva, consistente en billetes de banco.

Cuando el doctor Quix pisó las playas de Tierra Firme, no fue poca su sorpresa al hallarse con un puerto lleno de naves, y una ciudad relativamente populosa y adelantada, pues él creía que el Nuevo Mundo estaba poco más o menos lo mismo que en tiempo de Colón, y que a cada paso tendría que habérselas con tribus salvajes. En esta creencia, muy general por cierto en toda la Europa, había tomado la precaución de traer vestidos acolchonados, que los defendiesen de las flechas ponzoñosas de los indios, como lo hacían los primeros conquistadores, según lo había leído en los cronistas de Indias, precaución que comunicó a Sancho, el cual no esperó la hora del peligro para cubrirse con su cota o armadura estopeña sino que se la puso a toda prisa, tan luego se dio en el buque el anuncio de tierra.

Al verlo de esta suerte vestido, todos se confirmaron en la idea de que era un esquimal, que ni bajo los rigores del calor de los trópicos prescindía de sus pieles y gruesas vestiduras polares. Nuestros viajeros se alojaron en una posada, que recientemente había cambiado su nombre por el de *hotel*, siguiendo la ola del progreso onomástico, posada donde esperarían la hora de embarcarse nuevamente para el puerto de las Palmas, navegación que harían en un bergantín costanero, porque no tocaban en aquel punto los vapores trasatlánticos.

Al dispersarse los pasajeros por la ciudad, se divulgó como por encanto la llegada del sabio inventor del alumbrado heliográfico: el diario del puerto lo saludó con grandes loas, y llovieron sobre él las visitas de los curiosos y las tarjetas de bienvenida. Sancho se le acercó en el primer momento en que lo vio solo, y le preguntó acezante:

—Si no me engaña la memoria, su merced me ha hablado de una tierra que hay en estas Indias, llamada del Fuego.

—Cierto, Sancho, y por allí mismo queda el cabo de Hornos.

—Pues sin que se merced me diga más, yo le digo que ya llegamos; y bien puesto tiene el nombre, porque uno se asa aquí como dentro de un horno encendido.

Reparó Don Quijote en la voluminosa envoltura de su criado y colega, en los fuertes resoplidos que daba, hecho un camaleón y sudando a chorros.

—¡Imbécil! ¿Cómo no quieres asarte más de la cuenta, si te has puesto esas ropas de cuatro dedos de espesor?

—¿Y si vienen los indios, mi amo?

—Tiempo habrá de prevenirnos, si ellos nos acometen. Por ahora, quítate todo eso, y quédate en paños menores, si quieres salir con vida del cabo de Hornos.

A los pocos días, continuaron su viaje, y pronto arribaron al puerto de las Palmas, de donde emprenderían camino hacia Sanisidro y Mapiche, término de su excursión.

Un cambio muy sensible se había efectuado en Santiago a la vista de su tierra nativa: parecía que al tocar el suelo del puerto, un fuego extraño se había apoderado de su corazón. Era una alegría impaciente, una inquietud casi infantil, un deseo vehemente de ver a los seres que más amaba. No obstante la admiración profunda y gran cariño que sentía por el doctor Quix, no se resignó a esperarlo para seguir juntos el viaje.

El doctor Quix, firme en sus ideas y planes científicos, quería viajar poco a poco, acortando las jornadas, para tener tiempo de observar la flora, la fauna, y las demás riquezas naturales del suelo tropical. Pero Santiago, con la desazón que se ha dicho, en todo pensaba, menos en dedicarse a observaciones científicas. Con los pocos dineros que le quedaban, resto de la munificencia de su ilustre amigo y protector, alquiló una mula de silla, e hizo los preparativos indispensables para salir del puerto al otro día por la mañana.

Cuando clareó el alba y todo estuvo listo, le echó los brazos al doctor, y le dijo con verdadera efusión:

—Perdóneme el que no lo espere, pero usted comprenderá que después de cuatro años de ausencia, estoy ansioso por llegar a mi pueblo, del cual me separan todavía cuatro días de camino. ¡Mi gratitud, doctor, será eterna! Cuento usted con un amigo de corazón, que le ofrece sus servicios en Mapiche.

—Gracias, amigo Santiago. Razón tienes en adelantarte, como lo haces, y aunque siento en el alma tu separación, de buen grado consiento en ella, con la esperanza de que nos reuniremos dentro de poco tiempo.

—¿Y cuándo piensa llegar a Mapiche?

—A la verdad, eso no depende de mí, sino de los estudios y exploraciones que tenga que hacer por esta tierra virgen, cuajada de maravillas. Tú sabes que viajeros como yo, no pueden fijar itinerario, porque están sujetos a lo imprevisto, según sean los descubrimientos que a cada paso hacen en el campo de la geología, la historia y las ciencias naturales; pero cuenta con que tarde o temprano llegaré a Mapiche, lugar que tengo escogido para mi residencia en América.

—¡Oh, doctor, eso es una gloria para Mapiche! Desde ahora le aseguro que esta nueva va a poner en movimiento a mis paisanos, y despertar la envidia en los otros pueblos de la comarca. ¡Que un sabio como usted se resigne a vivir en Mapiche! Nunca me imaginé que pudiéramos merecer tanto favor.

Santiago hablaba con el corazón en los labios: la ciencia del doctor Quix, y la fama que ganaría su nombre el divulgarse el invento del heliógrafo, eran cosas muy grandes y espléndidas, para que pudieran caber en una villa tan apartada y oscura como Mapiche.

—Pues si en ello hay gloria, las gracias por haberla alcanzado tu pueblo, a ti deben ser dadas, pues me encamino a él, siguiendo tus pasos, y llevado del deseo de conocer ese paraíso recóndito, a donde llegarás en breve, como un heraldo, como un precursor de mis ideas y propósitos. Anuncia, predica, propaga, pues, la buena nueva; conviértete en un Pedro el Ermitaño, que detrás iré yo, como un Godofredo de Bullón, a enarbolar sobre las almenas de tu pueblo la bandera triunfante del Progreso.

Despidióse también Santiago de su gran amigo Sancho, el cual lo quería como a las niñas de sus ojos, según sus propias palabras.

Era Santiago, en realidad, muy acreedor a ese aprecio, porque tenía lo que se llama sangre dulce, y con todos lo pasaba bien. Aunque falto de letras, poseía cierto lustre intelectual, adquirido en el trato de las gentes y la lectura de periódicos, lustre que unido al talento, suele confundirse con la verdadera ilustración, y hasta sobreponerse a ella. Tenía, además, no sabemos si la cualidad o el defecto de ser en extremo dócil para adherirse a la opinión de quien le hablase, ora fuese por evitar discusiones, ora porque sinceramente adoptase como propios los ajenos pareceres.

Son estos los temperamentos psicológicos más adecuados para difundir de buena fe las ideas nuevas y seductoras; espíritus ingenuos, pero superficiales y llenos del candor de la ignorancia, que no examinan a fondo las cosas, y que no pueden oponerse a los sofismas, por la sencilla razón de que no los distinguen de la verdad. Son los primeros que se rinden al influjo de alguna inteligencia extraviada, que cautiva y arrastra con el brillo de sus teorías.

Santiago se alejaba del doctor Quix, satisfecho y orgulloso de tener un amigo de tales quilates, y de haberlo conducido hasta su patria. Se creía otro hombre, llamado a cosas que antes no soñaba siquiera, a figurar de los primeros en la brillante evolución que le esperaba a su suelo nativo, bajo la egida de aquella inteligencia superior. Todo esto se le representaba de una manera vaga e indecisa, pero risueña y llena de encantos desconocidos para su alma de joven, largo tiempo abatida en la noche del ostracismo. Creyóse en posesión de un elevado y honorífico cargo, cual era el

de heraldo y precursor del doctor Quix, a quien consideraba como un pontífice máximo de la sabiduría y del Progreso.

Cuando el joven proscrito se alejó, vueltos los cascos con tantas ideas nuevas, y ansioso de echarse en los brazos de sus padres adoptivos, no menos que de volver al embeleso de sus amores, Don Quijote se volvió a Sancho y le dijo, dándole una palmadita insinuante en el hombro.

—Ea, Sancho, saca la bicicleta, para darte algunas lecciones más, ahora que nadie nos ve, porque mañana sin falta debemos continuar nuestro viaje.

—¡Qué bicicleta, ni qué pan caliente! Ya le he dicho, mi amo, que yo ni pago monto en esa máquina.

—¿Por qué Sancho? Tú verás como aprendes, y te pones tan ducho como yo en su manejo. Todo cuesta al principio, porque nadie nace aprendido; conque no te acobardes por la primera caída. ¡Arriba, pues!

—A otro perro con ese hueso. Le digo, mi amo, que no, y mil veces no.

Y mirando a todos lados para cerciorarse de que estaban completamente solos, se acercó más a Don Quijote, que estaba contrariado con tan rotunda negativa, y le dijo al oído:

—No se enfade su merced, que desde anoche tengo pensado un negocio, sin me da su licencia, con lo cual saldremos bien del paso.

—¿Qué negocio, Sancho?

—Respóndame antes a lo que voy a preguntarle. ¿Puedo ya disponer de la máquina como de cosa propia?

—Tuya es, porque para tí expresamente la compré en Barcelona, porque no sería propio que viajase yo en bicicleta, y tú a pie, en cabalgadura, o de otro modo.

—Pues con esta aclaración, haga cada cual de su capa un sayo, y disponga de lo suyo como le plazca; pero antes, quiero la venia de su merced para negociar con ventaja.

—Pero dí lo que quieras, sin tantos rodeos ni preámbulos. ¿Cuál es el negocio?

—Tengo ya apalabrado al posadero, y el trato está a punto de cerrarse, si su merced lo consiente: he visto el animal en la cuadra, y me llena el ojo. Me lo dan con la albarda y sus aparejos, pelo a pelo.

—¡Hombre de Dios! ¿De qué negocio me hablas?

—Pues de cambiar la bicicleta por un asno, de todo punto enjalmado.

Si hubiera recibido Don Quijote una bofetada, acaso no habría manifestado mayor sorpresa ni mayor coraje. Con los puños cerrados, y centelleantes los ojos, se lanzó sobre el infortunado Sancho, soltándole con toda la fuerza de sus pulmones aquella enérgica interjección de Castilla, que suele decirse, pero que nunca se escribe.

—¡Sancho estúpido! ¡Sancho retrógrado! ¡Sancho oscurantista! ¿Cómo te atreves a proponerme semejante contumelia?... ¡Trocar una bicicleta por un asno!... ¿Dónde tienes los sesos, desdichado? ¿No ves que eso es una herejía, un oprobio, un descomunal atentado contra la ley santa del Progreso? ¿Dónde has visto tú, hombre estulto e ignorante, que se cambie el enmohecido hierro por el oro fino y reluciente, ni que se desee más la

pavorosa tiniebla que el claro día? ¡Oh, no, no!... Apártate, Sancho, de mi presencia, dijo Don Quijote, cubriéndose los ojos con las manos, porque eres un cangrejo que camina siempre para atrás, un buho, que huye de la luz, y grazna en las tinieblas!

Con la cabeza caída, esperó Sancho a que descargase el terrible nublado de la cólera de su amo. Estaba confuso y atemorizado, pero no arrepentido del negocio, aunque, en realidad, jamás llegó a imaginarse que su propuesta provocara tan deshecha tempestad. Viéndose despedido y ultrajado, se le vinieron las lágrimas a los ojos, y con gran tristeza le contestó a Don Quijote:

—Yo no esperaba que por tan poca cosa me despidiera su merced; mientras más se vive, más se ve. Perdón le pido por este gran disgusto, y me aparto a vivir como Dios me ayude, porque no estoy dispuesto a montar en la bicicleta, siendo de más socorro el asno que la tal máquina para viajar por estas tierras, que no estarán enlozadas ni pavimentadas como las calles y jardines. Conque écheme su bendición, y apartémonos en paz, ya que su merced así lo quiere.

Don Quijote fue siempre más dócil tirado por la cuerda del sentimiento que por la de las razones: vista de Sancho lloroso y humilde, descendió de la altura olímpica de su cólera, y se hizo exorable a la propuesta de su criado, aunque mediante una condición expresa.

—Enjuga esas lágrimas, Sancho, y haz lo que me propones, pero no digas jamás a nadie que en esto has obrado con mi consejo, ni con mi apoyo sino por el contrario, debes dar a entender aunque no sea lo cierto, que has negociado a espaldas mías, contravinando las leyes del Progreso.

Regocijose Sancho, prometió cargar con toda la culpa del gran pecado, e hizo el negocio, dándose el gusto de abrazar con extrema alegría a su nuevo pollino, el cual venía a llenar el vacío del paciente e inolvidable Rucio. Buscó alforjas, las proveyó a su agrado, y esperó de buena voluntad la orden de partida. Don Quijote miraba al asno de reojo, aparentando la más completa ignorancia del negocio; su equipaje fue confiado a unos arrieros, que a la sazón salían con una partida de mulas para Sanisidro.

CAPITULO XV

De los estupendos descubrimientos científicos que el doctor Quix hizo en los bosques tropicales

¡Qué lujosa vegetación! Árboles gigantescos, cuyos troncos semejan vetustos torreones, cubiertos de musgos; valientes trepadoras, que construyen con sus bejucos obras admirables, remedando arcos de triunfo y puentes colgantes, adornados de flores; palmas soberbias, bellísimas parásitas, aves bulliciosas, que despliegan al sol sus pintados plumajes, y cantan en lo alto la magnificencia de la creación, mientras que abajo, sobre la capa húmeda y esponjosa, que forman los despojos vegetales putrefactos, se enroscan la temible coral y la cascabel sonora, lanzan sus gritos estridentes las chicharras suicidas, y cruzan por el aire, tímidas y vacilantes, mil pintadas mariposas.

—¡Oh, Sancho, esto es sublime! ¡Esto es magnífico! Esto es grandioso! Exclamaba el doctor Quix, deteniéndose a cada paso, así para admirar alguna nueva maravilla, como para descansar un rato, porque el suelo, aunque llano, presentaba serios obstáculos a la bicicleta, a tiempo que Sancho caminaba montado en el pollino, arrellanado en la albarda, con la holganza de un sátrapa oriental. Pero cuando empezó el calor a sentarles de lleno, los mosquitos y zancudos, como alados escuadrones de lanceros, vinieron a darles continuas embestidas, principalmente a Sancho, que les ofrecía puntos de ataque más rollizos y sanguíneos.

—¡Oh, qué país tan asombroso! continuaba diciendo el doctor Quix—nadie me quita de la cabeza, aunque la historia no lo diga, que aquí debieron de nacer y criarse Hércules, Sansón y Goliath, porque esta tierra es de gigantes.

—Y también de mosquitos, mi amo; vea cómo me tienen acribilladas la cara y las manos.

—Para librarnos de tal plaga, tendremos que hacer esta noche lo que los indios de Cumaná, según el relato de los historiadores Gomara y Castellanos, que era abrir un hoyo en la tierra, y meterse dentro.

—¡Se enterraban vivos!

—Ni más ni menos, porque luego se cubrían con la arena sacada del mismo hoyo.

—Pues perdono las perlas por no ensartarlas. Es mucho más bravo el remedio que la enfermedad. Trastee por allá su merced para ver si recuerda otra cosa que no sea tan miedosa como la sepultura.

—A la mano la tienes; abre una cajita, y tómate dos o tres píldoras de Fierabrasina, que son gran preservativo contra las picaduras de cualquier insecto.

—Eso se llama, mi amo, salir del trueno para caer en el relámpago. Más quisiera yo podirme en el hoyo, que volver a probar del bálsamo de Fierabrás.

—Para que veas que autorizo con el ejemplo lo que afirmo de palabra, dame acá media docena de píldoras, para que observes en mí los efectos maravillosos de esta medicina.

Y el doctor se engulló una tras otra, las seis píldoras, y continuó su camino. Si le produjeron algún efecto, ¿quién puede saberlo? Por el crédito de su medicina, habría sido capaz de meter la mano en el fuego, sin quejarse ni decir esta boca es mía, a semejanza del romano Mucio Scévola.

La verdad es que tú, lector, pudieras haber hecho lo mismo, y aun tomar de un golpe el contenido de una gruesa de cajas, sin sentir más efecto que el de la llenura, porque el doctor Quix era humanitario, y por ende inofensivo como médico; las píldoras eran un simple *mica panis*, una preparación de harina y azúcar, las cuales curaban por el método sugestivo, último progreso terapéutico, que viene a ser la aplicación médica de una verdad teológica: la fe en el médico debe salvar al enfermo, así como la fe en Cristo salva al cristiano. ¡Lástima grande que este cielo de salud, esté solamente abierto para los nerviosos y las histéricas!

Iba muy atento Sancho, para ver si advertía en su amo algún movimiento de náuseas u otra revolución estomacal, causadas por el píldorado bálsamo,

cuando notó que Don Quijote detuvo la bicicleta, y se puso a mirar para un lado del camino con grandísimo cuidado; y que no contento con la simple visto echó mano del antejo con febril agitación, y continuó mirando, con tanta ansiedad, que Sancho entró en temores, creyendo que hubiese descubierto por aquella parte alguna fiera u otro animal dañino.

—¡Quieto, Sancho!... Allégate acá, sin meter ruido, para que veas un prodigio, un pasmoso descubrimiento.

—¡Qué mi amo! ¿Acaso ha descubierto ya alguna mina de oro o piedras preciosas?

—¡Es un fenómeno antropológico, que vale más que el Potosí. ¡Un gran descubrimiento científico!

Estiróse Sancho sobre el pollino, y miró por encima de la maleza, pero no vio cosa que lo pasmase, sino un indio, peón de alguna hacienda o conuco vecino, que estaba ocupado en formar haces de leña, liados con bejuco.

—Obsérvalo bien, Sancho, y dime qué le descubres.

—Es un indio bien cuajado, pero lo que noto y me admira es que esté vestido, y que no tenga ni una pluma para remedio.

—Pero tiene otra cosa más sorprendente, Sancho. Fíjate en el apéndice velludo que le cuelga por debajo de la camisa, en la prolongación del espinazo. ¿Lo ves?

—¡Ah!... mismamente parece un rabo.

—No es que parece, sino que es real y efectivamente un rabo. ¡Oh, Darwin! quien creyera que estaba reservado a este oscuro soldado de la milicia científica, la gloria de evidenciar tu doctrina, descubriendo en los bosques de América este raro ejemplar del simio-humano, tan solicitado por los sabios en el interior del África. Aquí tienes, Sancho, la prueba más evidente y decisiva de nuestra descendencia del mono.

Sancho, que ya había oído hablar a su amo en otra ocasión de este abo-lengo, y que había tomado la especie como una broma, miraba el fenómeno con ojos de asombro. En fin, no es de admirar que Sancho creyese en lo del rabo, cuando en otros tiempos gentes engollilladas, creyeron en Europa algo peor; que el indio americano era animal irracional.

El peón tenía una camisa muy corta, con la falda fuera del pantalón, y llevaba al cinto un puñal dentro de una vaina hecha de piel de ardilla o de nutria, que son muy peludas. Pero es el caso que no tenía el arma de un lado, o sobre el cuadril, como se acostumbra, sino completamente atrás, en la mitad de la espalda, para llevarla más oculta, de manera que le sobresalía por la falda de la camisa la punta de la vaina, que ciertamente tenía la apariencia de un rabo de mono o de otro animal velludo.

—Acércate, Sancho, a él, y le ruegas muy por las buenas que se descubra todo el rabo, para sacar un retrato completo, ofreciéndole buena gratificación.

—¡Está loco, mi amo! ¿No ve que a nadie le gusta que le digan que tiene rabo? ¿Por qué no le hace su merced la propuesta cara a cara?

—No se la hago, porque temo que al verme, huya despavorido, creyendo que vaya a esclavizarlo o causarle algún otro mal, mientras que tú tienes un continente más pacífico, puedes avenirte mejor con él, e infundirle plena

confianza, no sólo para que nos muestre el rabo, sino también para que me permita medirle el ángulo facial.

—No lo crea, mi amo, porque mentarle el rabo, será como mentar la soga en casa del ahorcado; a seguro, llevan preso; conque lo más prudente será que se contente su merced con la punta del rabo, que por la hebra se saca el ovillo; y menos se meta a medirle la fachada, porque puede ser que antes nos mida él las costillas con una raja de leña, y en vez de ir por lana, salgamos trasquilados.

Reflexionó Don Quijote, y aunque no hablaban con él los miedos de Sancho, detúvolo, sí, ver malogrado el hallazgo, si el indio ponía pies en polvorosa. Por lo cual, sin moverse del sitio en que estaban, sacó el aparato fotográfico, lo previno, y se estuvo en espera de una buena posición del raro individuo para tirar el retrato.

—¡Ahora, mi amo! —le dijo Sancho, al ver que el peón les daba por completo la espalda, y algo peor que la espalda, doblado por la cintura, para levantar del suelo un haz de leña, dejándoles ver casi un palmo del pretenso rabo, posición en que fue retratado al instante.

—Creo, Sancho, que el rabo ha quedado bien visible, y esto es lo más importante, porque esta fotografía está llamada a dar la vuelta al mundo, para gloria mía y regocijo de los sabios darwinistas.

Habiendo proseguido su marcha, la satisfacción del doctor Quix llegó a su colmo, pues oyeron una destemplada algarabía, producida por una tropa de monos legítimos y verdaderos, que saltaban sobre los árboles.

—¿Lo ves, Sancho? Aquí los monos son autóctonos, y la selección espontánea debe efectuarse con suma rapidez. Aunque me cueste un ojo de la cara, me llevaré al regreso un ejemplar del simio-humano, como el que hemos retratado, para presentarlo de bulto a la *Sociedad Simio-génita* de Boston.

Fueron tantas las paradas, y rodaba con tanta lentitud la bicicleta, que les cerró la noche antes de llegar a la posada donde pensaban quedarsc. Caminaban, pues, en lo oscuro, sin más claridad que la de las estrellas, mortificados por los silbantes zancudos, que, según se ha dicho, lanceaban más a Sancho que al doctor, porque éste llevaba enguantadas las manos y algo más defendida la cara por la toquilla del sombrero de turista.

—Dice el dicho, que quien no se aventuró, ni perdió ni ganó; así es que estoy por hacer la prueba, tomándome una sola píldora. ¿Qué le parece, mi doctor? Una pasa, cualquiera se la pasa.

—Debes tomarte tres, lo menos, y respondo del resultado. ¿No me tomé yo media docena para darte ejemplo?

—En nombre de Dios, pecho al agua, y venga lo que viniere, —dijo Sancho, tomándose en seguida, una tras otra, las tres píldoras.

—Ahora, Sancho, conviene que te cubras la cara con un pañuelo, sin dejar libre más que los ojos y que lleves las manos metidas en los bolsillos, para evitar el contacto del aire, y facilitar el inmediato efecto de la Fierabrasina. Ya verás como los zancudos te respetan.

A poco andar, aliviado Sancho de las picaduras, por virtud del tratamiento sugestivo a que lo sometió el doctor, oyeron unos golpes acompasados dentro

del bosque, y mirando en la dirección de donde partían, descubrieron un vago resplandor debajo de los árboles en paraje no muy apartado del camino.

Es costumbre del país, cuando las cosas políticas andan revueltas o hay temores de ello, lo que acontece de ordinario, sacar las bestias de silla de las cuadras o caballerizas, y llevarlas a dormir en algún arcabuco o escondrijo dentro del monte, con el objeto de que no estén a la mano de las comisiones armadas que recorren los campos, más de noche que de día en pos de reclutas, bagajes y ganados.

El campesino que tiene algún animal aprehensible como elemento de guerra, lo pone de este modo en seguro, principalmente de noche. Los golpes que oían Don Quijote y Sancho, eran del machete con que le picaban la cena de pasto a un caballo, y el vago resplandor, era producido por un enorme farol de vejiga, calculado para vela entera, que puesto en el suelo parecía un poste encendido, aunque por su completa opacidad, apenas difundía una luz muy débil y triste, la necesaria para picar el pasto, trabajo que hacía un indio mocetón, sentado en el suelo al lado del caballo.

—Vamos allá, Sancho, a ver qué es aquello.

—No tenga de esas, mi amo. ¿Qué nos va ni nos viene con averiguar esas cosas? —le contestó Sancho, disimulando su miedo.

—Ya me conoces; quiero ir allá e iré por encima de todo. Aquello más parece un fuego fatuo que resplandor de lumbre.

—Por eso mismo, lo más prudente es pasar de largo, sin apartarnos del camino; id por el medio, y no caereis, dice el adagio. Además, recuerde su merced que estoy bajo la acción de las píldoras, y no puedo irme a salto de mata por esos zarzarles.

—Pues quédate, que yo iré solo —dijole Don Quijote, abriéndose paso con los brazos y con todo el cuerpo por entre las ramas y zarzas, tomando por faro el misterioso resplandor, que tenía excitada su curiosidad y en supersticiosos temores a Sancho.

De pronto cesaron los golpes, pero simultáneamente resonaron por todo el bosque las grandes y estentóreas voces de Don Quijote:

—¡El helióforo! ¡El helióforo!... ¡El leño fosforescente, el árbol luminoso del jesuíta!... ¡Corre, Sancho, que se me escapa!...

El indio, que no esperaba ser sorprendido en su nocturna ocupación, al ver salir de entre el monte la figura espantable de Don Quijote, dando tan extrañas voces, de un salto se puso en pie, agarró el farol y salió de estampida, volando más que corriendo.

Sancho vio con terror romperse la maleza, no lejos de él, y aparecer de súbito aquel cuerpo luminoso, llevado en volandas, como si lo cargasen por el aire las mismísimas brujas. Dio un grito de espanto, y se abrazó al pescuezo del pollino, el cual se asustó también, y trataba de correr.

Vanos fueron los gritos y carreras de Don Quijote; pronto dejó de verse el fugitivo resplandor, ocultado por el espeso monte, y todo quedó nuevamente en la más completa oscuridad. Orientado por las voces que le daba Sancho, Don Quijote volvió acezante.

—¿Lo viste, Sancho? ¡Qué feliz e inesperado hallazgo! Es un pedazo de tronco, como de tres palmos de largo y uno de ancho, cuya luz alumbraba

un buen trecho; pero el salvaje que se servía de él, huyó con tal presteza, que ha sido imposible alcanzarlo.

—¡Qué tronco de mis pecados! si yo lo ví pasar por los aires, como una estopa encendida, y todavía tengo el resuello por dentro.

—Tronco es, Sancho, pero debe de ser muy seco y liviano como la yesca; y ahora deduzco que sin duda la ahuecan los indios, para hacerlo más trasportable, y servirse de él como de linterna para alumbrarse de noche. Ya ves cuánta claridad difunde así en bruto. ¡Oh, grande y portentoso hallazgo! Puedo asegurarte que el alumbrado solar o heliográfico es un hecho fuera de toda duda.

—¿Y cómo piensa su merced ponerse en ese palo-candil?

—He aquí mi plan: bien sabes cuán egoístas son estos indios con sus secretos, que antes prefieren morir que revelarlos. Sin embargo, tan pronto conozca mejor el país, volveremos a buscar el *helióforo*, con toda seguridad. Por ahora, la prudencia, aconseja tener oculto este gran descubrimiento, lo mismo que el del simio-humano, no sea que al divulgarlos, se aproveche de ellos otro sabio, más conocedor de las entradas y salidas de la tierra y de las tribus que la habitan.

—Dejando a un lado estas cosas, que yo no entiendo, por más que me devane los sesos, creo que la posada todavía está lejos, y el hambre cada vez más cerca. La luz de adelante es la que alumbra, y tripas llenas, refuerzan las piernas. Conque mejor será que comamos aquí algo, a la luz de las estrellas, que el camino de las manos a la boca no tiene pérdida.

Don Quijote, que llevaba el estómago en un hilo, no se hizo de rogar; comieron algo, y a poco andar, dieron con la posada, donde Sancho se tomó otra dosis de Fierabrasina, la cual, ayudada con el completo tapamiento de todo el cuerpo, fue remedio eficaz contra los zancudos, y prueba inequívoca de la excelencia del método curativo del doctor Quix, semejante al que emplean, tratándose de la exportación, muchos médicos, industriales y droguitas millonarios de Europa y Norteamérica, con sus prodigiosas preparaciones, remedios siempre infalibles, elaborados expresamente para que surtan sus efectos *in anima vili*, o sea en los semi-salvajes de Suramérica, mediante la bombástica y altisonante recomendación del anuncio, y el halago de las estampitas de colores.

CAPITULO XVI

Donde se describe la ciudad de Sanisidro, y lo que en ella pasó a uno de los personajes de esta historia

La ciudad de Sanisidro, capital de la provincia del mismo nombre, conserva todavía la apariencia colonial, un sello español muy manifiesto: calles rectas, no muy anchas, empedradas y con aceras de ladrillo; plazas cuadradas, sin árboles ni jardines, siempre listas para habilitadas como circos en el juego de toros, cercándolas al efecto con palos rústicos, que vienen a servir de barrera y de sustentáculo a los palcos.

A pesar de ciertos revestimientos y molduras de estilo moderno, predomina en las casas la arquitectura española. Paredes de tierra pisada, que es la clase de muro más usado; techos de teja acanalada, con su color natural de ladrillo, que traen a la imaginación las viviendas hispano-morisca, a que se unen, para hacer más viva la semejanza, los patios enclaustrados, con sardineles en contorno, hermosos jardines y cristalinas fuentes y las tradicionales persianas, que cierran uno o varios intercolumnios en los corredores, detrás de los cuales se oye el ruido de los platos y cubiertos a las horas de comer, cuando el espacio que encierran se destina para comedor, o bien, suenan la máquina de coser y las tijeras manuales, acompañadas de ese cantico peculiar de la mujer, cuando se ocupa en las labores domésticas.

La costumbre de las celosías en las ventanas, tan cómoda para las familias y tan incómoda para los amantes, se halla todavía en pleno vigor. Rara es la casa que no las tiene, unas de estilo antiguo, hechas de tabla, con calados arabescos o puros agujeros, otras de tejidos de alambre o de cañamazo, y hasta de simple lienzo; y modernamente se han introducido algunas más durables, consistentes en una lámina de hierro muy fuerte, con calados tan finos que apenas son visibles contra la luz, lo que viene a ser causa de chascos y sorpresas, de dentro para afuera, y de afuera para dentro, según la parte más iluminada.

Excepto los días de mercado y los de alguna solemnidad cívica o religiosa, la ciudad no ofrece mayor animación: sus calles están de continuo solitarias y silenciosas con mayor razón de noche, en que a la soledad y silencio se unen las tinieblas, pues el alumbrado público, reducido a las calles principales, consiste en faroles, por lo regular muy opacos, colocados a cada media cuadra.

Sin embargo, en tiempo de paz, no faltan para alegrar un poco las noches de Sanisidro, la música de los pianos de familia, y la de los bandolines y guitarras, que recorren las calles en manos de mozos del pueblo, que andan de jácara, o que improvisan peligrosas orquestas en los mostradores de las pulperías.

En las inmediaciones de la ciudad había una venta muy popular, que era la posada predilecta de los arrieros que venían del puerto de las Palmas, y donde solían desmontarse y dejar sus bestias los viajeros lugareños, y aquellos que no disponían de medios para resistir el gasto de una posada más cómoda en el centro de la ciudad.

Las ocho de la noche serían, cuando salió de dicha posada un caballero de airoso porte, que mostraba ser algún viajero, a juzgar por el guarniel o bursaca que llevaba colgante de un hombro, el sombrero de paja y el traje que vestía, salpicado todavía por el barro del camino. Dirigióse a la ciudad, y entró en ella con ese aire de vacilación e incertidumbre que caracteriza al forastero, pues en cada esquina se detenía un poco, temiendo sin duda perder su itinerario.

La luz no muy intensa del farol de una de las esquinas, en que se ha detenido por mayor tiempo, nos va a permitir observar con más atención su fisonomía.

Es trigueño, de ojos grandes y expresivos, y frisaré apenas en los veinte años, como lo dice la frescura de sus facciones y el espeso bozo que viriliza su simpático rostro, precursor de unos negros y elegantes bigotes. Mani-

fiesta en su semblante una ansiedad particular: lo ha detenido la voz de una mujer que canta al piano la conocida canción *Sobre las Olas*. Es una voz débil, pero en extremo dulce, que conmueve hasta lo más recóndito del alma.

El canto cesa: una inquietud nerviosa domina al joven viajero. Parece vívamente contrariado con la suspensión del canto, y clava sus ojos, llenos de curiosa sorpresa, en la casa inmediata, por cuyas ventanas, abiertas de par en par, salía a torrentes la luz vivísima de una lámpara colgante en la sala.

¿Será nuestro viajero algún apasionado músico? ¿Por qué, entonces, se ha detenido allí, y ahora espera, convulso y anhelante, oír de nuevo aquella voz tierna y conmovedora, que ha paralizado sus sentidos?

El piano preludia otra vez, y en seguida se oye la misma voz: ahora canta un *bambuco*, uno de esos cantares apasionados y melancólicos, compuestos por algún amante bajo las frondas de la exuberante vegetación tropical, cuyas notas remueven en el fondo del alma el mundo de los recuerdos, y sacan a los ojos alguna lágrima indiscreta, reveladora de algo íntimo e inefable, que es amor, sentimiento, desventura o esperanza.

Aquella voz y aquel *bambuco* debían de ser harto conocidos del joven viajero, porque sus ojos brillaron con un fulgor extraño y se inundaron de lágrimas. Llevóse las manos a la cabeza, como si quisiera cerciorarse de que estaba despierto, y no era aquello un sueño, ni una vana ilusión.

Con paso firme abandonó la esquina, donde hacía rato estaba clavado como un poste, y se dirigió resueltamente a la casa de donde partía el canto.

Al pasar por las ventanas, se detuvo un instante a mirar hacia adentro: apenas pudo ver por entre las cortinas el perfil de una joven, elegantemente sentada al piano, en uno de los ángulos de la sala, que era un recinto decorado con gran lujo.

Una viva exclamación y un nombre salieron casi simultáneamente de sus labios, pero la música del piano no permitió oír nada. Siguió por la misma acera hasta llegar a la puerta de la casa, donde inesperadamente se tropezó con un muchacho, que estaba sentado en el umbral, el cual se había puesto en pie con la ligereza, y miraba al viajero cara a cara.

—¡Como que es el niño Santiago! —exclamó sorprendido el muchacho.

—¡Chucho! ¡Chucho! —exclamó a su vez el joven, estrechándolo en sus brazos—. ¿Conque vive aquí don Manuel?... ¡Ah, no me había equivocado!

Chucho era el indiecito del servicio de la casa de don Manuel, que estaba ya zagaletón, el mismo a quien Santiago confió la mula del vicario el último e inolvidable día de su permanencia en Mapiche.

Lo que Santiago había creído una ilusión, era una realidad palmaria: la mujer que cantaba era Lola. Tanta fue su turbación, que no atinaba en contestar al muchacho, quien lo excitaba a entrar con gran cariño e interés. Estaba ofuscado e irresoluto.

Aquel estrado brillantemente que acababa de entrever por las ventanas, lo mantenía en suspenso: su traje de camino no se avenía con tanto lujo.

¿Pero cómo dejar de ver a Lola? ¿Cómo retirarse, dando tregua a las ansias de su corazón, allí mismo, a los pocos pasos de ella, después de tan larga y triste ausencia? ¿Sería Lola la misma tierna y afectuosa niña que trató en Mapiche y el Granadillo?

Todos estos pensamientos angustiaban su corazón, pero al cabo, tomó la resolución de entrar, y entró, guiado por Chucho, que lo hizo atravesar el zaguán y detenerse en la primera pieza que se hallaba en el corredor, cuya puerta abrió, diciéndole:

—Este es el escritorio de don Manuel. Si no quiere pasar a la sala, espéreme aquí un instante, mientras aviso a la familia y traigo luz.

Como el cuarto estaba oscuro, Santiago esperó a Chucho, parado en la puerta, y desde allí dirigía sus ávidas miradas a la sala de recibo, cuya puerta daba libre paso a los resplandores de la lámpara, que iban a iluminar el suelo del patio, cubierto de plantas de jardín y dividido en cuarteles, por medio de callejuelas pavimentadas con ladrillo.

A la entrada de Chucho, cesó repentinamente el piano, y se oyeron voces y ruido de pasos precipitados hacia el interior, por lo que entendió Santiago que ya estaban advertidas doña Angela y Lola de su inesperada visita.

Le palpitaba el corazón con suma violencia: ya creía tener delante la bella figura de Lola, oír su voz dulcísima, estrechar su delicada mano, y bañarse en la luz hermosa de sus negros ojos. Estaba trémulo, pálido, dominado por esa angustia indefinible de quien espera recibir una gran felicidad o un amargo desengaño.

Solo una lámpara de reflector alumbrada los corredores del claustro, pero la puerta del cuarto donde estaba Santiago, se hallaba en la sombra. Así es que, metido en el hueco oscuro de la puerta, atento al menor ruido, y mirando a todos lados con inquietud y azoramiento cualquiera lo habría tomado por un ratero, clandestinamente introducido en la casa, que estaba en acecho, esperando el momento oportuno para ejercitar su oficio.

En estos críticos momentos se oyeron pasos en el zaguán: un caballero entraba con paso seguro. Santiago creyó al punto que fuese don Manuel, que volvía de la calle, pero salió de su engaño al ver cruzar con dirección a la sala de recibo, la figura de un joven elegante, que colgó su gabán y su sombrero en la percha de gala colocada fuera de la puerta, sacudió su calzado, y entró en la sala, con la naturalidad y desembarazo de una persona de confianza.

En este momento, Chucho, que se había tardado más de la cuenta, apareció en un ángulo del claustro, trayendo en alto una luz, colocada en una palmatoria de plata.

—Perdóneme la tardanza, niño Santiago —le dijo con cierto cortamiento—. Doña Angela ya viene para acá.

Al derramarse la luz de la bujía en el interior del cuarto, Santiago observó que había también allí un lujo que no recordaba haber visto nunca en la casa de don Manuel. Este era rico ciertamente, pero en Mapiche y el Granadillo, sus casas estaban, poco más o menos, a nivel de las demás. Entre sus muebles y los del padre Juan no había mayor diferencia: las mismas cómodas y mesas de obra sencilla, las mismas sillas de suela, la misma clase de loza y demás enseres; en fin, por primera vez sorprendía a Santiago

la desigualdad de fortuna que existía entre él y Lola. El cuarto de don Manuel tenía muebles muy finos, hermosa biblioteca, en estantes de madera tallada, con dorados y cristales, y un escritorio de banquero, que valía centenares de pesos.

Chucho era el primer paisano a quien veía, muchacho inteligente y de buena índole, que le manifestaba su afición de mil maneras. Santiago lo acosó a preguntas, empezando por lo que se refería a su casa, a sus queridos viejos el vicario y Romualda, a María y demás familia. Embargado en este rápido e interesante interrogatorio se hallaba, cuando casi sin ruido, apareció en la puerta la grave figura de doña Angela.

Chucho se alejó al instante, y Santiago se adelantó a saludar a la señora, con el respeto y cariño que siempre le había profesado.

—Celebro que haya regresado usted sin novedad —le contestó ella con cumplimiento.

—Mil gracias, mi señora. Debo a la casualidad haberme impuesto de que vivían ustedes en esta casa y naturalmente, no he podido prescindir de entrar a saludarlas. Sírvase, pues, perdonarme que lo haga en este traje y a hora quizá incompetente.

—No tenga usted cuidado por eso .

—Ya he sabido que don Manuel se halla fuera de la casa. ¿Y la niña Lola, se conserva bien? —se atrevió a preguntar Santiago con la voz trémula.

—Sí, señor, está buena: ella me ha encargado que la disculpe con usted, porque en estos momentos le ha llegado visita.

La sorpresa y cortamiento de Santiago eran completos, ante un recibimiento tan ceremonioso y culto, pero extremadamente frío, e inconsecuente con las relaciones que había tenido con aquella familia, hasta el día de su ausencia, empezando por el tratamiento de *usted* en labios de doña Angela, que siempre lo había tuteado con la mayor confianza.

Santiago era de carácter humilde, pero de extrema delicadeza, fácil de resistirse y muy celoso de la fidelidad en sus relaciones amistosas. La idea del papel ridículo que allí estaría haciendo, por el amargo desengaño que acababa de sufrir, y la cruelísima sospecha que se había apoderado de su alma al saber que Lola excusaba recibirlo por atender a la visita de aquel joven caballero, que él no conocía, todo se unió instantáneamente para inflamar su sangre, ponerse en pie y dar otra vez la mano a la señora, en señal de despedida.

—Suplico a usted, doña Angela, me perdone haberle causado esta molestia.

—¡Oh, no ha habido ninguna molestia! ¿Deseaba usted tratar algún asunto con mi hermano?

—No, señora: mi objeto era saludarlas, como la primera familia paisana y amiga a quien encuentro después de cuatro años de ausencia. Sírvase, pues, presentar mi atento saludo a don Manuel y a la señorita Lola, manifestándoles que como antes estaré a sus órdenes en la villa de Mapiche.

Diciendo esto, hizo una profunda reverencia, tomó su sombrero y se salió con arrogante despejo, dejando a doña Angela sorprendida y preocupada: sorprendida, porque ella creyó encontrar en Santiago un pobre lugareño,

desprovisto de toda cultura social, y se había hallado con un cumplido caballero; y preocupada, porque su propia conciencia la acusaba de no haber sido más cariñosa e insinuante con este joven, que casi se había criado en su casa, cuyas buenas prendas eran de todos conocidas, que regresaba de remotas tierras, acaso en desgracia, por las circunstancias que lo rodeaban, y al cual debían servicios y atenciones de alguna importancia.

Pero ya no había remedio: comprendió al punto que el joven había salido contrariado en vista de aquel recibimiento, en que no faltó de su parte la cortesía, pero sí la cordialidad y confianza a que él tenía derecho.

Santiago salió a la calle con el corazón oprimido, pero con la frente alta; aquella mudanza era para él inexplicable: su conciencia no lo culpaba de haber faltado en lo más mínimo al cariño, respeto y consideraciones que desde niño tenía por aquella familia. A pesar de su altivez, el sentimiento le formó un nudo en la garganta, ese nudo que no se desata, sino que revienta en lágrimas y sollozos.

Caminaba sin rumbo fijo: había dejado atrás el último farol, y entrado en la completa oscuridad de una calle desconocida. Volvióse repentinamente con sobresalto: una persona lo seguía, tan de cerca, que ya oía su respiración fatigosa, como si hubiera corrido largo trecho.

—¿Quién es? —le preguntó, dándole el frente, con voz imperiosa y ademán resuelto.

—Soy yo, Chucho, que vengo a despedirme de usted, niño Santiago.

—¡Ah, Chucho! tú eres siempre el mismo, tú si me quieres!... —le dijo Santiago, estrechándolo en sus brazos y dando rienda suelta al raudal de lágrimas reprimidas hasta allí por el despecho y la excitación nerviosa que lo dominaba.

El indiecito suspicaz y malicioso, pero fiel amigo de Santiago, lo había comprendido todo. Se echó a llorar también, y en la necesidad de decir algo, exclamó con sinceridad:

—¡Mucho han cambiado los amos! ¿No es verdad? Toda la gente se queja de ellos, porque desde que vinieron del extranjero, se dan mucho tono, y tratan a los del lugar como poco más o menos.

Santiago ardía en deseos de conocer cuanto hubiese pasado en su ausencia, tocante a la familia de don Manuel, pero guardó silencio y contuvo heroicamente la curiosidad. Su desengaño y su disgusto no eran causa bastante para hacerle olvidar los deberes del caballero, allanándose a entrar en aquellas delicadas apreciaciones con un sirviente de la casa.

—Olvidemos esto, Chucho, y hazme ahora un servicio.

—Estoy a sus órdenes.

—Mira, yo creo que me he extraviado: indícame la casa del don Gaspar Umpierres, porque no la recuerdo.

—Don Gaspar ya no vive en Sanisidro.

—¿Y para dónde se ha ido?

—Vive ahora en Mapiche, encargado de la hacienda de don Manuel.

—¡Ah! pues allá lo veré: entonces ya nada tengo que hacer aquí. ¡Adiós, Chucho!

Separóse Santiago de su antiguo amiguito, prometiéndole que volverían a verse con más calma, volvióse a la posada, y al día siguiente, muy temprano, continuó su camino para Mapiche; y en viaje lo dejaremos por ahora, para volver atrás, y decir lo que había pasado en la casa de don Manuel, y la causa del cambio notado por Santiago, lo cual exige capítulo aparte.

CAPITULO XVII

Donde asoma el copete un nuevo personaje de esta nunca bien escrita historia

A partir de la dichosa edad de los juguetes, la crianza y educación de Lola habían sido exageradísimas en cuidados y mimos, hasta el extremo de causándole más bien daño que beneficio. La niña, cosa muy natural, la aburría pronto los juguetes que le daban: entonces se le procuraban otros y otros, para no dar lugar a que se enfadase, acostubrándola desde tan temprana edad a satisfacer sin dilación sus menores caprichos.

Doña Angela vivía exclusivamente consagrada a la niña. Jamás la reprendía por ninguna travesura, antes más bien se las congraciaba, y lo mismo hacía don Manuel, quien por ser de carácter un tanto apático, y vivir ocupado en sus negocios, no atendía muy directamente a encaminar la educación de su hija, confiado en la solicitud y acendrado cariño que por ella tenía doña Angela, a quien se la entregó desde que quedó viudo, y con aquella tierna criatura, único fruto de su matrimonio.

Fuese, pues, levantando Lola en una vida de ociosidad, contemplación y engreimiento, no obstante el natural dulce y bondadoso de su genio, porque nunca faltaban motivos para alejarla de cualquier oficio. Apenas aprendió a leer y escribir con la preceptora del lugar, la cual recibió expresa recomendación de doña Angela para que considerase a la niña como enferma, que no la reprendiese nunca, ni la obligase a estudiar, sino lo muy preciso, halagándola diariamente, para lograr que diese alguna lección con golosinas y premios de juguetes, que al efecto le enviaban de la casa de don Manuel.

Con este motivo la confirmaron en la escuela con el nombre de *princesita*, y excepto María, ninguna otra condiscípula mantenía relaciones íntimas con ella, no porque les fuese antipática, sino porque temían, con mucha razón, que de sus juegos infantiles resultase quejosa la niña. ¡Ah! quién habría arrojado entonces las averiguaciones y disgustos de la señora tía!

En la casa, en el hogar doméstico, que es la escuela práctica y más provechosa de la mujer, Lola no movía una paja: doña Angela encontraba siempre pretexto, como se ha dicho, para alejarla de los quehaceres más comunes y triviales. No la sentaba a coser, porque podía dolerle la espalda; no la dejaba aplanchar, porque se acaloraba demasiado, y podía recibir alguna corriente de aire; no iba a la cocina, a ayudar en la confección de un plato, o a hervir un simple bebedizo, porque se le curtían las manecitas; no podía trasnochar ni una hora siquiera, aunque hubiese necesidad de vela, porque se le irritaban mucho los ojos; en fin, los que estaban al cabo de esta clase de educación, propia para formar damas de salón, pero no

amas de casa, decían en la villa que solo faltaba que mandaran construir un nicho con vidrieras, para colocar la niña, y preservarla hasta del contacto del aire.

Mediante la entrega de una fuerte suma de dinero, en calidad de empréstito forzoso, logró don Manuel salir de la cárcel; y exasperado de una vida tan llena de zozobras y contratiempos en Mapiche levantó su familia, que la componían doña Angela y Lola, y fuese a Sanisidro, donde vivió casi un año; y de aquí hizo viaje a Nueva York, en pos de médicos que devolviesen la salud a su hija, cuyo estado enfermizo se había hecho más sensible desde los sucesos de Mapiche, como causa aparente, pues el verdadero motivo de su tristeza era la separación de Santiago. El amor que ligaba a los dos jóvenes era un secreto, que no habían descubierto don Manuel ni la misma doña Angela, quienes nunca vieron en aquellas relaciones sino amistad y compañerismo de la infancia.

Un nuevo horizonte se abrió a los ojos de Lola: salir de Sanisidro para entrar en Nueva York, era pasar repentinamente de las tinieblas a la luz; salir del agujero de una ratonera, para entrar bajo la cúpula de San Pedro; dejar la sociedad de las hormigas, para ir a codearse con los gigantes.

En Mapiche, sus gustos, sus deseos infantiles, y luego sus aspiraciones de mujer, tenían que ser muy limitados, porque en torno del campanario de una aldea la vida es muy sencilla, puede decirse que el mundo está todo a la vista, dentro de un estrecho círculo. Por su edad, su belleza y su fortuna, se hallaba en el tiempo propísimo de empezar a figurar en el gran mundo, en el mundo de la moda, de la vanidad y del fingimiento, en contraposición al mundo chiquito, que es el mundo de la naturalidad, de la sencillez y de la modestia.

Lola se sintió mejor de salud en Nueva York: el aire del mar y el cambio completo de vida, habían quitado de su gracioso semblante la tristeza y melancolía, y dándole una expresión, si no del todo alegre, al menos de vivacidad. En medio de aquella vida vertiginosa, hartó hacia con pensar en el presente: en el teatro, los paseos públicos, los grandes monumentos, los salones artísticos, y en tanto que ver y admirar, lo que ella no tenía noticia, y que iba conociendo sin darse cuenta de ello, ni procurarlo siquiera, sino empujada por la ola brillante del gran mundo, en que se veía medida como por obra de magia. Su educación insustancial no le permitía tampoco formar juicios acertados, ni resistir al influjo de las primeras impresiones.

Don Manuel, contentísimo de la mejoría de su hija, que era su ídolo y su único pensamiento de felicidad sobre la tierra, quiso darle lustre a su educación, procurándole profesores de francés, de inglés, de dibujo y de música, con el beneplácito de Lola, que no se opuso a ello, porque el roce y trato con sus nuevas amigas le había puesto de manifiesto cuán pobre era ella de instrucción, y cuánto importaba poseer aquellos conocimientos.

Embargada por tantas atenciones, rara vez tenían cabida en su alma los recuerdos de sus primeros años, pasados allá en el fondo de las montañas que la vieron nacer. Cuando recordaba ese tiempo, una nube de tristeza oscurecía su rostro: pensaba en Santiago, pero de una manera compasiva. ¡Qué diferencia entre aquel tímido lugareño, aprendiz de sastre, a quien veía llegar al Granadillo, con su humilde traje de dril, y alguna pieza de

costura sobre el hombro, y los jóvenes elegantes del gran mundo que desfilaran ante ella, vestidos a la *dernier*, conversando alegremente sobre el *sport*, las escenas de *boulevard*, la agitación de la Bolsa, el equilibrio europeo, la excelencia del *whisky*, y la última forma de pantalones ideada por el príncipe de Gales!

Estos recuerdos tristes y mortificantes fueron alejándose cada vez más, hasta quedar sepultados bajo las crecidas olas de aquel mar revuelto y luminoso, en que navegaba inconscientemente, recibiendo todos los días nuevas y seductoras impresiones. Consideró desdichados a los que allá vivían, en el apartamento de sus montañas nativas, en la inocente quietud de la ignorancia y el olvido. Para su razón ofuscada, aquello era un mero rudimiento de vida: la plenitud de la existencia estaba en los grandes centros.

Doña Angela no contrariaba en nada a su sobrina: a todo asentía, siempre que con ello le diese gusto, y por este mismo patrón estaba cortado don Manuel quien contra todos sus deseos, no pudo prolongar más la permanencia en Nueva York, por razones económicas demasiado urgentes. En dos años de temporada allí había consumido gran parte de sus bienes, que eran suficientes para darse vida de rico en la villa de Mapiche, pero muy pocos para vivir con lujo en Nueva York. A la pobre niña se le fue el gozo al pozo con esta durísima e inesperada resolución.

En Nueva York había conocido Lola un paisano, un joven de la misma ciudad de Sanisidro, que estudiaba para ingeniero electricista, llamado Policarpo Zúñiga, el cual vino a ser su compañero de viaje al regreso, porque también a él se le habían acabado los dineros, a la mitad de los estudios.

¡Qué desolada y triste le pareció a Lola esta vez la ciudad de Sanisidro! Ni ella, ni doña Angela, perdían ocasión de manifestarlo así a las personas que iban a visitarlas. ¡Oh, qué atraso, qué provincialismo, qué rusticidad y falta de buen gusto en todo! Ni teatros, ni paseos, ni bulevares, ni baños, ni tranvías, ni bicicletas, ni automóviles; nada, nada. ¡Aquello era un desierto!

Policarpo, que había pasado en Nueva York dos o tres años, cojeaba del mismo pie; no podía avenirse con la vida de su terruño, vida salvaje, como la llamaba, lo cual vino a ser un motivo más para estrechar sus relaciones con la familia de don Manuel, la única en Sanisidro que había soltado el pelo de la dehesa, y conocía las resortes y refinamientos del gran mundo.

Policarpo, por su parte, se creía el único varón civilizado existente en el lugar, porque aunque don Manuel había vivido también en el exterior, conservaba muchos resabios de provincialismo, y no había hecho como él estudios técnicos en literatura y artes. Montado en esta creencia, como sobre un Pegaso, lanzaba a diestra y siniestra juicios enfáticos sobre todas las cosas habidas y por haber, acabando siempre con el decantado paralelo entre su patria y los pueblos anglo-americanos, y la sempiterna muletilla de nuestra ignorancia y nuestro atraso. ¡El chico se creía una especie de llama viva del Progreso caída de lo alto de Nueva York sobre los oscuros habitantes de Sanisidro!

La noche de la llegada de Santiago, Lola se entretenía tocando al piano y cantando las canciones ya dichas, en tanto llegaba Policarpo a su acostumbrada visita; Policarpo era su novio, le imponía su voluntad, y nada se resolvía en la casa sin su consulta, tal era el ascendiente que el joven tenía ya en la familia.

¿Lo amaba Lola? Se ha repetido muchas veces que el corazón de la mujer es un misterio. En la nostalgia que padecía, lejos del teatro del gran mundo, Policarpo vino a ser para ella un íntimo compañero; sus conversaciones versaban siempre sobre la vida neoyorquina, y los deseos de volver a ella. Superficiales ambos, debían simpatizar, y en efecto, simpatizaron hasta un grado próximo al amor, pero que, en realidad, no llegaba a la naturaleza sublime de este sentimiento puro y avasallador que llena toda el alma, con sus dichas y congojas, con sus celos casi siempre imaginarios, sus sueños color de rosa y sus mutuas y halagadoras promesas de un futuro lleno de encantos y delicias.

Ese lenguaje mudo de los amantes, ese interés creciente por cuanto se refiere al objeto amado, esa hermosa inteligencia en que ambos viven, enlazados por el rayo de miradas que, ora son una queja lastimera, una súplica ferviente, o un acto de gratitud profunda, ora relatan alguna historia íntima de inefable ternura; nada de eso se advertía en las relaciones de Policarpo y Lola.

Las costumbres y gustos de sus paisanos, les parecían ridículos, comparados con los de las gentes de Nueva York y países de Ultramar, que eran el tema favorito de sus diarias conversaciones.

Cuando Policarpo empezó a cortejar a Lola, ésta no titubeó para aceptarlo, no obstante un algo que sentía en el fondo de su corazón, un no sé qué, que ella misma no podía explicarse, y que se le presentaba como un estorbo en el camino de sus aspiraciones; ese algo era el recuerdo de Santiago, de quien no se había tenido más noticia, pero que vivía allí en su pecho, confundido con las primeras y ternísimas impresiones de su alma.

Sin embargo, no fue tan poderoso este recuerdo para que la detuviese en su resolución. ¿Qué podría ofrecerle Santiago, llegado el caso de que volviese? Sólo un humilde taller de sastrería en la villa de Mapiche. En cambio, Policarpo era el joven de moda en Sanisidro, y además, un ingeniero electricista, que hablaba de empresas millonarias, ferrocarriles, túneles y puentes colgantes, y le ofrecía viajes de recreo por toda la redondez del planeta; de donde resultó que así como el peje grande se come al chico, en el ánimo de la pobre niña, el gran mundo se tragó al chico, triunfando Policarpo sobre Santiago.

Cuando Chuco entró, casi sin resuello, con el aviso de que allí estaba Santiago, creyendo dar una fausta noticia, Lola se levantó del piano como tocada por un resorte, y se quedó por un instante lívida y sin palabra.

—¡Santiago! ¡Santiago, el de Mapiche! exclamó con las manos en la cabeza, e inmediatamente corrió desalada para el interior de la casa, en busca de su tía.

—¿Qué es, hija? ¿Qué novedad ocurre?

—¡Tía de mi alma! . . . ¿Qué hago yo ahora? Dice Chucho que Santiago está aquí en casa!

—¿Cuál Santiago? ¿El ahijado del padre Juan?

—Sí, tía, el joven que tantas relaciones tenía con nosotras en la villa.

—¿Y por eso te atribulas? Natural es que venga a saludarnos después de tan larga ausencia.

—Es verdad, tía, pero yo no salgo a recibirlo recíbalo usted sola, y dígame cualquiera excusa de mi parte.

—No me explico, Lola, tu inquietud, ni esta descortesía con ese pobre joven, tan bueno y antiguo amigo de la casa.

—¡Oh!, yo no le tengo mala voluntad, pero estoy en un gran conflicto.

—¡Explícate, hija, por Dios!

—Usted recordará la confianza con que nos tratábamos allá en la villa; él me quería entonces de una manera... en fin, tía, usted debe comprenderme. Acaso persista en continuar aquel trato, que en Mapiche era explicable, pero que hoy me pondría en una situación conflictiva. ¡Oh! allí oigo los pasos de Policarpo. ¡Si llegara a saberlo!... No, no, tía, tengo que evitar esa entrevista de todas maneras.

—¿Pero te hizo Santiago alguna declaración formal?

—Nunca me dijo una palabra, pero me lo manifestaba de otros modos, y yo estaba cierta de que me quería. ¡Era tan tímido!

—¿Y tú llegaste a corresponderle? —le preguntó doña Angela con angustiada voz.

—Yo —dijo Lola, bajando los ojos—, yo... tampoco le dije nada, pero...

Un raudal de lágrimas, que inundó sus ojos, ahogó también sus palabras.

—No te aflijas, hija: confiésame lo que haya en eso con entera franqueza, pues es necesario que yo lo sepa todo, para poder gobernar tan delicado asunto.

—Solamente he hablado de todo esto con María. ¿Recuerda la intimidad que teníamos? El día que él se fue de Mapiche, se lo conté todo. ¡Era yo tan niña!... Me pareció que el mundo se acababa para mí con la ausencia de Santiago. Yo no lo he olvidado... No, no puedo olvidarlo, pero ahora las circunstancias han cambiado; mi compromiso formal con Policarpo me impide alimentar en él ninguna esperanza. ¡Qué angustia, Dios mío!

Doña Angela había dejado caer la cabeza sobre el pecho, grave y pensativa, mientras que Lola, presa de gran inquietud, iba y venía por el lujoso aposento.

—¡Si Policarpo supiera que de niña tuve amores con este joven lugareño! Acaso se haya tropezado con él en el zaguán o los corredores. ¿No ha vuelto Chucho? ¿Llevaría ya la luz para el cuarto de papá? Vaya, tía, no lo haga esperar, recíbalo con atención, y excúseme del mejor modo que pueda. ¡Pobre Santiago!

Doña Angela salió del aposento muy preocupada, y se dirigió al cuarto de don Manuel, donde tuvo lugar la rápida entrevista que ya conocemos, mientras que Lola, haciendo un grandísimo esfuerzo sobre sí misma, se enjugaba las lágrimas, y se componía el tocado, para salir a la sala, donde Policarpo esperaba indolentemente sentado en una poltrona.

—¿Qué tal Lola? Esto es horroso, un suplicio atroz. ¡Qué noches estas! Vengo de la plaza, y aquello es un cementerio. ¿Recuerdas la calle de Broadway a estas horas? ¡Qué ruido, qué movimiento, qué iluminación,

cuántos sitios de recreo, cuántas novedades por todas partes! Este pueblacho de Sanisidro es una prisión horrible; no hay ni con quien hablar, porque no lo entienden a uno. Ya se ve, nunca se han apartado de la sombra del campanario. Pero te noto triste. ¿Has llorado?

—Sí, pues me hastió también como tú, pero no me desespero tanto; las mujeres tenemos más paciencia, y con llorar nos consolamos.

—¡Oh, quién tuviera dinero!

—Si lo tuvieras, ¿te irías al instante?

—Es claro, partiría inmediatamente.

—¿Sin esperar a nadie? —preguntóle Lola en tono de reproche.

Policarpo soltó una carcajada.

—¡Ah, Lola! Ya sé por dónde vas a salir. Recuerda que los celos no son de buen tono.

—No se trata de celos.

—¿Y de qué entonces?

—De tu indiferencia, pues no piensas sino en aquella vida de tantos atractivos para tu corazón, y estoy cierta de que al engolfarte de nuevo en ella, no volverías nunca.

—Siempre estás tú con esos temores pueriles. Bien comprendes que este no es el teatro donde pueda realizar mis ideales, y que sólo la dura necesidad me tiene aquí, como águila cautiva, que espera remontar su vuelo. En fin, mejor es doblar la foja, y hablar de otra cosa, porque estos pensamientos me ponen más neurótico que de costumbre.

Esto sucedía con mucha frecuencia; Policarpo excusaba hablar formalmente de matrimonio, y menos aun de fijar la fecha para realizarlo. Casarse en plena juventud, era para él un suicidio moral, era tanto como quedar en ridículo ante sus compañeros de la moderna cofradía del ideal, la Neurosis, el Absintio, etc., etc.

Y no se crea que Policarpo fuese un tenorio, ni un joven disipado, nada de eso: era un buen muchacho, hasta inocentón, si se quiere, pero de poca trastienda y falto de una instrucción sólida, no obstante sus estudios especializados para ingeniero electricista hechos en Nueva York.

Era, pues, uno de tantos sectarios inconscientes de esas ideas científico-materialistas, seductoras y brillantes, que sirven de único faro, por hallarse más en boga, a escritores y poetas prematuros, principalmente a aquellos pichoncitos de sabios, que todavía implumes, dan una vueltecita por el extranjero, se aprenden de memoria los nombres de los filósofos y escritores más extravagantes del modernismo literario, y vienen luego, nostálgicos y escépticos, a enrostrarle a su patria el atraso en que vive, y burlarse de las santas creencias de nuestros mayores y de las tradicionales costumbres de la tierra a que pertenecen. ¡Y esto lo hacen, pobrecitos, en nombre de la civilización y del progreso!

Al día siguiente, don Manuel llegó a su casa por la noche, de regreso de su habitual salida después de comida; y tomando asiento en la sala, sacó del bolsillo un telegrama, y lo pasó a Policarpo, que estaba presente, para que lo leyese.

—¡Un telegrama del Ministro!

—Ni más ni menos. Lee, para que veas el aprieto en que se halla el Gobernador.

Policarpo leyó en voz alta:

“*Señor Gobernador de Sanisidro.*— Próximamente llegará a esa el doctor Quix de Manchester, célebre inventor y eminente sabio, del cual hace la prensa los mayores elogios. Hágale el mejor recibimiento posible, y ayúdelo eficazmente en sus trabajos. Lo acompañan mister d’Argamasille y el joven compatriota Santiago García.—*El Ministro del Interior*”.

—¿Qué les parece? El Gobernador me ha comisionado para organizar lo conveniente, aunque no se sabe todavía cuándo lleguen.

Doña Angela y Lola, que estaban en la sala, se miraron llenas de asombro al oír el nombre de Santiago García.

—¿Quién será este joven compatriota? —preguntó Policarpo— no recuerdo haberlo oído nombrar nunca.

—Es un excelente muchacho —contestóle don Manuel— criado por el vicario de Mapiche, muy amigo de nosotros, de quien no se tenía noticia desde que se fue para la guerra de Cuba. ¡Qué contento para el padre Juan! Con casualidad, tengo en mi poder trescientos pesos, que debía remitirle al saber su paradero.

—¿Cómo no lo habías dicho, Manuel? —dijo doña Angela vivamente cortada. Ese joven estuvo aquí anoche, de paso para Mapiche.

—¿Qué! ¿ya vino Santiago? ¿Cómo no me lo habían avisado ustedes? El debe dar razón cierta del sabio viajero.

—Tenía muy presente decírtelo hoy, pero esta jaqueca me hace olvidarlo todo.

En efecto, a doña Angela le vino la jaqueca desde que oyó el nombre de Santiago, y se le agravó el mal cuando vio la importancia de su venida. El mismo Policarpo se lamentaba de que no se lo hubieran presentado. Pondérase, pues, en qué tortura estaría la pobre señora. Lola sufría horriblemente; había pasado una noche de insomnio, luchando en vano por borrar de su alma el recuerdo de Santiago.

—Pero bien: ¿qué dijo de su larga ausencia y de sus compañeros de viaje? —preguntó don Manuel con sumo interés.

—Nada, nada; apenas entró a saludarnos y no quiso demorarse. Tú estabas en la calle.

—Pues sepan ustedes que eso es bien extraño. Sería gran coincidencia que se tratase de otro Santiago García. En fin, el correo del puerto, que llega mañana, aclarará el misterio, porque debe traer noticia cierta de los viajeros.

Policarpo, entre tanto, leía y releía el telegrama; ¡un célebre inventor y eminente sabio extranjero en Sanisidro! El caso era raro y extraordinario.

—¿Y qué piensa hacer el señor Gobernador? —preguntó a don Manuel.

—Hacerle el mejor recibimiento posible, aprovechando tan feliz suceso para hacer al propio tiempo una gran demostración de la popularidad del partido progresista, que rodea al Gobierno.

—Lo que más importa es aparecer a los ojos de estos viajeros como gente culta y de *esprit*, y no salir con nuestras rancias vulgaridades y estúpidos provincialismos.

—Por eso se ha pensado en tí, Policarpo, para que representes a la ciudad en el recibimiento, porque eres aquí el único que conoce las prácticas del gran mundo, y sabrás tratar mejor que nadie a estas celebridades.

—¡Oh! —dijo Policarpo, inflándose en la silla— no tengo inconveniente, pero resta saber en qué idioma deba hablarle. A juzgar por el apellido, este sabio debe ser inglés.

—Todo eso lo sabremos mañana por el correo, y entonces se combinará el recibimiento de la manera más rumbosa posible. Va en ello el honor de la tierra, no solamente ante la República, sino ante el mundo entero.

Efectivamente, el correo trajo al otro día las anheladas noticias: había dejado a los viajeros una jornada atrás, y traía los diarios de la capital y otras ciudades en que aparecían crónicas verdaderamente *sensacionales* sobre el Heliógrafo, con retratos y notas biográficas, tanto del célebre inventor, como de sus compañeros de excursión, con lo cual subió de punto la sorpresa y alborozo de los habitantes de Sanisidro, que desde luego se aprestaron para el recibimiento de huéspedes que tanto ruido metían el mundo.

Lola pidió los papeles, y se encerró en su alcoba; sus ojos recorrieron con una ansiedad indescriptible las columnas de los diarios.

—¡Sí, es él! ¡Santiago!... —exclamó al tropezarse con el retrato de su compañero de infancia, del simpático monaguillo de Mapiche, hecho ya un hombre, de guapo y varonil semblante.

Lágrimas ardientes cayeron sobre las páginas del periódico, lágrimas de desesperación y arrepentimiento, lágrimas de amor e infinita ternura!

CAPITULO XVIII

Donde se prosigue la relación del viaje del doctor Quix por los bosques y sierras tropicales

Dejamos al doctor Quix y al señor d'Argamasille pasando la noche en una casa del tránsito, aliviado el uno de las picaduras de los mosquitos, por virtud de la Fierabrasina, y encumbrado el otro en la gloria de sus descubrimientos científicos.

El segundo día, caminaron todavía por tierra llana, aunque por piso muy desigual, de suerte que el doctor, a pesar de su complexión acartonada, iba sudando a mares, tanto por el clima ardiente y los rayos de un sol abrasador, como por los grandísimos esfuerzos que hacía para mover la bicicleta, no hecha para tales caminos, como muy bien lo pensó Sancho.

Sin embargo, Don Quijote se daba de cuando en cuando sus apañadas de la máquina, so pretexto de examinar el suelo o recoger alguna planta, pues era también botánico, e iba cargado de ramas y flores.

—Caminamos, Sancho, sobre una estratificación cretácea, correspondiente a la edad secundaria del planeta, o sea el período mezozoico, abundante en especies de reptiles fósiles, como el Labirintodonte y el Mastodonosauo,

en que se hallan los pedernales calcáreos, los lignitos pisiformes y los carbones bituminosos.

Sancho a todo decía amén, con mucha sorna, porque aquello era hablarle en griego.

En un paraje limpio de montaña alta, ya en los primeros estribos de la serranía, que tenían que atravesar, el camino iba por la margen de un río más torrencioso que abundante, que no había necesidad de esguazar, ni que tampoco ofrecía vado para hacerlo. Del otro lado del río divisaron unas ruinas, que eran las de un trapiche abandonado, cuyo torreón, construido de adobes, y cubierto de musgos y parásitas, dominaba el paisaje con su aspecto vetusto y sombrío.

—¿Ves, Sancho, aquella columna antiquísima? —le dijo Don Quijote, acomodándose el antejo de viaje.

—Si no me equivoco, es el cañón de una chimenea.

—¿Cómo se te ocurre semejante anacronismo? No dice la historia que los Incas tuviesen chimeneas de cañón. Observa bien: es un monolito, resto de algún templo dedicado al Sol por la primera dinastía de los peruanos. Lástima que el río se nos interponga, para poder admirar de cerca este monumento de la primitiva civilización incásica.

—Mire, mi amo, que ese antejo tiene mácula, porque una cosa ve su merced por él, y otra veo yo con mis propios ojos. ¿No ve que aquellos paredones con agujadas, de donde sale ese *Manuelito*, son tapias mondas y lirondas, como las que se pisan en España?

—¡Pedazo de alcornoque! ¿Qué sabes tú de arqueología y anticuaría? Todo eso es de piedra tallada, y por eso ha resistido la inclemencia y peso de los siglos. Pásame acá la cajita fotográfica, que hallazgos de esta naturaleza son raros e importantes para la ciencia.

El ahumado monolito trapichero quedó al instante fotografiado, y el doctor Quix, después de escribir algunas notas en su voluminosa cartera, continuó su nunca bien descrita excursión técnica, que debía llegar al máximun de interés en las jornadas siguientes, como lo verá el que pacientemente siga leyendo.

Cada hora se agravaba más y más la dificultad de hacer rodar la bicicleta, por el rendimiento de las piernas del ciclista, pues habían entrado ya en la fragosidad de los caminos de la serranía.

Sancho observaba, reprimiendo la risa, los heroicos esfuerzos de su amo para hacer rodar la máquina. Al fin, al tercer día de viaje, el doctor Quix, desesperado y sin alientos, después de dar un gran suspiro, que resonó como un grito ahogado de ira y de cansancio, dejó la bicicleta en la mitad del camino, y se sentó en una piedra con la cabeza entre las manos.

—Oiga, mi amo: nadie debe decir de esta agua no beberé. Como su merced está tan reñido con los jumentos, no me atrevo, sin su licencia, a proponerle un modo de remediar la necesidad en que estamos.

—Habla, Sancho, pan pan, vino vino, que cuando la paciencia se acaba, acabarse deben también los largos discursos, tanto más si son necios e impertinentes.

—Pues como se trata de un remedio pollinesco, no quisiera encender otra vez la cólera de su merced.

—Más la enciendes con tus rémoras y preámbulos: di lo que se te ocurra, de llano en llano.

—Se me ocurre que como esa máquina tiene ruedas y apariencia de carro, con ponerle una cuerda y rabiatarla al pollino, echará a rodar con más alivio de su merced.

Púsose Don Quijote en pie miró la bicicleta y miró el asno; y dándose una gran palmada en la frente, exclamó con alegría:

—¡Feliz idea! Arregla, Sancho, las cosas a tu gusto, que creo que has dado en el clavo.

No esperó segunda orden el fiel compañero, y como hombre práctico en artes de arriería, tiró de aquí y anudó allá hasta dejar la bicicleta uncida al asno, a tiempo que decía, mirando a su amo con aire socarrón:

—¿Qué tal, si no hubiera yo cambiado la máquina por el pollino? Más vale malo conocido que bueno por conocer.

Un tanto aliviado el doctor, merced al remolque, continuó su camino, amostazado y silencioso, con gran lentitud, porque el pollino se resentía de semejante reata, lo que hizo decir a Sancho con mucha oportunidad:

—No le pesa la carga, sino la sobrecarga.

Al otro día, el camino se les presentó aún más fragoso; habían llegado a la región fría y solitaria de los páramos. Por las travesías y cañadas, el pollino arrastraba a duras penas la bicicleta, pero subiendo la cuesta era de todo punto imposible.

Entonces Sancho concibió el pensamiento de montar a Don Quijote en el pollino, porque ya el Caballero del Progreso daba la fiesta al diablo, e iba echando sapos y culebras, aunque se mordía los labios en lo que se refería a la máquina, desaguando su cólera por otra vena; el atraso en que estaban los países latinoamericanos, que carecían de vías públicas, por la ignorancia y oscurantismo de sus moradores, que bien demostraban pertenecer en parte a la raza española.

—Mire, mi amo, pelillos a la mar: móntese en el pollino y encárame delante la máquina, que yo iré a pie en lo que falta del camino.

—¡Oh salvajismo de estos pueblos, a lo que obligas! —dijo Don Quijote, elevando los ojos al cielo, como para aplacar las iras del dios del Progreso, cuyas leyes iba a contravenir de un modo tan afrentoso—. Por fortuna, Sancho, esto pasa en la soledad de esta serranía, donde nadie nos ve. Camina, eso sí, con ojo avizor, para que avises tan pronto descubras gente adelante o atrás, a fin de echar pie a tierra y tomar la actitud conveniente.

Considérese la extraña figura del insigne doctor, con sus hábitos de turista, a horcajadas sobre el pollino, con la bicicleta puesta delante de la albarda, como se pone un niño en el pico de la silla.

Así caminaban, divertidos con los variados paisajes que la serranía ofrece, cuando acertaron a pasar por la orilla de un barranco que era una antigua mina de greda para ladrillo y teja, al parecer solitaria, aunque se comprendía que estaba en explotación por los residuos dispersos y el aspecto general del suelo. Bajó los ojos Don Quijote para mirar a lo profundo del abismo, y detuvo el pollino.

—Mira, Sancho, esta gran profundidad es sospechosa.

—¿Por qué, mi amo?

—Porque tiene todos los signos geológicos de un cráter volcánico.

—¡En esta tierra tan fría!

—Observa que no se descubre en su fondo ninguna planta, ni una gramínea siquiera, y que el color gris de la tierra nos está diciendo que es un suelo calcinado por la lava.

—¿Y cree su merced que haya fuego aquí dentro?

—Todo puede ser, Sancho; los volcanes son muy caprichosos en sus erupciones. El Vesubio, por ejemplo, se estuvo apagado ochocientos años, al cabo de los cuales reventó de un modo formidable, sepultando las ciudades de Pompeya y Herculano. Esta gran cavidad con su aspecto basáltico, en forma casi circular, situada a la altura en que nos hallamos sobre el nivel del mar, tiene todas las apariencias de haber sido un cráter.

—Si esas tenemos, en guerra avisada no muere soldado: pique el pollino, y pasemos de largo, porque nadie quita que tengamos de pronto un reventón.

—¡Pedazo de animal! ¿Crees tú que un viajero científico pueda pasar de largo a vista de una cosa tan rara sobre la faz del planeta? Espera, pues, que voy a ver si es posible el descenso hasta el fondo del cráter.

—¡Cuidado, mi amo, con una matada!

—Quédate tú arriba, para que me pases los instrumentos que necesite.

Don Quijote sacó el termómetro, de que iba a hacer uso para medir la temperatura de la gran cavidad, y escogió el punto para el descenso, donde amarró el cabestro del pollino al tronco de un arbusto inmediato, y después de observar el instrumento, y ver que marcaba 18° centígrados, lo entregó a Sancho, recomendándole que se lo diese cuando fuese menester.

En seguida, nuestro egregio turista se descolgó por el cabestro hasta una profundidad de tres o cuatro metros, donde tocó el piso, que era un plano sumamente inclinado, el cual iba a terminar en uno de los muchos hoyos que adentro había, siendo así que el suelo era en extremo irregular, con altos y bajos, reductos y cavernas aquí, morros y picachos más allá de suerte que nuestros viajeros no podían descubrir toda la extensión de la mina, que no estaba tan sola como lo creyeron, porque había dos trabajadores en el extremo opuesto, que era donde iba la pica.

Todo el tiempo que tardó Don Quijote en descender, lo empleó Sancho en trastear las alforjas, y a fin de darle plena libertad a las manos en esta operación, y la más precisa de comer algo, metióse el termómetro debajo del brazo, que fue tanto como meterlo por la boca de un horno, pues hizo subir la columna de mercurio casi hasta marcar la temperatura de su cuerpo.

—Ahora, Sancho, ata el termómetro con un cordel, y lo descuelgas poco a poco, para que no se quiebre.

Hízolo así el diligente criado: amarró el instrumento, y lo descolgó por el punto indicado; tomólo el sabio doctor, y agachándose en lo más profundo del hoyo en que estaba, se puso a observar atentamente los grados.

—¡Dios santo! ¡esto es increíble! Vieras cómo ha subido repentinamente la temperatura, lo que me confirma en lo dicho: este un cráter, y no tan apagado como parece.

—¿Qué es lo que dice, mi amo?

—Que el termómetro ha subido quince grados de un golpe: ¡está en 33!

—¡Pues sálgase su merced cuanto antes! Cómo sabemos si ya está subiendo la candela.

Don Quijote, no obstante su valentía, optó por seguir el consejo de su criado, y salió con prontitud, asombrado de aquel cambio brusco de temperatura, que daba a entender la existencia de fuego subterráneo, más o menos profundo; y se confirmó más en ello al oír, cuando estaba agachado, ciertos ruidos sordos muy vagos, que eran los barretonazos que daban los mineros por la otra parte.

—Pero es particular —dijo Sancho— que yo no sienta el rescoldo en la cara, estando tan cerca del volcán.

—Ni yo tampoco, que estuve más abajo, pero un instrumento científico como el termómetro es infalible; a él debemos atenernos con los ojos cerrados. ¡Quince grados de diferencia en cuatro metros! Estamos, amigo mío, pisando un suelo volcánico.

—Apuremos, pues, el paso —dijo Sancho, dándole de palos al pollino, cuando Don Quijote volvió a montar y acomodó delante la bicicleta.

El camino daba vuelta en torno del barranco aunque no tan cerca de la orilla que pudiesen volver a ver su fondo, por efecto de la maleza y las quiebras del terreno.

—¿Oyes, Sancho?... Desde que estaba allá abajo, creí percibir ciertos ruidos subterráneos, como de lejanas detonaciones, y ahora parece que aumentan.

—En verdad, mi amo, que yo también los oigo, y creo que nada bueno nos anuncian estos golpes *de profundis*. ¿Si será que el volcán está ya próximo a reventar?

Cuál no sería su sorpresa, su tribulación y su espanto, al ver una espesa columna de humo, que empezaba a salir de la grande y medrosa excavación!

—¡Estamos perdidos, Sancho!... ¡El volcán vomita fuego!

Sancho dio un grito de horror y no pudo articular más palabra, pero esta parálisis de su terror pánico no le llegó a las piernas, porque antes de que el doctor Quix tomase ningún partido, el señor d'Argamasille salió corriendo por esos páramos abajo con la celeridad de un venado.

Don Quijote, sereno y valiente en toda ocasión, lo siguió a trote largo en el pollino, volviendo sus ojos a la pavorosa humareda que surgía del cráter volcánico.

—¿Qué te parece ahora Sancho? —gritaba su compañero—, ¿dudabas del termómetro?, pues allí tienes ya el rescoldo que echabas de meros.

Sancho no estaba para pláticas; iba encomendándose a todos los santos de su devoción, a tiempo que Don Quijote, en medio de su necesaria derrota, pensaba en todo: recordó a Plinio el antiguo, la ilustre víctima del Vesubio, y estuvo a punto de torcer el cabestro al pollino, y volver al cráter, para imitar en la muerte volcánica al célebre naturalista de la antigüedad.

Si el doctor Quix hubiera llevado a cabo su heroico pensamiento, habría tenido ocasión de observar, ¡raro fenómeno! que el humo partía del hoyo donde se hallaban los trabajadores, quienes por ser ya la hora de almuerzo, habían hecho fuego para calentar un guisado de frijoles, un tasajo de carne y dos arepas de maíz amarillo, hermosas como dos soles!

CAPITULO XIX

De los consejos que el doctor Quix dio a Sancho, y la llegada a Sanisidro

En las dos jornadas siguientes, la decoración del suelo cambió por completo. Caminaban por un gran valle, formado por el río de las Animas, donde estaban los más ricos plantíos de la provincia. Prados llenos de pastos, labranzas de maíz, plátanos y yuca; aquí una hacienda, con su gran casa de teja, o un conuco, con su choza pajiza; más allá, en las verdes lomas, los animales de cría en perfecta libertad; todo se unía para indicar a nuestros viajeros que estaban próximos a la ciudad y en el seno de una población laboriosa.

—Acércate, Sancho, que quiero instruirte en varias cosas indispensables para la nueva vida que has de llevar, porque barrunto que estamos ya al término del viaje. Todas las carreras tienen leyes y disciplina particulares: las tienen los que profesan la Religión, lo mismo que los que toman por oficio las armas o la toga; y asimismo las tienen los que siguen las letras y las artes, pero en ninguna carrera es tan estrecha y rigurosa la observancia de sus propias leyes y disciplina, como en la novísima Orden del Progreso, a que estamos afiliados, so pena de quedar privados de los bienes y alta fama que en tan preclara hermandad se alcanzan.

—Diga su merced, que soy todo oídos.

—Primeramente debes medirte en el lenguaje, procurando trocar los nombres vulgares de las cosas, que todo el mundo usa y entiende, por otros más nuevos y resonantes, sacados del tecnicismo científico o de otras lenguas, o bien, apelando a la metáfora. Por ejemplo, si estás enfermo, dí que estás morbosos; si te desazonan o cosquillean los nervios, que estás neurótico o neurasténico; llama al sol, helio; al mar, undivago elemento; al calor, plutónico ambiente; al frío, espasmo gélido; al alma, psiquis; a Dios... mejor será que no hables de Dios, sino del Gran Misterio.

—¡Pero eso es una gran herejía, mi amo!

—Cuánto mejor, Sancho, porque en pueblos totalmente católicos, como estos de Hispanoamérica, sería vulgaridad y necio tradicionalismo acomodarse al sentir y pensar de todos. Debes, pues, aparecer, incrédulo, porque la incredulidad religiosa es la salsa con que se condimentan todos los manjares en la mesa del progreso.

—Si esos manjares son como aquellos del buque, con razón de que sepan a diablo. Hágase su merced hereje, renegado o turco, que yo moriré en mi ley, que es la ley de Cristo.

—No, Sancho, no me has comprendido: el progreso moderno es tan suave y acomodaticio, que apenas toca en la superficie, en la apariencia de las cosas. Si tu fe y tu conciencia te impiden como a mí ser incrédulo, aparenta, por lo menos, desdén o indiferencia, tratándose de dogmas y doctrinas de la iglesia.

—Vuelta la burra al trigo, mi amo. ¡Qué empeño se le ha metido en hacerme mal cristiano!

—Mi empeño es hacerte gran filósofo y espíritu libérrimo, puesto que con esto, y con que taches de ridículas las ceremonias del culto católico, en presencia de los devotos bastará para que se te estime como espíritu fuerte del siglo, colocado muy por encima de las multitudes y medianías creyentes. Persiguiendo el mismo intento, no debes citar, para autorizar tus juicios, el nombre de ningún santo, pontífice, obispo ni religioso, aunque haya sido tan sabio como Salomón; ni tampoco traer a cuento, con el mismo fin, ningún personaje ni autor español o criollo, porque el progreso es esencialmente laico, cuando a lo primero; y cuanto a lo último, los nombres extranjeros por sí solos, tienen un prestigio y autoridad de que carecen los nuestros.

—¿Y de dónde voy a sacar yo, que no soy leído, un nombrado de esos, a cada triquitraque?

—Si la memoria no te ayuda en el momento preciso, ganguea un poco, y suelta por las fosas nasales un nombre cargado de consonantes, diciéndolo que ese tal autor lo dijo, y nadie dudará de lo que afirmas, aunque sea un desatino, ni tampoco te pedirán cuenta de la invención. Igual cosa debes tener presente respecto a los nombres de lugares: a excepción de Francia, no debes citar ningún nombre de pueblo latino, porque el progreso tiene su geografía especial y privilegiada, en la cual no tiene cabida nada que huelva a tierra española, ni aun a tierra italiana.

—¿De modo que no puedo hablar de España ni de Italia? Sepa su merced que es más estrecha que una Cartuja la Orden en que nos hemos metido.

—Si puedes hablar de ellas, pero con sujeción a estas reglas de la Orden: solo es permitido nombrar a Italia cuando se trata de una cantatriz, un mármol, una pintura o una ruina; y de España, solamente para recordar la arquitectura arábiga, las corridas de toros y las hogueras de la Inquisición. En cambio de estas severas restricciones, tienes amplia libertad para hablar de los demás lugares, que gozan del privilegio dicho, *de re omnibus*, en la confianza de que aun cuando te refieras a la más rústica y desmantelada aldea, en teniendo nombre sajón o francés, en la imaginación de tus oyentes aparecerá el lugarejo como un gran centro de civilización y de progreso digno de ser tomado por modelo.

—Debiera darme por escrito estas cosas, para poder arrimarme al maestro de escuela o al sacristán del pueblo a donde vamos, si su merced no está presente cuando las haya menester.

—No es esto todo: como estos pueblos de Suramérica tienen la misma lengua y las mismas costumbres que los de España, con pocas variantes, debes manifestarte siempre en abierta oposición contra las cosas de la tierra, y acoger, por el contrario, a ojos cerrados, cuanto se importe del extranjero.

—Pero esto, mi amo, peca contra aquel viejo refrán: a la tierra que fueres, haz lo que vieres.

—Eso no habla con los pueblos semisalvajes, y además, contra ese refrán está otro que dice: nadie es profeta en su tierra y por ello, ningún pensamiento, palabra ni obra es cosa buena en su terruño. Haciéndote, pues, propagandista e introductor de extrañas novedades, ganarás fama de progresista y aureola de modernismo.

—En ganando dinero, lo demás lo doy de barato.

—En tu persona debes también guardar la disciplina de la Orden: caminarás precipitadamente en público, aunque no llesves prisa alguna, porque con esto darás a entender lo habituado que estás al movimiento vertiginoso de las grandes capitales, sin desperdiciar un segundo, siguiendo el lema del gran pueblo: *Time is money*.

—Destripeme ese latín, mi amo.

—No es latín, Sancho, sino inglés, el cual significa que el tiempo es oro, dinero sonante. Volviendo al modo de presentarte, como los españoles e hispano-americanos tenemos por naturaleza el pie pequeño, y sea acaso esta la causa de nuestro retardo en el camino del progreso, a fin de obviar este inconveniente, y no quedarnos atrás de la raza sajona, cuyos individuos tienen el pie de media legua de andadura, ahora se ha inventado una especie de calzado con una punta sobrante en hueco, de más de cuatro dedos; y este calzado, de asimilación fisiológica, será el que debes usar para que con solo verte los pies, crean que eres extranjero.

En esto descubrieron mucha gente de a pie y de a caballo que venía hacia ellos por el mismo camino.

—¡Importantízate, Sancho!, pues si no me engaño, esta lucida comitiva viene de la ciudad a nuestro encuentro.

Los transeúntes con quienes hasta allí se habían tropezado, eran casi todos labriegos, por lo que Don Quijote poco se había recatado de ellos en punto a cabalgaduras, pues no obstante la manifiesta violación de las leyes del progreso, iba muy a sus anchas sobre el pollino, pero al divisar tanta gente, y sospechar lo que era, prontamente echó pie a tierra y aderezó otra vez la bicicleta, contento de ver que ya el suelo era menos rebelde a las ruedas.

No bien se allegaron los del séquito, descubrióse en ellos la mayor sorpresa, unida a un continente respetuoso y tímido, a vista del doctor Quix y su compañero. Adelantóse, sin embargo, un joven, en quien el ilustre sabio fijó al punto toda su atención, porque llevaba como él traje de turista el cual se descubrió con elegancia y le dirigió la palabra a nombre del gobierno y habitantes de la provincia de Sanisidro.

Sancho miraba y oía todo con grandísimo asombro, a tiempo que el doctor Quix, detenido en su bicicleta en la mitad del camino, estaba hechizado con la arenga del joven comisionado, que era el mismo que ya sabemos, el ingeniero electricista Policarpo Zúñiga, quien no fue a Roma por la respuesta, puesto que el doctor Quix, cuando apenas terminó la bambástica y neurótica salutación, tomó aliento, se empinó en la rodante máquina, hizo un saludo napoleónico con su ataquillado casco prusiano, y rompió a hablar en estos términos:

—¡Saludo en vosotros al pueblo soberano de América! al pueblo de las energías indomables y los heroísmos helénicos, al pueblo de las titánicas convulsiones, que ha sacudido la coyunda de una esclavitud secular e inmisericorde, llena de despotismos psicológicos, de ideas fósiles y de enervante tradicionalismo, para abrir los ojos a la sidérea luz de la razón, la libertad y el progreso, ideales radiosos y fulgurescentes, que el ser antropológico persigue en su fatigosa marcha a través del Evo misterioso e infinito!

“Apóstol de la nueva idea y eterno peregrino del Progreso, mi patria está donde haya tinieblas qué disipar, multitudes irredentas qué instruir y campos sin cultivo donde aventar la fúlgida simiente del modernismo redentriz, que no quiere para el pensamiento trabas, ni para los pueblos fronteras. Yo vengo con la vidente misión de abrir las cien puertas de este edénico mundo, cerradas durante siglos por un nacionalismo estúpido, de abrirlas, repito, a la evolución salvatriz del cosmopolitismo, para traerle elementos étnicos más propulsores, hombres de otras razas, dotados de circunvoluciones celulares más rápidas y fosfóricas, que analizan todas las cosas con la precisión del número estadístico, y todo lo explotan en grande con la potencia del capital, que es el Júpiter Tonante de la edad moderna, un Coloso más grande que el de Rodas, erigido por la raza sajona en la América Septentrional, para que todos los pueblos del globo pasen por entre sus enormes piernas, reconociendo dócilmente la supremacía de los nuevos factores del progreso: la máquina y el billete de banco.

“Mantened, pues, abiertas las puertas de vuestro rico país a los zapadores del progreso universal; estrechad filas con ellos, para que pronto veais estos valles y colinas rasgados por el arado eléctrico; y estas altas montañas, agujereadas por su base, para dar paso a los trenes de vapor; y estos ríos invadables, cruzados por el aire con las redes del puente colgante; y estas humildes chozas y solitarias aldeas, convertidas de la noche a la mañana en palacios de la industria y ciudades populosas, todo por obra del cosmopolitismo avanzado y el progreso indefinido!”.

Es indescriptible el entusiasmo que este discurso produjo en la comitiva: era la primera vez que resonaba en la provincia una voz tan potente y deslumbradora, a que se agregaba a la extraña figura del caballero cosmopolita, con su traje clásico de turista, montado en la bicicleta, primera máquina de su especie que rodaba por la comarca.

Absortos, mudos, lelos de admiración quedaron todos ante aquella como visión apocalíptica: la prensa, que es un poder sobre todos los poderes, se había encargado del cuasi divinizar al doctor Quix, el inventor del Heliógrafo. Ya se le designaba con el nombre de Nuevo Josué, que por artes químicas, había detenido al sol en su carrera para hacer que alumbrase de noche. ¡Y eso que no se conocían sus más recientes y estupendos descubrimientos en la virgen América!

El mismo Sancho estaba con la boca abierta, oyendo hablar a su amo en términos tan flamantes y enflautados; y tanto él como los del encuentro no dudaron que el doctor Quix sabía la magia blanca, y hasta la azul del modernismo poético, y que podía transformarlos todo con solo tocar el suelo aquí y allá con la punta metálica de sus zapatos de turista.

Policarpo se puso al lado del doctor, y entre vítores y detonaciones de pólvora, regresó la comitiva, acompañando en su marcha a nuestros agasa-

jados viajeros, a quienes se ofreció coche en una aldea inmediata, para que hiciesen su entrada a la ciudad. A uno y otro lado del camino, entre la aldea y la ciudad, se agrupaban los curiosos, bajo las banderas y guirnaldas que exornaban las casas del tránsito.

Ni Don Quijote ni Sancho, desecharon el coche, pero ni uno ni otro quisieron dejar a la buena ventura la bicicleta y el asno. Ordenó, pues, el doctor a su colega que liase bien la primera sobre el pollino, y que acomodase también sobre la albarda los instrumentos científicos, que a la mano llevaba, a saber: trípode, fotografía, brújula, termómetro, barómetro, etc., etc. De esta carga preciosa se hizo cargo inmediatamente el ingeniero Policarpo, como cosa de su resorte, y la entregó en seguida a dos personas de su confianza, para que la llevaran delante del coche en que iba el doctor Quix, pues así lo hizo éste, con la mira de que se entendiese que tal como en la Caballería de Armas, los paladines que iban a las justas y torneos, llevaban delante el lio de las que habrían menester, así en las justas y torneos de la civilización, los Caballeros del Progreso debían de llevar delante las máquinas e instrumentos científicos que acreditaban su brillantísima carrera.

Iban, pues, en trofeo sobre el pollino, y abriendo la marcha, los menesteres dichos, como talismán y emblemas del Progreso, sobre los cuales pudiera haberse escrito aquel reto caballeresco, que se leía sobre las armas del famoso don Roldán:

*Nadie las toque,
nadie las mueva,
que estar no pueda
con Roldán a prueba.*

Esto no hablaba con Policarpo, quien así podía estar a prueba con el doctor Quix, como hombre venido de Nueva York, y por ende ducho en las cosas modernas, que podía a su sabor, con envidia de los circunstantes, tocar, examinar y requerir los flamantes instrumentos del progreso.

En una palabra, el recibimiento fue espléndido: hubo banquete, discursos, boletines de la prensa y numerosas demostraciones en obsequio del egregio viajero, quien supo corresponder a estas ruidosas pruebas de admiración con palabras alentadoras y retumbantes, empapadas en el caldo en que nadaban todas sus ideas: la evolución y el modernismo a todo trance. Acosado a preguntas sobre el Heliógrafo, se vio en la necesidad de repetir su conferencia sobre el asunto, añadiéndole el reciente hallazgo del *helióforo*, aunque guardándose de decir el paraje, porque empezaba a temer que Policarpo le fuese a la mano en estos descubrimientos científicos.

Aunque las rentas de la provincia eran escasas, el gobierno creyó de su obligación ayudar al doctor Quix en sus admirables empresas: no hacerlo, era exponerse a ser calificado de retrógrado, y merecer la censura universal: el progreso es el *sanctum sanctorum* de la época. ¡Desdichado de quien se le oponga! Al día siguiente de la llegada del mágico doctor, circuló impreso en un pomposo decreto, por el cual se le auxiliaba con doscientos pesos mensuales, durante el tiempo que permaneciese en la provincia.

—Entienda, mi amo, que nunca la habrá visto más gorda su merced: lo reciben como un príncipe, y le llenan el bolsillo de dinero, sin más tra-

baje de su parte que hablar aquí y allá sobre el bendito tema del progreso, que ya veo que no es humo de pajas, sino cosa de gran provecho.

—Esto te dice con harta elocuencia que la profesión que seguimos es la más útil y gloriosa en los tiempos presentes. No es menester llegar en ella al terreno de los hechos, para subir a la empinada cumbre de la fama. El abogado tiene que ganar ruidosos pleitos; el médico, hacer curaciones prodigiosas; y el artista, modelar estatuas, pintar lienzos o componer música, obras que salgan del común nivel, para que lleguen a merecer la atención del público; a tiempo que los que toman puesto en nuestra Orden, tienen y les basta con salir por el mundo, como apóstoles andantes, predicando en nombre del Progreso, para que, sin más ni más, todos los oigan, todos los reciban, todos los agasajen, y en una palabra, todos les rindan homenaje, y los sigan como seguían al poeta Orfeo los primeros habitantes de la Grecia.

A Policarpo le vino la llegada del doctor Quix como anillo al dedo: ya tenía con quién conversar y quién lo entendiese, tratándose de cosas del gran mundo, novedades científicas y empresas modernas. Los ratos que pasaba al lado del inventor del Heliógrafo, que eran los más del día, aquello era de verse: componían y descomponían el mundo con una facilidad admirable por medio del átomo, la molécula, la célula y la evolución espontánea. En sus fulgurantes conversaciones, silbaban las locomotoras, crujían los cables, giraban las turbinas, humeaban las calderas de vapor, y todo eran dínamos, bombas, motores hidráulicos y corrientes eléctricas! La gente los oía con la boca abierta.

Pero el doctor Quix estaba de paso: todas las súplicas de Policarpo y vecinos notables de la ciudad se estrellaron contra su palabra empeñada de no parar hasta la dichosa villa de Mapiche, donde hacía días lo esperaba Santiago, su amable y simpático compañero de viaje, cuyo nombre andaba de boca en boca, como el de un joven afortunado, en camino de la celebridad y de la gloria.

CAPITULO XX

De la llegada de Santiago a su tierra, y general regocijo del pueblo con tal motivo

A media legua de Mapiche, en el camino para Sanisidro, había una hacienda cultivada con esmero, desde la cual se divisaban el campanario de la iglesia y los techos de las casas de la villa, por entre los ceibos y guamos que daban sombra a ricas y extensas arboledas de café.

Una poética callejuela, formada por dos hileras de naranjos y astromelias, servía de entrada a la casa, que era muy hermosa, con patio enclausurado, de anchos corredores, sostenidos por pilares de madera, que ora servían de graneros en tiempo de cosecha, ora de sitio de recreo para grandes y chicos, cuando estaban vacíos.

El pródigo papayo, cargado de frutos, con sus humos de gentil palmera, cabeceaba por encima de las matas de rosa y de jazmín que había alineado.

das en el patio, el cual estaba atravesado por un cequi6n torrentoso, que parecía un verdadero arroyo, abundante y cristalino, en cuyos bordes crecían, desordenados y viciosos, los claveles, los pensamientos, las violetas y multitud de florecillas de jardín.

Las seis de la tarde serían, cuando salió de la hacienda una joven de porte esbelto, no obstante la sencillez de su traje de campo, daba la mano a dos niños, que pugnaban por escapársele, para correr libremente, cuando se vieron fuera de la puerta de entrada, en la pintoresca callejuela de los naranjos y astromelias, la cual terminaba en el camino nacional de Sanisidro a Mapiche, de modo que los viajeros podían verla al paso en toda su extensión.

La joven eligió la sombra de un naranjo, en cuyo tronco había una gran piedra que servía de escaño, y dió libertad a los niños.

—Ahora sí, mientras es la hora de comer, pueden jugar aquí, pero cuidado con salirse de la callejuela, porque los acuso con mi mamá.

Los chicos se apretaron sus sombreritos de paja, montados en sendas cañas, dando gritos de contento, y partieron a escape a lo largo de la callejuela, por la cual transitaban a aquella hora los peones de la hacienda, unos cargados de frutos, otros de herramientas, y otros guiando los fatigados bueyes, todavía enyugados, que volvían de la labranza.

La joven sacó hilo y aguja del bolsillo del delantal, y se puso a tejer: su edad no pasaba de veinte años, y en sus semblante había encendido Dios esa llama misteriosa que conocemos con el nombre de simpatía, llama que atrae instantáneamente, aun antes de que podamos apreciar las otras prendas de una mujer. Los peones, hombres y mujeres, la saludaban al paso con respetuoso cariño: era la perla de la hacienda y el paño de lágrimas de las pobres campesinas, que acudían a ella de preferencia, seguras de hallar siempre una tierna y amable protectora en sus cuitas y trabajos.

Tal era María, a quien ya conocemos, la cual vivía con sus padres en aquella hermosa y apacible mansión de la virtud y del trabajo. Don Luis, su padre, era la pasta de la sencillez y la hombría de bien: sus aspiraciones, sus gustos, sus penas, todas sus facultades físicas y morales estaban vinculadas en el campo. El extremo del mundo era para él la última cerca de alambre de sus potreros.

El sol besaba con sus postreros rayos las cimas de los montes más empinados; el aire tibio de la tarde olía a azahares y jazmines en la callejuela de naranjos y astromelias; las aves ocultas entre el follaje, modulaban su último canto: era la hora del crepúsculo.

María, inclinada sobre el tejido, cantaba a media voz. De pronto, el enorme mastín de la casa, que se había echado a sus pies, se levanta, latiendo ruidosamente, a tiempo que los niños, casi asfixiados por la carrera, llegaban gritando:

—¡Un viajero! ¡Un viajero!

Un jinete entraba en aquellos momentos por la callejuela: la mula en que venía caminaba con lentitud, no obstante los esfuerzos del viajero para hacerla apurar el paso.

María se levantó inmediatamente y contuvo el perro. El jinete, a pocos pasos de la joven, dio un grito de gozo inmenso, y se tiró de la mula, corriendo hacia ella con los brazos abiertos.

—¡María! ¡María!...

La joven se había quedado absorta, como clavada en el suelo, con los ojos extremadamente abiertos e inmóviles. Se escapó el tejido de sus manos, y un temblor nervioso sacudía su cuerpo de pies a cabeza, como sacude el viento la débil hoja de un árbol.

—¡María! ¿No me conoces?... ¿Qué te pasa?, Dios mío. ¿Estás enferma?

La joven lanzó entonces del fondo de su corazón un grito agudo, brotó de sus ojos un raudal de lágrimas, y se precipitó en los brazos del viajero.

—¡Santiago!... ¡Bendito sea Dios! ¡Ah, también la alegría puede matar!

Los chicos continuaban alborotando la casa con sus gritos, y el perro ladrando furiosamente, de suerte que en breves momentos toda la familia y servidumbre de la hacienda rodeaban al ahijado del padre Juan, cuya historia tenía para aquellas almas sencillas mucho de novelesco y extraordinario.

Lo miraban de hito en hito, le hacían mil preguntas atropelladamente, sobre su largo destierro, sobre su salud y retorno: en fin, por mucho rato Santiago estuvo en los brazos de aquella familia, que era también la suya. Nada había cambiado en la casa de don Luis desde su separación, excepto los niños y niñas, a quienes encontró muy grandes, y María, cuya hermosura no se cansaba de admirar.

Santiago pensaba seguir a Mapiche aquella misma tarde, aunque llegase de noche, pero se le opuso toda la familia.

—De ninguna manera —dijo doña Paula— porque mi hermano no está prevenido, y tu llegada allá de sopetón podría causarle daño, cuando no hay necesidad de tanto apuro.

—Pero mañana será lo mismo.

—No, porque ahora mismo se le despacha un peón con el aviso de que tenemos buenas noticias, y que muy pronto llegarás.

—Qué peón ni qué pan caliente —dijo don Luis— aquí está el hombre de las circunstancias, como llovido del cielo.

Era tanta la confusión y ruido de voces que había en el patio de la hacienda, donde ocurría esto, que no advirtieron por el momento en la llegada de otro personaje, que parecía seguir los pasos de Santiago, que había dejado su caballo en la callejuela, y entrado al patio con cierta cautela: era un hombre como de cuarenta años, de rostro franco y pícaro, que vestía a la usanza del país.

Cuando don Luis advirtió su llegada, todos volvieron los ojos hacia la puerta, inclusive Santiago, quien se adelantó en el acto, para echarse en los brazos abiertos del recién llegado que lo levantó en el aire como una pluma, dando gritos de gozo.

—¡Yo te creía muerto, muchacho! ¡Qué contento para todos! Esta es mano de quemar el pueblo a música y cohetes.

—¿Y cómo supo tan pronto mi llegada?

—Por el correo de las brujas: para algo debe servirme la vigilancia a que estoy obligado como alcalde.

—¿Es usted el alcalde? —le preguntó Santiago con gratísima sorpresa.

—A falta de hombres buenos, estoy ahora con la vara en la mano, y a ello debo hallarme aquí en tu llegada, pues desde aquella loma, donde por casualidad estaba, ví un viajero por el camino, me pareció forastero, pensé que podría traer noticias de la capital, tomé una vereda, le asenté las espuelas al potro, y aquí me tienes, pronto a llevarte a la grupa para ganarle las albricias al padre Juan y a la tía Romualda.

—No, Macario —dijo María— ya está dispuesto que Santiago se quede en casa hasta mañana.

—Sí —agregó don Luis— aquí no manda el señor alcalde, sino yo, que soy el dueño de la casa. Santiago se queda, porque ya es tarde; y tú Macario, arreglarás allá las cosas de modo que mi cuñado el vicario esté prevenido para esta gran sorpresa, y pueda recibir mañana a su ahijado y a toda esta casa, que se irá con él, si Dios no dispone otra cosa.

—Pues donde manda capitán, no manda marinero. Yo sabré hacer las cosas como me ordenan; y con la misma, me despido de ustedes, porque ya reviento por llegar a la villa con esta gran noticia.

Y Macario, con su carácter allanarado y su ruda y simpática franqueza, se despidió alegremente de todos, dejando para último a don Luis, a quien le guiñó los ojos de cierta manera muy significativa, que movió la risa y aprobación de todos.

Don Luis lo entendió al vuelo, y desapareció como por encanto, para reaparecer de nuevo con la clave del enigma en las manos: un garrafón y tres copas.

—¡Bravo! —exclamó Macario, mientras don Luis servía—. ¡A la salud de Santiago!

Y los tres cruzaron las copas y saborearon un ron viejo, que de ser apreciada su excelencia por el número de estrellas, como suelen hacerlo con el brandy, bien merecía ponerle encima toda la Vía Láctea. El garrafón pasó a manos del mayordomo de la hacienda, por orden de don Luis, para que obsequiase a los peones, en gracia del fausto suceso que festejaban.

Pronto se oyó el galopar del potro de Macario, que se alejaba rápidamente de la hacienda, cuando ya en las casitas del campo brillaban las luces del alumbrado y el fuego de las cocinas. María pidió permiso a Santiago, y se retiró un momento para ir a la cocina a reformar la comida, pues no era justo que se sirviese lo ordinario en ocasión tan singular.

La hermosa niña estaba radiante de alegría: sus ojos, húmedos por las lágrimas, brillaban intensamente. Parecían los reflejos de un sol oculto en el fondo de su alma; el sol de la esperanza, que volvía a alegrar su vida.

La noche cerraba a toda prisa, y era necesario atender al querido huésped, que traería hambre. Así fue que, mientras Santiago se despojaba de los arreos de viaje, y platicaba con los jefes de la casa, sobre tanto de contar que tiene un viajero, María iba y venía por dentro, de la despensa a la cocina, entorpecida por la propia impresión de su inmensa dicha, dando disposiciones aquí y allá, y tirando las hojas de las puertas y alacenas hasta dejar hecha y servida la comida, lo mejor que pudo improvisar, dada la premura del tiempo.

Para Santiago fue este recibimiento, tan familiar y expansivo, un verdadero bálsamo de consuelo. En la posada de Sanisidro había sabido lo que

no esperó saber de boca de Chucho: que Lola estaba para casarse con Policarpo Zúñiga; y entonces se lo explicó todo. Su alma apasionada recibió una terrible sacudida: estuvo a punto de alejarse otra vez de su tierra, y alejarse para siempre, pero lo detuvo el respeto y cariño entrañable de sus padres adoptivos, y el dulce recuerdo de María, su tierna compañera de infancia, que tenía puesto predilecto en su corazón.

Se concentró en sí mismo para estudiar su desventura. Por fortuna, él había sido en extremo reservado; sólo la buena Romualda era poseedora de su secreto. Podía, pues, echar tierra a aquella triste historia, borrarla de su corazón, si era posible, sin exponerse a las bromas y comentarios de sus amigos.

Triste y cabizbajo hizo la larga jornada de Sanisidro a la hacienda de don Luis, donde su alma volvió a la alegría y la esperanza, entrando, digámoslo así, bajo el pórtico de una mansión adorable, en que ardían inextinguibles y fragantes, los suaves perfumes del verdadero afecto.

Dícese que toda comparación es odiosa, pero hay comparaciones inevitables, que están en la naturaleza misma de las cosas; Santiago, no obstante el júbilo con que recibía las cordiales y sencillas demostraciones de aquellos seres queridos, tenía una espina en el alma, y era natural que comparase uno y otro recibimiento; la evasiva de Lola, con el cariño entrañable de María; la rígida etiqueta de doña Angela, con la tierna solicitud de doña Paula. Lágrimas silenciosas arrancaron a sus ojos estos diversos pensamientos, lágrimas de cruel desengaño, por una parte, y de gratitud profunda, por otra; lágrimas que fueron la eterna despedida de Lola, y la confirmación solemne del íntimo afecto que sentía por María, su fiel e invariable compañera, dechado de ternura y sentimiento.

Las siete de la noche serían, cuando Macario detuvo su brioso caballo frente a la casa del vicario de Mapiche; la puerta estaba cerrada, según costumbre, pero el celoso emisario se allegó a una ventana y tocó: uno de los postigos se abrió en seguida.

—Buenas noches, señor vicario.

—¡Hola! ¿Cómo que es Macario?, ¿qué quiere el señor Alcalde a estas horas?

—Ganarle unas albricias.

—¿Albricias de qué, Macario?

—De Santiago, mi padre.

—¡Mi ahijado! ¿Has sabido algo?

—Mucho, mucho: el muchacho está bueno y ya en camino.

—¡Que ya viene!... ¡Loado sea Dios! ¿Y cómo lo has sabido?... ¡Romualda, Romualda, manda abrir la puerta! —gritó el vicario, volviendo la cabeza hacia adentro, con la voz trémula por la sorpresa y la alegría.

—No se moleste, padre Juan: mañana vendré con más despacio a darle todos los pormenores de esta gran noticia. Por ahora, recójase a dormir tranquilo, en la confianza de que le digo la verdad, y haga que Romualda se ocupe de prevenir lo necesario porque mañana va a tener mucha gente en la casa: viene don Luis, doña Paula, María y toda la familia a ganarle también las albricias. Ellos son los que me mandan con esta embajada.

Macario, sin decir más, se despidió, dejando al vicario en suspenso.

—¿Pero qué es mi amo, qué dice Macario? ¿Ha estallado ya otra revolución?

Estas y otras preguntas hacía la pobre Romualda al vicario, quien continuaba asomado al postigo, hasta que vio perderse en la oscuridad a Macario, cuyo caballo sacaba chispas del empedrado de la calle.

—¡Bendito sea Dios, Romualda! Santiago ya viene, ¡ah, el pobre muchacho!

Las lágrimas no lo dejaron continuar. Las grandes impresiones, tristes o alegres, producen en el completo mutismo en las personas sensibles: Romualda lanzó una exclamación indefinible, y se quedó mirando al vicario llena de asombro, esperando oír la confirmación de tan fausta y anhelada nueva.

—¡Al fin te volveremos a ver, hijito del alma!... —dijo, por último, anegada en llanto, cuando el vicario le contó lo que sabía.

—Hay que arreglarlo todo, Romualda, prevenirle su aposento, asear, componer y echar la casa por la ventana el día de su llegada. Es un gran favor que nos hace el cielo, devolviéndonos el muchacho.

—Ya había pensado en todo eso, mi amo, y ahora mismo voy a empezar a hacer lo que se pueda, pero necesitamos la ayuda de la niña María, que se pinta sola para estas faenas, porque yo no sirvo ya para nada.

—No tengas cuidado, que mañana vendrá, y si no fuera porque la noche está muy oscura, iría a casa de don Gaspar, a prevenirlo también, para que me ayude, porque no hay que contar ahora con Macario, que vive embargado con su alcaldía.

—Aquella noche fue de grata impresión en la casa del vicario, cuya servidumbre no pasaba de otra mujer rústica, que desempeñaba la cocina, bajo la dirección de Romualda, y de un sirviente para ver la mula y hacer las diligencias de calle.

En todo el pueblo circuló la nueva del regreso de Santiago. Macario, aparte su alcaldía, era todo un cacique, uno de los hombres más populares e influyentes de Mapiche. Su oficio principal era el de sastre, y decimos principal, porque según acontece en los lugares pequeños, era hombre que se aplicaba a todo, desde sacristán y corista en la Iglesia, hasta capitán efectivo de las milicias del pueblo. Hacía, pues, de sastre, de barbero, de picador y veterinario; de agricultor y trapichero, pues tenía siembra de cañas y un trapiche de bueyes, lo cual no le impedía atender una pulpería, y redactar, por los viejos formularios españoles, cualquier acto entre vivos o de última voluntad. Con este, y con un carácter alegre, franco e insinuante, y ser pariente y compadre de media población, podrá valorarse su importancia e influjo en el pueblo: dicho se está que en política era Macario una de las figuras culminantes de Mapiche.

Al otro día muy de mañana, cuando el padre Juan volvía de decir misa, el alcalde lo estaba esperando en la vicaría, lo abrazó estrechamente y le comunicó el regreso de Santiago, que llegaría de un momento a otro, con toda la familia de don Luis.

No es para descrito el alborozo del vicario y de su ama de llaves. La casa empezó a llenarse de gente. La expectativa era grande. De pronto se oye un gran tropel en la calle; todos corren a asomarse por las puer-

tas y las ventanas: son los viajeros, que llegan entre gritos de gozo, exclamaciones, saludos, relinchar de caballos y carreras de niños. Luego, unos instantes de silencio: era el momento en que Santiago caía en los brazos temblorosos del vicario y de Romualda, abrazo mudo, prolongado y conmovedor que hizo verter lágrimas a casi todos los presentes.

A partir de aquella hora, la casa fue un jubileo. Las familias del lugar, advertidas desde la noche por el diligente alcalde, empezaron a enviar sus saludos y regalos. Cestas, azafates y bandejas, con pan, dulces, frutas, tortas, pasteles y otros bastimentos. Macario había organizado a maravilla estas sorpresas. ¿Cómo podría el padre Juan, falto de recursos y de tiempo, prevenir estas cosas? La actividad del alcalde y la benevolencia de las familias atendieron con demasía a esta necesidad.

El recién llegado era objeto de la más viva y cariñosa curiosidad. Sus viejos camaradas de escuela y de taller, las personas más allegadas al vicario, todo Mapiche, en fin, quería ver y saludar al joven que de tan luengas tierras venía.

En el almuerzo, que fue un verdadero banquete, reinó la más franca cordialidad; y los que mayor animación le comunicaban, por su carácter alegre y expansivo, eran Macario y don Gaspar, personas de gran confianza en la casa. Al levantarse de la mesa, en un momento en que éstos se vieron reunidos con Santiago y María, que conversaban solos en el ángulo de un corredor, Macario, le dijo a la joven con mucha seriedad:

—Te pido perdón, María, por un olvido involuntario. De seguro que estás quejosa, y con mucha razón.

—¿Quejosa de qué, Macario?

—Tú, qué vas a confesarlo pues de no haber despachado anoche mismo un peón al Granadillo, para que tu gusto fuera completo.

—¡Ah!, ciertamente —dijo don Gaspar, adivinando la intención de Macario— falta el representante del Granadillo en esta fiesta: media palabra habría bastado para queuviésemos aquí a Nachito, aunque puedo jurar que ya está en camino. ¿No es verdad, María?

—¿Nachito Rodríguez? —preguntó Santiago al punto.

—El mismo que viste y calza...

—¡Por Dios, Santiago!, no les creas nada —dijo la niña encendida como una amapola.

—Es un muchacho muy devoto: camina dos leguas todos los domingos para venir a oír misa a Mapiche.

La pobre niña estaba en ascuas; Santiago, pensativo; y Macario y don Gaspar, en carcajada, viendo el cortamiento de la niña, a quien siempre daban bromas de esta especie, aunque nunca la habían visto tan confusa y atribulada como en esta ocasión.

Desde la temporada que pasaron María y Lola en el Granadillo, Nachito, de la misma edad de Santiago, y amiguito de éste, había puesto sus ojos en María, y desde entonces la pretendía con alma, vida y corazón.

Esto no había sido un secreto para Santiago, pero, sin saber por qué, ahora no le cayeron bien las bromas que en tal sentido le daban, y menos aun el visible cortamiento de ella, que para salir del paso, optó por dejar-

los solos, so pretexto de ir a reunirse con varias jóvenes amigas, que estaban de visita en la casa y la esperaban.

Nachito era hijo del capitán Rodríguez, temible caudillo del Granadillo, el que fomentaban las turbulencias de la aldea contra la villa. No había recibido el muchacho más instrucción que la primaria. Era bien parecido y valentón, pero, aunque rico en bienes de fortuna, era muy pobre en prendas de sociabilidad y cultura. Su afición predilecta era montar buenos caballos y tener la mejor cuerda de gallos de la comarca; su mayor gusto, domar un potro; su mayor desdicha, ver la derrota o muerte de uno de sus gallos sobre la arena del circo. Tal era el pretendiente de María, el cual se vino volando a Mapiche, tan luego supo la noticia de la llegada de Santiago, según lo había asegurado don Gaspar; los enamorados son en extremo solícitos y puntuales en aprovechar cualquier motivo de cortesía o cumplimiento que los ponga en trato o roce con la familia de la que pretenden.

En la tarde del mismo día, Nachito hizo su visita de bienvenida a Santiago. María se retiró discretamente hacia el interior de la casa, a donde fue Macario, en pos de ella, riéndose del chasco del mozo para hacerle cargos y continuar la broma.

—Hoy es día propicio para arreglar ese matrimonio. Los viejos no lo quieren mal. Resuélvete, al fin, María.

—¡Por Dios, Macario, déjeme quieta! Yo no pienso en tal cosa. Tanto me embroman con eso, que Santiago va a creer que sí tengo algo con ese mozo.

En la tardecita, regresó don Luis a su hacienda, con toda la familia; las visitas fueron aminorando, a medida que entraba la noche; y por último, la casa del vicario volvió a la apacibilidad y silencio de costumbre. Santiago halló su aposento tal como lo había dejado: todo estaba allí perfectamente conservado y en su mismo puesto. Pero su corazón sufría hondamente. ¿Dónde estaban las más caras ilusiones de su vida?... Una nueva espina vino a clavarse en la mitad de su alma. Contra lo que era de esperarse, pasó una noche de insomnio y de tristes pensamientos. Lola lo había olvidado, y María... María era la misma, llena de gracias y encantos, que lo había cautivado desde el primer momento en que lo volvió a ver, pero María amaba a otro, según lo había entendido por la escena descrita, y lo que no sintió años atrás, cuando se impuso de las pretensiones de Nachito, lo sintió ahora de una manera irresistible contra ese amor se rebelaba todo su sér. En un instante veía deshechas sus nuevas ilusiones, y sumido otra vez su corazón en la tristeza de su secreto infortunio.

CAPITULO XXI

Donde empieza la rápida evolución de Mapiche en materia de progreso

El nombre del sabio doctor Quix, el amigo y protector de Santiago, corría de boca en boca por toda la villa. Todos ardían en deseos de conocer aquel extranjero, de quien se contaban cosas tan extraordinarias, y reventaban de orgullo al pensar en la gloria de Mapiche, espontáneamente elegida por el ilustre ciclo-turista para lugar de su residencia.

La llegada de un expreso, procedente de Sanisidro, a los pocos días del arribo de Santiago, puso en movimiento a todos los vecinos: era el anuncio oficial de la venida del doctor Quix, y con este aviso del Gobernador para el Alcalde, llegaron varias cartas particulares sobre el mismo asunto, en que se excitaba vivamente a los habitantes de Mapiche a echar el resto en el recibimiento de tamaño personaje.

Entre las cartas, venía una muy reservada de don Manuel para don Gaspar, en que le comunicaba sus impresiones y juicios respecto al doctor Quix, con el mayor sigilo.

“Creo, le decía, que nos ha caído encima una gran calamidad. Infórmate allá menudamente con Santiago sobre los antecedentes y circunstancias particulares del doctor Quix, porque para mí tengo que es un loco rematado. Habla, sin embargo, con tal seducción sobre artes, ciencias y letras y promete cosas tan grandes y estupendas, que tiene alucinado al pueblo. Así es que desdichado de quien le vaya en contra, porque sería anatematizado como retrógrado y enemigo de la causa del Progreso. He comunicado este juicio con varios amigos, en el seno de la intimidad, y todos están conformes con él, aunque en público tenemos que seguir la corriente.

“En la familia, tenemos la pena de ver a Lola enferma: desde hace algunos días ha entrado en una tristeza y abatimiento que nos tiene alarmados. Acaso tendremos que volver al Granadillo, a pasar otra temporada, porque ella lo desea, y el médico no se opone”.

Junto con esta carta, don Gaspar recibió otra diametralmente opuesta: era de Policarpo, quien a vuelta de muchos circunloquios y neologismos, le encarecía la conveniencia de recibir y tratar al doctor Quix como correspondía a un hombre superior, cosmopolita y habituado a la vida moderna en los grandes centros; que interpusiese todo su influjo en la villa para impedir esas manifestaciones y obsequios vulgares, hijos de un regionalismo oscuro, a fin de que todo quedase *chic*, porque se trataba de *ovacionar* a un apóstol de la nueva idea, a un enamorado del Ideal, a un atleta del modernismo científico y literario.

Don Gaspar abrió los ojos con gran sorpresa, en vista de estas dos cartas; guardó la de don Manuel en el fondo de su baúl, y dejó sobre la mesa la de Policarpo, dispuesto a esperar los acontecimientos, doblemente picada su curiosidad con respecto al doctor Quix, pues Santiago lo pintaba como un tipo excéntrico, extraordinario, cuasi fantástico; y no era don Gaspar de aquellos a quienes se comulga fácilmente con ruedas de molino, sino hombre que sabía buscarle el hueso a las cosas.

Al anoecer, aquel mismo día, don Gaspar se presentó en casa del vicario, e impuso secretamente a éste de lo que sabía respecto al doctor Quix, y lo más que podría saberse, poniendo en confesión a Santiago. El padre Juan, picado también por la curiosidad, hizo llamar a su ahijado, que estaba fuera, y tan pronto llegó, se encerraron los tres en la sala de la vicaría.

—Santiago —le dijo don Gaspar— algo nos has contado sobre la vida íntima del doctor Quix, pero tenemos motivos para hacerte una averiguación formal y minuciosa sobre la materia, en el seno de la mayor intimidad.

—Ciertamente —agregó el Vicario—, interesa que nos digas cuanto sepas sobre este raro personaje.

Santiago los miraba con profunda sorpresa.

—¿Dudan acaso de lo que les he dicho?

—Nada de eso, pero es posible que por olvido o falta de ocasión no lo hayas dicho todo. Después te diremos el porqué de esta urgentísima y secreta averiguación.

Les contó, pues, punto, por punto, cuanto sabía, sin prescindir del más mínimo detalle, desde su encuentro con el pastor de Montiel, hasta su despedida del doctor en el puerto de las Palmas, comunicándoles, así mismo, con naturalidad y sencillez, sus propias impresiones, en vista de las cosas extravagantes que a cada paso advertía en su ilustre compañero de viaje, así en acciones como en palabras.

A medida que Santiago hablaba, don Gaspar se movía en la silla con una inquietud extraordinaria: en sus ojos había esa como radiación luminosa, propia de las personas inteligentes, que anuncia una idea feliz o un gran descubrimiento, en lo cual no se habían fijado ni el vicario, que continuaba oyendo con viva atención, ni Santiago, que lisa y llanamente proseguía el relato del viaje y aventuras del doctor Quix.

De pronto, don Gaspar se pone en pie, hablando consigo mismo, da dos o tres paseos a lo largo de la sala, y vuelve a sentarse, interrumpiendo bruscamente a Santiago.

—¡Hombre cándido!... ¿No has caído todavía en la cuenta de quién sea este enjuto caballero, aparecido en la Mancha, nada menos que dentro de la histórica cueva de Montesinos, llamado don Alonso Quix, que es lo mismo que Quijano y con un pelmazo de criado y escudero llamado Sancho de Argamasilla?

El vicario se paró como tocado por un resorte, con los brazos levantados al cielo.

—¡Es posible, don Gaspar!... Luego cree usted que sea...

—Don Quijote en persona, señor vicario.

—¡Don Quijote!... —repitió Santiago estupefacto.

—El mismísimo, muchacho, que tan lindamente te ha metido las cabras en el corral del teclado eléctrico, le contestó don Gaspar, en medio de una ruidosa carcajada.

—Dejémonos de chanzas —dijo el vicario—. ¿Habla usted en serio don Gaspar?

—Y muy en serio: según la tradición árabe, ni don Quijote ni Sancho han muerto: duermen encantados en la misteriosa cueva de Montesinos. Si estos, que Santiago nos trae con tanto estrépito de fama, no fueren ellos mismos, en carne y hueso, por de contado que serán sus descendientes en línea recta.

—Pero eso de sueños y encantamientos es cosa relegada ya a cuentos y consejas para los niños. ¿Cómo, pues, nos viene usted a nosotros con esas, don Gaspar, en pleno siglo de luces? —le replicó Santiago.

—Pues muy formalmente. Ahora, para que tú no tengas escrúpulo en creerlo, te hablaré en fino, es decir, en términos modernos: Don Quijote es un fenómeno del mundo invisible, un ente particular, que ora por auto-

hipnotización, ora por trasfusión espirista a través de las generaciones, cualquiera que sea su *medium* evolutivo, es lo cierto que el Héroe de los Molinos de Viento, vive y viaja, aparece y desanda por el mundo, como el Judío Errante: en él ha encarnado el espíritu de cada época de una manera joco-típica. Fue filósofo y artista entre los griegos, procónsul y tribuno en Roma, cruzado con Pedro el Ermitaño, caballero andante en la Edad Media, y es ahora apóstol de la ciencia y del progreso en los tiempos modernos.

El vicario y Santiago estaban confundidos. Don Gaspar, agregó, con su inalterable buen humor:

—Conque, mis amigos, que este descubrimiento quede aquí entre los tres: punto en boca, y obrar según el tiempo en que vivimos.

—¿Y qué hacemos en este caso?

—Lo que todos hacen, aunque estén, como nosotros, convencidos de la verdad: dejar que ruede la bola, sin meternos a detenerla, porque sería tanto como hurgar un avispero. No se trata sólo del doctor Quix, sino de la bandera que enarbola, que aunque esté en manos de un loco, es la bandera del día, la bandera resplandeciente del Progreso, sobre la cual está escrito: *noli me tangere*.

—No obstante lo dicho —dijo el vicario, dominado por el sentimiento de la gratitud— sea loco o cuerdo, es hombre de gran corazón, y de nuestra parte lo serviremos y obsequiaremos con demasiado gusto.

—Perfectamente, señor vicario, su locura no lo priva de ser gran caballero, y a canas honradas no hay puertas cerradas. En lo público, usted verá la pompa del recibimiento que le haremos. Policarpo va a quedar satisfecho —dijo don Gaspar, riéndose con estrépito—. ¡Hay que echar las campanas a vuelo!

—¿Las campanas?... —preguntó el Vicario, encarándose con don Gaspar—. ¡No, señor! Con las cosas de la Iglesia no deben meterse.

Don Gaspar continuaba riéndose.

—De ninguna manera, mi respetado amigo. Esté usted tranquilo por ese lado, pues no me refiero a las campanas de la Iglesia, cosa demasiado clerical y vieja, sino a las campanas del progreso moderno, que son los tipos de imprenta. Es necesario poner en actividad la prensita que hay en el pueblo. Tú debes encargarte de esto, Santiago, porque sin prensa, las fiestas del recibimiento carecerían de lo principal, que es la publicidad y resonancia, para los fines cosmopolitas.

—Ya había pensado en eso —dijo Santiago, penetrado de la idea de don Gaspar— porque fue una de las cosas que primero me averiguó el doctor Quix: si había imprenta y periódico en Mapiche, pues es apasionadísimo por la prensa. Macario está ya en cuenta de esto, y se ocupa en hacer limpiar la imprentica, para publicar el programa de la recepción.

—Bueno, bueno: verán ustedes una fiesta *chic*, a la moderna, sin rancias ni oscurantismos, como la quiere Policarpo. ¡Yo también conozco los resortes del gran mundo!

La conferencia secreta duró tanto, que Romualda estaba molesta, porque se había pasado la hora del rezo, y harto curiosa, viendo correr las horas

de la noche sin que se abriese la puerta de la sala del vicario, donde oía la conversación animada de los tres, interrumpida de cuando en cuando por la risa de don Gaspar.

Santiago, corrido y avergonzado al principio, acabó por adherirse en todo al juicio formado por don Gaspar, confesando que él también había tenido por loco al celeberrimo doctor en varias ocasiones. No obstante esto, se sentía inclinado al sabio viajero por una fuerza irresistible de gratitud y simpatía, y se propuso darle de su parte gusto en todo lo que pudiese, inclusive en la obra y propanganda del Progreso, su tema favorito.

Macario, desde que recibió el oficio del Gobernador, andaba de la seca a la meca, buscando casa, y previniendo lo necesario para el gran recibimiento. A falta de mejor acomodo, se eligió una casa de altillo, que llamaban la Posada del Fraile, porque en tiempos pasados allí solía alojarse un fraile misionero. Ahora vivía en ella un zapatero remendón, llamado Toribio, ya viejo, que recibía huéspedes, cuando llegaban, los cuales eran algún buhonero, prestidigitador o acróbata, de esos que de año en año visitan las aldeas.

Una estrecha escalera de madera comunicaba el suelo con el altillo, el cual era una sola pieza. Se le dio una lechada a las paredes, se pintaron las puertas y ventanas, y con muebles prestados aquí y allá, se aderezó el alojamiento en el altillo, que tenía un balconete para la plaza; todo con beneplácito y sorpresa del maestro Toribio, que no recordaba haber tenido nunca un inquilino tan encopetado como el que esperaban. En la parte más visible del exterior de la casa se puso, por indicación de don Gaspar, un letrero, en caracteres muy gordos, que decía: *Hotel Cosmopolita*.

Se despachó aviso a las vecinos de las aldeas del Granadillo, las Cocuizas y Peña Negra, para que viniesen a las fiestas de recepción; se organizó una Junta para que formulase el programa; y desde luego se pensó en un obsequio campestre, en una gira al día siguiente de la llegada del gran Caballero, la cual se efectuaría en la hacienda de don Luis.

El pueblo de Mapiche nunca la había visto más gorda en materia de fiestas, y por eso andaba en candela, remendando aquí, blanqueando allá, y preparándolo todo para el gran día, que llegó, al fin, risueño y alegre, como un día de pascua.

En bestias propias unos, en alquiladas otros, y en facilitadas a préstamo los más, salieron en gran cabalgata al encuentro del doctor Quix, presididos por Macario, quien a fuer de alcalde de la villa, era el jefe político del cantón, y el cual, so pretexto de enfermedad, se había estado encerrado más de veinticuatro horas, aprendiéndose el discurso, que era obra de don Gaspar.

Se reprodujo, poco más o menos, la misma escena de Sanisidro, cuando se lo toparon en el camino: curiosidad, sorpresa y silencioso respeto. Feo, y mucho, les pareció, pero nadie se atrevía a decirlo, tal era la aureola de grandeza en que venía envuelto aquel raro personaje. No faltó quien creyese de buena fe que la fealdad estrambótica era cualidad característica en los sabios modernos.

Escarmentado el doctor Quix, de su viaje de ciclista por caminos de recuas, aceptó mula del Gobierno para trasladarse a Mapiche; y Sancho tuvo a

dicha aceptarla también, considerando la suerte de su pollino, honrado con la carga de la bicicleta y los instrumentos antes dichos. Policarpo venía con ellos.

Macario, que no se cortaba ni delante del Padre Eterno, sacó a bailar el trompo que llevaba enrollado, con una entonación digna del mejor tribuno. ¡Aquello fue discurso y medio! Habló de las entrañas de la tierra, del polvo cósmico, de la Teosofía y la Antropología, de los rayos X y la balística, de la evolución estético-sociológica de la bestia humana (del hombre quería decir), y de las radiaciones aurorales del nuevo Ideal, fulguriscente sobre los albéneos e impolutos horizontes de la modernísima etapa!

Policarpo lo oía con admiración y asombro: en sus adentros, se sintió corrido y humillado, pues él creía que era privilegio suyo exclusivo hablar en la comarca sobre aquellas cosas modernas, y se hallaba con que el alcalde de Mapiche se le iba muy por encima en artes del más refinado modernismo. Don Gaspar, confundido con la multitud, se retorció los bigotes y pujaba, reprimiendo la risa, a tiempo que Macario, que en punto a letras no sabía de la misa la media, estaba muy orondo del buen efecto de su ininteligible discurso, oyendo la contestación del sabio doctor, que no se hizo esperar, dicha con la elevación y altisonancia con que él sabía ponderar la excelcitud de la causa del Progreso.

Como puede colegirse, el encuentro de Santiago con sus viejos amigos, fue en extremo cordial y expansivo; y pasados los cumplimientos oficiales y presentaciones del caso, la comitiva se puso en marcha, e hizo su entrada en la empavesada villa, bajo arcos de flores y ramas olorosas, y con ruido de música, pólvora e infantil algazara. En los arcos había inscripciones alusivas al héroe de la fiesta, dictadas por el autor entaparado de cuanto se hacía en Mapiche, el agudo bromista don Gaspar, que se hacía el burro muerto, para coger zamuros vivos, a quien Macario tenía por un oráculo, y como tal lo consultaba en todo: *Al Maestro del Ideal*, decía en uno; *Al Iluminador de los Pueblos*, se leía en otro; *Al Intelectual Culminante*, etc.

—¿Recibió usted mi carta? —le preguntó Policarpo a don Gaspar, tan luego se vio con él en medio del concurso.

—Oh, sí, y ya ves como las cosas van por buen camino: el doctor Quix llegará al Hotel Cosmopolita, que está montado a la moderna.

—¡Hay hotel en Mapiche!

—Y muy bueno: con elevador, servicio a la carta, y todo al estilo americano.

—Ah, entonces estamos en regla: el doctor es un modernista intransigente, y no debemos salirle con tradicionalismos ni antiguallas.

—Pues no tendrá por qué quejarse, Policarpo. La ocasión es propicia para que el mundo sepa que también Mapiche ha entrado por el aro brillante del Progreso. Mañana habrá un *pic-nic*, en el *chalet* de L'Orquette (La Horqueta era el nombre de la hacienda de don Luis), en obsequio del doctor, a que asistirá la *high-life* de la villa; y pronto crujirá la prensa. . . .

—¿Tienen imprenta?

—Montada en el mismo Hotel: así es que circularán en breve las crónicas de esta gran ovación. Los repórter están ya en actividad.

En la casa del maestro Toribio, o mejor dicho, en el Cosmopolita, se había montado la prensita, provista de media docena de cajas; y la causa de sacarla de donde estaba, e instalarla allí, no era otra sino aprovechar los ratos de ocio del mismo zapatero, que era en la villa el único que entendía de imprenta, pero como aquel no era negocio productivo, él no lo ejercía como oficio, sino en caso de necesidad o por complacer a los amigos, como en esta vez. Dicha imprentica había sido introducida a Mapiche en años anteriores, durante un largo y tempestuoso proceso eleccionario, como arma de partido.

Al llegar la comitiva al Cosmopolita, todos los del lugar que acompañaban a los viajeros, inclusive Macario, recibieron gran sorpresa: la escalera para subir al altillo había desaparecido. ¿Cómo se subirá ahora? se preguntaban mirando a todas partes, en los momentos en que el doctor Quix era conducido a dicho altillo por lo más granado de la villa.

De pronto, don Gaspar, que iba entre ellos, hace girar la rueda de una garrucha instalada en el piso bajo, y al instante se ve descender de lo alto un tablón cuadrado, que cerraba la portezuela o entrada del piso superior. Un ¡bravo! acompañado de exclamaciones se oyó entre los presentes: era el elevador, que don Gaspar había combinado con la ayuda de un carpintero, utilizando una garrucha de subir materiales de fábrica, la cual existía de tiempo inmemorial arrinconada en la sacristía de la Iglesia.

El doctor Quix y Policarpo, habituados a los ascensores en los hoteles del gran mundo, se montaron incontinenti sobre el tablón, que tenía una endeble barandilla hecha con tablas de cajones; y el mismo don Gaspar, ayudado por el maestro Toribio, que tenía puños de atleta, dio vuelta a la garrucha, hasta levantar la plataforma descrita a nivel del piso superior, y así fueron bajando y subiendo los que quisieron, admirados del nuevo sistema.

Cuando se retiró la gente, y el maestro Toribio se recogió en su departamento, don Quijote y Sancho se estuvieron en el piso bajo, que era el aposento destinado para éste, platicando largo rato sobre muchas e interesantes materias, entre ellas el éxito asombroso de la Fierabrasina, que Sancho había hecho negocio suyo exclusivo, con plena autorización de su amo. La fama de las píldoras del doctor Quix crecía como la espuma, y el dinero caía diariamente en los bolsillos de Sancho, que bendecía y alababa la pródiga tierra de América.

—Aunque su merced viene provisto de buena cantidad de píldoras, sería conveniente que pidiese a Barcelona cuantas pueda cargar un buque, porque se venden como pan caliente, y día por día se descubre en ellas alguna nueva virtud.

—¿Nuevas virtudes, dices?

—Sí, mi amo, pues no solamente son medicina de cristianos, sino también de animales.

—Expílicate, Sancho, porque yo, que soy su inventor, ignoro que tenga esa otra aplicación, a la verdad sorprendente.

—El caso es que yo tampoco lo sabía, pero se me ocurrió recetarlas, en la posada de Sanisidro, a una mujer que se quejaba de una gallina, porque no le ponía huevo alguno desde hacía tiempo; y cata, mi amo, que di en

el clavo. Dióle tres o cuatro píldoras, confundidas con granos de maíz, y a los pocos días la gallina empezó a poner.

—¡Oh, entonces son *ovomífulas*!

—¿Qué quiere decir ese latinazo, mi amo?

—Que facilitan la postura de huevos, o en otros términos, Sancho, que hacen a las aves buenas ponederas.

—Exactamente, y yo espero que andando el tiempo, puedan recetarse también a las vacas y cabras para hacerlas lecheras. No olvide poner todo eso en esas letanías mayores que su merced mandó imprimir en cada caja.

—En la lista de enfermedades sobre las cuales obra la Fierabrasina, querrás decir; lo que en verdad tendré muy presente para la próxima edición de rótulos. Has debido obtener de esa mujer la carta-certificado que en tal caso es de ordenanza. Ahora, tira del elevador, para que me subas a mi aposento, porque ya es tarde, y hay que mañanear.

Aquí fueron los aprietos y sudores: Sancho se prendió de la garrucha para hacer subir la plataforma, sobre la cual se había puesto Don Quijote, muy tieso y espetado, pero fueron tales las sacudidas, y tanto el vaivén de la maroma, que tuvo que agarrarse con ambas manos de la barandilla, mientras que Sancho renegaba, y los echaba redondos contra semejante sistema de ascensión. Cuando logró subirlo, le dijo jadeante:

—Mi amo: será mejor que mande poner una escalera en vez de este guindajo.

—¡Estúpido! ¿No sabes que este es el modo de subir y bajar en los grandes hoteles?

—Pues sepa su merced que si menudean las subidas, no será Sancho quien aguante la carga.

—No te acobardes, hombre, porque dentro de pocos días, la fuerza animal que ahora exige esta máquina, será reemplazada por un motor eléctrico, o de vapor, según los planos que al intento ha ofrecido presentar nuestro compañero Policarpo, ingeniero electricista.

—No lo pongo en duda, mi amo, pero en el ínterin, yo le suplico que no deje la subida para tan tarde, a fin de que haya aquí otras personas con quienes compartir la carga.

Esta conversación era de piso a piso, por entre las rendijas del entablado, y con ella terminaron los faustos sucesos de aquel día, quedando en seguida el modernísimo hotel y toda la engalanada villa sumidos en la oscuridad y el silencio: Mapiche dormía.

CAPITULO XXII

De lo que sucedió en el encantado chalet de L'Orquette, y del celebrado aparecimiento de "El Flamígero"

Cuando los celestes aurigas empezaron a guiar el carro esplendente del sol por los siderales espacios, y los pajarillos iniciaron su cotidiano y armonioso concierto, la afortunada villa se puso de nuevo en movimiento.

Don Gaspar y Santiago habían pasado la noche en la hacienda de don Luis, o sea en el chalet de L'Orquette, ocupados en los preparativos de la fiesta campestre organizada en obsequio del doctor Quix, a la cual asistiría lo más selecto de Mapiche y las aldeas vecinas.

El patio principal de la hacienda, pintoresco de suyo, estaba engalanado con sencillez y elegancia. De pilar a pilar lucían festones de flores naturales que el viento columpiaba graciosamente, y por todas partes se veían banderitas y adornos de telas y papel picado de varios colores. En síntesis, la casa rebosaba de alegría y atractivos. Gran número de labriegos con la ropa de pontificar, ayudaban a las faenas domésticas desde las primeras horas del día, en que por el torreón de la chimenea empezó a salir una espesa e interminable columna de humo, señal de que el horno y los fogones se hallaban en plena actividad.

La cocinera de mayor fama en la villa era Romualda, y no obstante su edad y achaques, desde la víspera, fue trasladada a la hacienda en un pollino manso, para que empuñase el espetón y la cuchara en el departamento de cocina.

A la hora convenida, empezaron a llegar las familias en alegres caravanas de a pie, y también los invitados de más lejos, en grupos de a caballo, entre ellos los del Granadillo, capitaneados por Nachito Rodríguez, que se prometía tirar aquel día la gran parada, es decir, arrancarle el sí a María y arreglar su matrimonio, para lo cual contaba con Macario, que le hacía buen tercio, entre otras causas, porque detrás de Nachito estaba la temible figura política de su padre, el capitán Rodríguez, hombre quisquilloso y de malas pulgas, que convenía tener grato. Esta misma consideración, estimada prudentemente por don Luis y doña Paula, los había obligado a llevar con cierta diplomacia las pretensiones de Nachito.

Santiago no se atrevía a abrirle su corazón a María, la cual le manifestaba sencillamente su afecto como antes. ¿Qué podría decirle? Si ella amaba a Nachito, su declaración sería extemporánea e imprudente: dada la inteligencia y sensibilidad de la joven, aquello vendría a ser un cruelísimo tormento para ella. Ver convertido en amante a quien sólo amaba como amigo.

Además, pensaba Santiago, María debía conocer su secreto, María era la amiga íntima y confidente de Lola; María, pues, debía comprender que el nuevo afecto que por ella sentía era cosa reciente, y acaso pudiera atribuirlo a despecho por el comportamiento de Lola.

En este estado de pena e incertidumbre se hallaba el pobre joven, cuando llegó el doctor Quix a Mapiche. Tuvo, pues, que dejar a un lado sus ocultos pesares, para atender a su amigo. Al volver a tratar a María en la hacienda, su nueva pasión rayó en delirio: la voz dulce, cadenciosa e insinuante de María, la gracia y donaire de sus movimientos en las faenas de la casa, sus ojos brillantes y expresivos, todo en ella le pareció más seductor que nunca.

La casa estaba ya llena de gente. Los músicos habían llegado también, y ocupado puesto en la mitad del patio, a la sombra de un emparrado, que cubría una parte de la gran acequia, y era el lavadero ordinario de la casa. Componía la banda un violín, una flauta, una bandola y dos guitarras, ejecutados por artistas rústicos, que tocaban por mera fantasía, pero muy sabrosamente.

En estos momentos, oyóse gran grito de muchachos por la parte del camino: todos corrieron hacia la callejuela de entrada, adivinando lo que podía

scr. Cuanta gente había en los aposentos e interior de la casa, inclusive la buena Romualda, salió afuera, al oír la bulla y vítores que resonaban en el gran patio: era la llegada del doctor Quix, quien para colmo de pública curiosidad, venía en bicicleta de suerte que media villa se le puso atrás atraída por la novedad del caso.

La música dio al viento sus alegres sonos, y la comisión de recibo, presidida por don Gaspar, hizo al punto los honores al ilustre huésped, el cual saludó al concurso, batiendo repetidas veces en el aire su sombrero de turista, levantado sobre las altas ruedas de la bicicleta. La fiesta había empezado.

A partir de este instante, la animación se hizo general. Mientras las señoras descansaban de la fatiga del camino, las muchachas, que en la flor de la edad son infatigables, después de rectificar su tocado en el cuartico de costura de María, que don Gaspar bautizó con el nombre de *boudoir*, se dieron a recorrer, risueñas y salerosas, los corredores del patio, recibiendo los piropos de los jóvenes que platicaban en corrillos.

Sirvióse, en seguida, la primera copa a los hombres: era de excelente cocuy, pero bautizado por don Gaspar en la pila del extranjerismo, para darles en la vena del gusto al doctor Quix y a Policarpo, quienes se lo tomaron como *whisky!* Y a poco rato, vino la segunda copa, que fue de ron añejo, y lo paladearon como *brandy* del muy bueno!

Los platos fuertes del almuerzo eran un gran hervido o sancocho, para el cual le torcieron el pescuezo a más patos y gallinas que los que murieron cuando las bodas de Camacho, y las tradicionales hallacas, hechas y aliñadas con femenil maestría. Alrededor de estos dos platos, que eran las columnas de Hércules en aquel abundante y opíparo banquete criollo, lucían sus crespas hojas las coles y lechugas en las diversas ensaladas; humeaban los pasteles y tortas horneados, cubiertos de figurillas y arabescos; sobresalían por los bordes de anchas bandejas las costillas y pernils de lechón y de ternera, adobados desde la víspera en orégano y vinagre, y asados al rescoldo con paciente lentitud; y para complemento el plátano y la papa, de varios modos preparados, y todo género de verduras, frescas y en sazón, directamente traídas del barbecho a la olla; y la tajada de aguacate.

“Blanda, amarilla, mantecosa, tierna”,

y al lado de estas tajadas, y las de excelente queso, una provocativa arepa dorada

“Que hay que soplar, porque al partirla humea” (1).

Era la hora del almuerzo; pero faltaba algo que se esperaba por momentos. Don Gaspar salía a la puerta a cada momento, y miraba hacia el camino, hasta que al fin llegó, a todo correr, un muchacho de la villa, con un paquete de tarjetas impresas que mandaba el maestro Toribio, y que don Gaspar recibió con vivo interés: era la lista de los platos, el *menú*, que había arreglado a estilo moderno, es decir, en francés e inglés, desde la sopa hasta los postres, sin perdonar ni el agua.

Cuando Policarpo vio la nómina de los platos en aquella forma *chic*, se congratuló muy de veras con don Gaspar por los adelantamientos de Mapi-

(1) Gutiérrez González.

che en el ramo culinario; y no se cansaba de ponderar el *consommé*, los *potages*, *entremets*, etc., llamando hasta el aguacate por otro nombre: *perse gratissima!*

¡Oh, poder de la sugestión onomástica! Por obra de unos cuantos renglones en idioma extranjero, aquella rica provisión de manjares criollísimos, vino a convertirse a los ojos del doctor Quix y del joven electricista en un banquete a lo europeo, es decir, moderno y civilizado. Los de Mapiche preguntaban a don Gaspar por qué le cambiaba nombre a todas las cosas, y éste les contestaba al oído:

—¡Silencio, mis amigos!, el Progreso tiene su idioma, que no es por cierto el español ni el criollo: el bautizo de las comidas con nombres extraños es hoy un condimento indispensable, la sal, si se quiere, en los banquetes modernos.

No nos detendremos a hablar de los brindis y ardiente entusiasmo que hubo en la mesa, pero sí relataremos un incidente, que le agrió a Sancho el gusto del espléndido almuerzo. Es el caso que, por tentación de Judas, se habló en la mesa de la crónica palpitante en la comarca, cual era un tigre cebado, que en aquellos días salía en el Granadillo, haciendo estragos en las reses domésticas, sin que hubiera podido nadie darle caza, no obstante las trampas y tiros que le habían hecho.

Don Quijote, que oía con vivo interés los miedosos cuentos de la terrible fiera, levantando de pronto la voz, dijo en son de reto:

—Esa empresa corre de mi sola cuenta, y ruego al señor Alcalde, aquí presente, que impida toda otra expedición contra el tigre del Granadillo, porque yo solo tendré la dicha de cogerlo y presentarlo vivo a la admiración de todos.

Don Quijote se había puesto en pie, y miraba en torno de la mesa con los ojos saltados, enardecidos de súbito por el fuego de aventuras que inflamaba su pecho.

—¡Dios nos asista! —exclamó Sancho, volviéndose a Santiago, que le quedaba cerca, con un gesto muy significativo de terror.

Grande fue el asombro de todos ante una salida tan inesperada. El Alcalde, obedeciendo a una mirada de don Gaspar, accedió a lo que le pedía el peregrino doctor, no obstante la temeridad de la empresa.

—¿Y pudiera saberse de qué modo piensa el doctor Quix darle caza al tigre? —preguntóle Policarpo, no menos admirado que los demás.

—Por un procedimiento de mi invención: por medio de la electricidad.

—¡De la electricidad!...

—Sí, señores, por medio de corrientes eléctricas haré con la fiera lo que no han podido los viejos sistemas de cacería.

La mesa se levantó bajo la impresión extraordinaria producida por el anuncio de esta cacería eléctrica, suceso que venía a poner por las nubes la fama de brujo científico de que gozaba el doctor Quix.

En los momentos en que la concurrencia se dispersaba por los amplios corredores, comentando el hecho, y la ciencia y valentía del mágico doctor, se oyó un rumor de voces y de gritos no muy lejanos, que interrumpió la

animada conversación electro-técnica que pasaba entre el doctor Quix y Policarpo, a quienes se allegó don Gaspar, amable y cortésmente.

—Oh, don Gaspar —le dijo Policarpo— ¿oye usted?... Parece un *camp-meeting*.

—Con casualidad, venía a invitarlos para asistir no a un *camp-meeting*, pues no se trata de eso, sino a un divertido *camp-show*.

—Un *camp-show*!...

—Sí, tenemos en obsequio del doctor un interesante *cock fight*, que es la diversión que motiva esa bulla.

En el patio del trapiche, que quedaba adyacente a la casa, existía un circo construído de cañas, en que se jugaba a los gallos todos los domingos. Allí fueron llevados el doctor Quix y Policarpo, a presenciar el *cock fight*.

Era un desafío, casado de antemano, entre Macario y Nachito, jefes de los bandos contendores y dueños de los mejores gallos de la comarca. Este juego tradicional, bárbaro con el nombre español de *riña de gallos*, y culto y civilizado, si se le bautiza con el nombre puritano de *cock fight*, entretuvo por largo rato a la parte masculina de la reunión.

Don Luis había hecho preparar dos barriles de guarapo fuerte, con la cachaza del trapiche, bebida deliciosa como fresco en el medio día, sobre todo bajo el sol ardiente de los trópicos. Terminada la primera pelea, en que el triunfo fue del gallo de Nachito, todos los espectadores tomaron por asalto el vasto caney del trapiche, donde a la sazón se servía en rebosadas copas el apetitoso guarapo.

Don Luis y Macario, tratándose de una bebida tan vulgar y criolla, no se atrevieron a ofrecerla al doctor Quix ni a Policarpo, que también aparecía circundado por la aureola del extranjerismo, debido a sus ideas, traje y costumbres; pero don Gaspar, que en todo estaba y a todo atendía, los sacó de dudas diciéndoles:

—Tienen ustedes mucha razón: estos señores no tomarían guarapo fuerte ni a palos; pero sirvan dos copas, que yo me encargo de ofrecerlas con otro nombre a nuestros distinguidos huéspedes.

Se hallaban éstos en sitio de honor en torno del circo, empeñados en una discusión técnica sobre la manera más ventajosa de allanar un empinado cerro que a la vista tenían, pues el doctor Quix opinaba por un *funicular*, y Policarpo por un *túnel*, en lo cual se invertirían de quince a veinte millones de *dollars*, aportables por alguna compañía extranjera, mediante la garantía de una concesión territorial de valor céntuplo. Don Gaspar se les acercó con amable y refinada cortesanía, presentándoles las copas de guarapo.

—Me permito ofrecer a ustedes la ponderada crema de caña, bebida laxo-refrigerante recomendada por los higienistas modernos.

—¡Oh, buen amigo, con mucho gusto la aceptamos! —le contestó el doctor Quix, saboreándola en seguida, lo mismo que Policarpo; y uno y otro se desataron en elogios de tan rica y deliciosa crema!

Entre Macario y Nachito, con acuerdo de don Luis, habían organizado baile, pues las muchachas privadas de asistir al *cock fight*, se estaban aburridas dentro de la casa. La música tocó alegremente, y Santiago, con el

corazón palpitante y ciego de amor, buscó a María para bailar la primera pieza; pero cuál no sería su contrariedad e ingrata sorpresa al ver que Nachito, resplandeciente de satisfacción y de alegría, daba ya el brazo a la joven, que era, sin disputa, la reina de la reunión. Sus miradas, llenas de celos y de profundo disgusto, se tropezaron con las de María, luminosas e inteligentes, pero veladas por un no sé qué de tristeza.

Lleno de despecho, Santiago sacó otra pareja, a tiempo que don Gaspar comprometía a los caballeros del Progreso a tomar parte en el baile, que se iniciaba con una polka zapateada, a la cual le dio el nombre de *Boston*.

El entusiasmo de los bailarines llegó a su colmo, y a la mitad de la pieza, se oyó la voz alegre de don Gaspar, que exclamaba, después de haber hecho que cesase repentinamente la música.

—¡Bomba para las damas!

Todos los galanes se fruncióron, por más que les sobraban las ganas de echar algún piropo a las parejas. A Nachito, que bailaba con la niña de la casa, le tocaba iniciar la bomba. Todos esperaban en silencio: el caso no admitía excusa. Púsose encarnado como una amapola, tosió tres veces, se pasó el pañuelo por la frente para limpiarse el sudor, y con entrecortada y tímida voz dirigió a María esta copla:

*De domingo en domingo
Te veo la cara:
¡Cuándo será domingo,
Virgen Sagrada!*

La música tocó de nuevo, y continuó el baile, junto con los aplausos tributados al galán, que tuvo tino en elegir la copla, porque era en realidad de domingo en domingo cuando veía a la espiritual María.

Tocóle después el turno a Santiago, que estaba bailando de mal grado, pues su espíritu era más de tristeza que de alegría. Excitado para la bomba, la música hizo una pausa, y todos estuvieron prontos para oír. Con voz que le salía del alma, el joven recitó esta copla, buscando con sus ojos a María.

*Si oyes doblar las campanas,
No preguntes quien murió,
Pues si te casas con otro,
¿Quién ha de ser sino yo?...*

La música borró al punto la impresión general de tristeza que produjo este verso, dicho con tanta sinceridad, atribuyéndolo a alguna historia de amor que dejaba Santiago en remotas tierras, pero no así en el corazón de María, conocedora de los secretos de su compañero de infancia. ¡La pobre niña pensó en Lola! Era para ella, sin duda, aquella intencionada copla. Si Nachito hubiera sido un hombre más conocedor del corazón humano y de mayores alcances, habría notado la viva conmoción de su pareja, y la sombra de oculto pesar que había nublado su semblante al oír la voz apasionada y triste de Santiago.

Adivinando Macario que don Gaspar tenía la intención de comprometerlo para la bomba siguiente, previno el lance mandando callar la música y dando el grito de ordenanza:

—¡Bomba para la dama, don Gaspar!

Este no se hizo de rogar, y con su cara siempre festiva y picaresca, le clavó los ojos a su pareja, que era una muchacha graciosísima, de tipo andaluz, con unos ojazos negros, que echaban chispas, de la cual andaba prendado nuestro gran humorista, según se decía en la villa; y frotándose las manos, le endilgó esta copla, que fue acogida con estrépito de risas y de aplausos.

*¿Para qué pondrán farol
En la puerta de tu casa?
Si es para alumbrar la calle,
Con solo tus ojos basta.*

Se bailó otro rato, y ya se creía que habían terminado las bombas, pues en seguida de las dichas, las hubo como un tiroteo graneado, cuando don Gaspar, dirigiéndose al ingeniero electricista, que a la sazón bailaba el *Boston* como un relámpago, a estilo extranjero, le dijo recio, para que todos los oyesen y cesase la música:

—¡Bomba para la dama, Policarpo!

¡Aquí te quiero, escopeta! Sereno el semblante y alta la frente, nuestro galán técnico dirige una mirada en torno de la sala, en que se pintaba la seguridad del triunfo, y cierto anticipado agradecimiento por los aplausos que ganaría en aquel torneo, sin competidor para él, como poeta de la nueva escuela del ideal azul y la marfilínea torre.

*Al niveo alcázar del albo ensueño,
Ideal palacio do imperas tú,
En raudo giro, nimbada asciende,
Palidecente, mi estrofa azul.*

Hubo un momento de silencio: nadie había entendido el verso del joven electricista. A la verdad, esta literatura del Ensueño y del Símbolo necesita de tiempo y de mucho fósforo en las entendederas para digerirla. Vino a romper el conflictivo silencio una chistosísima mueca que la pareja de Policarpo hizo a sus compañeras, encogiéndose de hombros e inclinando la cabeza, con lo cual quería decirles:

—¡Nos dejó en ayunas, mis amigas!...

Tan oportuna salida de la muchacha, que interpretaba el sentir general, fue motivo de ruidosos aplausos, que ufanamente tomó para sí el azulado vate, a quien el doctor Quix felicitó con verdadera efusión literaria, prodigándole los más metafóricos elogios.

Las horas corrían rápidas. Al ruido de la fiesta, los campesinos habían acudido a la hacienda, y formaban corros por todas partes. Sancho hacía su agosto entre ellos, vendiéndoles las famosas píldoras, siguiendo aquel adagio que él practicaba siempre: unos en el son y otros en el sorbetón.

Mientras se servía la merienda, la cual fue presentada al doctor Quix y a Policarpo con el nombre civilizado de *lunch*, don Gaspar llamó aparte a don Luis, y le dijo:

—Necesito que haga usted llevar el mayor número de asientos que sea posible para la sombra de los guamos en el potrero de las vacas.

—¿Y eso para qué, don Gaspar?

—Es que a Macario no le sale la pildora de la pérdida de su gallo, y quiere sacársela a todo trance.

—¿Con otra riña?

—Nada de eso. Ha desafiado a Nachito para una carrera de a caballo, pues quiere probarle que su potro no tiene rival en la carrera. Se ha juntado el hambre con la gana de comer, pues Nachito cree y afirma que su caballo es mejor que el de San Jorge. Han nombrado ya jueces y testigos, y están alisando los caballos. Este es un lance imprevisto, al cual conviene darle carácter de formal espectáculo, en obsequio de nuestros ilustres y civilizadísimos huéspedes.

A don Gaspar nadie le daba un no: don Luis puso lo necesario para el caso a disposición de su chispeante amigo; y este, ayudado por diligentes obreros, adornó en un abrir y cerar de ojos todo un lado de la cerca, que era de alambre, con flámulas y banderolas que hizo quitar disimuladamente de los corredores y patio de la casa. El potrero era un prado de alguna extensión, alfombrado de césped, y con una pintoresca arboleda de guamos, en forma de parque, desde la cual podía verse la improvisada carrera.

A María le dio privadamente don Gaspar la comisión de hacer un ramillete de flores, que sería el premio ostensible del vencedor. En esta hermosa labor se hallaba en el interior de la casa, cuando se le acercó Santiago, con su semblante apagado por la tristeza.

—Santiago —le dijo María, al verse sola con él—, tengo una queja de ti.

—¿Una queja, María! ¿En qué he podido ofenderte?

—Antes me tratabas con mayor franqueza, con mayor confianza. Ahora, aunque sufres, nada me dices, nada me comunicas.

—¿Ah, María, es muy cierto lo que me dices, pero no me culpes, por Dios! No me atrevo a abrirte mi corazón, como quisiera. ¡Oh, si tú pudieras leer directamente en él, sin que mis labios pronunciaran una sola palabra!...

María miró sorprendida a su compañero de infancia, e iba a contestarle, sin duda, que era Lola la causa de sus íntimos pesares, porque así lo creía ella sinceramente, pero se contuvo al tropezarse con las miradas intensas, suplicantes y profundamente expresivas de Santiago, que estaba trémulo de amor en su presencia. Dióle el corazón un vuelo extraño, sintió que se le oprimía el pecho, e inclinó la cabeza en silencio, aturdida y confusa, creyendo que fuese una ilusión lo que escuchaba y lo que veía.

La voz de don Gaspar interrumpió bruscamente el interesante coloquio de los dos jóvenes.

—¡A los guamos, a los guamos del potrero, todo el mundo! Tú, María, convida a las damas para que asistan a la carrera, y lleva prevenido el ramo, pues a ti te corresponde prenderlo en el pecho del vencedor. ¡Oh, compadeczo a Macario, porque con este aliciente, Nachito es capaz de matar el caballo a espolazos!

María se puso encarnada, e hizo un gesto de disgusto.

Don Gaspar, acompañado de Santiago, se dirigió a la sala, en solicitud del doctor Quix y su nuevo e inseparable compañero. Por el camino se atusó el bigote, se compuso el nudo de la corbata y se asentó las solapas de la levita, acercándose ellos con voz de refinada cultura y sonrisa de cortesano.

—Resta que ustedes nos honren con su presencia en el *sport*.

—¡Oh! —dijo Policarpo—, ¿conocen aquí el *sport*? Es, sin duda, un gran progreso.

—¡Válgame Dios, muchacho! Te he dicho que Mapiche está en todo a la moderna. Ahora verás un *match* en toda forma, de caballos dignos del más renombrado *betting*. Al hipódromo, pues, que el *book mater* nos espera.

Al doctor Quix le reventaba la satisfacción hasta por la suela de los zapatos, viendo tales muestras de modernismo en un pueblo hispano-americano, que él suponía “irredento del oscurantismo español”.

Toda la concurrencia fue a tomar puesto a la sombra de los guamos, en el potrero de las vacas, convertido en hipódromo en menos de quince minutos. La banda de música se situó en lugar conveniente: solo faltaba que apareciesen en la escena los caballos y los *jockey*, que no se hicieron esperar

La tarde era hermosa, y balsámico el viento suave que movía las flámulas y banderolas. Los últimos y casi rojos destellos del sol agonizante producían extensa sombra delante de los árboles, donde estaba apiñado el concurso, oyendo los acordes de la música y recreándose en la contemplación del paisaje. De pronto resonó un grito de contento por todas partes: en la puerta del potrero habían aparecido los anhelados jinetes.

Nachito venía sobre su ponderado caballo, que era un altanero y brioso alazán; pero su competidor, que montaba un arrogante potro moro, no era Macario, sino Santiago, novedad que sorprendió no poco a todos, incluso el mismo don Gaspar. ¿Qué era aquello? ¿Por qué no corría Macario su propio caballo, siendo consumado jinete y exclusivamente suya la apuesta?

Pronto salieron de dudas, pues el mismo Macario apareció en la escena, y les explicó en secreto lo ocurrido, de esos secretos que corren a media voz de boca en boca, con la celeridad del rayo: era que Santiago le había exigido que le cediese el cargo de *jockey*, haciéndole ver que no cuadraba bien a su carácter de Alcalde entrar en pública liza delante de aquellos caballeros extraños.

Esta podía ser o no ser la verdadera causa, como la enfermedad del Rey que rabió, pero lo que sí era verdad de a folio, era que Santiago, devorado por los celos, había echado mano de aquel racional motivo para disputarle a Nachito la palma del triunfo y privarlo del ramo de flores que María tenía preparado para el vencedor.

Ambos aparecieron a los ojos del numeroso concurso como gallardos paladines. Los caballos, metidos de improviso en medio de aquel bullicioso gentío, entre música y gritos, se mostraban fogosos e impacientes, tascando el freno y haciendo airosas cabriolas, en tanto se casaban las apuestas particulares y se disponía la carrera. Uno y otro jinete, enardecidos por la emulación, tenían los ojos centelleantes, y esperaban con viva ansiedad el momento supremo, a semejanza de los campeones de las justas y torneos de otros tiempos, llevando grabado en la mitad del corazón, ya que no sobre la armadura, el nombre de la dama de sus pensamientos.

Ante aquel duelo *sui generis*, inesperado y de nadie comprendido, excepto de los dos combatientes y de la pobre María, esta se había quedado en suspenso. Pálida y llena de sobresalto, comprendió que Nachito y Santiago

se consideraban rivales, y temblaba por las consecuencias: la figura del capitán Rodríguez, enojado, era para ella una pesadilla.

La música cesó, y sucesivamente se oyeron en medio de un gran silencio las tres voces de partida, y luego el ruido trepidante del galopar de los impetuosos animales. ¡Momentos de ansiedad! Caballos y jinetes parecía que volaban: centenares de pechos contenían el resuello, y centenares de ojos seguían sin pestañar a los diestros galopantes. Esta suprema expectativa debía durar muy pocos minutos, porque el potrero no era tan largo.

Macario, a horcajadas sobre el tronco de uno de los guamos, lanzó de repente un gran grito, tirando al aire el sombrero:

—¡Mi potro ha ganado!

Un hurra estrepitoso y prolongado saludó al vencedor: efectivamente, Santiago había pasado a Nachito en la carrera. La música tocó alegremente, y todos esperaban el retorno de Santiago para batirle las palmas del triunfo, como en efecto lo hicieron con grandes muestras de simpatía y entusiasmo, cuando este llegó frente al concurso sobre el gran potro de Macario, que echaba copos de espuma por debajo de los enchapados arneses; y mientras el Alcalde se le echaba encima a su caballo y lo colmaba de caricias, Santiago, llevado casi en peso por sus numerosos amigos, se vio de pronto delante de María, que con mano trémula colocó en su pecho el bello y codiciado ramo de flores, sin proferir una palabra siquiera, pero bañándolo en la luz de una mirada elocuente de ternura, de alegría y de esperanza.

A Nachito fue necesario desarmarlo, porque estuvo a punto de matar a tiros su vencido alazán. Tal fue el fin y remate del *sport*, improvisado por don Gaspar.

El *pic-nic* estaba terminado: había llegado la hora de tornar a la solitaria villa, hora en que todos van y vienen, solicitando los objetos que les pertenecen; es la hora tumultuosa de los reclamos y las contrariedades: que no parece la gorra del niño, la sombrilla de la joven, ni el bastón del caballero; que los de a caballo andan del tumbo al tambo por las espuelas y las polainas, que las pusieron aquí o más allá, y no parecen tampoco; que en las cuadras, repletas de bestias ensilladas, a este le falta el freno o el bozal, y aquel se queja porque le han cambiado la gualdrapa o el sudadero; no había, en fin, quien no anduviese en busca de algo que le faltaba o estaba trocado.

Pero el que puso el grito en el cielo fue Sancho, pues al ir a aderezar su pollino, lo encontró sin la jáquima, que era nueva, comprada por él mismo en Sanisidro. El asno estaba amarrado con un pedazo de cabestro, sucio y raído: inmediatamente se quejó ante el dueño de la casa, que viene a ser el Cristo en estos casos. Don Luis, que andaba de aquí para allá, despidiendo a la concurrencia, se apenó en extremo, porque se trataba nada menos que de Mister d'Argamasille, colega del doctor Quix, y ordenó a sus criados que buscasen la flamante jáquima por todas partes.

De esta activa e inmediata solicitud resultó que la jáquima, junto con otros aperos, habían sido robados, y que todas las sospechas recaían en un desdichado mozuelo, ratero de profesión, que en medio de la fiesta había venido también a rondar la hacienda, por aquello de que a río revuelto, ganancia de pescadores.

—¡El Zorro! —exclamó Macario—, buen pájaro ese. No es la primera que hace, pero en esta vez la habrá de pagar caro.

Dio en seguida sus órdenes a dos comisarios de policía, los cuales salieron como perros de presa tras las huellas del ratero, que no debía estar lejos, porque lo habían visto por los lados de la caballeriza, mientras estaba la concurrencia en el potrero. Llamábanlo el Zorro porque no dejaba parar gallina en poblado ni en los campos.

Este suceso fue causa de mayor alboroto a la hora de partir, pues a la voz de que el Zorro había estado por allí, unos buscaban con más ahinco sus cosas, otros procuraban reponer lo perdido, y todos comentaban el hecho y esperaban con viva curiosidad la captura del afamado ratero, el cual fue aprehendido no lejos de la hacienda, con el cuerpo del delito a cuestas, pues llevaba dentro de un saco la jáquima, los otros aperos y varias baratijas pescadas en la ruidosa fiesta.

Gran tumulto se formó en el patio de la hacienda a la llegada del Zorro, mozo que no pasaba de veinte años, de ojos lánguidos y rostro macilento. Confuso y cabizbajo compareció ante el Alcalde, quien empezaba a reconvenirlo por el hurto, dando orden de llevarlo a la cárcel, cuando se oyó la voz tonante del doctor Quix, que se metió en el centro del grupo, ya montado en la bicicleta.

—En nombre del Progreso y de la Ciencia, señor Alcalde, no llevéis a ejecución el arresto de este infeliz, que a todas luces parece ser irresponsable del delito que se le enrostra. Estáis sugestionado todavía por la vieja y rutinaria escuela penal clásica, y aplicáis por ello procedimientos de justicia bárbaros e inmisericordes: ¿no veis que este individuo es oxicéfalo y cloro-neurótico, señales que denotan una anomalía particular, así en sus condiciones psíquicas como biológicas, por ser indicios de un gran desenvolvimiento y actividad en la circunvolución de las células afectivas, en especial de aquellas donde está localizado el amor a las cosas ajenas? Antes, pues, que procesarlo como reo, debéis considerarlo como paciente, y mandarlo, no a la cárcel, sino al Establecimiento de Antropología Penal más inmediato, donde pueda yo estudiar el caso a la luz de los principios modernos.

Policarpo apoyó desde luego la opinión de su grande e ilustre amigo, en quien él veía la luz del siglo y el pináculo del Progreso, en tanto que don Gaspar, reprimiendo la risa y comprendiendo el aprieto en que se hallaba el pobre Alcalde, contestó al doctor Quix, con la mayor naturalidad, adhiriéndose en un todo a su parecer, y proponiendo que el Zorro fuese llevado al Hotel Cosmopolita, donde había un departamento destinado de antiguo a Clínica Antropológica, en el cual podría el sabio doctor estudiar cuantos tipos criminales se presentasen en lo sucesivo.

Aquello era una gran mentira, y sin embargo nadie protestó: por el contrario, es tal el puntillo de la época en materia de Progreso, que los de Mápiche aplaudieron sinceramente la invención de don Gaspar, que los hacía quedar bien a los ojos del modernísimo sabio. La posada del Fraile iba viento en popa por el camino del Progreso: en un santiamén se había convertido en Hotel Cosmopolita, en Clínica Antropológica y en Empresa Editorial, como después veremos.

El Zorro, más malicioso que el mismo Caco, descubrió a través de tan extraña terminología que se trataba de disculparlo por enfermo; y entonces, a medida que el sabio hablaba, él ponía los ojos más lánguidos y el rostro más triste, con lo cual engañó a los cándidos y acabó de persuadir al doctor Quix de la verdad de sus observaciones.

Con este incidente científico-penal concluyó la fiesta y la crónica del día, volviéndose todos a sus respectivas posadas, menos el Zorro, que fue conducido al Cosmopolita, bajo la inmediata inspección del doctor Quix, constituido de hecho en Proto-médico de la Clínica Penal Antropológica de Mapiche.

CAPITULO XXIII

Donde se continúa el capítulo anterior, y se relata la descomunal aventura del tigre electrizado.

Al clarear el día siguiente, Macario despertó sobresaltado con los fuertes toques que le daban en la puerta de la casa. A medio vestir se echó afuera, y hallóse con el maestro Toribio, que iba a pedir justicia.

—¿Qué novedad ocurre, maestro?

—Lo que era de esperarse: el pájaro voló anoche mismo.

—¿Qué pájaro?

—Pues quién ha de ser, sino el Zorro. Bien lo dije yo, cuando me metieron en la casa semejante lámpara; se ha ido en alta madrugada por las tapias del fondo, llevándose el gallo del corral, dos vasos y el paño de manos.

—¿Y qué ha dicho el doctor Quix?

—El persiste en creer que el Zorro es una alma de Dios, y que estas rapiñas son debidas a no sé qué celdas y revoluciones que tiene en el cerebro, pero lo que a mí me importa es darle caza, para recuperar mis cosas, y que usted, a escondidas del doctor, lo zampe en la cárcel varios meses, que es un remedio más eficaz para corregirlo que el que quiere emplear nuestro sabio, con perdón de su sabiduría.

—¿Y qué pensaba hacerle?

—Hágase usted cargo, señor Alcalde: había mandado comprar buen vino y matar gallina para el muy pillo, pues según las disposiciones que dio anoche, pensaba tenerlo bien comido, bien bebido y tomando la *Emulsión de Scott*, para engordarlo como un bienaventurado.

Vistióse Macario, tomó a las carreras el desayuno y se fue a casa de su Mecenas, antes de dictar providencia alguna. Don Gaspar se rio a carcajadas del fracaso de la Clínica, y le aconsejó que por ningún respecto desautorizase las doctrinas del doctor Quix, que eran las del mundo moderno, pero que por debajo de cuerda, bien podía dejar caer sobre el Zorro todo el peso de su vara de Alcalde, haciendo caso omiso de los paliativos y caldos de sustancia de la escuela penal antropológica.

Transcurrieron dos o tres días, durante los cuales el doctor Quix, Policarpo y el herrero de la villa trabajaban con gran interés la máquina o aparato inventado por el primero para cazar tigres; don Gaspar y el maestro Toribio apenas se dejaban ver, trabajando a puerta cerrada en la pieza donde estaba la imprenta, que era la misma de la zapatería; Macario y las demás autoridades del lugar andaban empeñados en la pronta realización de una obra pública, que era urgente terminar antes de que partiese el doctor Quix para la cacería eléctrica del Granadillo: iba en ello el buen nombre de Mapiche, por lo que se dirá en seguida.

El río de las Animas, en una crecida poco oportuna, se había llevado el puente que era forzoso pasar entre la villa y el Granadillo; y aunque los de a caballo podían pasar por el vado, y los de a pie por unos palos, eran estos medios muy rudimentarios y atrasados para ofrecerlos a la vista del eximio caballero, flor y nata del Progreso.

¿Qué hacer en este aprieto? En tres o cuatro días, sin materiales ni rentas, no era posible echar un puente de mampostería como el que había tumbado el río. Entonces don Gaspar, que era la ninfa Egeria del Alcalde y el Ayuntamiento, les dio la idea de poner una tarabita o puente de cabuya.

—¡Una tarabita! —dijeron los del Cabildo con asombro—; ¡si eso es más viejo que Matusalem! El puente primitivo de los indios. ¡Qué diría el doctor Quix, al ver semejante atraso!

—No tengan cuidado por eso: hagan clavar los postes, tender las sogas y arreglar el cesto, que yo me encargo de lo demás. Eso sí, mis amigos, guárdense de decir en público que están construyendo una tarabita; los nombres corren por mi cuenta, y desde ahora les aseguro que saldremos airosos con la obra.

El Vicario, a quien llegaban por diversos conductos las noticias de cuanto pasaba en la villa, no sabía qué pensar de tantas novedades, que eran objeto de risa para unos, y de ingenua admiración para los más; y estaba deseoso de verse con don Gaspar, para platicar sobre el asunto y pedirle cuenta por la parte directa que tenía en tales cosas.

En estas perplejidades y deseos estaba el sencillo levita, cuando se le presentó el hombre, con su rostro amable y su picaresca sonrisa.

—¡Oh, don Gaspar, cuánto deseaba verlo!

—Siempre a sus órdenes, señor Vicario. Me había tardado en venir, porque como ya lo sabrá, desde hace varios días hemos entrado en la vida agitadísima del Progreso, que no da lugar ni para cultivar uno sus buenas y antiguas relaciones. Ahora mismo, vengo de la Empresa Editorial...

—¡Empresa Editorial en Mapiche! ¡Está usted loco, don Gaspar!

—La nueva Empresa Manzanares & Ca., en el Hotel Cosmopolita.

—Por Dios, mi amigo, déjese de bromas, y explíqueme lo que pasa, porque yo estoy en la luna.

—Pero, señor Vicario, ¿ha olvidado usted que el maestro Toribio Manzanares, a más de zapatero, sabe algo de imprenta, y tiene posada? Pues lo demás es cuestión de nombres: de la Posada del Fraile, se ha hecho Hotel Cosmopolita, y de la imprenta de la villa, una Empresa Editorial; y como el maestro no está solo en estos trabajos, ahí tiene usted explicada la razón social Manzanares & Ca.

Mientras el padre Juan se reía, porque no le quedaba otro recurso, don Gaspar sacó del bolsillo y entregó a su viejo amigo un papel inpreso, con el siguiente mote:

EL FLAMIGERO

Revista Universal de Ciencias, Artes, Literatura e Industrias.

Vocero del Progreso de Mapiche.

Director en jefe: Toribio Manzanares

El Vicario lanzó una exclamación de sorpresa y hasta de orgullo: era el primer periódico que salía en la villa. Con el interés que puede suponerse, se puso los anteojos y empezó a leer, pero... al primer tapón, zurrapas.

—¿Qué significa *umbrálica*? Yo no conozco ese término.

—¡Oh, señor Vicario, qué atrasado se halla usted en letras modernas! Esa voz sale de umbral, y en la moderna y babilónica evolución del lenguaje, viene a reemplazar esa larga y anticuada lista de vocablos castellanos que se ponen al inicio de un libro o periódico, como prólogo, prospecto, proemio, prefacio, preliminares, introducción, etc.

—¡Ah!, ya comprendo, aunque más propio habría sido poner *umbraladura*.

Y continuó leyendo, pero volvió a apartar sus ojos del impreso con desconsuelo.

—Está visto, mi amigo, que yo soy muy escaso: no entiendo el título del prospecto, y ahora me atranco al comienzo del primer párrafo. ¿Qué quiere decir esto? *Borealiza al fin para Mapiche el Evo póstero...*

—Realmente, señor Vicario, está usted del todo a pie en literatura modernísima. Esto quiere decir que ya brilla para Mapiche la aurora del porvenir.

—Mire, don Gaspar —dijo el Vicario, quitándose los anteojos y devolviéndole el papel—, lo mejor será que usted me lea y traduzca al mismo tiempo.

Hízolo así don Gaspar, adoptando un tonillo declamatorio y zumbón, que realizaba las lindezas que decía el periódico. Después de la *Umbrálica*, seguían unos versos nebulosos a Psiquis y a Venus Citerea, con el título de *Floripóndicos*; y a renglón seguido venía el *Reportaje*, es decir, las notas recogidas por los *reporters* de “El Flamígero”, relativas al suceso magno, a las fiestas de recepción del doctor Quix, entre las cuales estaba, en forma de revista, la descripción del *pic-nic* en el *chalet* de L’Orquette.

Aquí fueron las sorpresas y carcajadas del Vicario, cuando su amigo le iba explicando todo: que el *kiosko* central del *chalet*, era el emparrado del lavadero; que el *boudoir* de las damas, era el cuartico de costura de María; que el *buffet*, era el comedor de la hacienda; que los *garzones*, eran los criados de don Luis; que el *hipódromo*, era el potrero de las vacas; y viniendo a la mesa y las comidas, el Vicario se quedó lelo al oír leer toda aquella larga lista de platos extranjeros, y más cuando supo que eran todos criollísimos, inclusive unas “galletas de trigo de Turquía”, que don Gaspar no quiso traducirle por el momento.

—Adivine, señor Vicario: usted las come muy buenas todos los días, hechas por Romualda.

—Galletas de trigo de Turquía... no caigo. ¿Qué puede ser?

—Las arepas, mi amigo, las arepas de maíz, que ha sido necesario *europaizarlas*, para que puedan figurar en un banquete civilizado.

Entre los sueltos de crónica, había uno cuya lectura se hizo repetir el Vicario ahogado por la risa; era el relativo a la tarabita sobre el río de las Animas. Decía así:

“*Atrevida Empresa*. — Inspirado el Ilustre Ayuntamiento en las grandes conquistas del Progreso moderno, ha hecho construir un Cable Volante de Transporte sobre el torrentoso río de las Animas, según el sistema novísimo

inventado en Norteamérica, para salvar las corrientes impetuosas y los más escarpados precipicios. Los cables propulsores y la lanzadera rodante son de pieles bovinas sebificadas, de superior calidad. Lo inaugurará el sabio viajero universal doctor Quix de Manchester, al emprender su próxima e importante cacería eléctrica. ¡Bien por el progreso de Mapiche!”

“El Flamígero” puso la villa en candelas: con raras excepciones, los vecinos, hombres y mujeres, suspendieron sus oficios para leerlo u oír su lectura derretidos de contento, viendo tratadas y descritas las cosas de su tierra en términos tan refinados y flamantes, solamente usados en las grandes capitales.

La sección destinada a anuncios y *adresses* produjo maravilloso efecto, porque halagaba con pomposos términos la vanidad de los pobres y humildes artesanos. El albañil se vio subido a arquitecto; el carpintero, a ebanista; el herrero remendón, a mecánico; el pulpero, a jefe de almacén; cada horno era una panadería; cada banco de taller, una fábrica; cada figón un *restaurant*; las arboledas se volvieron parques; las calles, avenidas; las acequias, acueductos; la escuela de primeras letras tomó el nombre de Pedagogía Politécnica; en fin, todo aparecía en “El Flamígero” con un ropaje brillante de civilización y progreso que complacía y ufanaba a los sencillos moradores de Mapiche. ¡Ejemplo harto común de la flaqueza humana!

A la entrada de la villa, por una de las dos únicas calles que tenía, habitaba una india muy ladina, buena cocinera, en un caserón de palma, sombreado poéticamente por varios corozos; mujer muy conocida con el nombre de la Toña, que hacía famosas empanadas, y las vendía, en asocio de un café, con arepa o cazabe, a las gentes que venían a misa los domingos, y también a los del poblado.

Uno de los primeros anuncios de “El Flamígero” era el referente a la Toña, el cual vale la pena de transcribirlo, para que se vea con cuánta razón se desternillaba de risa el Vicario con las cosas de don Gaspar.

Pastelería Americana de Madame Antonia. Servicio pronto y esmerado. Boulevard de las Palmeras. Segunda Avenida.

Policarpo, que había comido con deleite estos pasteles *americanos* en el Cosmopolita, junto con leer tal anuncio, cogió su sombrero y salió disparado a tomar un *lunch* en dicha pastelería, suponiéndola yanqui; y quedóse perplejo al hallarse con la Toña, que hablaba español y tenía un tipo indígena muy caracterizado.

—Es particular —se dijo—, habré equivocado sin duda la dirección.

Y se volvió para el Cosmopolita, donde se tropezó con don Gaspar, a quien contó la especie, averiguándole por la Pastelería.

—Pues de ella vienes.

—¡Cómo! ¿Es americana aquella mujer?

—Tan americana como el mismísimo Emperador Atahualpa.

—Quiero decir... ¿es yanqui?

—¡Ah!, eso es otro cantar. Si tal fuese, no sería americana sino de nombre, porque tú, que has vivido allá, debes saber, por ser notorio, que los señores yanquis no pertenecen a la raza americana, con la cual no se ligan jamás. En cambio, esta mujer y todos los de la América Latina, somos ame-

ricos genuinos, americanos por la sangre. Saca cuentas si la india Toña será americana, siendo como es descendiente en línea recta del último cacique de Mapiche.

Policarpo se mordió los labios: él creyó que Madame Antonia sería una rubia alta, de cofia y espejuelos, emigrada de Boston o de Filadelfia. Para disimular su chasco, fuese en seguida a continuar sus trabajos eléctricos al lado del doctor Quix, quien lo esperaba con "El Flamígero" en las manos, leyendo a grandes voces, con entusiasmo y cosmopolitánica fruición, las noticias universales que daba, de gran interés para el mundo, en particular para los países intertropicales, y no se diga para los habitantes de Mapiche. He aquí la muestra:

"Moscow. — Comunican de San Petersburgo que ha mejorado la cantatriz Querubini del resfriado que sufrió en el Teatro Imperial.

"París. — En los círculos elegantes empieza a estar de moda el dejarse crecer el pelo. Témesese que los barberos se amotinen. Agitación en la Bolsa.

"Nueva York. — El célebre millonario Bancroff ha ofrecido cincuenta mil dollars por un botón de la casaca militar de lord Wellington".

"El Flamígero" salió en canje para las cinco partes del mundo. La olvidada villa, puesta sobre el torno mágico de la prensa, iba a comparecer onomásticamente ante propios y extraños, ataviada con las galas del progreso moderno, y enaltecida con la visita del gran sabio turista, inventor del Heliógrafo.

La noticia de otra alarmante travesura del tigre del Granadillo, hizo abreviar los preparativos y poner en ejecución la renombrada cacería eléctrica, tan deseada del doctor Quix, como temida de Sancho. La fiera se había llevado una marrana parida, casi de los alrededores de la aldea. El chiquero estaba situado dentro de un cafetal sombrío, en la vega del río de las Animas, a pocas cuadras de la casa pajiza del conuco.

Con gran presteza se hicieron en aquel paraje los trabajos del caso: sobre un enorme ceibo, a cuya sombra estaba el chiquero, se construyó un tablado, donde debían situarse el doctor Quix y Sancho con la batería eléctrica, consistente en una pila cargada hasta su máximo, a fin de que produjese comunicaciones violentas. Por medio de conductores puso en contacto los polos de la pila con una ingeniosa red de alambre, en forma de embudo, armada en el suelo, en cuya parte más angosta estaba la presa, que era uno de los lechoncitos huérfanos.

Los que veían tales preparativos se devanaban los sesos pensando cómo habría de quedar cautivo el tigre en aquella endeble red de alambres, cuando era bueno que se había escapado de otras trampas, levantando como plumas los palos y vigas acomodados para aplastarlo.

Era tal el terror que inspiraba el tigre, que en pleno día, los peones que ayudaban en estos trabajos creían oír a cada instante sus feroces rugidos, y ver su figura espantable por entre el cafetal sombrío.

La noche se vino encima, y el paraje quedó oscuro, desierto y silencioso; el doctor Quix y Sancho, desde temprano, se habían encaramado al tablado del ceibo, dispuestos a pasar la noche en vela. Estaba convenido que desde la casita, que estaba en alto, y donde había también gente en vela, avisarían a los cazadores la aproximación del tigre, levantando al efecto un farol en-

cendido en la punta de una caña, de modo que fuese visto por ellos de lo alto del ceibo.

—Tengo que darte mis instrucciones, Sancho: cuando yo te indique, bajarás con presteza, llevando los cordeles y las esposas, para que amarres bien el tigre de pies y manos, en tanto gobierno yo acá las corrientes eléctricas, que no deben cesar hasta que la fiera se halle perfectamente electrizada.

—Mire, mi amo, mejor será que invirtamos los papeles: yo me entiendo acá arriba con los alambres y su merced se baja a entenderse con el tigre cuando sea la hora.

—¿Tienes miedo, Sancho?

—No es propiamente miedo, sino falta de experiencia: yo no he amarrado nunca tigres, y como soy tan sensible de nervios, aunque se esté quieto, si llegase a menear siquiera la punta de una oreja, saldría de estampida hasta ponerme en seguro.

—Tienes razón, Sancho: temperamentos neuróticos como el tuyo, no sirven para el caso. Así es que yo bajaré, y tú manejarás los electrodos.

Un indeciso rayo de luna penetraba a través de las copas de los árboles, y alumbraba la trampa eléctrica, donde estaba aprisionado el lechoncito. La noche avanzaba con medrosa lentitud. Pasaron varias horas en completo reposo: solo se oía el rumor perenne del río y el chillido monótono de los grillos. Sancho dormía, pero su amo velaba: sus grandísimos ojos brillaban como dos brasas entre el ramaje del ceibo. De rato en rato, merced a los tirones que el doctor le daba por medio de una cuerda, la inocente presa lanzaba agudos chillidos, que hacían despertar a Sancho con gran sobresalto.

Llegó un momento en que el doctor aguzó el oído y se quedó en suspenso: oíase un rugido sordo y cavernoso hacia lo más espeso del monte. Miró en dirección de la casa, y vio una luz que subía y bajaba con prontitud: era la señal convenida.

—¡Sancho! ¡Sancho! ¡El tigre se acerca!

Despertar Sancho, oír espantado semejante anuncio y huír, ramas arriba, hasta lo más alto del ceibo, todo fue uno.

—¡Cobarde! ¿Has de dejarme solo en el momento crítico? Baja pronto para que dirijas la corriente eléctrica.

—Súbame acá los alambres, mi amo, que desde lo más alto, la corriente debe caer con mayor fuerza.

—¡Silencio, imbécil!... Los instantes son preciosos y decisivos.

Apenas había acabado de pronunciar estas palabras el atrevido electricista, cuando se oyó un rugido espantoso, que lo hizo estremecer, a pesar de su probada valentía, y casi al mismo tiempo, en uno de los claros del cafetal, pálidamente alumbrados, apareció una como oscura y moviente masa, un bulto negro, que avanzaba, quebrando a su paso las hojas secas esparcidas por el suelo: era el rey pintado de nuestras selvas, el tigre cruel y feroz, que había olfateado la presa, y se acercaba cauteloso, aterrorizando a hombres y animales con sus siniestros rugidos.

El doctor Quix, mudo e inmóvil, con los ojos fijos en la fiera, esperaba el momento supremo. ¡Qué angustiosos instantes!... Después de largos y

lentos rodeos, deteniéndose ya aquí, ya más allá, como si temiese dejar en descubierto las espaldas, el tigre avanza recto como una flecha, da un salto y cae sobre la presa, que chillaba horrorosamente. La máquina se pone en ejercicio, los conductores transmiten sin cesar encontradas corrientes a los alambres que envuelven el tigre, este tiembla, acaso por efecto de la conmoción eléctrica, ruge de un modo extraño, se recoge como un ovillo, y salta hacia atrás con tal violencia, que lo recibe uno de los travesaños que sostenían la trampa, contra el cual se da tan tremendo golpe en la nuca, que al punto suelta la presa y se desploma aturdido, cayendo patas arriba como un cuerpo muerto.

Don Quijote dio un gran grito de contento, y en tres trancos se bajó con los cordeles y esposas, para asegurar la fiera, llamando con vivas instancias a Sancho, pero este, abrazado a una rama en la copa del ceibo, se negaba a bajar con toda la energía de su terror pánico.

—¡Mátelo! ¡Mátelo de un tiro, mi amo!...

—¡Matarlo!... ¿Estás loco, Sancho? ¿Ignoras que soy miembro de la Sociedad Protectora de Animales? El tigre está perfectamente electrizado; y si tratase de hacerme algún daño, le dispararía en el acto la Botella de Leyden que al efecto traigo prevenida.

Una luz intensa, vivísima, brilló de súbito en lo alto del árbol; Sancho había encendido la linterna de petróleo del doctor, para avisar a los de la casa que el tigre había caído en la trampa eléctrica. Seguidamente se oyeron voces, gritos y ruido de pisadas por entre el cafetal. Ojos de espanto, temblor de piernas, exclamaciones de horror, todo ello hubo a la llegada de los vecinos, entre los cuales iban Macario, Santiago, Policarpo y don Gaspar, que estaban con el credo en la boca, temiendo que el tigre fuese a hacer una diablura con sus renombrados huéspedes.

La luz de la linterna les permitió ver un cuadro raro, terrible y por extremo interesante: el doctor Quix, arrodillado en tierra, contemplaba radiante de gozo al tremendo animal, que en aquellos instantes empezaba a rugir y forcejear, tratando de librarse de los cordeles y hierros con que ciertamente estaba bien ligado.

—¡Oh, señores —exclamó nuestro egregio y afortunado cazador— saludemos con un hurra el soberano poderío de la Ciencia y el Progreso!... Aquí tenéis, señor Alcalde, esta hermosísima fiera, que gustosamente dedico al Jardín Zoológico de Mapiche. Mejor, no la conocen en Europa, ni creo que lo fuesen los mismos tigres enviados por Hernán Cortés al emperador Carlos V.

Policarpo, entusiasmadísimo, hablaba al gran Caballero en todas las lenguas, menos en español, para expresarle su admiración y lo satisfecho que estaba de haberle servido de *attaché* en los aprestos eléctricos, pues por lo demás, había creído lo más *chic* mirar los toros desde la talanquera.

Macario, atónito todavía, dio las gracias por el regalo, a nombre de la villa, y buscando luego a don Gaspar, le dijo a media voz:

—Ahora sí, mi amigo, llegamos a donde íbamos.

—¿Por qué, Macario?

—¿Dónde existe ni ha existido nunca tal Jardín en Mapiche? Aquí sí es verdad que torció la puerca el rabo.

—En poca agua te ahogas. Mañana mismo se da un decreto fundando el Jardín Zoológico de Mapiche, y santas pascuas.

Amarrado sobre unos palos, el tigre fue llevado en triunfo a la casita vecina, donde tenían cena preparada para los cazadores y su numerosa comitiva; pero como no ha de faltar alguna pena en las grandes alegrías, los pobres campesinos, dueños del conuco, que se veían libres de las garras del tigre, estuvieron a punto de perderlo todo en las llamas de un incendio.

La cocinita no estaba hecha para resistir tantos fogones: así fue que el vuelo de las chispas prendió el techo, y pronto el fuego tomó creces. A los gritos de alarma, don Gaspar, con una rapidez y serenidad admirables, en medio de la confusión general, busca vasijas, las pone en manos y aprovechando el agua de una acequia que corría por el patio, empieza a apagar el incendio, poniéndose a la cabeza de la cuadrilla salvadora como un verdadero matafuegos, provisto de una tinaja, que llenaba y vaciaba con una destreza increíble, con aplauso de los atribulados circunstantes.

A la voz de fuego, el doctor Quix había sido de los primeros en lanzarse a las llamas. Para una imaginación tan fosfórica como la suya, aquel espectáculo, en que se unían al bramido y siniestro resplandor de las llamas, los lloros y lamentos de las mujeres, los gritos y carreras de los hombres, y hasta los sordos rugidos del tigre aprisionado, tal espectáculo lo sacó de quicio, y creyendo hallarse en uno de esos grandes incendios de Londres o Nueva York, corría como un fantasma por entre el humo y las llamas, alentando con estentóreas voces a los que trajinaban con el agua:

—¡Aquí, bomberos!... Aquí de vuestro noble oficio. ¡Arriba, valientes!

En esto, se les prendieron las toquillas del sombrero de turista, que eran muy sutiles, y don Gaspar, que tal ve, le tira encima una tinaja de agua, que lo baña de pies a cabeza, logrando así apagarlo por dentro y por fuera, pues con esta violentísima empapada le pasó el acceso de locura.

Apagado el incendio, aunque con pérdida de la cocina, y restablecida la calma, se cenó con lo que había quedado, que no fue poco, pues Sancho, en medio del conflicto, tuvo la valentía de entrarse a la cocina, y poner en salvo una gran olla de sancocho, cuyos vahos incitantes le habían llegado a las narices.

CAPITULO XXIV

De la última e inesperada aventura del doctor Quix, y otros sucesos con los cuales termina su mal pergeñada historia.

Cuatro semanas después de los sucesos narrados, la villa de Mapiche estaba completamente transformada para los que la conocían y vivían lejos de ella, como don Manuel Alquiza: en materia de nombres, el Progreso no había dejado títere con gorra. “El Flamígero”, en cada número, daba la noticia de algún nuevo adelanto. Pronto empezaron a llover sobre la villa los catálogos, circulares y anuncios de las fábricas extranjeras que están a caza de nuevas plazas de consumo para sus artefactos y productos de exportación.

Macario y los del Ayuntamiento, bisoños al principio en el arte de progresar al vapor, pronto comprendieron a fondo el juego, y empezaron a ex-

plotarlo a su gusto en el campo de la política, emancipándose de los consejos de don Gaspar, quien nunca creyó que la broma tomase tales proporciones. Tan peritos estaban, que de acuerdo con el maestro Toribio, y a escondidas de don Gaspar, para que este no se les escapase, encajaron en “El Flamígero” un artículo en estos términos:

“*Otro gran Progreso.* — Siendo, por desgracia, muy frecuentes los incendios en la comarca, el ilustre Ayuntamiento, acogiendo el noble y humanitario pensamiento del eminente sabio doctor Quix, ha tenido a bien decretar la organización de un Cuerpo de Bomberos, de acuerdo con los adelantos del siglo; y considerando el espíritu progresista del notable ciudadano don Gaspar Umpierres, y los grandes y heroicos servicios que ha prestado en este ramo, desde luego lo ha nombrado con general aplauso Primer Jefe de dicho Cuerpo en el Cantón”.

—¡Me han trabajado, mi amigo! —decía don Gaspar al Vicario, sin poder contener la risa, comentando dicho artículo—; esta ha sido la bomba más gorda de “El Flamígero”. Yo creía a Macario más pollo en estas materias, y resulta que me ha dado una picada de gallo fino.

—¿Y con qué pensarán comprar las bombas y sostener el Cuerpo? —preguntó el Vicario con toda la sencillez de su buena fe.

—No sea cándido, mi amigo: le digo que todo es bomba y pura bomba. ¿Sabe usted lo que pienso hacer en ejercicio de mi cargo? ¡Vivir prevenido de tinajas y totumas, para cuando ocurra el caso!

El Jardín Zoológico se había instalado con música, pólvora y discursos en el patio de la caballeriza del Cosmopolita, donde se construyó la jaula para el tigre. Con una dificultad tropezó el Ayuntamiento en el amplio sendero del Progreso: la penuria del tesoro público, pues las rentas del Cantón no soportaban tales extraordinarios. Esta dificultad fue obviada con una gran medida, medida paternal y salvadora, aconsejada por economistas de nuevo cuño; se creó un impuesto más, con el nombre de *Fomenticio*, impuesto sagrado que debían pagar todos los vecinos por fas o por nefas, porque estaba destinado al progreso de la villa, representado por el momento en dos grandes objetos: el tigre, que pedía seguridad y alimentos; y “El Flamígero”, cuya impresión había que pagar semanalmente al maestro Toribio.

Los de la villa empezaron a refunfuñar contra el nuevo impuesto, aunque nadie se atrevía a hablar claro, por temor al calificativo de retrógrados. No sucedió así en las aldeas, donde el *Fomenticio* levantó gran polvareda, polvareda que en el Granadillo formó un nublado, en medio del cual aparecía la figura del capitán Rodríguez, como un Júpiter pronto a lanzar rayos y truenos contra el gobierno del Cantón.

Tal era el estado de las cosas, cuando una noche —noche de oscurantismo y de barbarie, como la calificó el doctor Quix— entraron a deshoras en la villa diez hombres embozados, que rodearon en silencio la casa y alrededores del Cosmopolita. La población dormía en la mayor quietud: sólo Don Quijote velaba, trazando el plano de un gran Odeón para Mapiche, que había ofrecido presentar al Ayuntamiento. Cuatro hombres, ágiles como ardillas, saltaron hacia adentro por las tapias del corral, mientras los otros quedaron fuera, repartidos a trechos en la calle.

Ya hemos dicho que en el patio de la caballeriza estaba la jaula del tigre. Los embozados se deslizaron como sombras, pasando del corral a

dicho patio, donde rasparon fósforos, encendieron dos luces y se acercaron a la jaula: el tigre se puso en pie y clavó en ellos sus ojos amarillos y siniestros. Dos de los salteadores iban provistos de sendos palos, en que enastaron lanzas que llevaban al cinto, a tiempo que los otros levantaban las velas encendidas para alumbrar bien la jaula.

Los dos lanceros se cruzaron una mirada de inteligencia, brillaron en el aire los aceros, y con la celeridad del rayo fueron a clavarse en el cuerpo del tigre, el cual da un rugido espantoso y se lanza contra los barrotes de la jaula, donde acaban de matarlo sus misteriosos enemigos.

Con los formidables rugidos de la fiera, despiertan los de la casa y todo el vecindario, pero sólo Don Quijote se precipita del altillo, y corre al teatro del desastre, en momentos en que daban al tigre los últimos lanzazos.

—¡Ah, malandrines e infames asesinos!... —exclama, lanzándose contra ellos a puño cerrado.

En este preciso instante apagaron las luces, y uno de los matadores del tigre dio al valeroso Caballero tan fuerte golpe con el palo de la lanza, que lo tendió en tierra aturdido y bañado en sangre.

—¡Aquí de la justicia!... ¡aquí del Alcalde!... Pronto, señor hotelero, acudid con la servidumbre, que hay asesinos dentro de la casa!...

Oyendo estas voces, mezcladas con los ayes lastimeros que el doctor daba, acudieron el maestro Toribio y otras personas de la casa, y en último lugar Sancho, a quien se volvió Don Quijote, para decirle con doliente voz:

—Vuela, Sancho, a casa del Alcalde, para que no se escapen estos malhechores. Mira, qué gran herida me han hecho en la cabeza.

Acercaron las luces, y en viendo Sancho la sangre que cubría el rostro del valiente Caballero, díjole indignado, pero con sorna:

—Quiero ahora saber, mi muy benigno señor, si aprisionados como lo merecen estos criminales, piensa su merced tomarlos de su cuenta, para tratarlos lo mismo que al Zorro, a vino y caldos de gallina.

—¡Ah, grandísimo bellaco! A palos los trataré yo si caen por mi mano.

A la noticia del tigre muerto y el doctor Quix apaleado, la villa entera se puso en alarma. En la conciencia de todos estaba la verdad del hecho, que en público se tenía como un misterio. Aquellos hombres venían del Granadillo y todos señalaban al capitán Rodríguez como autor de la tragedia del Cosmopolita, que acabó a lanzazos con el Jardín Zoológico. Pero nadie se atrevía a decir nada, unos por miedo al famoso caudillo, y otros, porque de todo carazón aplaudían el hecho. El sumario, instruido con gran aparato de justicia, no dio la menor luz, no obstante ser público y notorio que el capitán Rodríguez había dicho en plena plaza del Granadillo, protestando contra el nuevo impuesto:

—Ese tigre nos hace más daño enjaulado que suelto.

Por estos días había llegado a Mapiche y hospedábase en el Cosmopolita, un maromero con un gran globo, en el cual ascendía, haciendo suertes. Pronto salió el programa de la primera función, novedad que vino a distraer los ánimos, preocupados con el último suceso, pues ya no se habló de otra cosa sino del próximo espectáculo nunca visto en la comarca.

Santiago había abierto su taller de sastrería con el resonante título de *El Figurín Parisiense*, que todos juzgaron muy propio y verdadero, por venir el sastre directamente de Europa, inclusive Policarpo, quien al punto mandó a hacer un vestido *chic*, primero que se pondría cortado y hecho en el país.

Cuando ocurrió la tragedia del Cosmopolita, el vicario llamó a su ahijado, y le dijo:

—Guárdate, hijo, de mover tus labios contra mi compadre el capitán Rodríguez, que es hombre peligroso tratado por las malas. Ya sabes que la política es un torno que da vueltas sin cesar, y el día menos pensado lo podemos tener de Alcalde. Prudencia, pues, y mucha prudencia.

Demasiado lo sabía Santiago: así fue que, sin meterse en hablillas ni enredos, se contrajo a prodigar con verdadera solicitud todo género de atenciones y cuidados a su excelente protector y amigo doctor Quix, mientras sanaba de la herida.

Además, harto tenía él en qué ocuparse, pues todos sus pensamientos estaban en María, de quien dependía su suerte. A los veinte años, una preocupación de esta naturaleza es absorbente. Después del paseo a la Horqueta, vivía entre el temor y la esperanza. El paso más delicado e importante estaba ya dado: su amor no era ya un secreto para María, pero la visible sorpresa y turbación de ésta, se prestaban a encontradas interpretaciones. Hizo depositaria de sus impresiones a la buena Romualda, la cual recibió grandísimo gusto, aprobándole una elección tan feliz, en que ella había pensado más de una vez. Lo alentó y le dio esperanza; sin embargo, cuando Santiago le manifestó sus temores de que María correspondiese a Nachito, Romualda se llenó de congoja, e hizo propósito de averiguar lo cierto con las precauciones del caso.

Un sábado en la tarde, se presentó en la hacienda de don Luis el sirviente del vicario, con una esquelita de éste, que recibió y leyó María, porque iba abierta. Decía así:

“Mi querido cuñado: Interesa que vengas mañana con mi hermana Paula, pues estoy comisionado para tratar con ustedes un asunto de familia, relativo al porvenir de mi buena sobrinita María. Haz que venga también ésta, porque debemos oír su parecer.—Tu afectísimo.—Juan”.

María se demudó al instante, y anegada en llanto entregó el papel a su madre, que lo leyó con rapidez, esperando hallar en él alguna mala noticia.

—Pero, hija ¿por qué lloras? Este llamado no tiene nada de particular.

—¡Ay, mamá! Sí tiene, y mucho: yo adivino para lo que puede ser. La última vez que me habló Nachito, me dijo que si no le daba directamente el sí, se valdría de su padre para que pidiese mi mano formalmente...

—¡Del capitán Rodríguez!... ¿Eso te dijo?... exclamó atribulada doña Paula.

—Sí, mamá, y yo les había ocultado esto, para no mortificarlos, porque comprendo lo grave que será darle un *no* al capitán. De seguro, que él mismo o Nachito se han dirigido ya a mi tío, y para esto nos llama.

Madre e hija se llenaron de angustia, y lo mismo pasó a don Luis, cuando se impuso de la esquila y de los fundados temores de María, pero dejándose llevar del cariño entrañable que a ésta profesaba, le dijo con resolución:

—Cuenta, hija, conque si tú no aceptas a Nachito, porque no sea de tu agrado, aunque rabie y truene el capitán Rodríguez, le daré un *no* rotundo. En fin, mañana se verá.

Todos pasaron una noche de inquietud y zozobra: el bravo capitán era su pesadilla.

El día amaneció hermoso: María mañaneó más que de costumbre, cogió las mejores flores del jardín y se las puso a la Virgen, encendiéndole varias luces en el altar, para que los sacase con bien del peligroso trance.

Cuando llegaron a la casa del vicario, éste los recibió cariñosamente en el zaguán, y don Luis y doña Paula se entraron con él a la sala, mientras María, llamada por Romualda, se fue con ésta para el interior de la casa. Después de los cariños de costumbre, la anciana puso las manos sobre los hombros de la hermosa niña, y se quedó mirándola fijamente: en su rostro amable se pintaban con extremada viveza la curiosidad, el temor, la súplica y una secreta alegría.

—Dime, hijita —le dijo por fin— ¿no has pensado nunca en casarte? Hoy van a pedir tu mano...

María la miró estupefacta, e iba a pedirle explicaciones, cuando oyó la voz de su madre que la llamaba con instancia.

La joven entró a la sala de la vicaría, temblando de pies a cabeza, y pálida como un cadáver.

—Tranquilízate, hija —le dijo doña Paula— Mi hermano nos pide tu mano ciertamente, pero no para Nachito...

—¿Y entonces para quién? —preguntó ella respirando con libertad.

—Para su ahijado Santiago García.

La transición era demasiado violenta. En el semblante de María, lleno de sorpresa y de infinito gozo, y a través de las lágrimas que lo inundaban, leyeron sus padres y su buen tío, la íntima aceptación de su propuesta.

—¡Yo siempre lo he querido!... dijo María, echándose en los brazos de su madre, que lloraba también de contento.

Fue aquel un día de gran regocijo en la casa del vicario, quien se ocupó en arreglar con don Luis y doña Paula todo lo concerniente a la próxima boda, contando para ello con los trescientos pesos que había reunido, y se conservaban intactos en poder de don Manuel.

Santiago y María, entretanto, hablaban de amor y de ventura bajo la poética sombra de las trepadoras y los rosales, en que jugaron de niños, oyendo el tic-tac del reloj de la vicaría, y fraguando planes contra los dulces y golosinas guardados en las alacenas del comedor. Romualda, llena de alegría, preparaba el almuerzo con los extraordinarios que el caso pedía, con tanta mayor razón cuanto que el vicario había mandado recado a Macario y a don Gaspar, para que viniesen a almorzar, deseando compartir con ellos las gratas impresiones de aquella fiesta de familia.

De sobremesa estaban, cuando llamaron a Macario, de parte del maromero, quien lo esperaba en el zaguán de la casa.

—Oh, señor Alcalde, vengo a imponerlo de un asunto, y a salvar mi responsabilidad.

—¿De qué se trata, amigo?

—Es el caso que estaba yo en el hotel desenfardelando el globo, y haciendo otros preparativos para la ascensión anunciada, cuando repentinamente se me acercó el doctor Quix, diciéndome que costara lo que costara, el globo quedaba de su cuenta, y que procediese a inflarlo, porque iba a hacer una excursión científica por los aires. Yo, con el respeto debido, traté de disuadirlo de tal empresa. pero ha insistido con tal resolución, que allá ha quedado solicitando la barquilla.

Tanto el Alcalde como el padre Juan, don Gaspar y Santiago, se habían salido al llamado del maromero, oyeron a este con gran sorpresa.

—Eso es una locura —dijo el Vicario— y debe impedirse a todo trance.

—Eso mismo creo yo —agregó el maromero—, y por eso he venido a avisarlo al señor Alcalde, para que ordene lo conveniente.

—Pues yo opino porque hay que darle gusto —dijo don Gaspar—. ¿No ven ustedes que se trata de una expedición científica, dirigida en persona por el ya célebre inventor del Heliógrafo, cazador eléctrico, sabio eminente y viajero universal doctor Quix? ¿Qué se diría en el mundo moderno si aquí le impidiésemos tal empresa? Por el contrario, creo que debemos ayudarlo a conseguir su objeto, en obsequio de la Ciencia y del Progreso.

Ante estas dos palabras, como si fuesen un conjuro mágico, todos inclinaron la cabeza. Macario fue el primero en romper el silencio, dando orden terminante al maromero de que inflase el globo y accediese en todo a las exigencias del doctor, con lo cual se haría partícipe de tan gloriosa empresa.

Uno y otro se fueron en seguida para el Cosmopolita, y don Gaspar quedó con el Vicario y Santiago comentando el peregrino caso.

—No tengan ustedes cuidado por la vida de nuestro atolondrado doctor: secretamente advertiremos al maromero, para que fije una cuerda en la parte inferior de la barquilla, de suerte que el globo quede cautivo, y vuelva a tierra con toda seguridad.

En esto llegó a la Vicaría el maestro Toribio, en solicitud de don Gaspar, para que lo sacase del aprieto en que lo había puesto el doctor Quix, encargándolo de conseguir la barquilla.

—La cosa no es tan fácil —dijo don Gaspar—, pues tiene que ser de mimbres o de cuero, hecha a propósito. ¿Qué haremos, mi amigo?

—Al maromero se le ha ocurrido que pueda servir un catre de cuero patas arriba, pero yo no me atrevo... en fin, a eso vengo.

—¡Magnífica idea! No puede darse una barquilla más liviana ni más sólida, y además, ya está hecha. Que arreglen el catre y yo respondo del resultado.

El maestro Toribio no esperó más, y se fue contentísimo a poner en ejecución la salvadora idea.

Horas después, la plaza estaba repleta de gente: el enorme globo empezaba a cabecear en el aire, inflándose con lentitud. El doctor Quix iba y venía, completamente enajenado, acomodando los instrumentos científicos en la improvisada barquilla. Sancho, que se había negado rotundamente a subir, cuando supo por Santiago, en mucha reserva, que el globo no pasa-

ría de cierta altura, porque lo iban a tener amarrado, se resolvió a echarle un vistazo a la tierra desde lo alto, lo que vino a ser de gran conveniencia, puesto que el doctor Quix era liviano como una pluma, y el globo necesitaba lastre.

El momento anhelado llega: el globo está completamente inflado; y reina un completo silencio. De pronto crujen las cuerdas, se oye un grito inmenso, y todas las caras se vuelven hacia arriba: el globo subía rápido y majestuoso, llevándose a los dos atrevidos aeronautas en el catre-barquilla.

A poca altura, el globo se detiene, tirado por la cuerda que ha quedado fija a una estaca en el centro de la plaza. Entonces el intrépido aeronauta, que advierte el obstáculo, con la celeridad del pensamiento, saca su navaja de turista, y de un tajo corta la tirante cuerda: el globo da una tremenda embestida y se lanza libremente en el espacio con una velocidad vertiginosa.

—¡Misericordia!... —gritó Sancho tendido en el fondo del catre, en tanto que Don Quijote, erizados los cabellos y centelleante la mirada, le decía con voz de trueno:

—¡Arriba, Sancho! ¡Prepara el termómetro, porque vamos a tomar de cerca la temperatura del Sol!...



Policarpo, cansado de esperar la vuelta del doctor Quix, de quien no se tuvo más noticia, resolvió en noche de nostalgia y de absintio, abandonar su patria latino-americana, tierra de pigmeos y salvajes, como la llamaba él, para volverse con su fardo de *ideales* a vivir entre los civilizados habitantes del Norte.

Lola, la pobre Lola, víctima de una educación funesta, herida en la mitad del alma y desilusionada de la vida superficial y ostentosa del gran mundo, cambió por completo de carácter e ideas, volviendo a las sencillas costumbres de su pueblo, y abriendo otra vez su corazón a los afectos de la tierra nativa, como único consuelo en su irremediable infortunio.

La villa de Mapiche continuó, sin embargo, disfrazada con la brillante nomenclatura moderna introducida en tiempo del doctor Quix, y “El Flamígero”, que salía de cuando en cuando, convertido en la fugaz hoguera de donde salía todo este humo de paja.

Pero no es de admirar que el maestro Toribio, la Toña y otros cándidos, viviesen muy orondos con sus nuevos títulos y letreros, sino que el mismísimo don Gaspar, iniciador de la comedia, llegase a confesar, en serio, que sentía cierta satisfacción inexplicable cuando le daban oficialmente el ilusorio título de Primer Jefe del Cuerpo de Bomberos.

Esto nos prueba, querido lector, que el mal es contagioso; de donde resulta que en estos dichosos tiempos de *evolución* y *cosmopolitismo*, todos, cual más cual menos, profesamos y seguimos, como el Quijote moderno, la Orden Caballeresca del Progreso Onomástico.

LA CONQUISTA DEL REINO DE VALENCIA

—

Historia de España, tomo 10. Madrid, 1877. En venta en la Librería de la Universidad de Valencia, Calle de San Juan, 1.

LA HIJA DEL CACIQUE

o

LA CONQUISTA DE VALENCIA

Historia de España, tomo 10. Madrid, 1877. En venta en la Librería de la Universidad de Valencia, Calle de San Juan, 1.

—

Historia de España, tomo 10. Madrid, 1877. En venta en la Librería de la Universidad de Valencia, Calle de San Juan, 1.

—

Historia de España, tomo 10. Madrid, 1877. En venta en la Librería de la Universidad de Valencia, Calle de San Juan, 1.

—

Historia de España, tomo 10. Madrid, 1877. En venta en la Librería de la Universidad de Valencia, Calle de San Juan, 1.

EL GOBERNADOR DEL ESTADO DE MERIDA

CONSIDERANDO:

Que el 25 de marzo del próximo año de 1955 se cumple el Cuatricentenario de la fundación de la ilustre ciudad de Valencia, capital del Estado Carabobo;

CONSIDERANDO:

Que además de otros muchos títulos preclaros que enaltecen a la inclita ciudad de Valencia, ella tiene el muy singular de haber sido en su territorio donde se decidió, en gloriosa y trascendental jornada, la Independencia de Venezuela;

CONSIDERANDO:

Que el aporte que Valencia ha dado en todos los tiempos a la cultura y desarrollo de la patria, la sitúa entre las regiones del país que más han contribuido a la grandeza de su historia, merced al esfuerzo de sus hijos en lo moral e intelectual, en el campo de la acción heroica y en el pujante impulso de la economía;

CONSIDERANDO:

Que el pueblo de Mérida ha tenido para el de Valencia la admiración y el aprecio que emanan del justo reconocimiento de sus virtudes y glorias, y de los vínculos fraternos que siempre lo han ligado a aquella región promisor, siendo por ello deber del Ejecutivo del Estado interpretar a cabalidad esos sentimientos y exteriorizarlos en ocasión tan propicia como es la del Cuatricentenario;

CONSIDERANDO:

Que el ilustre polígrafo merideño doctor Tulio Febres Cordero es autor de una novela histórica intitulada "La Hija del Cacique", cuyo argumento está justamente basado en la fundación de la ciudad de Nueva Valencia del Rey;

CONSIDERANDO:

Que las dos ediciones que se han hecho de "La Hija del Cacique" se encuentran completamente agotadas y que es oportuno reeditar esta obra, para dedicarla a Valencia como ofrenda espiritual de Mérida con motivo del Cuatricentenario; y

CONSIDERANDO:

Que los hijos y demás sucesores del Dr. Tulio Febres Cordero han cedido al Ejecutivo del Estado, a título gratuito, los derechos de autor que les corresponden, para que se haga la nueva edición de la obra con el destino indicado,

DECRETA:

Art. 1º - *Procédase a hacer por cuenta del Ejecutivo del Estado una tercera edición de la novela histórica intitulada "La Hija del Cacique", del Dr. Tulio Febres Cordero.*

Art. 2º - *La edición a que se refiere el artículo anterior será obsequiada en nombre del Gobierno y pueblo merideños al Gobierno y pueblo del Estado Carabobo, para que sea distribuida con motivo del Cuatricentenario de la fundación de la ciudad de Valencia.*

Art. 3º - *Los gastos que ocasione la ejecución de este Decreto serán erogados por la Tesorería General con cargo a la partida Nº 41 del Capítulo VI de la Ley de Presupuesto de Ingresos y Gastos Públicos del Estado.*

Art. 4º - *El presente Decreto se insertará en la nueva edición de "La hija del Cacique".*

Art. 5º - *Comuníquese, publíquese y dese cuenta a la Asamblea Legislativa del Estado.*

Dado, firmado, sellado y refrendado en el Palacio de Gobierno del Estado, en la ciudad de Mérida, a los dieciseis días del mes de septiembre de mil novecientos cincuenta y cuatro.—
Años: 145º de la Independencia y 96º de la Federación.

(L. S.) - VICENTE TALAMO

Refrendado. - El Secretario General de Gobierno,

(L. S.) - A. DINI RUIZ

PRIMERA PARTE

CAPITULO I

El primer bautizo en Valencia

Corría el año de 1555. Una ruidosa y peregrina ceremonia, al presente extinguida, se efectuaba a pocas leguas de distancia del pintoresco lago de Tacarigua en Venezuela: la fundación de la ciudad de Valencia por Alonso Díaz Moreno, en tiempo del Gobernador Villacinda.

A caballo y armado de todas sus armas estaba el capitán español, en compañía de sus tenientes y soldados, presentes también el Capellán del Ejército y el Escribano Real, todos con sus vestidos de gala, formados en campo limpio de árboles y maleza. El sol ardiente de los trópicos producía brillantes reflejos al caer de lleno sobre los cascos y armaduras y sobre la flexible lámina de las espadas, a tiempo que el aire balsámico de las selvas que los rodeaban, llegaba por vez primera a jugar con los plumajes y banderas del conquistador.

Era, en realidad, un conjunto interesante el que formaban aquellos soldados de a pie y de a caballo, apercibidos para una fiesta civil en medio de la agreste soledad del paisaje. Cuando todo estuvo listo, adelantóse el capitán por tres veces al frente de la tropa, llevando en alto una cruz, sagrado símbolo que hizo clavar en un sitio escogido al efecto; y luego, echando pie a tierra, reverenció la cruz con gran respeto y dignidad en medio de un silencio imponente, siguiendo todos por turno su piadoso ejemplo. Hizo clavar también una picota o rollo, que era una fuerte columna de madera, de la altura de un hombre, y llegándose en seguida a ella con un bizarro ademán, dijo estas voces de estilo caballeresco:

—Sedme testigos, señores, de cómo en nombre de Su Majestad y con poderes de su Gobernador Villacinda, hago en esta parte y lugar la fundación de la ciudad de Valencia del Rey; y si alguno o algunos de vosotros quisiere impedirlo, a trance de guerra estoy para defenderlo, a pie o a caballo, de cualquier talante.

Y sacando el espadín de la vaina, con toda la arrogancia de un viejo castellano, dio tres grandes cuchilladas de filo al grueso madero en señal de posesión y señorío de la tierra. Valencia estaba fundada.

—¡Viva el Rey, y viva en su real nombre el capitán Díaz Moreno! — aclamaron todos a una voz, blandiendo los aceros y haciendo flotar en el aire las banderas y los empenachados cascos.

Gritos que fueron repetidos varias veces, confundiéndose con el eco de las voces el redoble del tambor, el relincho de los caballos impacientes y la graciosa algazara de multitud de aves que despertaron sorprendidas con aquel inusitado estrépito. En tanto que una espesa masa de seres humanos, formada en semicírculo detrás de la aguerrida y brillante tropa, miraba con ojos de asombro aquella rara ceremonia, sin mover los labios, muchedumbre triste y sombría, a medio vestir unos, desnudos los más, llorosas las mujeres, pensativos los hombres y cercados todos por centinelas que de cuando en cuando echaban sobre ellos fieras y recelosas miradas: eran los pobres vencidos, los infelices indios, mudos e impotentes espectadores del despojo de su amada tierra, que se llevaba a cabo con tanto aparato como injusticia.

Aún no se había dispersado el concurso, cuando se vieron asomar por entre los árboles que limitaban el asiento de la nueva ciudad, cinco o seis jinetes y otros tantos infantes que estaban de facción fuera del campamento.

—Al fin llegan —dijo el capitán, quien estaba esperándolos por momentos.

Eran soldados de su misma tropa, que habían salido al amanecer de aquel día en persecución de un valeroso cacique, que no obstante haber sido deshecho con su gente en reñida contienda, se decía que estaba en actitud hostil, emboscado muy cerca de la nueva Valencia, en la garganta de un monte.

—¡Por Santiago, Figueroa, que ha sido gordo el botín! —exclamó Díaz Moreno al ver llegar al jefe del piquete con un gran envoltorio puesto con sumo cuidado delante de la silla del caballo.

—Cierto, mi capitán, pero espero que esta parte se me adjudique a mí solo.

Y diciendo esto, Diego de Figueroa, que era hombre de cincuenta años y de fisonomía franca y agradable, abrió el lío, o mejor dicho, desplegó la capa en que venía el bulto, objeto de curiosidad del capitán y todos los circunstantes, dejándoles ver lo que ninguno esperaba: una indiecita de cinco a seis años de edad, que venía dormida, pero que despertó con sorpresa, mirando a todos lados poseída de miedo y llorando a gritos.

—¿Pero es posible que vengáis cargando con semejante fardo?

—Yo os diré por qué lo he hecho, si me permitís contar la historia de este hallazgo, bien triste por cierto.

El soldado acarició con gran interés a la pobre criatura, consolándola como pudo, en tanto que Díaz Moreno y los demás españoles se mantenían en suspenso, esperando saber el resultado de la facción y el origen de aquel raro botín de guerra. A la verdad, la indiecita cautivaba por la expresión de su semblante bañado en lágrimas, en que no se pintaba por cierto la aspereza salvaje, sino una dulzura tan agradable que hizo nacer en todos el sentimiento inexplicable de la simpatía, no menos que las ansias de conocer su historia.

—Les diré, señores, que estoy echando el cuento de milagro, pues tuvimos que habernoslas nada menos que con el gran cacique Queipa.

—¡El caudillo de los Jirajaras!

—El mismo, que se ha batido como un león, al grado de tener que emplear nuestra parte el mayor arrojo para romper el único escuadrón en que peleaba, su guardia de honor, según parece. Puestos en fuga los indios después de mucho bregar, no obstante el ir peleando en retirada hacia un espeso monte que les cubría las espaldas, me adelanté en la persecución con ánimo de no dejar escapar tan famoso cacique. Metido en la espesura y casi desorientado, no volví a ver ningún indio, ni a oír tampoco ruido alguno. Estaba ya a punto de regresar para unirme a mis compañeros, de quienes me había apartado gran trecho, cuando de improviso me ví acometido por un puñado de indios, que se descolgaron de la copa de un árbol, donde estaban ocultos, cortándome la retirada y cayendo sobre mí con tal prontitud y furia, que herido de flecha mi caballo y espantado con los gritos, dio terribles saltos a diestra y siniestra, metiéndose dentro de un enmarañado arcabuco y echándome luego en tierra sin poderlo evitar.

“Recuerdo que cuando volaba por encima de la maleza, sin poder refrenar el caballo, huyeron llenas de terror algunas indias que estaban por allí escondidas, sobre las cuales había pasado el fogoso animal como una flecha, para lanzarme veinte pasos más adelante al borde de un zanjón, con tan buena suerte, que quiso la Providencia presentarme el follaje de una mata para suavizar la caída y librarme de una muerte segura si hubiera dado contra el suelo en campo raso.

“Ya los enemigos venían a rematarme a golpes de macana, dando feroces gritos, pero levantándome prontamente, armado de la espada que no había soltado de las manos, me precipité sobre ellos, ciego de ira, hasta ponerles nuevamente en fuga, quedando en el campo uno de ellos. No siendo ya prudente continuar la persecución, retrocedí en busca de mi caballo, que hallé no muy lejos del sitio de la emboscada. Pero ¿cuál no sería mi compasión y sorpresa al ver que dentro del tupido ramaje por sobre el cual había pasado el caballo, había una india de buen parecer, tendida en el suelo, herida en la mitad del pecho por los cascotes del espantado animal? Estaba moribunda, y sobre su cuerpo ensangrentado daba tristes alaridos esta pobre criatura.

“Confieso que sentí un dolor inmenso ante este cuadro desolador. La indiecita lloraba a gritos, y la madre, comprimiéndola contra su destrozado pecho, clavó en mí sus ojos de una manera que no olvidaré jamás, con una expresión indescriptible de sufrimiento, de reconvención y de súplica; balbuceó algunas palabras, que no entendí, y empezó luego su agonía. La encomendé a Dios hasta que murió, que fue allí mismo, y separé de su lado con gran trabajo esta criatura, a la cual he de criar como hija, ya que por mi causa, aunque sin culpa ha quedado huérfana y desamparada.

Dos gruesas lágrimas rodaron por las tostadas mejillas de Figueroa, y su caritativa resolución fue admirada y aplaudida por todos los españoles, y con doble motivo por los indios que presenciaban la escena y entendieron el patético relato del heroico soldado.

—Bienvenida sea esta niña inocente —dijo el Capellán—, pues el cielo la envía en buena hora para que sea la primera alma indígena que nace a la fe de Jesucristo en la nueva ciudad.

Las ideas felices tienen la virtud de avasallar luego a luego los corazones. Las piadosas palabras del sacerdote fueron acogidas con entusiasmo,

en particular por Figueroa, y acto continuo se procedió al santo bautismo, sencilla y edificante ceremonia que puso sello al acto solemne de la fundación de la ciudad.

Dióse a la indiecita el nombre de Irene por exigencia del padrino, que fue el mismo Figueroa, para recordar a otra Irene, hija única que había perdido ya de siete años, en la travesía del mar, cuando vino de Sevilla, su tierra natal, acompañado de su mujer doña Paula de Leiva, que residía en el Tocuyo. Eran ambos hidalgos y muy buenos cristianos, pero el cielo, que no les había dado en largos años de matrimonio, más que a su inolvidable Irene, se las quitó de súbito en la mitad del océano, dejándolos con el alma transida de pena y llenos de dolorosos recuerdos.

En la noche del mismo día en que ocurrieron estos sucesos, creció en el campamento español la celebridad del caso de la india muerta y la indiecita huérfana, porque corrió de tienda en tienda la noticia de que aquella era la esposa del bravo Queipa, y ésta su única hija, noticia que partía de los mismos naturales; lo cual, si bien fue recibido con alborozo por los conquistadores, que sin pensarlo tenían en rehenes una prenda tan querida del jefe de los Jirajaras, no lo fue, sin embargo para Figueroa, que ya abrigaba los buenos intentos de criar y educar como hija a su nueva Irene, contando de antemano con el beneplácito y la tierna solicitud de su esposa, pues al punto se le vino a la mente que no se dejaría semejante padre arrebatar a su hija, tanto más cuando estaría siempre vivo en su corazón el fuego de la venganza por la muerte trágica de su esposa.

Meditando sobre el caso, comprendió que no le quedaba más partido que someter a todo trance al cacique, reducirlo a vivir en paz con los españoles y tratar con él por las buenas persuadiéndolo de su inocencia en aquella muerte, a fin de alejar todo rencor de su ánimo salvaje, e inclinarlo a consentir en la separación de su hija, prometiéndole tratarla como princesa y hacer de ella una gran señora, plan que comunicó al capitán Díaz Moreno, y que éste aprobó desde luego en obsequio de la paz y sosiego de la nueva fundación.

CAPITULO II

El Cacicazgo de Queipa

Bien puede decirse de las ciudades recién fundadas en América, durante el largo y cruento proceso de la conquista, que, salvo contadas excepciones, no se vivía en ellas propiamente la vida pacífica de la sociedad civil, sino la vida siempre azarosa del campamento, debido a los continuos temores de guerra y asaltos por parte de los indios.

Harto conocida es en la historia de Venezuela la tenaz rebeldía de los Nirvas y Jirajaras, que mantuvieron en inquietud la ciudades de Barquisimeto y el Tocuyo, dando motivo a repetidas y costosas expediciones de éxitos varios para someterlos por las armas. No estuvo exenta de estos azares la nueva ciudad de Valencia, pues aunque reducidos los numerosos pueblos que la rodeaban, el carácter rebelde de los Jirajaras, se comuni-

caba siempre a las tribus ya pacíficas del torno de la laguna, si no lo suficiente para lanzarlas a la guerra, a lo menos lo bastante para tenerlas inquietas y secretamente confabuladas en espera de una buena coyuntura para sacudir el yugo extranjero.

Y había una circunstancia desfavorable para los españoles de Valencia, lo mismo que para los de las otras ciudades que estaban en su caso, cual era que a medida que los innumerables indios ya reducidos por la fuerza, se acercaban más y más a los conquistadores, y con ellos militaban y entraban en tratos, se les iba acabando, como por encanto, ese primer terror, en mucha parte supersticioso, de que estaban poseídos.

Empezaron a conocer que sus enemigos eran vulnerables en la guerra, y que las pasiones y los encontrados intereses producían también en ellos, odios, divisiones y toda clase de miseria, de que antes los suponían exentos como hijos de una raza superior y casi divina.

Por su parte los españoles, ya en roce con las tribus sometidas y con mayor pericia en las cosas de política, comprendieron que entre estas existía, como era natural, oculto fuego de celos y rivalidades antiguas, fuego amortiguado, pero no extinguido ante la necesidad de unirse y defenderse contra el enemigo común. En posesión de estos secretos, al punto pusieron en práctica la terrible máxima de dividir para reinar, medio de que se han valido tantos conquistadores y tiranos para perpetuarse en el poder.

Uno de los más célebres caciques de las guerras de Nirgua había sido el padre de Irene, señor y caudillo de la tribu de Queipa, retirado desde hacía años a la comarca del lago Tacarigua, y aliado de sus naturales cuando la conquista de Valencia. Al retirarse de Queipa con sus armas y gente, para venir a establecerse en las orillas del lago, uno de sus tenientes más esforzados se negó a seguirlo, rebelándose contra él y proclamándose señor de la tribu, so pretexto de que su cacique legítimo los abandonaba para pasar a tierra de los Tacariguas, que era tierra enemiga, aunque en el fondo lo que movía a Guaratari, que así se llamaba el rebelde, era una ambición largo tiempo contenida y una secreta rivalidad con Queipa, cuyos triunfos y renombre lo traían desazonado.

La poderosa tribu de Queipa quedó de hecho dividida en dos parcialidades. Guaratari y los demás rebeldes, entre los cuales figuraba el piachi, personaje sombrío, que por medio de mil sortilegios y misteriosas ceremonias alentaba a los suyos, haciéndoles ver que los dioses estaban de su parte, y que la cólera del cielo acabaría con Queipa y los que lo seguían en la tierra de sus enemigos; y la otra parcialidad, compuesta del mismo Queipa y sus fieles guerreros, que representaban el poder legítimo de la tribu, no obstante haber pasado en son de conquista, siguiendo el espíritu aventurero de los Jirajaras, a fundarse en las orillas del poético lago de Tacarigua, donde Queipa hizo alianza con los naturales, tomando por esposa a una india principal, que fue la desdichada madre de Irene.

Tal era el estado de las cosas cuando ocurrió la fundación de Valencia. Figueroa, firme en sus propósitos, esperó sin embargo algún tiempo, dando tregua a la furia del cacique. Entretanto, edificó casa y trasladó del Tocuyo a Valencia a su esposa doña Paula, la cual acogió con tales extremos de cariño a Irene, que no consintió en que los criados la trataran como a igual, sino como si fuera su propia hija, a lo que se agregaba el mucho amor que Figueroa le profesaba, así por la triste historia de la indiecita,

como por haber mostrado un natural dócil y una precoz inteligencia, al grado de aprender el habla castellana con gran facilidad y presteza, sin olvidar la lengua nativa, ni su nombre indígena que era Tibaire.

Mimada, pues, por sus padres adoptivos, querida de todas las familias de Valencia e idolatrada por los indios, a quienes ella trataba como a iguales suyos, así creció Irene, llena de atractivos por la guapura y gentileza de su cuerpo, no menos que por los dulces y tiernos sentimientos que habían sabido cultivar en su corazón, lo que no impedía que se manifestase en ella cierta energía de voluntad y gran viveza en las pasiones. Sin embargo, en su sonrisa y aún en sus palabras, había un no sé qué de tristeza, cierta amargura, resultado de algún sufrimiento oculto que no se atrevía, sin duda, a comunicar a sus queridos protectores, y que fue creciendo en su alma a medida que adelantaba en años.

El aya que Figueroa había buscado para Irene, desde el mismo día de su hallazgo, era una india Tacarigua, llamada Yumare, harto conocedora de la niña, por ser de la misma tribu de la esposa de Queipa, india muy ladina y de buenos sentimientos, que compartió desde el principio con doña Paula los deberes y complacencias de madre adoptiva, y que logró con secretas embajadas y repetidos ruegos lo que no había podido alcanzar Figueroa por medio de las armas: quebrar el ánimo de Queipa, que se mantenía alzado en las montañas, y traerlo sumiso a los brazos de su hija. Tanto le ponderó al cacique las gracias e ingenio de Tibaire, lo bien que la trataban y los deseos que ella tenía de conocerlo, deseos que la misma Yumare había alimentado en la niña, que triunfó en su corazón el amor de padre sobre el orgullo del guerrero altivo.

Fue este suceso motivo de gran júbilo no solo para la casa de Figueroa, sino para la ciudad entera, porque el cacique era justamente temido. En más de una ocasión había entrado con los suyos en los hatos y labranzas de los españoles, que estaban distantes de la ciudad, siendo además el verdadero señor del lago, porque en una noche podía juntar hasta cien canoas y más de quinientos guerreros, con espanto de toda la tierra.

Señaláronse en torno de la laguna terrenos suficientes al gran cacique y los suyos, que eran muchos, para que fundaran pueblos e hiciensen sus labranzas; se les eximió por diez años de pagar tributo, se confirmó a Queipa en el cargo de cacique natural de su gente, con derecho de transmitirlo a sus descendientes por dos vidas, y, entre otras mercedes, tratadas con el Justicia Mayor y el Cabildo por mediación de Figueroa, se le concedió el poder usar, después de bautizado, el título de *Don*, muy codiciado en aquella época como dictado de valimiento y nobleza.

Pronto supieron los españoles de Valencia la importancia de la reducción de este cacique, porque a los pocos meses apareció, primero en Margarita y luego en Borburata, el famoso tirano Aguirre. Toda la ciudad huyó al aproximarse este terrible azote de los pueblos, refugiándose en una isla del lago, donde los españoles esperaban unirse a los naturales para la común defensa, principalmente a Queipa, llamado ya don Francisco, quien les ayudó con sus indios de guerra a recoger cuantas canoas y balsas había en toda la redondez del lago para juntarlas en los puertos de la isla que les servía de refugio. Así privaban al Tirano de medios de embarcarse, y caso de que lo intentara, estaban en condiciones de resistirle con todo empeño en una batalla naval.

Y tal aconteció, pues no hallando Aguirre ni una sola canoa para atravesar el lago, lleno de despecho, desistió de perseguir a los vecinos de Valencia, y continuó su carrera de inauditos crímenes hasta la ciudad de Barquisimeto.

Durante el refugio de los valencianos en el lago adquirió Figueroa la enfermedad de que había de morir años después, con harto sentimiento de españoles e indios, porque había sido de los pocos conquistadores, que sin faltar a sus deberes de soldado, usó de clemencia con los vencidos y de liberalidad con los que le fueron encomendados.

No se escapa al autor que este capítulo más parece hasta aquí relato de historia que de novela, y que los lectores querrán llegar prontamente al grano, pero deben considerar los impacientes que antes del grano se encuentra la envoltura, y que estos preliminares son necesarios para mejor apreciar las varias escenas que adelante se describen, si no en el estilo sublime como lo pide la protagonista de esta historia, a lo menos con el interés y la profunda simpatía que inspira una raza desgraciada e injustamente oprimida, que no merece ser culpada de barbarie, desde luego que yacía en la completa ignorancia de la cultura y principios de la civilización cristiana. Debemos estar persuadidos de que en la balanza del mérito, una sola acción noble del desnudo indio de América, pesa más, mucho más que cien acciones semejantes de parte del armado caballero de Castilla.

Una noche se presentó a deshoras en la casa de doña Paula un indio de alguna edad. Yumare que salió a recibirlo, lo introdujo al punto por ser persona conocida.

—¿Qué le trae a estas horas, Arichuma?— le preguntó con sorpresa.

—Una gran desgracia, Yumare —dijo el indio con semblante trastornado por la pena moral y por la fatiga de un viaje de muchas leguas.

—¿Qué ha sucedido? Dímelo pronto antes que salgan las amas.

—Han matado a Queipa y a muchos caciques más. Yo vengo de Caracas a cumplir su última voluntad.

—¿Y por qué lo han matado? —exclamó Yumare trémula y llena de espanto.

—¿Lo sé yo acaso? Queipa estaba de paz con los españoles, como todos lo saben, pero sin dar razón ni explicación alguna, los ponen en prisiones, se lo llevan para Caracas y allí lo sacrifican horriblemente en compañía de los Mariches y otros indios principales. Es un hecho que clama venganza. La tierra toda está indignada. Aun los mismos españoles oyen horrorizados los detalles de este espantoso crimen, en que da vergüenza confesarlo, Yumare, han hecho de verdugos nuestros propios paisanos.

La narración del trágico suceso fue interrumpida por doña Paula e Irene, que con el sobresalto natural al oír los toques dados a la puerta y la voz de Arichuma, habían dejado el lecho y salido de carrera al zaguán, donde quedaron por un momento mudas de sorpresa al ver los rostros descompuestos de los dos indios. En vano trataron estos de disimular las fuertes impresiones que los dominaban, pues al aparecer Irene, Yumare soltó el llanto sin poderse contener.

No cabe pintar la angustia, el acerbo dolor y la indignación que produjo en el bondadoso y apasionado corazón de Irene una noticia tan terrible.

El golpe era demasiado duro, por lo inesperado y por el modo trágico con que veía desaparecer a su verdadero padre, no cicatrizada la honda herida que le había causado la muerte de Figueroa, su padre adoptivo. En trances de esta naturaleza, el sentimiento estalla, digámoslo así, primero en gritos de indignación y centellas de cólera contra la iniquidad y la injusticia, para derramarse luego en lágrimas y lamentaciones del más intenso dolor.

Así pasó a Irene, se irguió de súbito, abriendo desmesuradamente sus negros y brillantes ojos, lanzando de su pecho no gemidos, sino gritos ahogados de horror y de protesta contra los asesinos de su infortunado padre. Cuando el torrente de lágrimas brotó de sus ojos, ya doña Paula y Yumare la habían colocado nuevamente sobre el lecho y velaban a su lado compungidas y silenciosas, sin atreverse a interrumpir las voces que daba fuera de sí, completamente exaltada, llamando a Queipa con lastimeros ruegos y recriminando a los verdugos con enérgica altivez.

Tranquilizada un poco, Yumare salió a atender a Arichuma, que era un indio de la mayor confianza para Queipa y los suyos, el cual había enviado días antes recados a Valencia, avisando la prisión del cacique y pidiendo recomendaciones para salvarlo. Y efectivamente, las autoridades, excitadas con vivo interés por doña Paula e Irene, habían escrito a Caracas intercediendo por Queipa, pero estas cartas llegaron tarde: la horrible matanza estaba consumada.

—Mira, Yumare —dijo Arichuma, cuando se vió de nuevo solo con ella— en la muerte de nuestro cacique yo veo una mano oculta detrás de los españoles. El fué aprisionado acá en Aragua, donde trabajaba con nosotros desde el día en que el capitán Lozada le señaló nuevas tierras en pago de sus servicios cuando la guerra de los Teques; y en seguida de la prisión, que fue hecha con mucho misterio y por medio de indígenas desconocidos, lo llevaron para Caracas, donde estaban ya presos y enjuiciados como conspiradores los demás caciques. Y yo vi —dijo el indio a media voz y mirando a todos lados con cautela— yo vi en Caracas el día de la matanza a uno de nuestros mayores enemigos, a un hombre perverso que tú conoces, que no obstante aparecer como alzado en las montañas y en los llanos, estaba allí confundido con los naturales que hicieron de verdugos en el atroz suplicio.

—¿Quién puede ser ese infame? —preguntó Yumare con manifiesta ira.

—¿Quién?... El Tizado, el fatídico piache, autor de la división de nuestra tribu y consejero del usurpador Guaratari.

—¡Oh! indudablemente ese es el asesino de Queipa, y ya comprendo el fin que se propone con tan execrable conducta. Afirmar con este crimen el poder de Guaratari.

—Sí —dijo Arichuma con voz sombría— pero no lo conseguirá jamás.

—¿Por qué hablas con tal certidumbre? ¿No han acabado ya con nuestro legítimo cacique?

—Pero no con su única heredera a quien todos estamos dispuestos a obedecer hasta la muerte.

Levantándose entonces Arichuma con gran solemnidad, sacó de una bolsa de cuero que llevaba muy oculta pendiente del cuello un objeto raro, que causó en Yumare el efecto que pudiera producirle un verdadero talismán.

¡El Colmillo Sagrado! —exclamó levantando los brazos al cielo, poseída de un supersticioso respeto mezclado de temor.

—El mismo —le contestó Arichuma— el símbolo de mando en nuestra tribu, que Queipa heredó de su padre y que ha venido pasando de cacique a cacique desde los primeros Jirajaras que vinieron de los llanos a estas tierras. Queipa se lo quitó del cuello antes de ir al patíbulo y me lo entregó, diciéndome en secreto estas palabras:

—De tus manos a las de mi hija doña Irene, y a nadie más.

Esta prenda, consagrada por la tradición indígena como símbolo del poder en la tribu de Queipa, era en realidad una joya de algún mérito, que consistía en un enorme colmillo de caimán, atrucado en forma de cuerno y provisto de un silbato, que producía cierto sonido agudo y penetrante. Era una como trompetilla que sólo el cacique sonaba para llamar a los suyos en determinadas ocasiones.

El colmillo tenía varios anillos de oro, y decía Arichuma, conecedor de la historia de los Jirajaras, que era de un monstruoso caimán que se había tragado al primer cacique que vino del Sur a establecerse en las riberas de Apure, gran conquistador que traía un poderoso ejército. Los principales jefes entraron en disputa sobre a quién tocaba el mando, y consultado entonces el piache más anciano, había dicho que mientras viviese aquel caimán monstruoso, nadie tenía derecho a suceder al gran cacique.

Dos guerreros de los más esforzados se lanzan al punto en persecución del caimán: ambos aspiran al mando supremo. Todo el ejército, con las mujeres y los niños, divididos en dos bandos, esperaban con el mayor interés el resultado de la caza, cubriendo entrambas orillas del caudaloso Apure en una extensión de más de dos leguas. Una palabra, un sólo grito estaba penado con la muerte. El silencio era absoluto.

El monstruo apareció al fin sobre las aguas, asediado por los dos intrépidos guerreros, que nadaban como peces, excusando las terribles embestidas de la escamosa fiera. Uno de ellos se lanza de frente sobre el caimán; éste abre más de siete palmos de boca para recibirlo; y el indio con estupor de la silenciosa muchedumbre, se precipita dentro de aquellas enormes fauces, que van a juntarse para apresarle, y quedan como por obra de magia, detenidas de súbito. El indio llevaba una estaca, cuyas puntas aguzadas se había clavado el mismo caimán arriba y abajo dentro de la pavorosa boca.

Un grito inmenso que se prolongó a lo largo del río y por toda la llanura, saludó al guerrero vencedor, el cual, lanzando prontamente la punta de una soga a la orilla, y ayudado desde tierra, empezó a arrastrar su presa sobre las ondas del río, pues el otro extremo de la soga estaba de antemano amarrado a la prodigiosa estaca.

En celebridad de este triunfo, el guerrero indio mandó uno de los colmillos del famoso caimán a los Jirajaras que habían quedado en el Sur, y el otro lo hizo labrar por los indios de Achaguas, que eran entendidos artistas, en la forma de cuerno sonoro, para llevarlo siempre consigo en recuerdo del origen de su poder.

Tal era la historia del Colmillo Sagrado de Queipa, según el relato de Arichuma, prenda que recibió Irene con doble interés, como último recuerdo de su padre y como talismán de un poder sobre los indios que nadie podría disputarle, ni aun los mismos españoles.

Dio instrucciones a Arichuma, a fin de contener a los indios en sus deseos de venganza, prometiéndoles suavizar sus cargas, ya que contaba con una posición ventajosa entre los conquistadores y conocía, acaso mejor que ellos, todas las leyes dadas por el Rey en favor de los naturales, leyes que había obtenido por conducto de su maestro de primeras letras, el Escribano Público, el cual le profesaba gran cariño desde que empezó a enseñarla por encargo de Figueroa.

Aunque esta enseñanza no pasó de ser rudimentaria, la precoz inteligencia de la niña y su sed de saber la aficionaron de tal modo a la lectura, que uno de los habituales quehaceres de Yumare era traer y llevar libros pertenecientes a las primeras y escasas bibliotecas de Valencia, propiedad de los religiosos y de alguno que otro vecino acaudalado, que traía de España obras de enseñanza y entretenimiento para sus hijos. La hija del cacique alcanzó, pues, por su propio esfuerzo, una instrucción rara en una española de aquella época, y completamente excepcional tratándose de una india.

Doña Irene, que con tal título era ya nombrada como heredera del cacicazgo, guardó luto rígido por su padre, y durante su encierro, se concentró en sí misma, creciendo en su alma y en su semblante aquella tristeza casi innata, que trascendía en sus palabras, sólo interrumpida cuando se veía arrebatada por algún sentimiento de indignación contra los actos tiránicos del opresor de su raza, sentimientos que expresaba con la mayor exaltación y energía, para caer de nuevo en cierto abatimiento moral, que era tanto mayor cuanto más en roce quería tenerla doña Paula con la primera sociedad valenciana.

La buena señora idolatraba a su pupila, y se complacía con orgullo de madre en ver que luciese sus gracias y despejado ingenio en el seno de las otras familias españolas. Pero estaba ya inquieta por la melancolía que observaba en ella, y a cada paso la asediaba a preguntas, creyéndola enferma.

—Madrina —le contestó un día Irene— la ignorancia debe ser una gran felicidad, porque lo poco que yo sé me hace mucho daño.

—¿Qué quieres decirme con eso, hija mía?

—Que yo sería más dichosa si no se hubiera abierto a mis ojos un mundo que me atrae sin quererlo, pero al cual me está vedado entrar.

—¿Y por qué está vedado, hija? —le preguntó sorprendida doña Paula.

Irene guardó silencio un rato, con la cabeza sobre el pecho, y luego dijo, alzando los ojos bañados en lágrimas:

—Usted es muy buena y muy santa, y acaso no ha pensado nunca en que yo no puedo elevarme al puesto que desea que yo ocupe en Valencia, donde todos me quieren y me estiman, es verdad, pero me quieren y estiman en mi lugar, es decir, en mi condición de india, o sea en grado muy inferior a la condición de una dama española. Ya ve usted que en los dominios de indias, los naturales son los criados y los españoles los señores.

—¡Oh! ¿y quién ha podido hacerte algún desprecio? Cuéntamelo, Irene, porque tú eres mi hija adoptiva, y esto basta para que goces de las consideraciones que a mí puedan tenerme, y para que recibas como ofensa directa cualquier desaire o desdén que pretendan hacerte.

—No, madrina, no tengo queja particular de persona alguna, ni tampoco me considero acreedora a las consideraciones y aprecio de que usted mercedamente goza. Hablo en general, quiero decir que, sin padecer en mi persona menosprecio hasta ahora, siento sin embargo sobre mi corazón un gran peso, el doloroso peso de la postración y servidumbre en que yace la raza a que pertenezco.

—Pero, hija, esa postración es natural. Reconoce por causa la gran diferencia que hay entre el español civilizado y el indio casi salvaje. Por fuerza tiene que prevalecer el civilizado.

—No me refiero tampoco a la desigualdad de cultura y luces, que puede subsanarse por medio de la educación e instrucción de los indios, ayudados con el ejemplo de los españoles, sino a esa desigualdad injusta y contraria a las doctrinas del Evangelio, establecida desde el principio entre las dos razas, por la mera voluntad del conquistador. Yo no sé explicarme bien, ni mis facultades pueden penetrar más en estas cosas, pero vivo abatida ante el menosprecio con que nos miran los españoles, considerándonos como seres humanos de una escala muy inferior a ellos.

—Ciertamente, hija mía, eso es una triste verdad, pero ya ves que no todos están poseídos de esos sentimientos de superioridad y de orgullo.

Irene movió tristemente la cabeza y con mucha calma continuó diciéndole a su querida madre adoptiva:

—No son todos lo mismo en cuanto al modo de tratar a los indios en la guerra y en la paz, es cierto. Muchos se han captado la simpatía y bendiciones de la tierra por su humildad y clemencia pero esté usted persuadida de que en la conciencia de estos mismos hombres humanitarios y clementes, está arraigada, como en todos, la idea de esa soñada superioridad de sangre, que les impediría, llegado el caso, nivelarse con el indio, proclamando la confraternidad y estrecha unión de vencedores y vencidos, para formar a la larga una sola raza, como se lee en la historia de muchas naciones incultas, que fueron conquistadas por otras más civilizadas.

Admirada doña Paula de la penetración de su hija y tranquilizada al saber que no se quejaba de ningún menosprecio hecho personalmente a ella, meditó en sus adentros sobre lo que le decía con tanta firmeza de convicciones, y no tuvo respuesta que darle, porque en sí misma halló comprobada la injusticia que era objeto de su queja.

Irene era para ella una excepción, habría querido alejarla del trato de los indios, secuestrarla, de su raza, desnaturalizarla, en fin, desde su origen, para comunicarle su propia sangre. El nombre indígena de la joven era Tibaie, pero ni ella ni su finado esposo consintieron en que los indios la llamasen con tal nombre; y desde niña, cuando la veía en trato fraternal con ellos, sentía un no sé qué de disgusto, que no se atrevía a manifestar, disgusto que no provenía del justo temor de que pudieran arrebatarle el cariño de Irene, porque estaba convencida y satisfecha del amor entrañable que ésta le tenía, sino porque consideraba desdoroso para ella su inevitable trato con los indios.

Era, pues, una gran verdad lo que la discreta joven le decía, desde luego que ella misma, doña Paula, participaba también de la creencia general en aquel punto, no obstante tener a su lado un ejemplo vivo, en la misma Irene, de la aptitud de la raza oprimida para recibir las luces de la civi-

lización, con una facilidad tan grande, que podía despertar envidia en individuos de la propia raza española.

¡He aquí de cuánto es capaz el ciego influjo de una preocupación reinante, que lo contagia todo, hasta los espíritus serenos y las almas buenas! Fue necesaria la solemne declaración de un Papa para que España creyese que el indio era un sér racional; pero debían pasar tres siglos para que la gran revolución de 1810 la hiciese creer también que ese mismo indio era un sér acreedor a todos los bienes de la civilización.

Pocas semanas después de la trágica muerte de Queipa, fueron sorprendidas doña Paula e Irene por la visita del Justicia Mayor de Valencia. Tocóle a la viuda ser la primera en recibirlo, con las consideraciones y cortesanía del caso. Era este Magistrado nuevo en la ciudad y nuevo en el puesto, y de consiguiente se hallaba en ese período de actividad que dura los primeros días de mando, especie de hervor patriótico, debido al fuego del entusiasmo con que se emprende todo halagüeño oficio, no menos que al deseo de ostentar desde el principio gran celo en el desempeño del cargo.

—Vengo, señora, a tratar con vos un negocio de Estado, del cual depende el completo sometimiento de los naturales que aún se mantienen alzados y escondidos en los montes.

—No atino, señor, en qué pueda yo servir al Rey para alcanzar un fin tan deseado.

—Pues de vos, señora, y de vuestra pupila doña Irene depende el resultado que nos proponemos.

—Francamente, me confunde vuestra merced, señor Justicia.

—Es fácil de explicar. Ya sabéis que los Jirajaras de Queipa son los únicos de la comarca que aún mantienen vivo el sentimiento de rebelión entre los indios, acaudillados por su cacique Guaratari, quien está dispuesto a someterse; pero hay la circunstancia de que no toda la tribu lo reconoce por tal cacique, ni aun después de la muerte de don Francisco, que según dicen era el legítimo señor de todos los Queipas. Parece que la causa principal de esta división está en que Guaratari no es de la sangre de aquél, y por ello lo miran como usurpador, amén de otros antiguos motivos de desavenencia que han acabado de dividirlos. Estoy informado de que Tibaire o doña Irene, como sucesora de don Francisco, goza hoy de gran influjo sobre estos indios, y aún que mantiene secreta inteligencia con gran número de los rebeldes.

—¡Por Dios, señor Justicia! qué me sorprende lo que decís de Irene en cuanto a su trato con los rebeldes. Ella ha gozado, es verdad, en todo tiempo del cariño de españoles e indios, sin distinción alguna, pero nunca se ha ocupado en negocios que no sean los propios de una niña cristiana y bien educada. Todo Valencia puede testificarlo.

—No, señora, no vengo a hacerle cargo por ese trato, si es cierto que lo tiene, y ojalá así sea, porque en ello estriba el negocio de que vengo a hablaros con la mayor reserva.

Acercó más su silla el Justicia a la de doña Paula, y continuó diciéndole con la gravedad de un embajador de corte:

—Se trata de dos parcialidades, una que obedece a Guaratari, y otra que obedece a Tibaire. Si una se somete, la otra nos mirará como aliados

de sus enemigos, y se prolongará la guerra. Es, pues, llegado el caso de juntar los dos cetros como en Castilla y Aragón, a fin de que unidos todos los indios, bajo un solo cacicazgo, queden reducidos sin empleo de las armas ni de gastos estériles. El medio es en extremo político y de facilísima ejecución, pero interesa sobre manera vuestro consentimiento y el de vuestra pupila.

—¿Pero de qué medio habláis? —preguntóle la viuda, cada vez más sorprendida de aquella intempestiva conferencia.

—El matrimonio del cacique Guaratari con Tibaire, hija de Queipa.

Saltó doña Paula en la silla como si hubiera oído el estampido de una arma de fuego.

—¡Qué decís, señor!...

—Que el interés del Rey exige ese matrimonio —le dijo el Justicia, revistiéndose de toda su autoridad.

—¡Imposible, imposible!... ¡Eso no puede ser! Mi hija querida, mi pobre Irene casada con un bárbaro como Guaratari. ¿Quién ha podido aconsejaros tamaño despropósito?

—Meditad, señora, que no se trata de asuntos personales, sino del bien común y del servicio de Su Majestad. Es negocio muy pensado, y no creo que estéis dispuesta a padecer las consecuencias de una negativa.

Doña Paula, fuera de sí, no hallando palabras con qué expresar su tribulación, rompió en llanto y en sollozos, llamando a su pupila con voces ahogadas.

—¡Irene, Irene!, ¡ven acá, hija mía!...

Prontamente apareció en una de las puertas de la sala la figura gentil de la joven india, atónita de oírse llamar de aquel modo delante del Justicia Mayor, a quien no pudo saludar en medio de su ofuscación, pasando de largo junto a él para ir al socorro de su buena madre, que la recibió con los brazos abiertos dando rienda suelta a sus lágrimas

El Justicia quedó fascinado a la vista de Irene, a quien no conocía, y de cuya hermosura había oído hablar con muchas ponderaciones. Era efectivamente un tipo original de belleza indígena: trigueña, con los ojos negrísimo, graciosa en sus movimientos, dotada de un cuerpo bien proporcionado y tan flexible como el tallo de una azucena silvestre. Estaba doblemente interesante en aquellos momentos, lanzando miradas de inquietud y asombro a todos lados, perdido el color del rostro, trémula, palpitante en los brazos de su adorada madre, como la gacela que se ve perseguida y busca amparo en el hueco de un tronco o en la abertura de alguna peña.

—¡Hija mía, te quieren casar con el cacique Guaratari!... ¿No es verdad que tú no lo quieres, ni lo querrás jamás? —le preguntó doña Paula con una exaltación de sentimientos que rayaba en locura.

—¡Casarme yo con Guaratari! —exclamó lanzando un grito de espanto. —¿Quién ha podido inventar semejante cosa?— agregó dirigiéndose al Justicia con una mirada penetrante e indefinible, de rubor, de pasmo y de reprimida cólera.

Ante una escena tan patética, para la cual no iba prevenido, pues se había imaginado que el negocio no pasaría de razonamientos diplomáticos, el Justicia Mayor se vió corrido por un instante, porque, a la verdad, era una grande injusticia el paso que daba, y de ello quedó más persuadido en presencia de aquella doncella, digna por sus gracias de ser servida y acatada como verdadera princesa.

Pero la vanagloria que es como la niebla, que siendo cosa tan liviana y efímera, sin embargo, en un momento cubre risueños paisajes, ocultando flores, frutos, árboles y deliciosas praderas. Los buenos sentimientos que abrigaba el Justicia, quedaron al punto nublados por el humo de su ambición de gloria. Quería ganar para sí la fama y las reales mercedes a que le haría acreedor el sometimiento de los Jirajaras.

No había soñado siquiera que la hija de Queipa fuese una dama de tales quilates, a pesar de la buena reputación de que gozaba en Valencia como una de las mujeres más hermosas e instruidas de la comarca, ni tampoco que su madre adoptiva, matrona principal y viuda de un conquistador benemérito, le profesase un cariño tan vivo y extremado. Pero estas consideraciones, capaces de retraer a otro en la demanda, se desvanecieron en él, como queda dicho, ante el interés político y personal que lo dominaba. Guaratari pedía a Tibaire por esposa, como base de un tratado de paz, y era necesario dársela, de grado o por fuerza, en obsequio del bien público, que es en muchas ocasiones el manto sagrado bajo el cual se ocultan mezquinas y personales ambiciones. Además, la exigencia del temido cacique estaba justificada por tratarse de una india que era de su raza y aun de su misma tribu.

Recobrando, pues, el Justicia toda la energía de su carácter, contestó a la joven en términos concluyentes, que alejaban toda esperanza de clemencia:

—Guaratari os pide por esposa en cambio de hacer la paz con los españoles. Así es que en nombre de Su Majestad os intimo que debéis aceptar su mano, so pena de traición al Rey.

Doña Paula se echó a los pies del Justicia, pidiendo clemencia, en tanto que Irene, irguiéndose de pronto, como iluminada por una súbita idea, le decía con voz trémula y bañada en lágrimas:

—Solamente quiero pedir os una gracia.

—¿Cuál será? —le contestó el Justicia, haciendo gran esfuerzo para sustraerse de la mágica influencia que una mujer hermosa ejerce, aun en los ánimos más prevenidos, cuando llora y suplica con instancia.

—Que me concedáis algunos días de plazo para pensar y resolver sobre ese matrimonio.

—¡Qué decís, hija! ¿Es posible que puedas titubear en tu resolución? —exclamó doña Paula.

—No lo sé, madrina —le dijo Irene, dándole una mirada muy significativa, e inclinando la cabeza llena de confusión y de vergüenza—, por eso pido un plazo.

—Concedido —dijo con prontitud el Justicia, tomando tal exigencia como cosa muy natural en negocio tan grave, y como buen augurio para el

logro de sus virtudes. —Una luna ha fijado Guaratari como término para arreglar el tratado: tenéis igual plazo para tomar vuestra resolución.

Despidióse con arrogancia el empleado del Rey de las atribuladas damas, retirándose satisfecho de haber adelantado mucho en el arreglo de aquel importante negocio, que era el pedestal de su futuro valimiento.

Apenas había salido, cuando se presentó en la sala la india Yumare, con el semblante tan atribulado como el de sus amas. Todo lo había oído del lado fuera de la puerta.

—Ya presentía yo que nos esperaba otra desgracia.

—¿Habías oído decir algo en la calle? —le preguntó Irene con gran ansiedad.

—Ni por asomo, pero te diré lo mismo que me dijo Arichuma, cuando mataron a Queipa. Detrás del Justicia yo veo otra mano que nos ataca a escondidas. Ayer había en la plaza varios indios desconocidos, y entre ellos estaba el Tiznado.

—¡El piache infame que sacrificó a mi padre!...

—El mismo, que es ave de mal agüero donde quiera que se presenta.

—¡Ah! —exclamó Irene, llena de indignación— él es el autor de este plan diabólico, él ha sido el embajador de Guaratari, pero quedará burlado, porque tengo el poder legítimo de toda la tribu, y lo sabré emplear para defenderme.

Muy distante estaba la cristiana doncella indígena, cuando recibió el Colmillo Sagrado, como recuerdo del poder de su padre, que, en fuerza de las circunstancias, se vería muy pronto obligada a utilizarlo como arma legítima de combate. Ante el brillo singular de sus ojos, y el continente altivo con que pronunció sus últimas palabras, doña Paula y Yumare quedaron convencidas de la firme resolución y entereza de la joven, y ya no vieron en ella solamente a la niña querida, criada al calor de sus maternales caricias desde la más tierna edad, sino también a la princesa indígena, que tomaba las riendas del poder con varonil resolución, asumiendo de hecho y de derecho el antiguo cacicazgo de Queipa.

CAPITULO III

El paje misterioso

Aquella misma noche, pasadas las nueve, hora de completa soledad, un anciano religioso caminaba a paso lento por una de las calles de Valencia. Guiábalo una india, también de edad, que echaba miradas cautelosas a una y otra parte al pasar por las bocacalles, y que en llegando a cierta casa, alejada un poco de la plaza principal, dió dos o tres toques muy quedo. La puerta se abrió en el acto sin ruido, y el religioso y la india penetraron en el zaguán, que estaba obscuro, pero que se iluminó de súbito con los reflejos de una luz que apareció al extremo del mismo zaguán, sostenida en alto por la mano de una hermosa doncella, en cuyo semblante

te se pintaban, con mayor viveza, encontradas impresiones de amargura y de alegría, unidas a un sobresalto tal que temblaba en sus manos la bujía, y apenas pudo articular a media voz las palabras:

—¡Adelante, adelante, que pueden descubrirnos!

Ya en la sala, el Padre Anselmo, capellán fundador de Valencia, el mismo que había bautizado a Irene, que no era otro el venerable visitante, preguntó con gran curiosidad e interés:

—Y bien, hija, ¿qué les sucede? ¿Cuál es esa repentina desgracia que les ha sobrevenido, según acaba de decírmelo tu criada?

Por toda contestación Irene y doña Paula, que ya estaba presente, se echaron a llorar.

—¡Si su merced supiera! —exclamó la joven, viendo que doña Paula continuaba llorando en silencio. —¡Es una gran injusticia contra mí! Quieren sacrificarme de un modo horrible...

—¡Qué oigo, Irene! ¿Quién será capaz de causarte daño en Valencia, donde todos te apreciamos y queremos desde chica?

—Me obligan en nombre del Rey a casarme con el cacique Guaratari.

El Padre Anselmo dió un grito de indignación y de sorpresa.

—Eso no lo puede mandar el Rey, porque es una iniquidad.

—Así me lo ha notificado hoy el Justicia Mayor, y el único favor que he alcanzado de él es un plazo de un mes para tomar mi resolución, porque Guaratari me pide como condición de un tratado de paz.

—¡Oh, eso es inconcebible! Tú, hija mía, una niña cristiana, educada con tanto esmero, y de sentimientos tan delicados, pasar a las manos de ese monstruo rebelde, de quien se cuentan tan horribles abominaciones, y la mayor de todas, la traición hecha a Queipa, sacrificado por su culpa. No, no es posible que se lleven a tal extremo los medios de pacificación.

El Padre Anselmo, como muchos otros religiosos, profesaba las ideas del Padre Las Casas; vivía contrariado en vista de los medios crueles e indignos empleados contra los indígenas así rebeldes como sometidos. No se sabía, a la verdad, quién era de peor condición y sufría mayores penalidades: si el indio reducido ya a una esclavitud que se disfrazaba con los nombres de encomienda o repartimiento, o el que se conservaba independiente en la aspereza de los montes, pasando hambres, inclemencias y toda suerte de miserias, animado por la remota esperanza de acabar con los extranjeros y recuperar sus tierras.

Lo más sagrado en las relaciones de los pueblos, la fe de los tratados, no existía en las guerras de Indias: el español no se creía obligado a cumplir lo prometido a unos hombres infieles, a quienes suponía privados de toda cultura de sentimientos e ideas, y de una raza muy inferior a la suya. Por su parte, el indio, mal podía ser fiel en sus promesas a los que las violaban a cada paso, no obstante el aparato y ostentación con que daban forma a sus compromisos.

En presencia de aquella nueva iniquidad, que se intentaba llevar a cabo solo color de servir al bien común, el padre Anselmo inclinó la cabeza profundamente abatido.

—¿Y qué partido has tomado, hija mía? —preguntó a la joven con todo el cariño y la compasión de una alma pura, alejada de las intrigas y mezquinos intereses de la conquista.

—Mi resolución es huir a las montañas y a los llanos, unirme a los de mi raza, que andan errantes, emplear todos los medios que estén a mi alcance para reconstituír, si posible fuere, la poderosa tribu de Queipa, derrocando al usurpador Guaratari. Así verán los españoles el poco influjo que tiene este perverso, y cuán vanas son las promesas de sumisión que se atreve a hacerles en nombre de los Jirajaras. Y luego —añadió Irene con exaltación—, yo me comprometo ante Dios y ante el Rey, a seducirlos con dulzura a la vida civilizada, sin vejaciones ni atropellos, como el mismo Rey lo tiene ordenado a los conquistadores.

El rostro de la joven parecía iluminado: sus ojos brillaban intensamente. El anuncio de la tremenda desgracia que la amenazaba, la había transformado por completo. Renacía a una vida nueva. La tímida doncella iba a convertirse en heroína. Sus delicadas y apacibles labores, sus comodidades, su roce con la sociedad valenciana, todo estaba pronta a sacrificarlo antes que consentir en la infamia de aquel matrimonio, obra de la ambición y de la intriga.

La paz con los Jirajaras era el móvil aparente del Justicia Mayor; pues ella iba a trabajar por esa misma paz tan deseada, pero sobre bases firmes y favorables para la raza vencida, a fin de suavizar la servidumbre que pesaba sobre los ya reducidos y evitar la completa destrucción de los que andaban en armas y pillaje por los montes y llanuras.

Aunque doña Paula se negaba tenazmente a dejarla ir, el Padre Anselmo logró persuadirla de que si Irene se quedaba en Valencia, después de una negativa, la harían presa y la entregarían por la fuerza a Guaratari.

—Por eso he mandado llamarlo en estas críticas circunstancias, mi venerable Padre. Quería consultar mi determinación con una persona imparcial de las virtudes y prudencia de su merced, que tan bueno ha sido siempre conmigo. Quería pedirle su bendición y sus oraciones para esta empresa, y rogarle que hiciese lo que ya ha hecho, que es persuadir a mi querida madrina para que no se oponga a mis planes y quede tranquila en mi ausencia. Todo lo arrostraré con valor antes que caer en manos del enemigo mortal de mi padre y de ese piache fatídico, que es la causa del envalentamiento de Guaratari y de todas nuestras desgracias.

La conferencia se prolongó más de una hora, quedando convenido que en la madrugada partiría un indio de confianza con instrucciones para Arichuma y otros cuatro indios principales fieles a Queipa; que Yumare acompañaría a Irene y no se separaría de ella ni un solo instante; que la fuga se hiciera con mucha cautela, tan luego se supiese que Arichuma y sus compañeros estaban prevenidos en el sitio que se les indicare para acompañarla y servirle de custodia; y que todos estos pasos se hiciesen con el mayor secreto, porque si algo llegaba a barruntar el Justicia, haría fracasar el plan y serían todos víctimas de mayores males.

Al día siguiente, un suceso inesperado vino a poner en movimiento la población entera. Se recibió aviso del arribo al puerto de Borburata de una numerosa expedición procedente de España, a las órdenes de don Pedro de Silva, que pasaría por Valencia para internarse en los llanos, en busca del famoso Dorado, el gran imán de la conquista.

Como es natural en estos casos, todos estaban ansiosos de ver llegar aquellos centenares de compatriotas, con la esperanza de que viniese entre ellos algún pariente o allegado, o por lo menos, saber de las cosas de España, o recibir cartas de familia o de negocios. En fin, la expectativa era grande, y no se hablaba de otra cosa.

El mensajero que trajo esta noticia y los recados que Silva adelantaba a las justicias de Valencia para que le tuviesen alojamientos, trajo también una carta para doña Paula de Leiva, viuda de Figueroa, escrita en el mismo puerto de Borburata por don Luis de Leiva, su sobrino, persona principal que venía en la expedición con el grado de Capitán. En ella le expresaba sus grandes deseos de conocerla, pues no estaba nacido cuando doña Paula se vino para América, y le avisaba que estaría a su lado el tiempo que se demorase don Pedro de Silva en Valencia, y que traía consigo un paje de confianza, del cual no quería separarse, a fin de que les previniese alojamiento.

Grande fue el contento de doña Paula con esta nueva. Veía en la llegada de su sobrino un apoyo providencial y un consuelo en la angustia que padecía su corazón. Inmediatamente se ocupó en preparar lo necesario, ayudada por Irene, que era el alma de la casa y la palanca que movía a maravilla todo el mecanismo doméstico, sirviéndoles de distracción para sus penas estos imprevistos quehaceres.

La casa de doña Paula era grande y en extremo cómoda, según solían construir las los españoles en las nuevas ciudades de Indias, donde el terreno sobraba y los materiales también. Casas enclaustradas a estilo morisco, con departamentos capaces y bien ventilados, arbustos y flores en el patio principal y huerto cerrado de tapias, donde se cultivaban los árboles de Castilla, apetitosas hortalizas y plantas selectas por sus virtudes en la medicina o en las artes.

Desde la muerte de Figueroa había quedado abandonado su principal aposento, donde tenía las armas y los papeles de negocios. Esta fue la habitación que arreglaron para don Luis, reponiendo lo que estaba en mal estado y agregándole las comodidades que pedía el buen hospedaje de una persona allegada y de tan buenas prendas, pues ya se sabía en casa de doña Paula que su sobrino era todo un cortés y valiente caballero.

Pocos días después, empezaron a llegar por partidas los soldados de Silva, ya mermados a su paso por Margarita y Borburata, pues el desaliento y la deserción consiguiente, fueron indestructible polilla que llevaban en sí estas atrevidas cuanto ilusorias jornadas, a pesar del empeño que ponían sus autores en presentarlas como de seguro éxito.

Al caer el sol en un hermoso día de junio, cuando sus últimos rayos casi rojos, pintaban color de rosa las blancas paredes de los edificios, donde empezaban ya a brillar las encendidas bujías, en la casa de doña Paula, silenciosa de ordinario, oyóse de pronto ruido de bestias de silla y voces varoniles. Don Luis y su paje acababan de llegar, ambos en buenos caballos y con relucientes arneses.

Largo rato duró el abrazo en que se estrecharon la tía y el sobrino, humedecido con lágrimas del más acendrado afecto. Doña Paula vio dibujadas en don Luis las señales fisonómicas de su único y querido hermano, a quien no volvió a ver desde su despedida de España; y por su parte don Luis, al ver el rostro de la buena señora, sintió que se agolpaban en su

corazón todos los recuerdos de la infancia, pues era un reflejo del vivo retrato del amoroso padre que había perdido. Estas íntimas impresiones de familia no tuvieron al principio más desahogo que los repetidos abrazos y las lágrimas.

Irene, que había salido con doña Paula al recibimiento, estaba como en suspenso, mirando aquella ternísima escena, en tanto que el paje, con modesta pero guapa apostura, esperaba que le llegase el turno de saludar a las damas.

Era don Luis de pelo rubio y gallardo continente, “mancebo de hasta veinticuatro años, pero de prudencia y juicio de cincuenta”, como dice un historiador de su época. Había en su trato cierta natural franqueza, que excusaba emplear con él refinamientos ni etiquetas, franqueza adquirida en los campamentos, sin perjuicio de la cultura y delicadeza del caballero cortesano.

En cambio el paje, a quien don Luis llamaba familiarmente Dagali, no tenía de paje sino el nombre, pues a la guapura de su cuerpo, se unía un no sé qué de aire señorial y cierta mesura en ademanes y palabras, que no se avenían en verdad con el carácter alegre y bullicioso de los donceles que a tal oficio se dedican. No pasaba Dagali de veinte años, y más parecía camarada íntimo de don Luis que persona de su servicio. Hasta el traje así lo indicaba, pues sus ropas eran tan finas y elegantes como las de su señor, y aun le caían con mayor gracia que a don Luis, por ser Dagali más joven y esbelto.

Por la sagaz penetración de su ingenio, y más que todo por curiosidad femenina, Irene hizo rápidamente muchas de las observaciones anteriores, aprovechando el rato en que doña Paula y don Luis permanecían estrechamente abrazados. Más de una vez sus ojos se encontraron con los del hermoso paje, que eran tan negros y brillantes como los suyos. Dagali tampoco perdía tiempo, y observaba con curiosidad cuanto lo rodeaba, deteniéndose particularmente en Irene, sin atrevimiento pero con disimulada insistencia. Irene lo comprendió al punto, y por primera vez en su vida sintió en su corazón un trastorno inexplicable, una misteriosa turbación, especie de calofrío, que ora le llevaba toda la sangre a las mejillas, ora la hacía palidecer como presa de un susto sin causa, que no le era desagradable, y que sin embargo la inquietaba y confundía.

Don Luis se separó de los brazos de doña Paula y se adelantó respetuosamente para saludar a la joven.

—Esta es mi Irene, mi querida hija adoptiva —le dijo doña Paula.

—¡La hija del Cacique! —exclamó con grande asombro don Luis, que ya sabía desde España la primera parte de su historia.

—Y heredera hoy del cacicazgo —añadió doña Paula, orgullosa de ver el buen efecto que producía en sus huéspedes la hermosura de la doncella indígena.

—Pues ciertamente es digna de un trono —dijo galantemente don Luis, volviéndose a su paje, que permanecía fascinado ante la joven.

Entretanto, la pobre Irene, con la cabeza baja y encendida como una grana, no acertaba a responder los cumplimientos de don Luis, quien, vuelto en sí de su justa y agradable sorpresa, tomó del brazo al paje y lo presentó a su tía, diciéndole:

—Este es para mí más que un amigo, casi un hermano. Tratadlo, tía, como si fuera otro sobrino vuestro.

—Recordad, don Luis, que me honráis demasiado, porque soy Juan Fernández, vuestro paje, y nada más —dijo sonriendo y con gracia el mancebo.

—Es verdad, eres Juan Fernández, mi paje, de la puerta de la casa para afuera. Aquí, en la intimidad de la familia, debo presentarte como quien eres y con tu verdadero nombre, mi buen Dagali.

Doña Paula e Irene se admiraron de estas palabras, y quedaron con la natural curiosidad de conocer su significación. Eran, a la verdad, muy enigmáticas.

Pronto la conversación se hizo general y muy animada. Más interesante aún apareció a los ojos de Irene el guapo compañero de don Luis, pues tuvo ocasión de apreciarlo mejor durante el grato e íntimo coloquio que siguió a los primeros cumplimientos, en que se trató de la jornada que emprendían, de las impresiones de viaje, del soberbio panorama que ofrecía la tierra, del lujo de la vegetación tropical, de las privaciones que padecían los españoles en América, cuanto a comodidades, de la fiereza de los indios salvajes, según la raigada creencia divulgada en Europa, y por último, a iniciativa de doña Paula y con gran confusión para Irene, se habló de la historia de esta, asunto que oyeron con viva atención los gallardos huéspedes, pues a medida que más adelantaban en el trato y conocimiento de la doncella, tanto más graciosa y seductora les parecía, en particular a Dagali, quien no pudo contenerse, cuando el relato de doña Paula llegó hasta ponerlos en cuenta de la próxima fuga, como recurso extremo de la joven.

—No, no debe llegar hasta ese punto el sacrificio de esta heroica doncella. Si don Luis lo consiente, yo me quedaré en Valencia para defenderla contra quien haya lugar.

Dagali era de rostro delgado y facciones muy finas, de tez pálida, ligeramente morena, y tan intensas sus miradas, que al decir estas palabras, Irene vio brillar en sus ojos un fuego ardiente, cuyas chispas caían en su corazón suaves y deliciosas como un rocío del cielo. Además, el acento mismo de las palabras de Dagali, desde que lo oyó por vez primera, era para ella otro misterio que la atraía, pues la lengua de Castilla tenía en sus labios una música especial, cierta flexibilidad y dulzura que no tenía en boca de don Luis ni de otros españoles.

Dagali se le presentaba de pronto, en medio de la borrasca que agitaba su espíritu, como una visión no soñada siquiera. En aquel mancebo hermoso, cubierto con el ropaje del misterio, como aparecen sobre la tierra los entes sobrenaturales, creyó ver un genio tutelar, un ángel guardián que el cielo le enviaba en la hora de su infortunio.

Sorpresa, agradecimiento e inefable alegría produjo, pues, en su alma apasionada la resuelta y hasta imprudente actitud de Dagali; pero, ¡oh, transiciones repentinas del gozo íntimo a la pena acerba! El sacrificio de Irene no era por ella solamente: su sacrificio tenía también un objeto más noble que la propia defensa, el bien de su oprimida raza. Quería emplear sus dotes de ingenio y de cultura, debidas al favor de los mismos conquistadores, y su personal influjo como princesa de los Jirajaras, en la santa obra de seducir a los suyos con las armas de la persuasión, e invocar ante los españoles los fueros de la razón y la justicia, para que fuesen mejor tratados. No obs-

tante, pues su primer arrobamiento y las hermosas ilusiones que se forjara por un instante, al oír las nobles palabras de Dagali, con triste sonrisa y aparente calma le contestó en estos términos:

—Gracias, caballero, pues debe serlo quien de tal modo se expresa en favor de una huérfana desventurada; mil gracias por vuestra pronta y generosa resolución de defenderme. Bien se conoce que sois inexperto en los negocios de estas nuevas tierras, y que ignoráis las circunstancias especiales que me obligan a tomar tan duro partido. Los españoles no atacarán a Guaratari para favorecerme, ni Guaratari desistirá tampoco de las pretensiones de legitimar su poder por el medio único que le queda, cual es tomar por esposa a la hija de Queipa. En la incierta peregrinación que voy a emprender, no estaré sola. Puede acompañarme toda la antigua tribu de Queipa, si quisiera emprenderla con el carácter de una guerra formal, pero no pienso dar motivo alguno para que se me tenga como rebelde y conspiradora contra los españoles de esta ciudad, ni para que crean que tomo venganza del agravio que quiere hacerme su Justicia Mayor. Además, como heredera de Queipa, ya no me pertenezco a mí sola ni a mi idolatrada bienhechora, sino a todos los de mi raza, para defenderlos y mejorar la triste condición en que yacen.

Irene había recobrado toda su energía. Mientras doña Paula lloraba en silencio, los dos jóvenes, atentos a las razones de la doncella, se miraron entre sí llenos de asombro, no ya ante su hermosura, que desde el principio los tenía cautivos, sino ante la serena luz de su entendimiento y la noble entereza de su corazón, virtudes que estaban muy lejos de hallar en una raza que se hacía pasar en Europa como salvaje y antropófaga.

Y mayor habría sido la sorpresa de estos nobles caballeros, si hubieran llegado a tiempo de conocer a Guaicaipuro, el Cid Campeador de los Teques, cuyas heroicas acciones bien merecían la pluma de Ercilla; y si hubieran presenciado días antes el voluntario sacrificio de Guaricurián, que salva la vida de un cacique condenado a muerte, sustituyéndose en su lugar y engañando a los verdugos, que lo ejecutan al instante; y si días después hubieran presenciado, así mismo, el rasgo sublime de Sorocaima, que se deja cortar en sangre fría una mano antes que delatar a los suyos, acciones de virtud heroica con que los indios salvajes se vengaban de las atrocidades que empleaba contra ellos un conquistador civilizado.

Dagali no halló palabras que pudieran interpretar sus sentimientos, pero con una intensa mirada dijo a Irene lo que solo ella podía entender:

—Te defenderé a pesar de todo, aun a costa de mi vida.

Cuando en la noche se vio Irene sola en su alcoba, cuando ya tarde cesó todo ruido en la casa, y solamente se oía el suave roce de la brisa en los limoneros del huerto, cuando empezó a repasar una a una las fuertes impresiones recibidas, las lágrimas inundaron sus ojos y un gemido tristísimo se escapó de su pecho. ¡Tenía que partir pronto de aquella amada casa! Al pensar en esto, sintió un dolor más intenso, un dolor casi desesperado.

¿Qué era aquello? ¿No estaba resuelta a sobrellevarlo todo con ánimo sereno, hasta la misma cruel separación de su madre adoptiva? Ahora, que la dejaba acompañada y protegida por los suyos, ¿por qué crecía esa pena y se sentía más apegada que antes a la vida apacible de su querido hogar?

Bien lo habrá comprendido el lector. En el corazón de Irene ardía ya el fuego de un sentimiento desconocido para ella, que llevaba en sí el pesar y la dicha como dos corrientes contrarias, sentimiento que le embargaba hasta el grado de apoderarse de todas las potencias de su alma. Irene amaba por vez primera.

SEGUNDA PARTE

CAPITULO IV

La fuga

Transcurrió una semana. El día señalado para la secreta partida de Irene se aproximaba. Ya el indio mensajero había regresado y todo estaba convenido.

Dagali supo con gran alegría que el itinerario trazado por Irene, de acuerdo con sus indios, era poco más o menos el mismo que seguiría la expedición. Iba a traspasar la serranía del interior para caer a los llanos, tierras en su mayor parte desconocidas, por donde erraban muchos indios espantados todavía y llenos de terror después de la horrible matanza de los caciques.

Aunque en torno del hermoso lago y en sus islas gozaba Irene del gran prestigio de su padre, como aliado de los Tacariguas, y había por allí pueblos de indios reducidos que la recibirían con agasajo, no era prudente tomar ese rumbo, por ser lugares más traficados de los españoles y tener en ellos muy ricas y extensas fundaciones, lo que sería un obstáculo para obrar con entera libertad y mantenerse lejos de la acción tiránica del Justicia y sus alguaciles. Por eso pensaba internarse en la serranía y caer a los llanos, teatro de las correrías de los Jirajaras.

Verdad que corría otro riesgo, cual era ser perseguida por el mismo Guaratari que merodeaba con su gente por aquellas partes, pero Irene consideraba que no era este riesgo tan inmediato, porque estaba dentro del plazo convenido, apenas mermado en diez días. Disponía, pues, de veinte más para ponerse en inteligencia con los suyos y provocar la desertión de los que acompañaban al usurpador. Ella contaba, además, con el poder mágico que ejercía el Colmillo Sagrado en los Jirajaras y las demás tribus aliadas, talismán casi en desuso desde que Queipa vino a establecerse en el lago de Tacarigua y después en los valles de Aragua.

Dagali e Irene, aunque en frecuente y dulcísimo trato durante aquellos días, que corrieron para ellos con demasiada presteza, habían guardado, sin embargo, mutuamente la mayor reserva en sus palabras sobre la pasión que ardía en sus corazones. El primer amor puro e intenso, como brota siempre del alma, es por naturaleza reconcentrado y mudo, pero se comunica sin pensarlo en cada mirada, en cada sonrisa, y más que todo en el brillo de esas lágrimas misteriosas, que brotan espontáneas y ardientes como mensajeras de íntimos e inefables deseos.

No fue menor el gozo de Irene al saber que Dagali seguiría con la expedición de Silva el mismo rumbo de su próximo viaje. Una esperanza vaga, pero al fin una esperanza de volverlo a ver no muy tarde, la hizo recobrar casi todo su valor y serenidad. Todo estaba listo para partir antes de amanecer el día siguiente, aprovechando las atenciones que embargaban la ciudad, llena de soldados y preparativos para la aventurada empresa que estaba en vísperas de ponerse en camino.

Por secreta indicación de Arichuma, Yumare pidió a doña Paula varios hierros de lanzas y dos espadas pertenecientes a Figueroa, a fin de ir mejor apercebidos en la custodia de doña Irene, pues sus armas indígenas no pasaban de flechas y macanas.

Don Luis y Dagali se ocuparon en prevenir este armamento, habilitando también para el caso dos rodelas y otros instrumentos como hachas y cuchillos que había en la casa desde el tiempo de Figueroa, quien tuvo siempre el cuidado de vivir prevenido para la defensa, precaución en que no se descuidaban tampoco los otros vecinos, teniendo en las inmediaciones gente de guerra tan esforzada como los Jirajaras.

Entre estas armas había dos mosquetes en buen estado con sus pertrechos, que Dagali quiso incluir en el equipaje de Irene, por ser las armas de fuego más temidas de los naturales, caso de algún ataque por parte de Guaratari. La joven, que a la sazón estaba presente, acompañada de Yumare, sonrió tristemente ante la propuesta del mancebo, diciéndole con dulzura, pero en son de burla:

—Yo creía que el señor Dagali fuera más conocedor de las leyes de Indias.

—No soy letrado, pero al menos sé distinguir, por experiencia, las leyes justas de las injustas. Supongo que para esto, lo mismo da estar en España que en Tierra Firme.

—Pues hay diferencias muy sustanciales. Ya véis, por ejemplo, que las leyes permiten que los españoles ataquen y se defiendan con toda clase de armas, pero los indios no pueden hacerlo, sin violar esas mismas leyes.

—¿Cómo?... ¿No podrás llevar para tu defensa estos mosquetes?

—Soy india, y el uso de esas armas nos está prohibido por el Rey (1).

Dagali se pasó la mano por la frente y exclamó sin pensarlo:

—¡Oh, suerte triste la de los vencidos!...

Palabras que salieron de sus labios como desahogo de un doloroso convencimiento, de antiguo raigado en su pecho.

Irene quedó pensativa intentando averiguar la oportuna aplicación de estas palabras, dichas con tanta ingenuidad y amargura, dirigiendo a su amigo una mirada de inteligencia y de aliento, que no se escapó a la penetración de Irene. Dagali continuaba siendo para ella un adorable misterio.

Otro triste desengaño debía padecer el noble corazón del mancebo. En la tarde de aquel día observó que no había en la cuadra más caballos que el de don Luis y el suyo, a tiempo que no se notaba preparativo alguno de arneses ni cabalgadura para Irene. Dirigiéndose entonces a Yumare, animado del grato pensamiento de ofrecer su caballo a la joven, aun cuando tuviese que ir a pie en la jornada, si no conseguía otro.

Yumare se sonrió con tristeza, al oír su propuesta, como lo había hecho Irene cuando se trató de los mosquetes.

—¿Por qué te ríes? ¿Temes acaso que no consienta ella en aceptar mi caballo? Es manso y de los más finos que vienen en la expedición.

(1) Prohibición de don Carlos V y de don Felipe II.

—No, señor, yo sé que ella lo aceptaría viniendo de sus manos —dijo con aire picaresco la buena india, que le había puesto gran cariño al mancebo desde que lo vio—, pero es que ella no puede montar a caballo.

—¿Y qué inconveniente tiene para ello? ¿No ha montado alguna otra vez?

—Nunca, señor, ni puede hacerlo porque se lo prohíben las leyes (2).

—¿Leyes dadas por quién? —le preguntó con indignación y asombro.

—Por el mismo Rey el año pasado. Irene las sabe de memoria, porque se las da el Escribano.

Pensativo y con el rostro nublado quedó el joven, repitiendo para sus adentros:

—¡Oh, suerte triste la de los vencidos!...

—Pero no tengáis cuidado —le dijo Yumare—, que Irene no pondrá sus piecitos en el suelo, tan luego nos juntemos con Arichuma y sus compañeros, porque ellos se disputarán el honor de llevarla en hombros como a su legítima princesa.

La tertulia de familia fue en extremo triste aquella noche. Don Luis, con su franca cordialidad, trataba en vano de llevar la conversación por rumbos distantes del pensamiento que a todos preocupaba. La ausencia de Irene era para doña Paula un golpe durísimo. Dagali no podía ocultar su hondo pesar, ni Irene era bastante fuerte para contener las lágrimas que a cada paso descubrían el estado lastimoso de su espíritu.

Cuando los dos caballeros se retiraron a sus aposentos, doña Paula no pudo resistir por más tiempo, y se abrazó a Irene estrechamente abrumándola a besos y caricias.

—¡Hija mía, hija mía, no me abandones!...

Irene dio un grito ahogado, como si sintiese en su corazón la punzada de un acero, pero se repuso al instante.

—¡Valor, madre mía! Dios ha de concederme que vuelva pronto. ¿Qué será más duro para un corazón sensible, verme salir ahora con Yumare, rodeada de fieles servidores para un viaje de algunas semanas, o verme después conducida a la cárcel, como una criminal para entregarme luégo a Guaratari?

—¡No, hija mía!— exclamó horrorizada doña Paula—. Vete, vete, que el cielo sabrá ampararte.

En la madrugada, Dagali, que no había pegado los ojos, dijo a don Luis:

—Creo prudente hacer ronda en torno de la casa, para prevenir que pueda ser descubierta la partida de Irene.

—Bien pensado, Dagali, pero creo que es todavía muy temprano.

El joven no estuvo por esta demora. Se vistió con presteza, tomó sus armas, y embozado en la capa, salió a la calle sin hacer ruido. Largo rato estuvo en observación recorriendo los alrededores de la casa, que estaba construída en una esquina, de modo que tenía ventanas para dos calles, una de éstas despoblada por completo, lo mismo que una callejuela situada en el fondo de la misma casa, a la cual se salía por la puerta del huerto, elegida por

(2) Prohibición de Felipe II en 1568.

Irene para su escape, a fin de evitar la salida por la puerta principal. Las ventanas del aposento de Irene, provistas de altas persianas daban a la calle excusada, y al pasar casi rozando con ellas en uno de sus paseos, Dagali creyó oír dentro un leve suspiro. Detúvose al instante y llamó muy quedo:

—¡Irene!

—¡Dagali!—contestó la joven hondamente conmovida.

—El triste momento se acerca. Vengo a saber de tus labios lo que tanto anhelo; vengo a saber si me amas como yo te amo: con delirio y hasta la muerte.

Irene no contestó, pero a través de la persiana se oían sus sollozos y hasta las fuertes palpitaciones de su corazón.

—¿Es tan absorbente el amor que tienes a tus oprimidos súbditos, que no dejes en tu pecho lugar vacío para mí?

La voz de Dagali era respetuosa, suplicante, casi doliente.

—¡Ah, Dagali!, ¿por qué habéis venido a destrozarme el corazón a la hora de partir? ¿No habéis comprendido las torturas que padezco? ¡Oh, Dios mío, no olvidéis a la infortunada Irene, que os ama también con toda el alma!

Dos lágrimas corrieron por el pálido rostro del mancebo, que apenas pudo exclamar con todo el fuego de su reprimida pasión:

—¡Irene mía, mi hermosa Tibaire!...

En aquel momento se oyó la voz de Yumare que llamaba desde la puerta del aposento: era la voz de partida.

Dagali continuó su ronda traspasado de dolor, pero en el fondo de su alma sentía, sin embargo, una delicia infinita, el dulce e inefable deleite de oír la primera palabra de cariño y de ternura en labios de la mujer amada.

Entonces dirigió sus pasos a la callejuela del fondo, y al entrar en ella, oyó el ruido de una puerta, y divisó varios bultos que se alejaban rápidamente: eran los fugitivos. Con Irene y Yumare iban tres indios que llevaban las armas y el equipaje. Dagali siguió tras ellos como impelido por una fuerza a que no podía resistir.

Parecióle que aquel sendero, por donde se alejaba la encantadora doncella, exhalaba suavísimo perfume, que los árboles de uno y otro lado se inclinaban para saludarla a su paso, y que el cielo mismo empezaba a iluminarse por la parte de oriente para tributarle sus magníficos celajes y el espléndido panorama de la aurora. Efectivamente, empezaba a clarear el alba.

Absorto y fija su atención en los viajeros, que vagamente divisaba, Dagali dejó la callejuela y siguió por el campo libre en las afueras de la ciudad. Ya la claridad del crepúsculo matutino permitía ver con mayor precisión cada objeto. Muy pronto distinguió a Irene, por su cuerpo gentil y su airoso andar, a tiempo que iban a desaparecer dentro de una tupida montañuela, que servía de fondo a las hermosas praderas y labranzas que hasta allí habían atravesado. Entonces vio que se movía algo blanco sobre la cabeza de Irene. Esta lo había reconocido y le enviaba con el pañuelo su postrer adiós.

Con el corazón palpitante, el apasionado joven levanta en alto su sombrero, provisto de hermoso plumaje, gritando con voz trémula pero vibrante:

—¡Adiós, adiós!...

El viento que silbaba en los árboles y los primeros trinos de las aves que despertaban, se unieron al eco de este grito de despedida, que Irene contestó con un lastimero sollozo, cuando ya penetraba en la obscura montañuela.

No era prudente ir más adelante, y Dagali tornó a la ciudad. Todo le pareció más triste. Los campos habían perdido a sus ojos aquel encanto primaveral y risueño aspecto que antes admiraba en ellos. La casa de doña Paula, a donde llegó ya en pleno día, la pareció oscura, silenciosa, casi fúnebre. Si la alegría es hermana del esplendor y del bullicio, a los cuales se asocia con delirio en las danzas y festines, el dolor, por el contrario, fraterniza con la soledad y el silencio, en los cuales quisiera ocultarse, bien así como se oculta el ave herida entre el oscuro follaje.

Dagali estuvo aquel día encerrado como un prisionero dentro del aposento, en íntima comunicación con algunas flores, ya marchitas, que habían pasado por las manos de la espiritual Irene. Don Luis comprendió el estado de ánimo de su fingido paje, y respetó su dolor.

Ambos estaban también prontos a partir en prosecución de la jornada, pero los había detenido un viaje imprevisto a Borburata de su general don Pedro de Silva, por haber tenido aviso de que dos hidalgos, de apellido Bravo, que venían con él y se le separaron en Margarita, de paso por Borburata, se habían pagado de propia mano mil escudos que les debía, tomándole un cargamento de botijas de vino y otras especies de su propiedad que allí había dejado. Pero cuando llegó al puerto, ya los hidalgos habían partido para Cartagena, lo que no fue obstáculo para que los condenara a muerte, sin fórmula de juicio, según los procesos sumarísimos que entonces se usaban.

Al regresar a Valencia con los efectos que le dejaron, fue mayor su disgusto, al hallarse con su gente en completa desertión. Unos habían tomado para Barquisimeto y el Tocuyo; otros se habían escondido en las haciendas, y los más estaban desalentados y casi resueltos a no proseguir en la jornada.

De suerte que aun incorporando gente nueva, que se le presentó en Valencia, todo lo más chapetona, de seiscientos hombres que sacara de España, tan sólo con ciento cuarenta siguió en la seductora empresa de ese famoso Dorado, por tantos otros acometida, sin más resultado que crueles desengaños, ni más ganancia que una triste experiencia obtenida a costa de vidas y miserias sin cuento.

Tres días habían corrido desde la partida de Irene. Don Luis y Dagali estaban ya recogidos por la noche en su aposento, cuando oyeron toques en la ventana que daba a la calle. Inmediatamente introdujeron a un indio que en buen castellano les dijo que tenía que hablar reservadamente con ellos. Al punto reconocieron en él a uno de los criados que había llevado Irene con el equipaje. Dagali se avanzó a él, interrogándolo con los ojos y todos sus ademanes, sin poder articular más palabras que éstas:

—¿Qué ha sido de Irene?...

—Señor —dijo el indio con gran turbación, nosotros no somos culpables. Guaratari salió de improviso y nos la quitó.

No es para descrita la impresión que esta terrible noticia les produjo, en especial a Dagali, que casi desesperado iba y venía por el aposento, prorrumpiendo en hondos gemidos, en gritos de cólera y en furibundas amenazas. Más sereno don Luis, hizo que el indio les contase punto por punto y sin pérdida de tiempo todo lo que supiese, pues el fiel criado permanecía en silencio, lleno de temor, ante el efecto que les había causado el desgraciado suceso. Dando al fin, un profundo suspiro, empezó su interesante relato de esta manera:

—A poco de haber salido de aquí, en la encrucijada de una montañuela, nos encontramos a Arichuma y cuatro indios escogidos de lo principal de la tierra, que cargaron a doña Irene como una pluma sobre unas andillas que traían preparadas. Juntos seguimos la jornada sin tropiezo alguno, hasta llegar por la tarde a un pueblo de Tacariguas, donde nos acogieron con música y danzas, que duraron hasta muy entrada la noche.

Desde temprano, doña Irene se encerró con Yumare en la choza de gala que le tenían prevenida, para entregarse al reposo. Arichuma y sus compañeros colgaron sus chinchorros por la parte de afuera de la misma choza, y nosotros fuimos un rato a las hogueras, que estaban encendidas algo distantes del pueblo, a oír la música y participar del festín. Había muchos indios, no sólo Tacariguas, sino de otras tribus vecinas, que vinieron a ver el recibimiento y conocer a doña Irene, unos como súbditos de ella y otros como aliados y amigos.

De pronto vi entre aquellos indios una cara que días antes había visto en Valencia, yendo con Yumare a hacer algunas compras, cara desagradable que nos causó entonces mucha impresión, y más a Yumare, que no pudo reprimirse y me dijo al oído:

—Mira, este hombre es un perverso y nuestro mayor enemigo. Conócelo bien: es piache y lo llaman el Tizado.

—¡Ah, infame! —exclamó Dagali, interrumpiendo el relato.

—Recordé al punto aquello — continuó el indio— y pretextando sueño y cansancio, llamé a los otros dos criados, y nos dirigimos al pueblo, donde inmediatamente avisé a Arichuma. Este se puso en guardia al momento con sus compañeros, diciéndome:

—¡En vela toda la noche! Ese hombre es pájaro de mal agüero.

Juzguen ustedes qué noche pasaríamos de sobresalto y angustia, pues aunque todos los indios regresaron tranquilamente al pueblo y ocuparon las chozas, temíamos algún repentino ataque. Clareó, al fin, el día, se levantó doña Irene, que estaba ignorante de todo riesgo, y pronto continuamos la marcha con mayores precauciones. No volví a ver al piache, pero nos informaron algunos indios de confianza que hacía más de una semana que merodeaba por allí, solo unas veces y acompañado otras, esperando cierta razón que debían mandarle de Valencia, según habían podido entender.

El camino que seguíamos era enmarañado y demasiado áspero, sendero que no tenía ninguna huella reciente de pie humano, lo que nos tranquilizó por el momento. Medio día sería cuando entramos en la garganta de

cierto monte, atraídos por el agua de un arroyo que se precipitaba con ruido en aquellas soledades. Allí hicimos alto para tomar alimento y descansar a la sombra. Se hizo lumbre para preparar la comida, y el mucho humo que se levantó por lo verde de la leña, fue la causa de nuestra perdición.

Ibamos ya a ponernos en marcha de nuevo, cuando sentimos ruido de pasos hacia una y otra vertiente del arroyo, por entre el bosque que las cubría; tras el ruido, voces de mando, y tras las voces, los más horribles gritos de combate. Estábamos cercados de enemigos.

Doña Irene perdió el color y se abrazó a Yumare poseída de espanto; Arichuma y todos los demás tomamos las armas para defendernos, empeñando una lucha encarnizada, en que quedó mal herido de flecha uno de los nuestros y muertos dos de los contrarios. Aunque los salteadores eran muchos, se contuvieron un poco al ver brillar en nuestras manos las armas de acero. En el ardor de la refriega y peleando siempre unidos, nos habíamos alejado de doña Irene y Yumare, buscando cubrirnos por la espalda con una peña desnuda que estaba a la orilla del arroyo.

Repentinamente oímos un fuerte y agudísimo silbido, que dejó en suspenso al enemigo y a nosotros mismos nos llenó de asombro.

—¡El Colmillo Sagrado! —exclamó Arichuma—. ¡Depongamos todas las armas, porque Tibaire lo ordena!

Hubo un momento de vacilación entre los indios que nos atacaban, sobre todo en los mayores de edad. Al amparo de esta inesperada tregua, llega Yumare como una flecha, habla al oído de Arichuma, y desaparece luego con la misma rapidez. Arichuma nos hace entonces una rápida señal, y rompiendo por la parte que vimos más libre de enemigos escapamos con nuestras armas, menos el compañero que yacía en tierra mal herido, sin que ninguno osase impedirlo en aquellos primeros instantes, atentos a las voces que por otra parte les daba el piache, que empezaba a hablarles con grande animación.

Lo que Yumare comunicó a Arichuma fue la orden de retirada para que nos pusiésemos en salvo, porque era más perjudicial una resistencia inútil, ordenándole, además, que inmediatamente convocase toda la gente de armas y volase en auxilio de doña Irene, que ésta trataría de defenderse mientras tanto con el Colmillo Sagrado, cuyo primer efecto había sido harto elocuente.

—¡Oh, heroica y abnegada Irene!... ¿Y viste a Guaratari? —preguntó Dagali con la mayor exaltación.

—No, señor, Guaratari no estaba con la gente, sino el Tizado. Dos indios de nuestro bando, que llevaba presos y se escaparon con nosotros, nos han contado que aquella gente estaba por allí emboscada, a las órdenes del piache, y que Guaratari había quedado en una ranchería de la sabana, al pie de la serranía.

—¿Conoces tú esa ranchería?

—No la conozco, pero detrás de la casa me espera uno que sí la conoce. Arichuma nos ha mandado secretamente a darles aviso y a llevar más armas.

—¡Oh, no hay que perder un sólo instante, don Luis. Ha llegado el día de pedirnos mi espada. Debo partir al punto.

—¿Y qué intentas, Dagali? . . .

—¿Me lo preguntáis, don Luis? Volar al socorro de Irene y al castigo del infame piache y su pretense cacique.

Don Luis ordenó al criado que hiciese entrar a sus compañeros, para que juntos descansasen un poco en el interior de la casa, sin hacer el menor ruido, a fin de no despertar a doña Paula, que moriría de la tribulación si bruscamente se enterase de lo sucedido; y ya solo con Dagali, le dijo aparentando la mayor serenidad:

—Las circunstancias son muy graves para ti, mi noble amigo. Vas a combatir con Guaratari, que está en tratados de paz con el Justicia Mayor. Llevas armas que sólo son permitidas a los soldados del Rey, y si llegan por desgracia a descubrir quién eres, antes que venga de España la gracia de S. M., con doble motivo te condenarían a muerte por traidor.

Te he traído a Tierra Firme de incógnito para salvarte, para impedir que te complicaras en una rebelión; ¿y aquí vas a lanzarte en otra? . . .

—Es verdad lo que decís, pero ese será mi destino. En España, mi sangre y mi honor me habrían puesto del lado de los rebeldes en las Alpujarras; y aquí en Tierra Firme el amor y la simpatía me impulsan ciegamente a combatir en favor de la raza oprimida; pero tranquilizaos don Luis: no pienso emplear mi espada contra los españoles, sino contra los enemigos de Irene, a la cual amo con todo el ardor de mi pecho. Dejadme morir por ella. Soy su esclavo, y si logro salvarla, lucharé a sus órdenes por aliviar la inevitable servidumbre de los que ella ampara y defiende con tanta nobleza de alma.

Don Luis no contestó. A fuer de caballero, no quiso contradecir sus propios sentimientos. En el caso de Dagali, él haría otro tanto.

En alta madrugada partió el mancebo, sobre su fogoso caballo árabe, ceñida al cinto una primorosa espada, que era lo único que faltaba a su apuesta figura para ser el tipo acabado de esos hermosos donceles, apercebidos para los torneos y juegos de armas en los tiempos medioevales. La hija del cacique, la hermosa Tibaire, habría sentido verdadero orgullo al ver la gallarda presencia de su misterioso y apasionado amante.

Lo acompañaban los indios, cargados con algunas provisiones de boca y los mosquetes que había rehusado Irene. ¿Qué pretendía este valeroso joven? Lo prudente era unirse al ejército que tuviese Arichuma, el caudillo más afamado del bando de Irene y de fidelidad reconocida. Este fue el parecer de don Luis, y el de los dos indios mensajeros; pero el arrojo y la desesperación precipitaron a Dagali en un lance temerario que pudo costarle la vida, si la fortuna no lo hubiese amparado, según se dirá adelante, pues ahora lo dejaremos en su marcha rápida, para seguir a Irene y a su fatídico perseguidor el Tizado.

La danza del fuego

Cuando la doncella se vio cercada por los indios de guerra, fue tal su tribulación que se abrazó a Yumare, pálida y temblorosa. El piache se adelantó hacia ella con su sonrisa fría y malévola, diciéndole:

—Bienvenida sea Tibaire, la hija de Queipa al seno de los suyos, ya que su padre los abandonó sin motivo.

Viendo Irene que sus fieles amigos eran acometidos por la gente del piache y horrorizada de oír aquellos gritos feroces y ver correr sangre, le contesta con varonil actitud:

—¡Infame! ¡Buen recibimiento me haces asesinando a mis leales compañeros!...

E irguiéndose de pronto, con gran valor de ánimo, saca de su seno el Colmillo Sagrado y lo lleva a sus labios, lanzando en seguida un sonido agudo y penetrante que domina las voces y gritos de los combatientes. El Tiznado se queda atónito en su presencia, así por el mágico poder del misterioso silbato, como por el efecto que le produce la valiente actitud de la joven. No se había imaginado que la hija de Queipa fuese tan resuelta ni tan hermosa. Sus principales soldados quedaron no menos atónitos, y algunos se acercaron a la princesa indígena con gran respeto, clavando en tierra sus armas en señal de obediencia.

Vuelto en sí de su pasmo, el piache se dirige a los suyos para arengarlos, momento precioso que aprovecha Irene para comunicarse con Arichuma de la manera que se ha dicho. Con sorpresa de la doncella, su terrible enemigo dice a los indios que debían respetarla por ser la heredera y poseedora del Colmillo Sagrado, alhaja que sólo podían llevar los caciques Jirajaras, y conducirla con todo miramiento ante Guaratari, que estaba pronto a celebrar con ella un pacto de alianza, a fin de reunir nuevamente toda la tribu y hacerse poderoso ante los españoles.

Bien sabía el astuto piache que desautorizar a Irene era profanar la sagrada insignia del cacicazgo de Queipa, a que aspiraba Guaratari, su señor en el mando y su esclavo en los consejos. Por arte de un talento diabólico prevenía la insurrección de la gente, caso de que lo intentase, incitada por su legítima princesa. Pero ésta no quiso aprovecharse de su influjo para provocarla. La lucha habría sido inevitable y sangrienta, porque no todos abrazarían su causa, ni el piache era hombre de entregarse sin resistencia. Aun en las más críticas circunstancias de su vida, en todas las acciones de la joven india, brillaba la bondad cristiana, bondad sublime que la indujo en esta vez a evitar un derramamiento de sangre entre sus hermanos.

Aun a sabiendas, pues, de que las palabras del piache eran falsas y engañosas, se resignó a esperar la aproximación de su ejército, para entrar directamente en tratados con Guaratari, y someterlo por capitulación artes que por el esfuerzo de las armas.

Era el piache un raro personaje indígena. Espíritu sombrío, lleno de ambición y avaricia, que se había apoderado de la voluntad de los indios,

por medio de los misterios de una sabiduría enlazada aún en sus menores detalles a las supersticiones e idolatrías más extravagantes, triste condición de la ciencia en los pueblos incultos. En la historia de su vida había episodios verdaderamente novelescos.

Al ruido del alzamiento de los negros de las minas de Buría, este indio perspicaz, deja las montañas de Queipa, se tiñe el cuerpo de negro brillante con extrema habilidad, logra incorporarse, merced a este ardid, entre los principales rebeldes, y muy pronto sus dotes y talentos lo llevan a ser uno de los primeros ministros del Rey Miguel, y el maestro de ceremonias del negro elegido para officiar como Obispo en las funciones de aquella ridícula y famosa Corte, que llena una página interesante en la historia de Barquisimeto.

Deshecha la fugaz monarquía fundada por aquel atrevido esclavo, el piache logra escaparse, destiñéndose el cuerpo, pero no el alma; y recobrada su piel de indio y con algún oro escondido dentro de una caña, vuelve a Queipa a atizar la discordia entre los suyos, aprovechando la expedición del cacique Queipa hacia el lago Tacarigua, para hacer proclamar a Guaratari como general en jefe.

Ya se ha visto cómo se deshizo del infortunado Queipa, yendo a Caracas para complicarlo calumniosamente en el injusto proceso y la abominable ejecución llevados a cabo contra más de veinticinco caciques comarcanos. Y como también fue embajador ante el Justicia de Valencia para negociar el sacrificio de Irene, so color de un tratado de paz, resultado que esperaba a una jornada de la ciudad con un fuerte escuadrón de indios, cuando el destino puso en sus manos a la célebre hija del cacique.

Con la celeridad que permitía la marcha por escabrosas sendas, llegó con su bella prisionera a presencia de Guaratari. Este quedó no menos admirado que el piache de la hermosura de su rival en el poder. Movidó por este nuevo aliciente, y por las instigaciones de su maligno consejero, quiere hacerla su esposa cuanto antes, sin dar tiempo a que vengan los españoles y aun los mismos indios a libertarla; y circula, en seguida, las órdenes necesarias para preparar las bodas, de una manera digna de príncipes, como lo eran los novios.

A la voz de próxima y ruidosa fiesta, los indios empezaron con entusiasmo a hacer lo preparativos del caso, según las costumbres tradicionales de la tribu. La primera y más importante ocupación fue limpiar y prevenir el terreno, un gran círculo, de cien pasos lo menos de diámetro, rodeado de árboles, algo distante de la ranchería, para celebrar la Danza del Fuego, que no se acostumbraba sino en los grandes triunfos y en las bodas de los caciques. Se hicieron millares de flechas especiales, envueltas hacia la punta en algodones empapados en resina, se acopió leña para las hogueras, y se hizo en abundancia la provisión de frutos, pesca y bebidas espirituosas, extraídas de palmas y otras plantas para que nada faltase en los festines.

Sin aparentar violencia alguna, el piache, que era mayordomo general de Guaratari, destinó para Irene y Yumare, su criada, una choza aislada, fuerte y capaz, e hizo saber a la doncella con muchas fórmulas y raras ceremonias, que debía entrar en ayuno, en ese ritual e inhumano ayuno, a veces de muchos días, a que estaba condenada la infeliz novia, según costumbre reinante en casi todas las tribus de Tierra Firme.

Espantada Irene, no tanto del ayuno, sino de la próxima boda, pues entendía la lengua indígena tan bien como la castellana, protestó con indignación y energía, pero sus palabras fueron recibidas por el piache, sumo sacerdote de la tribu, con aquella sonrisa fría y malévola que acompañaba sus acciones y palabras.

Yumare fue separada con engaño del lado de Irene, y la puerta de la choza se cerró al punto por la parte de afuera con tal firmeza que la fiel y amorosa criada perdió toda esperanza de volver a unirse a su idolatrada hija, como ella la llamaba en la intimidad del trato. Irene da un grito de horrible desesperación al verse presa, apela al prodigioso talismán, sueña en sus labios repetidas veces el Colmillo Sagrado, pero los indios no la oyen, porque el piache los tiene ocupados en el círculo de la futura danza y les estaba prohibido, además, acercarse a la choza de la novia durante el martirizante ayuno.

Desfallecida la joven, se creyó perdida para siempre. Sin embargo, al volver sus ojos al cielo, anegados en llanto, sintió renacer sus esperanzas. La fé es como maravillosa palanca que eleva los ánimos más abatidos, como viento suave que sopla del paraíso y mueve las alas caídas del corazón. Su espíritu se confortó en las plegarias.

Eran tres días de ayuno, término inquebrantable, según el rito indígena, y en tres días podían venir los suyos a libertarla. ¡Ah! su corazón le decía que Dagali vendría con ellos, gracioso y gentil sobre su brioso caballo, rompiendo el aire con aquel plumaje blanco que ella divisó por última vez desde la oscura montañuela. En estas crueles alternativas de su espíritu, entre la desesperación y la esperanza, pasaron los tres días fatales. Su cuerpo estaba extenuado por el ayuno. Apenas una racioncilla de frutas silvestres le daban por día, comida más propia para alimentar un pajarillo, que para sostener un sér humano.

Desde la tarde del día fijado, toda la tribu estaba reunida y de gala. Las mujeres habían empleado horas enteras en su peregrino tocado, pintándose sobre las partes más visibles del cuerpo, caprichosos dibujos negros y rojos, que no carecían de gusto artístico, y reponiendo los plumajes de vivos colores tanto sobre las faldillas de algodón, que les caían hasta las rodillas, como en los erguidos penachos de la cabeza, donde se entrelazaban la finísima pluma de la garza blanca, con las azules, rojas y amarillas de los pintados guacamayos. Las indias principales ostentaban también en el pecho y en los brazos brillantes laminillas del oro de Buría, tan codiciado por los españoles.

La música preparada consistía en instrumentos muy rudimentarios, tambores, chirimías y guaruras, que esperaban la señal convenida para llenar el espacio con sus sonos y enardecer los ánimos de la apiñada muchedumbre.

A la hora en que el sol desaparece del horizonte, despedido por las aves, que lanzan ya su último canto desde el oscuro ramaje, en esa postrera y tristísima hora de la tarde moribunda, cuando suenan para el cristiano las místicas campanadas del *Angelus*, y para el hijo del Profeta las voces acompañadas del muzzlín; a esa hora suave y melancólica, que las flores perfuman con mayor intensidad, la hermosa cuanto infortunada cautiva ve abrirse la puerta de su prisión y aparecer en ella cuatro indios acompañados del piache que han de conducirla sobre una andilla adornada de flores hasta el círculo de la danza abierto en el bosque.

Irene no tiene voluntad ni aliento para resistir. Estaba anonadada. Aun a riesgo de que la maltratasen, Yumare se precipita en sus brazos y la colma de caricias, derramando copiosas lágrimas. Ayudada por ella, sube la joven sobre las andillas y sale de la choza-cárcel silenciosa, contristada y mediatibunda, como si marchase al suplicio.

Un grito unánime dieron los indios al divisarla, sonaron los instrumentos músicos y fue encendida por la mano del piache la primera antorcha, la misma con que debía encenderse la gran hoguera del círculo. Levantado Guaratari sobre otras andillas igualmente adornadas, sale de su choza, se une a la comitiva y todos se dirigen al círculo, entre músicas y estrepitosas aclamaciones. La fiesta había empezado.

Sólo la pluma del Dante podría describir el sorprendente espectáculo de la Danza del Fuego, del cual daremos nosotros apenas una ligera idea. Encendida en el centro la gran hoguera, hoguera de muchos pies de diámetro, que lanza sus llamas a gran altura, los indios empiezan a danzar en torno de ella, formando círculos concéntricos y prorrumpiendo, como las Balladeras de la India Oriental, en gritos ahogados, especie de aullidos lastimeros, acordes con una música monótona y casi doliente.

De pronto la música acrecienta sus sonos hasta el frenesí, los gritos se hacen estridentes y los danzantes más próximos a la hoguera, se dejan caer de rodillas ante el fuego, encienden los resinosos dardos, levántanse de un salto, y empuñando los arcos, lanzan oblicuamente al cielo las encendidas flechas, a tiempo que los del segundo círculo, y por su turno los demás, con iguales ceremonias, disparan también estas llamas que se cruzan por centenares en el espacio, y van quedando después prendidas de los árboles, como luminarias fantásticas, que producen una claridad inmensa, festejada con gritos atronadores por toda la tribu.

Esta es la Danza del Fuego o el Bosque Ardiente, el maravilloso espectáculo indígena, reservado para los grandes triunfos y los casamientos reales. El cacique y los ancianos de la tribu animan a los jóvenes con gritos y aplausos. Lanzadas todas las flechas luminosas de que van provistos los danzantes, éstos se retiran para entregarse a las libaciones y al banquete, en tanto que se organizan nuevos círculos; y vuelve la música doliente y los tristes aullidos, y la repentina transición, a los gritos y sonos frenéticos, que rayan en locura; y de nuevo cruzan el espacio las llamas volantes, cobrando mayor brillo los plumajes de las corozas y los pendientes de oro adornan el seno palpitante de las doncellas indígenas.

En medio del ruido y esplendor de esta fiesta singular, Irene yacía en lastimoso estado de postración y abatimiento, a causa de los crueles tormentos de su alma y la extrema debilidad de su cuerpo. Le parecía ser víctima de una pesadilla horrible. Sus grandes y hermosos ojos recorrían los ámbitos del círculo de una manera vaga, sin fijeza ni expresión alguna. Parecía una idiota.

Oyese de súbito un gran estampido, y seguidamente otro, que deja a los indios paralizados en sus movimientos y poseídos de terror, del cual no salen sino para gritar a una voz:

—¡Los españoles! ¡Los españoles!... ¡Sálvese el que pueda!...

En el mismo instante aparece dentro del círculo un guerrero a caballo. Huyen desfavoridos los indios, incluso el mismo Guaratari, que trata en

vano de contenerlos. El caballero recorre el círculo sobre el fogoso animal, que se espanta y encabrita a cada paso, a vista de las llamas que arden por todas partes. Parece una visión dantesca, un ángel vengador, blandiendo su espada sobre los réprobos en los círculos del Infierno.

Irene lo reconoce, recobra por un instante las perdidas fuerzas, se levanta, dando un grito indefinible y pronunciando un solo nombre:

—¡Dagali!...

El mancebo corre hacia ella, se arroja del caballo y la sostiene en sus brazos, ayudado por Yumare. Irene había perdido el sentido. Sus fuerzas estaban agotadas.

En estos supremos instantes, el terrible piache, que estaba oculto detrás de un árbol, sale rápidamente de su escondite, cruza el círculo, aprovechando la absoluta distracción del caballero, y le cae a puñaladas por la espalda.

Dagali se vuelve ileso, pero ciego de cólera:

—¡Malvado! ¡Tu daga no ha sido hecha para romper mi armadura!

Pero el piache no lo oye, porque el criado de la casa de Irene, el mismo que llevó el aviso de su desgracia, siguiendo los pasos de Dagali, atina a llegar en tan críticos momentos. Reconoce al piache cuando éste consuma su alevoso ataque, y se lanza contra él, armado con la horquilla del mosquete que lleva en sus manos. El piache trata de huir, pero el criado lo alcanza junto a la hoguera y lo derriba de un golpe dentro de los tizones encendidos y las furibundas llamas. El Tiznado da un alarido horroroso y se levanta para huir de nuevo, con las ropas incendiadas, desapareciendo del círculo como un maldito.

Otros indios llegan de la comitiva de Dagali, éste les da órdenes, monta sobre su ardoroso caballo, y se escapa con Irene, que es levantada y conducida rápidamente a hombros, sobre las mismas andillas cubiertas de flores y olorosas ramas, en que reposaba de novia. Sin pérdida de tiempo toman el rumbo de la sabana, a fin de alejarse de la serranía, que había sido el refugio de Guaratari, y donde acaso estaba ya organizando su gente para perseguirlos. La fiel Yumare iba con ellos.

Después de un rato de camino a paso precipitado, Dagali vuelve el rostro hacia el teatro del suceso, porque creyó percibir cierto ruido sordo y prolongado que provenía de aquella parte, especie de bramido, en cuya causa no acertaba. Sus ojos quedaron deslumbrados a vista de una línea inmensa de fuego, que casi tocaba en sus extremos los confines del horizonte.

Llama la atención de sus indios, que no pasaban de diez y conocidos éstos de las tierras y sus costumbres, dan simultáneamente un grito de horror. Un enemigo más terrible que los escuadrones de Guaratari seguía sus pasos, impelido por el viento que soplabá de aquella parte.

—¡Han pegado fuego a la sabana! ¡Estamos perdidos!— exclamaban los indios, mirando a todos los lados, a medida que corrían hacia adelante, huyendo instintivamente de aquellas lejanas olas de fuego que pronto llegarían a carbonizarlos.

Era que el fatídico piache, aun en los estertores de una muerte espantosa se vengaba de ellos sin pensarlo. Aturdido por el golpe y con

las ropas incendiadas, según se ha dicho, huye como una furia, tomando erradamente la dirección de la sabana. Cuanto más corre desolado, mayor fuerza adquieren las llamas, que han encontrado en su cuerpo poderoso combustible, pues como distribuidor del fuego sagrado, acostumbraba llevar al cinto muchas vueltas de mecha resinosa para encender diariamente la lumbre en los hogares de la tribu.

¡Horrorosa escena! La Danza del Fuego salía del bosque y continuaba en la sabana. Y el danzante era el mismo piache, el sacerdote idólatra, cuya infame y ardiente figura cae, al fin, para no levantarse jamás. Pero la sabana en contacto con su cuerpo empieza a arder, con alguna lentitud al principio, mientras el incendio toma mayor cuerpo hasta extenderse y lanzar de pronto sus torbellinos de humo y fuego en la dirección del viento, que es fatalmente la dirección que llevan los fugitivos.

La paja en los llanos crece casi a la altura de un hombre, y seca como estaba, por el sol ardiente del mes de julio, era una estopa que se inflamaba con tremenda rapidez. El sordo bramido de las llamas aumentaba, y aumentaba también los siniestros resplandores de aquel incendio de leguas, espectáculo formidable, inmenso campo de humo y fuego que parecía una conflagración universal y apocalíptica.

Dagali toma a Irene desmayada en sus brazos y la pone sobre su caballo, para que los indios puedan correr libremente. Entonces la joven vuelve en sí, sacudida por el galopar del noble bruto. Oye aquel ruido sordo, y se ve inundada por aquellos rojizos esplendores, que le recuerdan el círculo del bosque, y exclama delirante:

—¡Oh, las llamas!... ¡Siempre las llamas! ¡Otra vez la Danza del Fuego! ¡Dagali! ¿Qué te has hecho? Yo vi el penacho blanco a la luz de la gran hoguera... ¡Yumare, dile que venga, que vuele a librarme de este ruido y de estas llamas infernales!...

El caballo corría por la sabana, entorpecido a veces por los altos pajonales. ¡Oh, cuán cierto es que el miedo pánico presta alas para correr! Los indios iban ya adelante del caballo, rasgándose los vestidos y la piel con las cortantes pajas. Yumare, que por su edad no podía hacer otro tanto, corría detrás, agarrada a la cola del caballo.

Era necesario correr, correr sin descanso, más ligero que el viento, para librarse de aquel perseguidor implacable. ¡Pero aquella llanura no tenía límite conocido! Dagali estaba lívido, Irene delirante y todos poseídos de espanto. En tribulaciones de esta magnitud, los labios no tienen más palabras que éstas:

—¡Sálvanos, Dios mío! —palabras que todos pronunciaron desde lo íntimo de su corazón, porque casi todos eran cristianos.

A la pavorosa luz de las llamas, Dagali, que podía dominar mayor extensión desde su caballo, divisa hacia adelante una como negra barrera que cortaba la sabana a más de cien pasos de distancia. Era una ceja de monte no muy alto, que los indios ven dibujarse también, dando a coro un grito indescriptible:

—¡Un caño!, ¡un caño!... ¡Estamos salvos!...

En realidad era un caño, un brazo de río de regular anchura, que la Providencia les presentaba como contrafuego. Ya era tiempo. El viento,

más ligero que las llamas, echaba sobre sus cabezas una lluvia de chispas y espesas nubes de humo. La temperatura subía por momentos. El voraz elemento, su tremendo perseguidor, lamía ya sus espaldas con mil lenguas de fuego.

—¡Al agua!, ¡al agua! —era el grito unánime.

Todos se precipitan en el caño. La ceja de monte que cubre sus orillas les sirve de muro contra el incendio. La ola de fuego llega bravía e imponente hasta aquella línea providencial, pero allí se detiene ante los rostros pálidos y llenos de esperanza de aquel grupo de seres humanos salvados por milagro.

CAPITULO VI

La selva de los muertos

Perplejo e irresoluto quedó don Luis después de la partida de Dagali, sin atreverse a comunicar a doña Paula lo sucedido. Al cabo, tomó la resolución de imponer de todo al padre Anselmo y dejar a su tía en la ignorancia, pues hartó afligida estaba por la sola ausencia de Irene, y más aún quedaría al partir el mismo don Luis, que era ya al día siguiente, según las órdenes dadas por don Pedro de Silva, que estaba deseosísimo de proseguir su jornada, porque se hubiera quedado sin soldados en Valencia, como se ha dicho.

Fueron tántos los desertores, que al pasar revista antes de la marcha, nadie paró mientes en la falta de Juan Fernández, paje o escudero de don Luis. Lo creyeron escondido en alguna hacienda o en camino de Barquisimeto, y en tal creencia los dejó don Luis, a quien no convenía que se esclareciese el punto.

La expedición se internó pronto en los llanos, pero sin perder de vista la serranía, y aun volviendo en ocasiones a ella, corridos por la inclemencia de la llanura.

Si hubiereis hojeado, lector, alguna crónica o libro de historia de las Indias Occidentales, excusados estaríamos de relatar aquí el cúmulo de penalidades y miserias que padecían los conquistadores en estas arriesgadas empresas. Cuadros horrorosos de hambre y enfermedades, hechos trágicos, desbordamiento de las pasiones más violentas, ora encendidas por la codicia, ora desatadas por la exasperación de los ánimos, perdida toda esperanza de vida en la fría soledad de un páramo o en la interminable y pavorosa oscuridad de una montaña.

Aplicad esto a la temeraria y desde los principios desgraciada expedición de don Pedro de Silva, y ya tendréis en lo general una idea de lo que padeció su gente por la serranía interior de Valencia y por los llanos de Venezuela. Las poblaciones indígenas con que soñaban, llenas de naturales, provistas de mantenimientos y abundantes de oro, sobre todo, resultaban ser grupos de chozas desamparadas y tristes. Los indios huían antes de su llegada, llevándose hasta las piedras de moler el maíz.

Después de mucho andar deteniéndose aquí y revolviéndose de más allá, fue necesario destacar dos capitanes, cada uno con treinta o más soldados,

a recorrer la tierra en distinta direcciones, mientras que el ya titulado Gobernador Silva permanecía con los enfermos en un solo paraje. Pasaron así semanas enteras, y aun meses. Los capitanes Céspedes y Leiva, destinados para estas correrías, volvían al real sin noticias favorables, y de nuevo salían por otros rumbos, sin hallar tampoco cosa de provecho.

Los mismos contratiempos y desdichas pasaban nuestros fugitivos de Guaratari. Subiendo por las aguas del caño de su salvación, logran volver a la serranía. Su único pensamiento era unirse a Arichuma; pero la carrera por la llanura de una manera tan desesperada, los había desorientado por completo. Se hallaban en lugares del todo desconocidos.

Erraban, pues, sin rumbo fijo, y para colmo de infortunio, Dagali y Yumare iban devorados por la fiebre. Las jornadas tenían que ser cortas. Irene, restablecida un poco, era entonces el ángel custodio de la triste caravana. A todos atendía con tierna solicitud, y soportaba con la mayor resignación y energía los más crueles padecimientos para tranquilizar a Dagali, cuya enfermedad, lo mismo que la de Yumare, se agravaba más y más, siendo esto motivo de horrible angustia para la varonil doncella. Y no era el menor de sus temores caer de nuevo en poder de Guaratari.

Un día, al coronar cierta eminencia, divisaron de lejos una gran mancha negra extendida como fúnebre mantón sobre la sabana, espectáculo que los obligó a alejarse prontamente de aquel paraje. Eran las cenizas del incendio. ¡Después de tantos días de marcha volvían a hallarse casi en el mismo punto! Huyeron en dirección contraria, desconsolados y tristes. Dagali, el ágil y fuerte mancebo, llega día en que no puede subir sobre el caballo. Los indios lo montan entonces, y él, dirigiéndose a Irene, le dice con honda amargura:

—¡Ah, me siento morir!... ¡Qué irá a ser de ti, Irene de mi alma!...

La joven, anegada en llanto, reprime su desesperación para darle aliento y comunicarle esperanzas que ella misma iba perdiendo.

A Yumare hubo que cargarla en las andillas, porque tampoco podía moverse la fiel criada. Así corrieron largos y penosos días de camino por lugares despoblados e incógnitos. Tallos de algunas plantas y pesca de cuando en cuando, eran para ellos los únicos y deliciosos manjares: ¡el hambre los azotaba!

Cierta noche uno de los indios tardaba demasiado en regresar al alojamiento. Todos se inquietan y hacen mil conjeturas. Había salido desde temprano en busca de bastimentos. Irene, que esperaba en vela con mucho sobresalto, oye al fin sus pasos. El indio llega cabizbajo, sin atreverse a decir la causa de su tardanza. Todos lo rodean y lo confunden a preguntas, a las cuales responde por último, diciéndoles, lleno de temor, que había descubierto a pocas leguas de allí, guiado por una columna de humo, el campamento de una tropa española.

—¿Será don Pedro de Silva? —preguntó Irene, pensando al instante en que don Luis podría salvarlos.

—O los alguaciles del Justicia Mayor —dijo Yumare con dolorosa inquietud.

—Eso he pensado yo —agregó el indio, confirmándose en sus temores.

—Quiera el cielo que sea don Pedro de Silva —dijo Dagali—. Allí está don Luis y con él muchos amigos y camaradas que se apiadarán de nosotros.

La incertidumbre de tu porvenir, Irene, y el temor de que caiga sobre nosotros Guaratari, sin tener ya fuerzas para defenderte, me hacen sufrir de un modo horrible. ¡Ah!, no quiero morir en estas soledades, dejándote sola y desamparada...

Al decir estas palabras su voz era en extremo triste, casi suplicante. Irene, sin contradecirlo, inclinó la cabeza con profundo abatimiento. No sabía qué partido tomar y se hallaba en una alternativa que destrozaba su alma. No se consideraba segura en poder de los españoles, vencido el plazo de la condición impuesta por Guaratari, y estaba cierta de que no hallaría humanidad ni justicia en el ánimo del magistrado de Valencia, mientras fuese esclavo de los intereses políticos y las ambiciones personales. La sacrificaría desde luego sin consideración alguna.

Pero Dagali no podía resistir más aquella incierta peregrinación en busca de Arichuma y los suyos. Estaba extenuado, consumido por una enfermedad que hacía progresos alarmantes y que lo llevaría prontamente al sepulcro, si continuaban por soledades inclementes, casi derretidos por un sol abrasador, atormentados por mil insectos ponzoñosos y escasamente alimentados. Irene se espanta a la sola idea de que Dagali pueda morir y no titubea entonces. Ordena salir en busca de aquella tropa española, sea cual fuere, tan pronto llegue la luz del alba. Ella está dispuesta a rogar y humillarse para que les brinden protección y amparo.

Efectivamente, a poco andar se reunieron al día siguiente a los españoles. Era la expedición del Gobernador Silva, la misma empresa del Dorado, capitulada con el Rey, que contaba al salir de España más de seiscientos hombres animosos, que atravesaron el océano llenos de ilusiones por el magnífico suceso que esperaban. ¡Doloroso y cruel desengaño! La gente de Silva estaba también aniquilada por el hambre y las enfermedades. Parecía un hospital ambulante y, para colmo de desconsuelo, don Luis de Leiva no estaba allí con su compañía. Estaba fuera, recorriendo la tierra, en busca de mejor fortuna para la expedición, lo mismo que el capitán Céspedes, a quienes Silva esperaba con impaciencia, procurando en vano contener el descontento de los soldados y temeroso de que desconociesen su autoridad.

Dagali, en medio de su triste estado, suplicó a Irene que no se diese a conocer como india. El había visto ya de Borburata a Valencia, a lo que estaban condenados los pobres indios en estas expediciones. No había para ellos alivio ni piedad alguna. ¡Hombres y mujeres eran los burros de carga!

Hicieron a los fugitivos un recibimiento frío y desabrido, si bien les quitaron al punto los indios de su servicio para reponer los muertos y desertores. La noticia de las miserias y calamidades experimentadas por Juan Fernández y los de su comitiva, acabaron de exasperar a los soldados. Las provisiones faltaban, los enfermos iban en aumento día por día, y los sanos se consumían de tedio y disgusto, condenados a una ociosidad insufrible. Don Pedro de Silva resuelve entonces levantar el campo y adelantar una o dos jornadas más, confiado en que Céspedes y Leiva seguirían su rastro cuando retornen de la correría.

Iba en la expedición, entre otros sacerdotes venidos de España, el padre Castilblanco, como Superior de ellos. Desde la llegada de los fugitivos manifestó por Irene el mayor interés, y le ofreció desde luego su protección, en cuanto pudiese necesitarla. Era un clérigo de edad proveya, carácter grave y enérgico que se hacía respetar de todos aun en medio de la indisciplina y relajación de costumbres, que por lo común predominaban en estas

lejanas empresas, compuestas de hombres de toda clase de educación, verdaderamente hidalgos unos, aventureros otros y atrevidos los más.

—Hija mía —le dijo—, tengo encargo especial del padre Anselmo, en cuya casa viví en Valencia, para protegerte y darte aliento. Conozco tu historia y los santos fines que deseas alcanzar. Nada temas de don Pedro con respecto a Guaratari, porque no son asuntos de su jurisdicción, y viene además disgustado con las autoridades y vecinos de Valencia, que han favorecido la fuga de su gente. Animo, pues, doña Irene, y gran cuidado en tu trato con estos soldados, porque tu hermosura los seduce, y ni todos saben respetar la desgracia ni refrenar sus malas pasiones.

Irene recibió gran consuelo con las palabras del sacerdote, consuelo de que necesitaba su atribulado corazón. Dagali continuaba extenuándose, lo mismo que Yumare, a tiempo que ninguna noticia había recibido de Arichuma y su gente de armas, en quienes tenía todas sus esperanzas.

La expedición se puso en marcha. Dagali fue subido sobre su caballo por el único indio que le quedaba de su comitiva, el criado de Irene, que continuaba sirviéndole de escudero. El mancebo estaba en tal estado de decaimiento, que no se daba cuenta de lo que pasaba a su alrededor. Sus ojos, lánguidos y tristes, solo buscaban a Irene, pero esto no podía ir a su lado confundida con la tropa. La prudencia y su propio decoro le señalaban otro puesto. Iba adelante con Yumare y otras indias de servicio.

Caminaban con gran lentitud, dando descanso a los enfermos, de suerte que el primer día fue corta la distancia recorrida. En la siguiente jornada, dieron con una gran selva, en la cual entraron con ánimo de atravesarla por la única senda que ofrecía. Los quejidos de los enfermos y las imprecaciones de todos por el hambre y la fatiga, resonaban de un modo aciago en la imponente soledad del bosque. ¡Huían de la muerte, y la muerte parecía acompañarlos por todas partes!

Pronto empezaron a desfallecer los enfermos más graves. No se esperaba a que muriesen para abandonarlos. La selva se hacía cada vez más lóbrega e intrincada. Se creían perdidos en medio de ella, y la desesperación se apoderaba de los soldados.

—¡La esclava del padre Castilblanco ha muerto! ¡Rogad por ella!

Este grito, repetido de boca en boca por toda la fila, llevó al extremo la consternación de los ánimos. Era la forma de anunciar las bajas de la expedición. Los sanos rezan por el muerto y apuran el paso, espantados de lo que puede sucederles, pero los enfermos no pueden hacer lo mismo y van quedando atrás.

Pronto se oye el fúnebre anuncio de otro muerto, y seguidamente otro y otro. La selva, cada vez más tupida y tenebrosa, parecía interminable. Era imposible marchar en grupos. Los que se apartaban de la senda, para buscar más pronta salida, tenían que volver a ella por temor de extraviarse.

Irene volvía a cada paso los ojos para ver si descubría a Dagali por alguna parte, pero este no se divisaba entre los jinetes que la seguían. De repente, se oye otra voz lejana, que van repitiendo los soldados a lo largo de la fila, acompañada de un rezo conmovedor y fúnebre.

—¡Juan Fernández, el portugués, ha muerto! ¡Rogad por él!

La infortunada doncella lanza un grito desgarrador, que impresiona a cuantos la oyen, y cae sin sentido. El padre Castiblanco, que va detrás, con el semblante demudado por tantas calamidades y miserias, se acerca a Irene, la sacude con fuerza, le echa de improviso sobre el rostro la poca agua de su cantina, y la joven vuelve en sí, pero delirante y dislocada. Una india la toma del brazo y la obliga a continuar la marcha casi arrastrada. No se puede perder tiempo, porque nadie espera ni quiere retardarse.

Cada nuevo muerto, aviva en los soldados el instinto de la conservación y los obliga, llenos de pavor, a apurar el paso. Detenerse es quedarse solo, abandonado, sin esperanza alguna en medio de la tenebrosa selva. Yumare, a quien Irene conducía, al faltarle el apoyo de esta, camina un poco, tambalea y se rinde al fin al peso de la enfermedad.

Dagali, desfallecido por completo y maltratado por las fuertes pisadas del caballo en un suelo tan desigual, se había desplomado, víctima de un paroxismo. El criado trata de montarlo nuevamente, para llevarlo vivo o muerto a su querida ama, que se lo ha confiado llorosa y suplicante, pero un soldado que viene a pie, desnuda la espada, se avanza sobre el fiel indio y le arrebató el caballo.

—¿Qué pretendes? —le dice—. Los caballos son para los vivos. ¡Adelante, adelante! El que cae, cae para no levantarse jamás...

Alzando entonces la voz, anuncia la muerte de Juan Fernández, el portugués, nombre con que Dagali era conocido por la tropa. En vano el criado intenta resistir. El soldado, con fiero ademán, lo amenaza levantando el acero, lo obliga a seguir y lo persigue un buen trecho. Cuando ve que el indio se pierde de vista, regresa, incitado por la codicia.

Juan Fernández es paje de un noble caballero, tiene buen caballo, buenos arneses, excelente espada, ropas muy finas y, de consiguiente, debe tener también buen oro y otras prendas de valor sobre su cuerpo. Rápidamente rasga el jubón que viste el mancebo, y sus ojos ven brillar el codiciado oro, pero en una forma difícil de apropiárselo sin gran trabajo. El rico metal centellea en un hermoso escudo bordado sobre la malla de una cota finísima, obra admirable de solidez y de arte, que había embotado el puñal del piache y ahora despertaba la negra pasión de un robo infame.

Otros soldados llegan y se acercan, atraídos por la novedad; y lo que más les llama la atención es descubrir el mismo escudo estampado sobre el brazo del mancebo, cuando trataban de arrancarle la cota.

—¡Las armas de los Almoraides! ¡Es un moro! —exclama uno—. Yo conozco estas armas, que dejaron esculpidas en su palacio de Granada.

A vista de la joya, y siendo el muerto un moro, entran en disputa queriendo cada cual despojar para sí el cuerpo de Dagali. De la disputa pasan a los denuestos y la riña, contienda que corta el cabo de retaguardia, desenvainando el sable y obligándolos a seguir la marcha en fuerza de la disciplina militar.

—Buena ocasión escogen ustedes para robar a los muertos y para matarse unos a otros en esta selva maldita que nos ha de tragar a todos. Cristiano o moro, quede en paz Juan Fernández, y vengan su caballo y su espada, que yo responderé de estas prendas a don Luis de Leiva cuando retorne.

Y los soldados pasaron, mohinos y de mal grado, y tras ellos pasaron otros pocos, los últimos de la retaguardia, quedando la selva horriblemente

sola y silenciosa en el paraje donde yacía, con la tez amarillenta y el rostro enjuto, el gracioso y gentil mancebo, el paje misterioso de don Luis de Leiva, el amante fiel y apasionado de la infortunada Irene...

Quiso Dios apiadarse de los infelices expedicionarios, sacándoles casi al anochecer de la dilatada selva y ofreciéndoles la vista de un risueño prado, por el cual corría cristalina y bulliciosa el agua de un arroyo. Allí acamparon con la alegría que puede imaginarse, pues aun los que se preciaban de más animosos, estaban aquel día contristados y rendidos.

Cuando volvió en sí la pobre Irene del terrible golpe que la hizo perder el sentido por unos momentos, y que luego la tuvo aturdida y enajenada por completo, se halló fuera de la selva, pero tirada bárbaramente del brazo por un soldado de mala catadura, que le hablaba con gran desenfado y atrevimiento. Trata en vano de desasirse de aquellas férreas manos, espantada de las palabras que oye, llamando a gritos al padre Castilblanco, que no estaba lejos, en tanto que el soldado había llegado con ella a presencia del Gobernador.

—Mi criado ha muerto y necesito para mi servicio de esta india, que ha quedado realenga con la muerte de su amo Juan Fernández.

—¿Cómo? ¿Es india esta hermosa doncella? Yo la creía andaluza —exclamó asombrado don Pedro de Silva.

El padre Castilblanco llega, e Irene, recobrando su perdido ánimo, contesta bañada en lágrimas, pero con dignidad y entereza:

—India soy, señor, y no me ruboriza serlo, pero antes preferiré la muerte que servir de criada a ningún soldado. El padre Castilblanco ha perdido su esclava, y yo la sustituiré con gusto, sirviéndole en lo que pueda, mientras llega don Luis de Leiva, sobrino de mis padres adoptivos, el único que tendrá derecho a mandarme como señor, llegado el caso.

—¿De cuándo acá esos humos de gran señora? —le replicó el soldado de mal talante—. Yo soy de Valencia y la conozco, señor Gobernador: es hija de Queipa, ajusticiado en Caracas por conspirador; y antes de salir nuestra gente, se había fugado de la casa de doña Paula de Figueroa con el paje de don Luis de Leiva.

—Reprime tu lengua y ten caridad del prójimo, desdichado —dijo el padre Castilblanco, dirigiendo al soldado una mirada tan severa que lo humilló al instante, y volviéndose al Gobernador agregó—: Es cierto que mi pobre esclava ha muerto, y por ello acepto los servicios de esta desgraciada joven, que desde luego queda bajo mi protección y amparo.

Convino en ello el Gobernador, y reprendió duramente al soldado por su mala acción, efecto de la indisciplina e inmoralidad que cundía en la tropa.

En la noche se divulgó en los corrillos del campamento, a la hora del rancho, lo sucedido con Juan Fernández y el descubrimiento de que era moro, nada menos que Almoráide, lo que oído por el soldado valenciano, que ardía en deseos de vengarse de la reciente reprimenda, se introdujo en el corrillo donde hablaban los soldados que habían pretendido despojar al muerto de sus prendas.

—¿Qué decís? ¡Moros por aquí! ¿Cómo ha consentido tal cosa el Gobernador, cuando expresamente les prohíbe el Rey pasar a las Indias y servir bajo sus banderas?

—Pues moro y muy moro era Juan Fernández: que lo digan estos señores, que vieron la marca morisca que tenía en el brazo y el escudo de su finísima cota. ¡Lástima de prenda!

La especie llegó a oídos del Gobernador, quien llamó a los soldados, en resguardo de su responsabilidad, pues tenía a Juan Fernández como cristiano portugués, y así constaba en el registro de su tropa. La averiguación quedó por lo pronto en suspenso, hasta que llegase don Luis de Leiva, de quien el portugués era paje.

A la verdad, ni la misma Irene conocía la historia de su amante, aunque bien sabía ella que no era tal paje, sino noble caballero como su amigo don Luis; y tiempo es ya de que la conozca el lector, pues no es larga de contar.

TERCERA PARTE

CAPITULO VII

El ángel de salvación

Aben-Dagali era, en efecto, descendiente de la noble y valerosa familia de los Almoraides, una de las más ilustres de Granada, aliada de los Abencerrajes cuando las últimas y sangrientas guerras intestinas de los moros en tiempo de Boabdil. Nacido en Portugal, a donde había emigrado su familia y prematuramente huérfano de padre, fue traído a España de tierna edad por su buena madre, que era cristiana, deseosa esta de volver a la tierra de sus mayores y de que su hijo se educase en ella, movida también por la necesidad de saber de su hacienda, que estaba embargada.

Era tan perseguida en aquellos días la infortunada raza morisca, que la cristiana señora, temerosa de un nuevo destierro, hizo bautizar a su hijo contra la voluntad de los Almoraides, sus parientes, y lo puso a educar en un Convento, donde contrajo las más íntimas relaciones con don Luis de Leiva, que también estaba allí de educando, relaciones que continuaron fuera del Convento, como caballeros distinguidos en la ciudad de Sevilla, en la cual era conocido Aben-Dagali con su nombre cristiano de Juan Fernández, por ser este el apellido de su amorosa madre.

Alistado don Luis en la expedición de don Pedro de Silva, Dagali quiso acompañarlo en esta empresa que halagaba su ardiente fantasía y sus esperanzas de joven, pero desgraciadamente había una ley que prohibía a los moriscos pasar a las Indias y alistarse como soldados del Rey. Don Luis promete alcanzarle el real permiso, y escribe a la Corte, donde tenía valiosas relaciones, por haber servido en la guardia del Palacio, pidiendo la gracia y ofreciendo pagar liberalmente lo que costase la diligencia.

En la espera de esta licencia estaban los dos jóvenes, cuando Dagali recibe de oculta mano un billete escrito en árabe, lengua que sabía a maravilla, en el cual se leían estas cortas palabras:

“El brazo de un joven descendiente de los Almoraides de Granada no puede estar ocioso cuando los moros combaten por su Religión y su Patria. Vente, Aben-Dagali, te esperamos en las Alpujarras”.

El mancebo palideció. Aunque moro por la sangre, era cristiano de corazón. Cruelísima lucha de sentimientos martiriza entonces su noble pecho. La gloria de sus antepasados, la defensa de sus compatriotas oprimidos, el honor de la espada que ha heredado de su padre, todo esto lo decide a tomar el camino de las Alpujarras; pero, en cambio, perderá a España para siempre, perderá la tierra amada de su corazón, levantará su espada contra los cristianos, sus hermanos en la fe de Cristo, en la Santa Religión que desde niño ha cautivado su alma por la sublimidad y grandeza de su doctrina, que es también la Religión de su idolatrada madre.

En esta dura alternativa lo sorprendió don Luis, amigo íntimo para quien no tenía secretos. El noble caballero, educado en la carrera de las armas, titubea también. No quiere aconsejar a su amigo nada que pueda mancillar su honor ni aun entre los moros.

De pronto lanza una exclamación de alegría, y abrazando a su amigo, le dice:

—Deja a mi cargo sacarte de este conflicto, pero es necesario que para ello hagas un sacrificio. Debes aparecer ante don Pedro de Silva y su gente como mi paje, nada más que como mi paje. ¿Aceptas mi idea y me das libertad para obrar?

—Convenido, don Luis. Seré vuestro paje y lo más que queráis, siempre que me saquéis con honor de esta horrible alternativa.

—Pues arregla tu equipaje en seguida, porque de todos modos tendrás que partir: para Tierra Firme o para las Alpujarras.

La expedición de don Pedro de Silva no se daría a la vela sino dentro de quince o más días, tiempo suficiente para que llegase de la Corte la gracia del Rey en favor de Dagali; pero don Luis, en posesión del secreto llamamiento hecho a su amigo por los moros, se fue inmediatamente al alojamiento de don Pedro, le pide audiencia reservada, y le dice con mayor interés:

—Vengo a salvaros de un grave contratiempo.

—Veamos, don Luis, ¿cuál puede ser?

—Que si no partís al instante, os embargarán la gente e impedirán la jornada.

—¿Qué decís! ¿Quién puede impedírmela, si está autorizada por el Rey?

—El mismo Rey os la impedirá en beneficio de la Religión y del Reino, pues a esta hora los moros han dado el grito de rebelión en el reino de Granada. No me averigüéis más, porque es un secreto el origen de esta grave noticia.

Don Pedro no esperó segundo aviso. Reúne su gente con otro pretexto, y parte en seguida, con tan buena suerte, que a demorarse un solo día le hubiera pasado lo que al capitán Zerpa, que estaba también para salir con una expedición hacia el Orinoco, cuando fue detenido más de tres meses a causa de la rebelión de los moros.

Se dieron a la vela en San Lúcar, donde don Pedro tenía sus naves. Dagali, ignorante de los pasos de don Luis, había ido a llevar a bordo el equipaje de este, como su fingido paje, cuando de pronto oye el ruido de las manio-

bras y ve con sorpresa que la nave se aleja de tierra y navega la mar adentro, sin ser el tiempo de la partida. Don Luis, que se había ocultado de propósito, se presenta entonces a Dagali y lo entera, con la reserva del caso, de la causa de tal anticipación, y de cómo, de grado o por fuerza, tenía que decidirse a tomar el camino de Tierra Firme, abandonando toda idea de ir a unirse con los moros de Granada.

El generoso e hidalgo caballero tomaba sobre sí la responsabilidad del viaje de Dagali, esperanzado en que el real permiso, que esperaba recibir en Tierra Firme, tuviese fecha anterior al embarque de la gente de Silva. De lo contrario, descubierto el supuesto paje, incurriría don Luis en severas penas por haber embarcado un morisco para las Indias.

Volvamos al campo del Gobernador Silva. Cumpliendo sus nuevas obligaciones, no obstante la enorme pesadumbre de su alma, Irene se ocupó en preparar la cena al padre Castilblanco. Pero, ¿qué le preparaba? Las provisiones del buen sacerdote estaban agotadas y las de Irene lo mismo. Los indios no podían ya atenderla, porque todos habían sido obligados a servir de cargueros en la expedición, y a su pesar obedecían otros señores, excepto su criado, a quien por serlo también de Juan Fernández, le permitieron continuar al servicio de este, pero ya lo habían obligado a sustituir en la carga a otro indio muerto en la selva. ¡Triste condición la de los indios!

Irene, con la venia del sacerdote, salió humildemente a pedir alguna cosa que comer. Aunque las penas habían hecho mucho estrago en su semblante, la joven conservaba, sin embargo, todos sus atractivos, y, sobre todo, ese mágico poder de la simpatía, que mueve dócilmente los ánimos. Empezando por el Gobernador, muchos depositaron de buen grado en su cesta algunos miserables bocados, que eran gran regalo en aquellas circunstancias. Con esto aderezó la cena a su nuevo y venerable protector, quien, rendido de cansancio y con la tranquilidad del justo, se entregó al sueño luego a luego.

La salida de la luna, esa amable y melancólica compañera de los desamparados, que parece abrirles desde el cielo su pálido seno, para que en él desahoguen sus pesares y tristezas, la hermosa luna del cielo tropical, sorprendió a Irene, ya tarde de la noche, sentada junto a las piedras del improvisado hogar, sumergida por completo en su honda desgracia. La claridad del silencioso astro parece sugerirle una idea, una esperanza. Levántase de pronto, mira a uno y otro lado, para cerciorarse de que todos duermen en rededor, descuelga entonces su finísimo chinchorro, lo enrolla hasta reducirlo al más pequeño volumen; toma dos ollitas de barro, una con fuego y la otra con la cena que le ha tocado, la cual se conservaba intacta, y sale del campo a paso precipitado sin hacer el menor ruido.

¿A dónde va? Es en verdad increíble, pero rigurosamente histórico. Esta delicada niña, esta recatada doncella, esta abnegada y heroica mujer de la raza de Guaicaipuro y Sorocaima, penetra de nuevo en la selva tenebrosa, en el silencio de la noche, sin más compañía que Dios, que la guía desde lo alto y bendice la sublime resolución de su alma.

Nada la detiene. Las ramas recientemente troncadas, las trepadoras rotas, las huellas que han quedado del paso de la tropa, le sirven de itinerario. Los rayos de la luna, al penetrar furtivamente por los claros del ramaje, dibujan en el suelo figuras fantásticas y producen extraños y fugaces resplandores sobre las hojas humedecidas por el relente, cosas que excitan los nervios y ponen espanto en los ánimos más serenos.

A medida que más penetra, el tupido follaje impide la claridad del cielo, y la selva se hace más oscura. Entonces la varonil doncella enciende una bujía de que va provista, y continúa como un ángel de salvación, con la luz en alto y palpitante el candoroso seno, sondeando la espesura con miradas de angustia, de esperanza, de caridad y de amor...

Llega a sus oídos un débil quejido. Su cuerpo tiembla como azotado y llama a gritos, pero solo el eco repite sus voces. Cuando se restablece el silencio, oye distintamente que pronuncian su nombre con voz ahogada, ve blanquear algo en el suelo, y se lanza allá, cayendo de rodillas junto al cuerpo de su idolatrado amante. ¡Dagali vive aún!...

Vuelto en sí del paroxismo que lo derriba del caballo, la horrible perspectiva de la muerte le da fuerzas y se arrastra por el suelo largo espacio. La noche llega y continúa arrastrándose, desfallecido y espantado del abandono en que es halla. Nadie responde a sus gritos. La selva está muda y terriblemente solitaria.

Transcurren horas que le parecen siglos. A la vaga luz de la luna pretende seguir arrastrándose, pero sus fuerzas se agotan y queda postrado, sin movimiento, en un estado de sopor que le hace ver visiones. La imagen de Irene no se borra de su imaginación ni un instante, y sueña con ella. De repente, ve el reflejo de una luz, la selva se ilumina, siente pasos y se incorpora con gran dificultad, lleno de indecible alegría. Quiere gritar y dar voces, pero solo débiles quejidos salen de sus labios. Oye al fin que lo llaman, y ve brillar de cerca la luz de su esperanza. ¡Es el ángel del Señor que ya viene, es Irene que llega a tiempo de salvarlo!...

Hay escenas que no son para descritas. ¿Cuál no sería la mutua impresión de aquellos dos nobles corazones? Irene hace lumbre, que conforta al enfermo, le da el alimento necesario con tierna solícitud, y luego lo acomoda cuidadosamente dentro del chinchorro que lleva prevenido, formando un gran lío, menos pesado de lo que puede imaginarse, porque Dagali era casi un esqueleto; y con fuerzas superiores a las de su complexión de mujer, levanta la preciosa carga y retorna lentamente, dando voces a Yumare, que ha caído después de Dagali, pero Yumare no contesta ni sus ojos la descubren por ninguna parte.

La viva impresión recibida por Dagali, lo sumerge en un estado de inconsciencia y completa confusión de ideas. De cuando en cuando articula palabras ininteligibles, que dan a conocer el estado lastimoso de sus facultades.

Una extraña claridad interrumpe la dificultosa marcha de Irene. Es un resplandor rojizo que sale por entre los árboles hacia un lado de la senda abierta en el bosque. Con paso cauteloso se dirige hacia aquel paraje. La selva va aclarándose a medida que avanza en la dirección del fuego, y por último, llega a campo despejado, a una oculta pradera, en cuyo centro descubre una choza a la luz de una hoguera que lanza ya sus postreras llamaradas.

¡Oh, es un asilo que la Providencia le depara!, un asilo a que se acoge, rendida de cansancio. Al descargar su valioso lío, Dagali recupera la luz de su entendimiento, y se queda absorto al verse transportado como por obra de magia, y ya fuera de la selva maldita.

La puerta de la choza estaba abierta, y al asomarse Irene para saber si estaba o no habitada, oye dentro una voz hartamente conocida, que le dice débilmente, pero con intensa alegría:

—¡Tibaire, hija mía! ¡Bendito sea Dios!

La joven da un grito de júbilo y se precipita en los brazos abiertos de una pobre enferma.

Era Yumare, que arrastrándose también como Dagali, pero con más fortuna que este, había descubierto aquella choza, que halló solitaria, pero con fuego bajo las cenizas del hogar, lo que le indicó que por allí había gente. Irene la informó en el acto de la salvación de Dagali, y cómo lo había traído hasta aquel sitio, guiada por el resplandor de la hoguera.

—¡Ah!, cuando menos lo esperábamos, en medio de tantos y tan horribles padecimientos, parece, hija mía, que la suerte empieza a sernos propicia. A la salvación del señor Dagali, debida a tu gran valor, y al hallazgo providencial de esta choza, se agrega que hay buenas noticias de Arichuma.

—¿Quién ha podido dártelas, Yumare? —exclamó la joven transportada de gozo.

—Los mismos indios que encendieron la hoguera que te ha guiado a este sitio, que es un paraíso comparado con esa tremenda selva. Son dos indios Jirajaras, de los que estaban con Guaratari, que vivían aquí ocultos, temerosos de caer en manos de Arichuma, y que han partido al salir la luna para darle aviso de nuestro paradero y ganarse con ello su buena voluntad.

—Pero, dínos pronto, ¿dónde se halla Arichuma? —preguntóle Dagali, que había sido ya acomodado dentro de la choza y empezaba a coordinar sus ideas.

—Arichuma, con un numeroso ejército de Jirajaras y Tacariguas, está en Queipa, después de haber rendido y hecho preso a Guaratari. El pobre nos cree muertos, en vista del incendio de la sabana y lo que le han informado sobre el rumbo que tomamos al salir del círculo del bosque. Esperaba cerciorarse de la suerte que nos hubiera tocado, y al efecto, ha mandado mucha gente a los cuatro vientos de la sabana con empeño de buscarnos vivos o muertos. Estos indios son de los derrotados de Guaratari, y por ellos he sabido también que el Tiznado ha muerto de una manera espantosa. Se le prendieron los vestidos al caer en la gran hoguera, y de allí se levantó corriendo hacia la sabana, cubierto de llamas, y la sabana empezó a arder. . .

—¡Oh! —exclamó Dagali—, hasta en la hora de su muerte nos fue hostil ese fatídico piache. ¡Dios se haya apiadado de él!

No obstante la miseria que los rodeaba y la gran extenuación de fuerzas en que se hallaban Dagali y Yumare, estos seres, tan perseguidos por la adversidad, vieron brillar por vez primera, después de larga y pavorosa noche, el sol hermoso de la esperanza. Reanimado Dagali por la dicha y tranquilidad de que gozaba su espíritu al abrigo de la choza y en la dulce compañía de Irene, oyó de labios de Yumare la historia de su salvación, quedando por un instante en suspenso ante el heroísmo y la abnegación de la doncella, que trata de huír ruborizada y confundida, pero él la detiene, y cayendo de rodillas, le dice con lágrimas de ardiente gratitud:

—¡No, mi ángel salvador, no huyas, porque no es tu amante quien ahora se rinde a tus pies, sino un muerto resucitado, que te debe la vida y quiere consagrártela de rodillas! ¡Oh, mi hermosa Tibaire, cuán maravillosamente aparecen unidos en tu tierno corazón el valor admirable de los héroes y las virtudes de la doncella cristiana!

—Nada me debes, Dagali, porque solo he pagado una deuda —contestó tímidamente la joven, con lágrimas de inefable alegría—. Tú me libraste

de las llamas de la Danza del Fuego, más terribles para mí que las del incendio de la sabana.

Dagali se quedó pensativo un instante, como mortificado por ocultos sufrimientos, y luego preguntó a Irene con voz grave y pausada:

—Pero, ¿sabes tú quién soy yo?

—Lo sé, Dagali —contestó la joven sin ocultar su íntima satisfacción por tal descubrimiento—. Ya es público, según me dijo el padre Castilblanco, que tú eres moro de la familia de los Almoraides de Granada.

—¡Ah, estoy descubierto! Lo sospechaba, Irene, pero esto me pone bajo el rigor de las leyes, y compromete también a mi buen amigo don Luis. Es necesario ocultar mi salvación. Debo quedar como muerto en la selva, excepto para el padre Castilblanco, con quien deseo hablar aquí mismo, en esta choza, en tu presencia y en la Yumare. ¿Crees tú que vendrá?

—¡Oh, estoy segura de que vendrá! ¡Es tan bueno! —dijo Irene en extremo conmovida, prometiendo a Dagali satisfacer sus deseos aquel mismo día, si fuera posible.

Ya empezaban los albores del día y era la hora en que Irene debía volver al Real, a preparar el desayuno a su venerable protector. Por ningún respecto habría dejado de hacer este servicio al sacerdote que la había salvado de quedar abandonada en la selva, y defendido contra las ruines pasiones de un soldado atrevido.

Dejando, pues, a sus dos queridos enfermos en condiciones más favorables, tornó prontamente al real, que no distaba mucho, aunque se interponía un trecho de la malhadada selva, lo que era un muro insalvable para los soldados, que por ningún respecto habrían vuelto a ella, ni aun cuando supiesen que allí se escondía el célebre Dorado.

Reinaba la mayor animación en el campamento, y observó con sorpresa, a su llegada, que la gente había aumentado de un modo visible. Acampado don Luis no muy distante de allí, vio brillar por la noche las hogueras del rancho, supuso que era la gente del Gobernador, y a la luz de la luna se puso en marcha, llegando al amanecer, con gran contento de todos por verse reunidos, aunque con la pena de saber que don Luis no había hecho descubrimiento de mayor importancia en su correría, si bien regresaba con la tropa sana y sin el peso de tantos recuerdos dolorosos como los que agobiaban a la gente del Gobernador.

En el toldo del capellán tuvo Irene la inmensa dicha de hallar a don Luis y su criado, y estos la tuvieron también al verla, pues a la sazón hacían con el sacerdote mil comentarios sobre su desaparecimiento después de lo acaecido la víspera. El criado había impuesto a don Luis de cuanto sabía, desde la salida de Valencia hasta la muerte de Juan Fernández, en el bosque, y la actitud de los soldados que pretendieron despojarlo de sus prendas, sin ocultarle lo que se decía en el campo de que el muerto era un moro principal.

La llegada de Irene y la noticia de que Dagali y Yumare estaban vivos y en salvo, llenó de admiración y de júbilo a aquellos buenos amigos de la hermosa doncella, aunque don Luis y el padre Castilblanco entraron desde luego en cuidados por la suerte del moro, que si se había salvado de la muerte no se salvaría de las duras penas a que estaban condenados los mo-

riscos que pasaban a las Indias, con la agravante de que había frustrado los planes del Justicia Mayor de Valencia, arrancando a Irene de las manos de Guaratari, y rompiendo de hecho las negociaciones de paz con los Jirajaras alzados.

Contóles entonces don Luis la historia del mancebo, el servicio que indirectamente le debía don Pedro de Silva, y cómo había pasado a las Indias sin saberlo. Irene oyó la historia con el interés más vivo y se explicó por qué Dagali quería permanecer como muerto en la selva. La licencia del Rey aún no había llegado. Don Luis había dejado encargo para que de Sevilla se la enviasen a Valencia, en el primer navío que saliese, dirigida a su tía doña Paula, por ser incierta su residencia, a causa de la jornada en que estaba alistado.

¡Dagali moro! Esto fue para Irene un gran hallazgo, un descubrimiento que colmaba las aspiraciones de su ardiente imaginación. Dagali, como ella, era de una raza oprimida. Un infortunio común pesaba sobre ambos; y la consideración de verse ligada al mancebo por sucesos tan extraordinarios como los pasados, no menos que por los vínculos de un amor eterno, llenó de intensa alegría el corazón de la joven india, que se sintió libre de una duda cruel y martirizante. ¡Ya podía tener mayor fe en los juramentos de Dagali!

Como se rasgan algunas veces los negros nubarrones, para dejar ver un pedazo de cielo tachonado de estrellas, así se rasgaron en el cielo de su pesadosa existencia las nubes que lo cubrían, dejándole ver, como fúlgida estrella, la esperanza de una felicidad tantas veces soñada, la dulce esperanza de que Dagali se uniese a ella para siempre.

Don Luis no puede contener los impulsos de su hidalgo corazón, y en compañía del criado parte en seguida a abrazar a su amigo de infancia, guiado por las señas que Irene le indica y con las provisiones que más a la mano encuentra en el miserable estado de sus bastimentos.

No tardó mucho en dar la vuelta el generoso caballero, que gozaba ante el Gobernador y la tropa de mucha estima por su probada nobleza y despejado ingenio, lo que fue de gran provecho tanto para el guapo morisco como para la hermosa Jirajara, pues entendido a solas con don Pedro de Silva y con el padre Castilblanco, dio allí mismo orden a doña Irene para que los siguiese, sin dar explicaciones, y todos juntos tomaron el camino de la Selva de los Muertos, desapareciendo prontamente en ella, con gran asombro de cuantos los vieron partir.

¿Qué iban a hacer allí? Lo primero en que pensaron los soldados fue en Juan Fernández, el moro, y en la averiguación pendiente, suponiendo que iban a cerciorarse del hecho, y en tal suposición los dejamos para dar descanso al lector y volver a la ciudad de Díaz Moreno.

CAPITULO VIII

El Tratado de paz

Han pasado dos meses. La crónica palpitante de Valencia es la poderosa actitud de los Jirajaras, bajo Tibaire, la hija de Queipa. El Justicia ha llamado, a son de caja y por repetidos bandos, a todos los soldados españoles para salir a pacificar la tierra, pues hasta las tribus reducidas se han pasado a las filas de los alzados.

Dícese que doña Irene tiene reunidos más de tres mil indios de guerra, a las órdenes del moro Juan Fernández y el caudillo Arichuma.

De los repartimientos y encomiendas se fugan diariamente por partidas los mansos Tacariguas, para ir a reunirse al ejército de Tibaire. Al eco del Colmillo Sagrado, los naturales de la serranía y los llanos han despertado con la esperanza de recobrar su perdida libertad.

Tibaire los trata con dulzura, les habla con cariño y elocuencia y los persuade de la conveniencia de volver a los pueblos y labranzas que heredaron de sus mayores y que les han sido arrebatados, mediante la fe de un tratado de paz, que ella les promete ajustar con los españoles. Les hace ver la temeridad de una guerra insostenible contra un enemigo tan superior en fuerzas de todo género; les ofrece defenderlos contra los abusos y tropelías de que son víctimas, y asegurarles el fruto de su trabajo y la independencia de cada tribu en su régimen interior, obligando a los españoles, con la fuerza de un pacto solemne, a abstenerse de vivir ni residir en sus pueblos por ningún respecto. En una palabra, Tibaire se les presenta como un ángel tutelar, como el áncora de salvación en medio del naufragio de toda su raza.

Pero los españoles, con pocas excepciones, no ven en la actitud de esta heroína sino un espíritu de ambición y de venganza. Su reputación corre hecha jirones de boca en boca por las calles de Valencia. Ora es una bruja, que por artes ocultas seduce y arrastra a los indios, valiéndose de un talismán diabólico, heredado de sus mayores; ora es una pobre alucinada, víctima de la seducción de un moro hechicero, que se la arrebató a Guaratari en la noche de sus bodas y huye con ella sobre su caballo corriendo como un relámpago por la llanura incendiada, para comunicarle después, en el silencio y la oscuridad de una selva, los secretos de su magia y el arte de hechizar a los indios.

Este moro era Juan Fernández, cuya reciente historia, lo mismo que la de Irene, tan llena de trágicos episodios, era contada de mil maneras y adornada por la fantasía con hechos sobrenaturales y mágicos prodigios, lo que contribuía a realzar la figura de la varonil india, mártir y heroína para algunos, bruja o demonio para el Justicia y los encomenderos, cuyos indios de carga se escapaban del redil y corrían hacia Queipa, a rendir pleito homenaje a la misteriosa sirena del lago Tacarigua.

En medio de esta atmósfera, donde las pasiones forjaban rayos que habrían de herir a la hija del cacique, solo el padre Anselmo y algunas personas caritativas y prudentes pesaban los acontecimientos con ánimo sereno y criterio de justicia. Doña Paula había enflaquecido tanto, que estaba inconocible. Por muchos días vistió de luto, llorando como muerta a su adorada pupila, desde que Arichuma le envió el aviso de los sucesos de la ranchería de Guaratari, del incendio de la sabana y la desaparición de los fugitivos.

Después supo que Irene vivía y marchaba con la expedición de Silva, pero que Juan Fernández y Yumare habían quedado sin vida en la Selva de los Muertos. Esta noticia fue divulgada por un desertor de la tropa de Silva, por el mismo soldado valenciano que pretendió apoderarse de Irene, y que temiendo habérselas con don Luis, que la protegía, tomó la vuelta de Valencia, a donde llegó desahogándose por la vena del odio y la venganza contra la heroica joven, cuya honra pretendía mancillar en sus crónicas y relatos, dando pábulo a la persecución armada que se organizaba contra ella y contra el osado morisco, que era uno de los generales de su ejército.

Los Alcaldes de la ciudad no estaban ociosos. Se había iniciado causa criminal contra doña Irene y el moro Juan Fernández por traidores, y por haber pasado el último a las Indias, so color de cristiano, contra lo dispuesto por el Rey. A pesar de todo, la opinión de los individuos que componían el Ayuntamiento no era unánime en favor de estos procedimientos y preparativos de guerra. Los más sensatos estaban por entrar en tratados con la hija del cacique, como se había hecho con Guaratari; pero el Justicia quería humillarla. El golpe que había creído decisivo para el sometimiento de los Jirajaras, había resultado del todo adverso. La tierra estaba más alborotada que antes, y los vecinos se quejaban de la falta de tino en las cosas del Gobierno. La actitud de doña Irene, debida a la temeridad e imprudencia de imponerle un matrimonio infame, era mucho más temible que la rebelión de Guaratari, cuyo poder usurpado se había deshecho de un soplo. La rabia y el despecho eran, pues, los únicos consejeros del burlado teniente.

En este estado, el padre Anselmo se dirige un día al Ayuntamiento, cuerpo presidido por el mismo Justicia Mayor, según las ordenanzas, pidiendo audiencia como embajador de doña Irene para negociar la paz. El Ayuntamiento se reúne en el acto, así por la importancia del asunto como por la curiosidad de oír las proposiciones de la valerosa e inteligente india. La intriga y la calumnia no habían podido acabar de un todo con la admiración y simpatía de que ella gozaba en Valencia. Además, el carácter de un sacerdote tan meritorio y venerable como el padre Anselmo no podía doblegarse hasta el punto de aceptar una embajada que no llevase buenos fines. Los ánimos más prevenidos empezaron a vacilar ante la elocuencia de estas consideraciones.

La hija de Queipa, idolatrada de los indios, que caminaban días enteros para salir a su encuentro y rendirle las armas. La afortunada joven, que veía bajo su mando tribus belicosas y más de treinta escuadrones de guerreros, que con una sola palabra de sus labios podían moverse sobre la indefensa ciudad; la cristiana doncella indígena pedía, sin embargo, la paz, pero no la paz deprimente que se concede a los vencidos, la paz de rescate pesada en la balanza de Breno, sino una paz honrosa, basada en el derecho y la justicia, una paz de provecho para los indios y para los mismos conquistadores.

El padre Anselmo presenta un memorial escrito por doña Irene, que el Escribano Público lee en alta voz, sin poder ocultar su vanidad de maestro ni el cariño que profesa a su antigua discípula. He aquí el notable documento, la carta de los primeros derechos alcanzados por los infelices indios:

“Tibaire, hija de Queipa, india Jirajara, bautizada con el nombre de Irene Figueroa, poseedora del Colmillo Sagrado, como legítima heredera del Cacazgo de Queipa a nombre de los Jirajaras sus súbditos, y de los Tacariguas que se le han aliado, proponen la paz al Cabildo, Justicia y Regimiento de la ciudad de Valencia; y en consecuencia, se obliga y compromete a reducir los Jirajaras y Tacariguas que se han mantenido alzados, a convertirlos de buena voluntad a la Santa Fe Católica y a reconocer la soberanía del Rey de España y la autoridad de sus Virreyes, Gobernadores, Capitanes Generales, Justicias y Oficiales Reales de Indias, quedando sometidos a los tributos y servicios que las leyes establecen como vasallos de Su Majestad.

“Así mismo se obliga y compromete a hacer que los indios ya reducidos, que han abandonado sus pueblos y encomiendas, vuelvan a cumplir sus obligaciones, todo ello mediante las condiciones siguientes:

1ª Que no se prive a las tribus de sus jefes naturales o caciques para el gobierno y policía interior de sus pueblos.

2ª Que se respeten sus leyes y costumbres, en cuanto no se opongan a la Religión Cristiana y a las leyes de España.

3ª Que no se consienta en las reducciones y pacificaciones de indios, cuando se retiren por cualquier motivo a los montes o abandonen sus pueblos, que no se les haga guerra, mal ni daño, ni que se les tome alguna cosa sin paga.

4ª Que se les ampare en la posesión de sus tierras a los que las tienen de antiguo y a los que no las tienen que se les señalen de buena calidad para que hagan sus pueblos y labranzas con preferencia a toda otra concesión.

5ª Que sean libres para cortar maderas en los bosques, pescar en los ríos y plantar y cultivar toda clase de árboles y frutos, sin molestia alguna.

6ª Que puedan criar toda clase de ganados en sus estancias y dehesas.

7ª Que no paguen tributo alguno las mujeres; y los hombres que solo lo paguen desde los diez y ocho años hasta los cincuenta, salvo los exceptuados e impedidos.

8ª Que sean libres para contraer matrimonio, sin que puedan impedírselo las autoridades ni los encomenderos, siempre que lo hagan conforme a los mandamientos de la Iglesia.

9ª Que no se conceda tierra a los españoles con perjuicio de los indios, y las que se hubieren concedido, que se devuelvan a sus dueños; y que las estancias para ganados no se concedan junto a sus pueblos y labranzas, a fin de evitarles daños y perjuicios.

10ª Que los encomenderos no tengan casa en los pueblos de indios, ni puedan estar posados en ellos más de una noche.

11ª Que tampoco puedan tener en sus casas indios de su encomienda para el servicio, ni tener estancias de labor ni de ganados en las tierras de los mismos indios.

12ª Que los indios no están obligados a hacer casas ni edificios para sus encomenderos.

13ª Que los encomenderos deben jurar que tratarán bien a los indios, que serán sus defensores y no les exigirán más servicios que los que deban darles por la ley.

14ª Que por mucha que sea la necesidad, no deben los españoles cargar a los indios, y caso de hacerlo por lugares donde no puedan transitar bestias, que la carga nunca exceda de dos arrobas, y los cargueros no sean menores de diez y ocho años, pagándoles lo justo por su servicio.

15ª Que los indios que ahora se reducen y congregaren en poblaciones, no paguen por dos años sino la mitad del tributo que deben a Su Majestad.

16ª Que no se les impida llevar sus granjerías a los mercados, ni tampoco se les obligue, cuando no quieran ir de su voluntad.

17ª Que los delitos que se cometan contra los indios sean castigados con mayor rigor, por la agravante de ser ellos más débiles e ignorantes que los españoles.

18ª Que estas condiciones sean aceptadas, juradas y firmadas por el Cabildo, Justicia y Regimiento de la ciudad de Valencia, por ante el Escribano Público, y de ellas se dé testimonio en todo tiempo a quien lo pidiere, sin más costo que el valor del papel y los derechos de Escribanía.

Tibaire de Queipa."

Durante la lectura del interesante documento, el Justicia y los encomenderos presentes mudaron repetidas veces de color, reprimiendo a duras penas su cólera.

—Podéis devolver a doña Irene, o sea Tibaire de Queipa, el papel que nos presentáis, Reverendo Padre, porque no le toca imponer condiciones sino aceptar las que se le impongan en nombre del Rey por este Cabildo, Justicia y Regimiento —dijo el Justicia Mayor con aire de triunfo, viendo que sus palabras eran bien acogidas por casi todos los presentes.

—Meditad, señor, en lo que resolvéis —replicóle con humildad el padre Anselmo—. No es doña Irene quien propone, sino el mismo Rey que manda cumplir esos artículos, porque son leyes vigentes.

—¡Cómo! Jamás he visto que se otorguen a los indios semejantes prerrogativas, aquí ni en otras partes. Sería tanto como quedarnos con los brazos cruzados, sin servidores y sin hacienda.

—Eso no prueba sino una gran verdad, señor Justicia: que una cosa manda el Rey en España, y otra ejecutan sus ministros en las Indias. El señor Escribano puede decir si cada una de esas condiciones del Tratado se basa o no en una ley terminante, mandada cumplir y ejecutar por nuestro Soberano.

—Sí, señor; todas estas condiciones son mandamientos de ley, que estamos obligados a cumplir como fieles vasallos de Su Majestad —dijo gravemente el Escribano.

Los rostros agrios, las miradas de cólera, los gestos de indignación, todo el nublado de tormenta que llenaba la Sala Consistorial, fue disipándose ante la grave y serena actitud del anciano Religioso y del Escribano Público, personas que gozaban de gran concepto en el público.

Corrido y despechado el Justicia, apeló en seguida a otras armas para herir de muerte el corazón de Irene. Con aparente calma tomó de nuevo la palabra.

—Pasará el Tratado, si está conforme a las leyes, pero antes de ser firmado, debe exigirse a doña Irene que entregue a la justicia para su condigno castigo al moro que la acompaña, oculto bajo el nombre cristiano de Juan Fernández.

—No consentiré en eso doña Irene, señor Justicia, ni es justo que se le exija, porque Juan Fernández es su legítimo esposo.

—¡Su esposo! —exclamaron todos con la mayor curiosidad y sorpresa.

—La Religión y el Rey prohíben el matrimonio entre cristianos e infieles —dijo el Justicia en tono de reproche, dirigiéndose al Religioso.

—Juan Fernández es tan cristiano como cualquiera de nosotros; y aun cuando fuese infiel, según el criterio del señor Justicia, podría dispensarse ese matrimonio, por causa de utilidad pública, y prueba de ello es, que no

ha mucho estábais dispuesto a permitir que la cristiana doña Irene fuese la esposa del idólatra e infiel Guaratari.

El Justicia no esperaba tan certera como justa reconvencción, y mordién-dose los labios de ira, preguntó en tono áspero al manso levita:

—¿Los habéis casado vos, sin duda?

—No los he casado yo, pero consta su matrimonio de una manera au-téntica.

Y sin alterarse en lo más mínimo, con la doble autoridad que comunican las canas y una conciencia tranquila, metió la mano debajo del hábito y sacó otro pliego, presentándolo al Escribano para que lo leyese en alta voz. Decía así:

“Yo, Presbítero José de Castilblanco, Primer Capellán del Ejército del Gobernador y Adelantado don Pedro de Silva, certifico en debida forma: que he presenciado el matrimonio que por palabras de presente, como lo manda nuestra Santa Madre Iglesia han contraído ante mí, Aben Dagali, moro Almoraiide, hijo de cristiana, bautizado en Sevilla con el nombre de Juan Fernández, y Tibaire, india Jirajara, hija del Cacique Queipa, bautizada en Nueva Valencia del Rey con el nombre de Irene Figueroa, habien-do precedido la exploración de voluntades, y suficientemente instruidos en la doctrina y en las obligaciones que contraen, siendo testigos el dicho capi-tán don Pedro de Silva y el capitán don Luis de Leiva; y para constancia así lo digo y firmo en estos llanos de Venezuela, a quince de agosto de 1569.

José de Castilblanco.”

El Justicia estaba confundido, tanto más cuanto venía observando que la opinión del Cabildo se inclinaba cada vez más en favor de doña Irene. Este documento devolvía a la dama todo el honor que en mala hora pretendía arrebatarle la murmuración, atizada por pérfidos intereses políticos e in-nobles venganzas.

Sin embargo, quedaba todavía un cargo contra el moro, último baluarte tras el cual quiso continuar la guerra el tenaz magistrado, cargo de que no lo eximía el Tratado de Paz ni su condición de cristiano, pero el padre Anselmo de acuerdo con doña Paula, llevaba todas las armas defensivas que podía necesitar en favor de doña Irene y su esposo.

—Ese documento debe figurar en el proceso contra Juan Fernández —di-jo el Justicia de modo sentencioso, dirigiéndose a los Alcaldes—, porque en él consta que es moro Almoraiide, y de consiguiente, no ha podido pasar a las Indias, por tenerlo prohibido su Majestad.

El religioso no contestó, pero volviendo a meter la mano debajo de su hábito, en medio de la expectativa general, saca otro pliego y lo pone en manos del Escribano, quien al ver en él los sellos reales, dice en alta voz, con la solemnidad de estilo:

—¡La firma y sellos de Su Majestad!

—¡Leed, leed! —exclamaron todos con curiosidad y respeto.

En medio de un silencio imponente, el Escribano leyó el real despacho, que decía así:

“El Rey. — Por cuanto el capitán don Luis de Leiva, Oficial de Guardias Nobles de nuestro Palacio, nos ha suplicado a nombre y como fiador de Aben-Dagali, morisco principal Almoraide, hijo de cristiana, bautizado con el nombre de Juan Fernández, soltero y vecino de nuestra ciudad de Sevilla, que le concedamos nuestro real permiso para pasar a la Tierra Firme e islas del mar océano, alistado en la tropa que reúne el capitán don Pedro de Silva, para hacer entrada de descubrimiento, y a fundar en aquellas partes con nuestras armas y en nuestro real nombre; estando ciertos de que el dicho Aben-Dagali profesa desde niño leal y firmemente nuestra Santa Fé Católica, y está pronto a servirnos en cuanto pueda ocurrir, hemos venido en hacerle gracia, mediante la fianza del capitán don Luis de Leiva, y concederle nuestro real permiso, para que pueda pasar a las Indias con la expresada tropa de don Pedro de Silva; y mandamos que sea tenido dicho Aben-Dagali como cualquier otro de nuestros soldados de mar y tierra, y que goce por tanto de las franquicias, prerrogativas y honores que le son debidos como tal soldado, y que pueda tener parte, según sus méritos y servicios, en las recompensas y granjerías que se dan a los primeros descubridores y pobladores en aquellos nuestros reinos. — Dado, etc.”

Leídas las firmas del Rey y los Secretarios que autorizaban el real despacho, el Escribano, según la costumbre establecida en casos semejantes, fue pasando el pliego de mano en mano entre los individuos del Cabildo, quienes los ponían sobre sus cabezas pronunciando con todo respeto la fórmula del juramento en obediencia.

El primero, por su jerarquía, que tal hizo, fue el Justicia Mayor. Con mano trémula y demudado el rostro ante una derrota tan inesperada como pública, levanta sobre su cabeza el pliego del Rey, jurando cumplir y hacer cumplir lo que ordenaba.

El triunfo de doña Irene había sido completo. Aquella misma tarde partieron varios indios mensajeros en la dirección de las montañas de Queipa, con el pliego original que contenía el Tratado de Paz, firmado por todo el Cabildo, Justicia y Regimiento de la ciudad de Valencia. ¡La primera firma era la del Teniente del Rey y Justicia Mayor!

Una semana después, engalanada la ciudad como para una gran fiesta y llena de espectadores, presenciaba la entrada de Tibaire de Queipa, con un numeroso séquito de indios y escoltada por los escuadrones de los bravos Jirajaras. Los vecinos de Valencia miraban de hito en hito a estos indios indómitos de la serranía y de los llanos, amansados por Irene con la magia de su talento y el poder de sus gracias.

En una lujosa litera hizo su entrada la hija del Cacique, radiante de hermosura y de contento, viéndose aclamada por españoles e indios como heredera del Cacicazgo de Queipa, cuya sagrada insignia llevaba en el pecho, y acompañada de su amado esposo Aben-Dagali, el moro de ilustre prosapia que iba a su lado, gracioso y gentil sobre el caballo árabe, luciendo en su erguido penacho las plumas de la garza blanca de los llanos de Venezuela.

DON QUIJOTE EN AMERICA

O SEA LA CUARTA SALIDA DEL INGENIOSO HIDALGO DE LA MANCHA

INDICE

	<i>Págs.</i>
Prólogo de la 3ª edición	7
Aclaración (Prólogo de la 2ª edición)	19
Advertencia de la 1ª edición	21
CAPITULO I. Del gran susto y la extraña aparición que tuvo un pastorcillo de los campos de Montiel	25
CAPITULO II. Donde el autor da un salto hacia atrás de trescientos años, poco más o menos	27
CAPITULO III. En que se dice el lugar a donde fueron a parar los cuerpos de Don Quijote y Sancho	31
CAPITULO IV. De los primeros coloquios que pasaron entre Don Quijote y Sancho cuando salieron de la cueva de Montesinos	34
CAPITULO V. Del inesperado amigo que el pastor halló, y lo que juntos hicieron en la ciudad	40
CAPITULO VI. Donde se relata el encuentro del pastor con Sancho, y otras cosas dignas de especial mención	43
CAPITULO VII. De cómo viene a ser peligroso el viajar de incógnito	49
CAPITULO VIII. De la extraordinaria aventura del buey, y el embarque de Don Quijote en Barcelona con rumbo a las Indias	55
CAPITULO IX. Donde se empieza a contar la historia de Santiago	61
CAPITULO X. Del importante secreto que Santiago reveló a la buena Romualda	66
CAPITULO XI. De cómo la defensa de la mula del Vicario hizo de Santiago un personaje político	73
CAPITULO XII. De cómo Santiago pasó a Cuba, y de allí lo pasaron a España	78
CAPITULO XIII. De la brillante conferencia que el doctor Quix dio a bordo, describiendo el Heliógrafo, aparato de su invención	83

CAPITULO XIV. Del desembarco de Don Quijote en Tierra Firme, y primer negocio que en ella hizo Sancho	89
CAPITULO XV. De los estupendos descubrimientos científicos que el doctor Quix hizo en los bosques tropicales	94
CAPITULO XVI. Donde se describe la ciudad de Sinisidro, y lo que en ella pasó a unos de los personajes de esta historia	99
CAPITULO XVII. Donde asoma el copete un nuevo personaje de esta nunca bien escrita historia	105
CAPITULO XVIII. Donde se prosigue la relación del viaje del doctor Quix por los bosques y sierras tropicales	112
CAPITULO XIX. De los consejos que el doctor Quix dio a Sancho, y la llegada a Sanisidro	117
CAPITULO XX. De la llegada de Santiago a su tierra y general regocijo del pueblo con tal motivo	122
CAPITULO XXI. Donde empieza la rápida evolución de Mapiche en materia de progreso	129
CAPITULO XXII. De lo que sucedió en el encantado chalet de L'Orquette, y del celebrado aparecimiento de "El Flamígero"	136
CAPITULO XXIII. Donde se continúa el capítulo anterior, y se relata la descomunal aventura del tigre electrizado	147
CAPITULO XXIV. De la última e inesperada aventura del doctor Quix, y otros sucesos, con los cuales termina su mal pergeñada historia ...	154

**LA HIJA DEL CACIQUE
O LA CONQUISTA DE VALENCIA**

INDICE

	<i>Págs.</i>
Decreto	165

PRIMERA PARTE

CAPITULO I. El primer bautizo en Valencia	167
CAPITULO II. El Cacicazgo de Queipa	170
CAPITULO III. El paje misterioso	181

SEGUNDA PARTE

CAPITULO IV. La fuga	188
CAPITULO V. La Danza del Fuego	196
CAPITULO VI. La Selva de los Muertos	202

TERCERA PARTE

CAPITULO VII. El ángel de salvación	208
CAPITULO VIII. El Tratado de paz	214

**Este libro, Tomo V de las
Obras Completas del doctor
Tulio Febres Cordero,
se terminó de imprimir
el 16 de julio de 1960, año del
Sesquicentenario de la Independencia,
en los Talleres Antares, Ltda.,
Bogotá, D. E., Colombia**



L.T.D.A.

IMPRESA • FOTOCRABADO • ROTOCRABADO
BOGOTÁ, D. E.